



LOS CONQUISTADORES NO
IBAN SOLOS

Entre la vida y la muerte

VERÓNICA RODRÍGUEZ

LOS CONQUISTADORES NO IBAN SOLOS

“Entre la vida y la muerte”

Libro II

VERÓNICA RODRÍGUEZ

Copyright © 2016 Verónica Rodríguez

Los Conquistadores no Iban Solos:
“Entre la vida y la muerte”
México.

Instagram: veronica_rodriguez_d
Facebook: veronicarodriguez.blog
Twitter: @Verodamian
www.veronicarodriguez.blog

Imagen de portada: Andrew Poplavsky © 123RF.com
Derechos reservados conforme a ley.
Se pueden publicar fragmentos del libro
para su promoción, mencionando el título y autor.

PRÓLOGO

*E*n la primera mitad del siglo XVI, entre 1520 y 1530, la primer década después de la conquista, tuvo Hernando de Cortés un gran ejército a su servicio, después de vencer a la civilización más poderosa de la Nueva España: los aztecas que habitaban Tenochtitlán, gracias a las alianzas que formó con Tlaxcallan y Coyoacán y al final, quedó con más de doscientos mil indios por parte de los aliados, novecientos castellanos, ochenta caballos, trece bergantines y seis mil canoas, además de las varias encomiendas de tierras que él solo se regaló, solo porque podía hacerlo. ¿Quién se lo negaría?

El Imperio azteca fue aniquilado. La Triple Alianza, el Imperio mexicana fue vencido, no obstante que Hernando les dio la alternativa de someterse a él, su orgulloso Tlatoani se negó a arrodillarse y con más de cien mil muertos solo cuando empezaron las batallas —que fueron más de sesenta— y, otros miles atacados por las viruelas, pereció gran parte de su linaje, sobreviviendo solamente diez por ciento de su población; los más débiles, los que no soportaron morir de hambre se entregaron de pura desesperación, pero la mayoría no se rindió y su sangre tiñó de rojo las aguas de Xochimilco y sus cuerpos tapizaron las antes, hermosas y primorosas calles de Tenochtitlán, porque no había quien los enterrara ni había quien les rindiera homenaje por sacrificar su alma de jade en el campo de batalla, glorificándose con la muerte más digna que cualquier guerrero debería merecer. Y de esta ciudad, ¡de esta magnífica ciudad!, solo quedaron los fantasmas y una fétida niebla cubriendo la antes Ciudad de los Dioses.

Sí, es verdad que sobrevivió su rey y otros grandes señores de Texcoco y Tlacopán y estos, por ser nobles, Hernando los trató con mucha diligencia, siendo su primera intención mandarlos a España según el código de honor que demandaba Su Majestad, pero las cosas no resultaron así... Hernando debía antes hacer la repartición a sus tropas y aquellos que conocieron al emperador

Moctezuma, también conocieron su tesoro y se encapricharon en dar con él, ¡pero no lo encontraban!, y el rey caído, Cuauhtémoc, se negó a revelar dónde lo habían puesto, aludiendo en repetidas ocasiones que nada sabía y ellos sin creer una sola de sus palabras, tiraron paredes, destruyeron templos, saquearon las tumbas, pero no, el tesoro parecía haberse esfumado... Sus joyas y planchas, los tantos tejuelos y piedras de chalchihuite, plumas de quetzal, grebas doradas, discos, collares, ajorcas y diademas de oro y otras muchas, muchas grandes riquezas se perdieron y entre ellos acordaron hacer hablar a Cuauhtémoc, por las buenas o por las malas...

Se supo que un caballero guerrero que mucho quería a su rey, fue el primero en ser atormentado y murió en el intento y lo único que alcanzaron saber los castellanos es que todos los tesoros los habían echado al agua, eso dijo el caballero, pero nada, por más esfuerzos que hicieron, tampoco ahí los encontraron... Entonces siguió el turno del rey Cuauhtémoc y aunque tuvo varios juicios, también lo atormentaron; mojado sus manos y pies con aceite, pero el rey se mantuvo firme y nada dijo cuándo lo quemaron.

Un día todos estos nobles, incluyendo al gran Cuauhtémoc, amanecieron colgados de un árbol de ceiba, pero, ¿quién lo hizo? ¿Estaba Hernando presente? Era sabido que nada se hacía sin su consentimiento y dicen que fue por miedo, miedo a Cuauhtémoc, que aun encarcelado seguía comportándose como hombre noble, valiente y de gran orgullo y eso lo estremecía, siendo que a él no lo turbaba nadie. Temía que fuera capaz de inspirar una sublevación, así que, sí, él los mandó matar. No había otra explicación y fue uno de los hechos más vergonzosos para un hombre que había logrado una inigualable conquista. Ahora, dueño y señor, gobernador auto proclamado, Hernando de Cortés mandó traer a su esposa, doña Catalina de Juárez desde Santiago de Cuba y repartió la Nueva España: Nombró alcaldes, regidores, procuradores, escribas, alguaciles y formalizó su propio gobierno.

La conquista no es una historia en blanco y negro. Está teñida por un *collage* de colores y en medio de estos sucesos, hay cientos de historias, memorias, incidentes, aventuras, anécdotas que se tejieron antes, durante y después de la conquista. Crónicas de los conquistadores que los acompañaron, sus mujeres, obreros, artesanos, enemigos y el Nuevo Mundo como escenario y como un personaje adicional, dan vida a esta historia contada entre ficción y

realidad, protagonizada por cuatro familias imaginarias que participaron directa o indirectamente en la conquista del Nuevo Mundo, siendo la mayor parte de la acción en el México naciente y reluciendo la lucha de poderes por gobernarla entre batallas, conspiraciones y guerras de barcos que suceden desde La Habana de Cuba hasta la Villa Rica de la Santa Vera Cruz, el puerto de entrada y salida de la Nueva España.

Nuestros conquistadores deben escoger un bando liderados por Hernando de Cortés y el recién llegado, Nuño Beltrán de Guzmán que provocará traiciones, deserciones y otras nuevas alianzas...

PRIMERA PARTE

*“Amor, pues me guiaste a vela y remo
por el dichoso mar de la esperanza,
¿cómo permites que de tal bonanza
se levante fortuna en tal extremo? ”*

*Hernando de Acuña
(1518-1580)*

Diego Rodríguez Portocarrero de Andalucía

*E*n una rica campiña campestre andaluz, más precisamente en la preciosa campiña cordobesa, donde los sabores, humores y paisajes cambian con los colores del año, donde las hojas cobrizas revolotean en torbellinos grandes o pequeños en sus campos... —Y sus campos, ¡que hermosos campos esos! —, campos que el ocaso cubre con un manto dorado, naranja, rojizo, rosado y hasta morado, todos esos colores solamente en un solo atardecer. Y qué decir de la primavera donde los algarrobos, espinillos, chanares, talas y quebrachos reverdecen y las amapolas con la aurora se engalanan vistiendo sus mejores ropas y fragancias o, los girasoles enamorados del sol, buscan desesperados su fulgor. El verano, entre julio y agosto cuando la sequía invade a los cordobeses, estos calman la sed con *gaspacho* y vino amontillado y sacian el hambre con salmorejo y berenjenas fritas y en aguas, todo vuelve a la vida y los niños corren a remojarse en sus ríos y lagunas, estrenando los *bañados*, esos huecos que solo se llenan en lluvias que, entre juncos y cortaderas, la lenteja de agua hace su mágica aparición... Ahí, rodeado de valles rebosantes de castaños, en la casa que más bien era un castillo construido con mampostería, nació Diego una mañana de abril en plena primavera y sus alaridos se escucharon hasta las tres torres circulares, dando la vuelta hasta llegar al patio de armas y de regreso, ese potente chillido se escabulló entre las rendijas de las once habitaciones de su primera morada.

Su familia, así como era, no era muy distinta a las casas ricas de su comunidad y su futuro ya estaba decidido desde que nació, a diferencia de la mayoría de soldados que conoció en la Academia que eran arrastrados a la milicia por dinero, él era privilegiado y el ideal militar recaía en chicos como Diego, hijodalgo con fortuna con el simple propósito de honrar y servir al Imperio y a su rey, educado desde los inicios de su vida para ser capitán de

mar y tierra.

Salir de casa fue más bien un alivio para él pues ya lo esperaba y don Gustavo, un hombre difícil de soportar, sumamente cristiano, de esos que rezan de rodillas y traen pegada a la mano derecha una cuarta de cuero, ayudó a expiar sus pecados desde muy tierna edad. No faltaba el menor pretexto para descargar el látigo en el muchacho si el rezo lo adormecía o, cuando no llegaba a tiempo a la comida o, al escaparse con otros niños cuando cabalgaban los ponis por la llana campiña con el solo propósito de gozar... Era tradición de los Portocarrero hacer carrera militar y su padre, terrateniente por parte de los Rodríguez, se conformaba en hacer más grande su propiedad, pero como fiel vasallo de Enrique IV, no tuvo otra alternativa en su juventud que pelear para él y desde entonces juró dar a su servicio a sus hijos; así los repartió siendo tres, dejando un hijo para Dios y dos para el rey, según en orden de importancia. De Mercedes, la madre de Diego, tomó lo que le interesaba: el apellido de los Portocarrero y su fortuna y cuando ella murió, en una mala cama de una niña que le nació muerta, prohibió cualquier contacto con su familia y ni siquiera permitió que se le nombrara, mucho menos le lloraran. Ni siquiera él, que tenía cuatro años de edad fue dispensado. “*¡Compórtate como un hombre!*”, exigió su padre. Su imagen o recuerdo era muy difusa y la alusión de ella se debía a su figura plasmada en una enorme pintura al óleo al lado de su padre: Ella sentada en una de las doce sillas de caoba bellamente tallada a mano que conformaban el comedor principal y él de pie. Ella muy joven para él y él muy severo para ella. En la pintura, subiendo por las escaleras, Diego siempre la observó siguiéndolo y, la miró triste, con una mirada esquiva y pese a que dudaba que su recuerdo fuera real o acaso un invento de su imaginación, quiso despedirse de su madre o al menos de la evocación que tenía de ella.

A sus dos hermanos, mayores que él, apenas los conoció. A Juan, su padre lo mandó a estudiar desde los trece años al Monasterio de San Bernardo y se hizo monje de la orden cisterciense, de esos que vestían una túnica blanca que les arrastraba por el suelo y del cuello se colgaban un enorme escapulario negro de metal y, con Enrique en la guerra, Diego quedó solo, acompañado de la servidumbre y por su padre, que nunca fue cariñoso con él, ni con sus hermanos, ni con su esposa, ¡pero sí sorprendió al pueblo entero cuando anunció su apresurado casamiento! Nadie lo vio venir... Cuando Enrique

regresó en invierno, notó distinta a Sofía, su novia de siempre, de solamente diecinueve años de edad. Algo le quería decir ella y no se atrevía, le avergonzaba confesarle que don Gustavo la pretendía y que era correspondido. Se casaron. A su padre siempre le gustaron mucho más jóvenes...

Desde entonces Enrique se fue y nunca volvió. Murió en Guinea en una batalla naval contra los franceses. “*¡Malditos franceses!*”, mascullaba Diego ahogando sus lágrimas en la almohada y, al igual que sucedió con su madre, su rostro se fue tornando borroso con el tiempo y, al igual que doña Mercedes, el nombre de Enrique tampoco se volvió a mencionar. “*¡Malditos franceses!*”, profería también su padre sin nombrar al innombrable y si percibía, acaso un atisbo de reclamo en Diego, lo abofeteaba en ese instante. No soportaba que lo mirase porque decía que tenía los mismos ojos de ella, de su madre, de la innombrable y, por esos golpes, por la mirada esquiva de su madre en la pintura, por Enrique, por los franceses y por los días de intenso invierno, Diego odiaba a su padre. No lo podía evitar, sentía que calculadamente se había encargado de separarlos a todos y, como bien presentía, en cuanto cumplió los doce años de edad, no tardó en deshacerse de él también, enviándolo a la Academia de Guerra de Castilla como se lo había pronosticado desde que tuvo uso de razón y lo premiaba de vez en cuando con aceptarlo en su casa dos veces al año; en las navidades y Semana Santa, porque según su entendimiento y la explicación que le dio su padre cuando lo entregó a su instructor, fue que su dureza de carácter y falta de cariño era un bien para él, porque no quería que fuera débil como su hermano mayor o lerdo como el cisterciense. En cuanto a sus otros dos hijos, los hijos que Sofía le dio, los veía crecer felices en la casa y cada año él se sentía más como un intruso. “*¿Es que don Gustavo se está poniendo viejo? ¿Por qué es tan blando con ellos?*”, pensaba Diego cuando los veía. Tal vez su padre nunca quiso a su madre y tal vez nunca los quiso a ellos, porque ellos sí parecían una familia, no como la que él había tenido.



Esos primeros estudios que Diego tuvo en la Academia de Guerra, fueron de teología y filosofía de la moral, argumentaciones principalmente orientadas por dominicos y franciscanos, con una asignatura especialmente dirigida al

padre de la escolástica: San Anselmo, arzobispo de Canterbury, influido a su vez por la psicología de San Agustín que aducía a que, “*la gracia induce al alma a avanzar hacia un bien —affectio justitiae—, adecuando sus acciones a la voluntad de Dios...*” y, así como Abelardo, un monje francés, —para colmo tenía qué ser francés—, Diego llegó a la conclusión que los deseos o inclinaciones no eran buenos o malos como tales, sino que el vicio no era más que el consentimiento consciente al pecado, es decir, a la acción realizada en el conocimiento de su desobediencia, que, según el pensamiento religioso, a los mandamientos de Dios y como lo expresó Abelardo: “*El defecto, pues, es aquello por lo cual somos... inclinados a consentir lo que no debiéramos...*”

Estos discernimientos los profesores los seguían muy de cerca y por ser tan progresistas, el grupo de Diego era estrictamente pequeño, empero, llegaron a la conclusión que un capitán de su categoría, debería poseer, entre otras cualidades, una conducta honesta, pensante y, sobre todo, legítimamente cristiana.

Su entrenamiento militar no comenzó hasta que este cumplió los diecisiete años, que, según el mandamiento de los romanos antiguos, y por el que la Real Academia se regía, dictaba que no se podía reclutar a un menor de diecisiete años o mayor de cuarenta y seis.

A partir de entonces, la educación de su brigada se recrudeció... Sus cómodos aposentos y las elegantes instalaciones en las que incluían una biblioteca con la descripción de doscientos cincuenta y seis códices y ensayos de los más grandes pensadores, físicos y teólogos, como las controvertidas obras de Erasmo, Johannes Reuchlin, Leonardo da Vinci y otros, muchos otros que mucho le gustaba leer, quedaron atrás. Dos cambios de ropa, un libro de oraciones y botas, fue lo único que encontró en su nuevo dormitorio que recorrió en solo dos pasos, amueblado solamente con una cama y un reclinatorio y en veces dormían en la intemperie en pleno invierno, pero seguían siendo instruidos en modales una vez por semana donde se daban gusto con un buen banquete pues, debían ser duros en batalla, pero educados como personas nobles que eran. Su maestro de combate los hacía repetir: “*¡Cuerpo y miembros de villano: gentil y noble de ánimo!*”, mientras corrían seis leguas diarias en los climas más hostiles. Así que no nada más eran entrenados para ser soldados del rey, eran también soldados cristianos, con cualidades morales y temor a Dios. Su cumplimiento alcanzaba fines más elevados y sus ideales eran la obediencia, castidad, fidelidad, estar siempre bien armado, ser experto en armas y cosas de milicia y su lema: “*Defender la*

Santa Ley de Dios y su Iglesia Católica. Venerar los sacerdotes, desagaviar a los pobres para amparar al rey y la patria”.

Con ese perfil salían de la Academia los jóvenes más favorecidos, queriendo conquistar al mundo, con la confianza que eran invencibles, porque servían a Dios y, habiendo aprendido todos esos años, la existencia de dos tipos de hombres: los que nacen para mandar y gobernar y los otros, que están hechos para ser mandados y gobernados. Ante los ojos de los demás, él nació en buena cuna, por eso estaba hecho para mandar, pero la verdad es que sentía unos hilos que lo movían como una marioneta. Sus hombres o, los hombres que en un futuro le fueran asignados, estaban hechos para ser mandados y ellos mismos, después comprobó, estaban a gusto en el lugar que les había tocado, sin necesidad de dar explicaciones y sin que se los hubiesen enseñado, porque *“en el obedecer no hay engaño”* y con eso se conformaban ellos. Conoció luego a uno que se salvó de ese modelo aprendido, que sobresalió entre los demás y aun con falta de estudios o título de nobleza, llegó a capitán, por supuesto se ganó su respeto y se convirtió en su amigo...

Apenas había cumplido veinte años de edad, cuando una mañana, precisamente en Pascua, se presentó en la Academia su tío don Luis de Portocarrero que fue a solicitar hombres de guerra y sabiendo que ahí se encontraba, porque, aunque don Gustavo se los prohibía, la familia de Mercedes siempre les había seguido los pasos y don Luis, enardecido de rabia por lo que su cuñado hizo de Enrique, Juan y la propia Mercedes, estando ahí, quiso conocerlo. Se presentó como hermano de su madre y lo invitó a irse con él, pero antes le advirtió que con seguridad don Gustavo se molestaría y a donde se dirigían era nada menos que a un campo de batalla real donde gente arriesgaría su vida estando a su cargo. Diego no lo pensó. La desazón que le causaría a su padre fue suficiente aliciente para convencerlo y eso le gustó a su tío, que sonrió con satisfacción.

Partieron con seiscientos hombres de Castilla, pasando por Cartagena y desde ahí llegaron hasta la provincia de Reggio Calabria, con cuarenta barcos y dos mil gallegos de infantería.

Le fueron asignados doscientos cincuenta soldados. ¡Era su primera brigada!, y sin experiencia en campo, demasiado joven para semejante puesto, así lo puso su tío al frente. En tiempos difíciles y a grandes males, grandes remedios...

Normalmente un oficial comenzaba como cabo, luego avanzaba a sargento y como alférez, tardaba hasta tres años para lograr acceder a postularse para un grado de capitán, pero esto no aplicaba en tiempos de guerra... Diego tenía entonces la responsabilidad de demostrar que no era un señorito ante el desagrado que esto provocaba entre mucha gente; debía ocultar su miedo y, como mandaba el manual, dividió al grupo en escuadras: Los sargentos presentaron a los líderes y ellos a su vez, se hicieron cargo de veinticinco hombres, convirtiéndose en un destacamento de diez escuadras; el caporal líder, debía supervisar, verificar que las armas estuvieran listas, limpias y en buen estado, guardar el orden y ser ojos y oídos entre el capitán y su gente.

Para mala suerte, don Luis de Portocarrero, se encamó de emergencia en pleno campamento a causa de esas fiebres feroces que iban acompañadas de terribles dolores estomacales. Vomitó sangre rojo brillante, luego los líquidos se convirtieron en moco espumosos sanguinolento y cuando el dolor fue insoportable, en menos de treinta y seis horas, quedó tendido con los ojos abiertos y murió, al igual que la poca fe que Diego le tenía a Dios y allí, lejos de Andalucía, de los castaños, del *gaspacho* y de la Academia, lo único que le quedó fue la guerra y una dulce e invisible promesa que si acaso saliera victorioso, obtendría como recompensa su independencia o por lo menos una emancipación subjetiva, porque la mirada de su madre que tanto odiaba su padre, se iría con él y la altura, complexión y ese gusto por comer semillas de girasol que había heredado de su padre, también lo seguiría a donde fuera muy a pesar suyo y, el pensamiento de Pierre Abélard, —aunque fuera francés—, que aprendió en la Academia, lo marcarían de por vida. Todo eso, sumado a la sangre de sus antepasados que le recorría por las venas, ansiaba una oportunidad de demostrarle al mundo y en especial a don Gustavo, que entre Juan, el monje cisterciense; Enrique, él que se dejó morir en Guinea y que él por sobre todo, entre Diego y don Gustavo, existía un trecho muy largo de desigualdad y preparado o no, se entregó en cuerpo y alma a las guerras italianas, un par de años ya avanzadas y, sus acérrimos enemigos, los franceses, parecían no tener intenciones de rendirse al ejército español, arrebatándose los territorios en cuestión de días sin respetar treguas y tratados.

Cuando se integraron las nuevas cuadrillas, los franceses habían aniquilado a casi todo el ejército español en Terranova, apenas lográndose salvar una que otra tropa en Regio y Crotona, pero el daño estaba hecho y el rey ordenó venganza y la recuperación completa del territorio...

Al mando del capitán Andrade, se dirigieron hasta Seminara y Diego con su escuadrón, agregado a otras veinte brigadas, sitiaron el lugar de un extremo a otro ondeando amenazantes los estandartes.

Avanzaron por encima de las colinas con el enemigo cerca y el miedo se fue transformando en algo distinto... Diego sentía cómo la sangre le hervía conforme se iban acercando, con un intenso deseo de blandir la espada y, en medio de la tensión por parte de los dos bandos, atendieron a la señal del Gran Capitán: “*¡Viva Fernando de Aragón!*” y las tropas respondieron al unísono abriendo fuego con los mosquetes, luego estallaron los arcabuces y fueron avanzando los piqueros, formando todos una barrera de hierro con extensas lanzas con puntas de hierro.

Los franceses contraatacaron, pero la barrera española resistió y cuando esta cayó, los rodeleros les cayeron encima y se vieron inmersos en medio de la batalla cuerpo a cuerpo con espadas y dagas como únicas armas. Decenas de caballos corrían sin jinete y los muertos se fueron multiplicando. Diego se vio a sí mismo cubierto de sangre, envuelto en esta fuerza interna que hasta entonces conoció y solamente la llegó a sentir en el campo de batalla: “*En la guerra no hay cabida a remordimientos*”, decía su maestro de combate; “*Es la vida o la muerte*”. Al final de ese día los castellanos ganaron la batalla, ahuyentando las tropas francesas hasta al norte, donde las tropas de Andrade asediaron el castillo de Angitola y lograron capturar al capitán Aubigny como prisionero en tanto la cuadrilla de Diego, del nuevo y renovado capitán Diego, victorioso interna y externamente, quedó libre de ataduras, culpas y remordimientos, resguardando para su nuevo dueño, el Imperio de España, el territorio recuperado, mientras el resto de los ejércitos castellanos se desplegaban por todo Nápoles...

No todas las batallas eran limpias como esa donde peleaban hombre contra hombre, igualándose en cantidad, armas y destreza. Cada uno por sus intereses personales o patrióticos o lo que sea que los motivaran. Estaba la otra cara de la moneda, la toma de ciudades que era lo más difícil de entender para un hombre de moral y sentido humanitario, pues las ciudades pasaban de un dueño a otro, al igual que los habitantes y todos buscaban lo mismo... Abundaba el vicio, saqueos, violaciones y hurtos y, a pesar de los controles que se les pedía a los capitanes, los soldados, embriagados por la victoria y el exceso de vino, se desbocaban, siendo castigados severamente a los que fueran sorprendidos en flagrante delito: Diez, veinte, treinta latigazos

dependiendo de su falta, pero, eran imparables, todo dependía que fueran descubiertos porque la mayoría hacía lo mismo, así que nadie decía nada y al que le tocaba recibir los castigos, aguantaba.

Un militar no se hacía rico tan fácil. Los salarios no eran los mejores; los capitanes ganaban ochenta escudos según la medida actual, los alféreces cuarenta y los sargentos veinte y, ni qué decir de grumetes o cabos de escuadra, que ganaban apenas diez coronas. Su posición, la de Diego, era por lo tanto respetada, porque a él no lo movía el dinero, —pues ya era rico—, sino la satisfacción de servir al rey y nada más. No había necesidad de quitarles el salario a los soldados, ni caer en el pecado de la estafa o hacer fraude a la Iglesia. La mala polilla, —según decían los más estudiados—, provenía de gente pobre sin estudios que eran controlados por el deseo de riqueza y abusaban de sus propios soldados, no como gente de casta como él. De por sí la codicia la trae el hombre grabada en el alma y cuando los hombres están en guerra, se manifiesta de la peor manera posible, dejando salir el animal sin escrúpulos que llevan dentro.

La culpa de todo la tenían los monarcas, porque les prometían a sus vasallos todo el botín del lugar al que llegaran y con eso excitaban sus ánimos, porque, un soldado era capaz de lo mejor: servir a su patria, hacer carrera y hacerse de un nombre y fortuna respetable, pero también era capaz de lo peor como cualquiera. En su mayoría eran hombres pobres que nunca habían tenido nada, capaces de todo tipo de atrocidades, delincuentes que preferían ir a la guerra que podrirse en una celda y los capitanes tenían que lidiar con eso, controlar las tropas y hacer cumplir de una o de otra manera, las promesas que les hicieron y al mismo tiempo, obedecer órdenes. Así que, cualquier soldado sabía eso, sabían cómo funcionaba el sistema y con el robo y las apuestas se recuperaban de los salarios bajos, que encima llegaban siempre tarde, juntándose muchas veces hasta dos meses de atraso y entre ellos compartían los gastos, mantenían sus familias, abonaban deudas, compraban a crédito ropa, medicamentos, vino y por supuesto, pagaban por placer para calmar sus calenturas en el camino...

Durante esta guerra sitiado en Nápoles, Diego le escribió una carta a su padre para avisarle que seguía vivo, ¿y, por qué lo hizo? Porque quiso demostrarle que no era igual a Enrique y que una guerra no lo iba a matar. Así quedó por tres años más, bajo el mando de Gonzalo de Fernández, el *Gran Capitán*, maestro en tácticas de guerra y, precisamente en esas fechas fue que

Diego conoció a Hernando de Cortés en una comisión en Palos de Moguer, cuando iniciaban las carreras a las Indias, cuando Hernando era un simple obrero.

Muchos como él veían las Indias como una oportunidad para hacerse rápidamente de dinero y de obtener rango militar mucho más rápido que si estuvieran en España, pero no Diego. A él eso no le interesaba. Prefería mil veces ser parte de los tercios del *Gran Capitán* en Nápoles, que, en lugar de estirar las brigadas con doscientos cincuenta soldados, él las conformaba ¡de seis mil infantes!, compuestos por ochocientos hombres de arma, ochocientos caballos ligeros y veintidós cañones. Dobló la proporción de arcabuceros y puso más énfasis en la pelea cuerpo a cuerpo, armando de espadas cortas a dos de cada cinco infantes. Para él, para Diego, él fue su segunda escuela y no quería dejarlo por ir a matar indios que se defendían con flechas.

Las aspiraciones y ansias de fortuna llevaron lejos a Hernando y eso es una cosa admirable para alguien con tan pocas ventajas. Su barco, el que salió de Palos de Moguer repleto de soldados, albañiles, carpinteros, herreros y canteros arribó hasta la isla de La Española y su labor de principio fue trabajar en la obra. Ni siquiera era *Maestro*. Era un simple peón que cavaba hoyos de una vara de profundidad para hacer cimientos y levantaba muros de mampostería con una altura que oscilaba entre cinco o seis tapias, porque antes que los naturales aprendieran a trabajar a la forma castellana, fueron esos trabajadores los que le dieron forma a lo que sería Santiago de Cuba y sus estudios de gramática, tomados por dos años en Salamanca, con mucho sacrificio de sus padres, lo acercaron a Velázquez... Don Diego de Velázquez, un *adelantado* que buscaba la pacificación de Cuba, cuando todavía no era gobernador, —pero que esas miras tenía—, conoció a Hernando a principios de la conquista y, puesto que no había mucha gente estudiada a su alcance, vio en este joven ambicioso, ansias por aprender y ya que era muy servicial, entendido e inteligente, sintió él que le había caído del cielo y se convirtió en su consentido.

Estas carreras de Indias, volvieron locos a todos y Su Majestad, el dueño de Diego, el rey, aprobó expediciones de más barcos, pero como estos barcos no se comandaban solos, también requirieron más capitanes de mar y a él le dio mala espina cuando en San Lucar de Barrameda le entregaron un barco nuevecito y recién salido de las fábricas de Portugal: el *San Martín*.

En San Lucar, además de recibir su barco, conoció al capitán Andrés de Estévez, dedicado principalmente a los viajes mercantiles y puesto que la mercancía que solicitaron para entregar en el Nuevo Mundo no estaba completa, Diego se vio varado por tres semanas.

Buscó la taberna más cercana y sin que le resultara difícil seguir el rastro de marinos y soldados briagos que salían como escupidos de un tendedero, caminó directo a la barra. El tabernero apenas le echó una mirada y enseguida le sirvió una copa rebosante de vino rojo, pero cuando quiso pagar, el otro contestó que ya estaba pagado, que el capitán Estévez había adelantado dos barriles completos.

—¿Quién es para al menos agradecerle? —. Preguntó y el tabernero señaló una mesa cercana donde había un alboroto por una competencia de fuerza de brazo y las apuestas estaban en lo alto a favor de un mastodonte de más de cien kilos con brazos tatuados, mientras que su contrincante, que sudaba a chorros, aguantaba porque las venas no le explotaran.

—¡Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro...!

Perdió el que soportaba valientemente la tensión, pero ganó respeto de sus compañeros por aguantar más que cualquiera.

—¡A su salud capitán! —exclamó Diego que se había unido al público y que pudo identificar fácilmente al capitán Estévez del otro lado de la mesa.

Andrés volteó a verlo y le respondió con una sonrisa, haciendo un ademán para que lo acompañara a la barra.

—Andrés de Estévez, capitán de *Nuestra Señora de Tenerife*. —Extendió su mano y Diego la estrechó con fuerza.

—Diego de Rodríguez, capitán del *San Martín*.

—¿El barco nuevo que acaba de anclar? —El otro asintió—. Un buen barco. —observó Andrés—. Vi que trae vela cebadera, el casco también es diferente sobre todo en la carraca, los cañones son más bajos, seguramente que es veloz...

—Realmente he estado en tierra por varios años y sé poco de las novedades. —dijo apenado y Andrés soltó una carcajada dándose cuenta de su error.

—Disculpe capitán, es que soy un apasionado de los barcos. ¿Quién es su oficial segundo si no es indiscreción?

—¿Conoce a Juan de Bazán?

Andrés arqueó las cejas y se rascó la cabeza, luego señaló con el dedo un cuerpo que poco faltaba por caer de tan borracho que estaba. Diego suspiró y

él se rio.

—Supongo que van a las Indias. —adivinó Andrés mientras el tabernero acercaba un botellón.

—En tres semanas si Dios lo permite... —dijo sin despegar la vista de Bazán que, para entonces, su cabeza con su medio cuerpo, reposaba abarcando casi toda la mesa.

—Entonces no hay prisa, hay que acabarnos la botella. Nosotros también estamos varados a causa de un mástil dañado.

Simpatizaron de inmediato.

Al siguiente día se volvieron a ver en puerto y Andrés pudo recorrer el *San Martín*. Inspeccionó el aparejo, la galería y hasta bajó a las letrinas de los oficiales.

—Seguro que es portugués. —expresó con orgullo y Diego lo confirmó—. Tenía que serlo, no hay mejores barcos que esos... ¿Qué tal la resaca? —preguntó divertido, al ver a Diego cómo le calaba el sol en la cara—. Vamos a comer algo, yo invito, es lo menos que puedo hacer después de ver esta belleza.

Para Andrés era muy fácil hacer amigos. Era un portugués solo un poco mayor que él, de cabello claro, ojos enmelados y sonrisa franca. Muy agradable, con un tono de voz que elevaba más de lo normal para que todos lo escucharan y era, además, un gran contador de historias, como lo supo más adelante.

El primer viaje que hizo Diego a Indias occidentales, transcurrió sin ningún problema, el gobernador que en ese tiempo era Nicolás de Ovando, lo recibió bien. Recorrieron superficialmente la isla y acordaron cuales eran los puntos débiles que ocupaban atención. Le sorprendió ver mujeres españolas, parientas y parte del cortejo que acompañaban a la esposa del gobernador y, la isla, a simple vista habitada por gente mansa, le aseguró Ovando que adentro existían tribus que seguían defendiéndose y este le recordó sus órdenes: Que debía regresar y en todo caso, seguir trayéndole gente para la pacificación. Ovando no lo contradijo y el primer grupo que Diego dejó constaba de trescientos hombres con experiencia en la guerra, armamento, pólvora y caballos y, con la superposición de los indios apaciguados, iniciaron a construir el primer fuerte unido a una muralla y Velázquez, ubicado en el otro extremo de la isla, acompañado de Hernando, ya funcionando como su mano derecha, estaba a cargo de la producción de ganado, indispensable para su

supervivencia.

Las solicitudes crecían de un lado y del otro: Se requería de más gente y más barcos y con ese ritmo, los conquistadores no se daban abasto con los nuevos territorios que se iban descubriendo, los ataques en el mar y las luchas en contra de los naturales.

De un año a esa fecha, abrieron la ruta desde Canarias y nuevas flotas se unieron a la carrera y en Tenerife, Diego al pasar por un cargamento, reconoció de inmediato la nave de Nuestra Señora de Tenerife. Se le antojó ir a saludar a Andrés y abordó esperando encontrarlo, ¡pero fue sorprendido por un hombre empistolado!

—¿Dónde está ese hijo de puta? —chillaba uno, enfurecido apuntándole a la cabeza— ¡Lorenzo! ¡Sal cabrón o te faltan huevos!

Con mucha facilidad Diego le arrebató la pistola y lo tiró al suelo torciéndole el brazo, esperando que alguien se apareciera y quién más pudo haberlo hecho, más que Andrés, que, sorprendido de verlo, no pudo ocultar su gusto de que hubiera estado ahí.

Recogió la pistola y le pidió que lo aflojase.

—Vete a tu casa Aurelio, aquí no está Lorenzo, al rato te mando la pistola. —dijo Andrés acomodándole la camisa al pobre sujeto, que, entre encolerizado y humillado, sacudió el brazo adolorido. Se abrió paso entre los dos y lanzándole a Diego una mirada de pocos amigos, descendió echando improperios entre dientes.

Sin mayores explicaciones, Andrés bajó hasta los camarotes y abrió la portezuela, liberando a un joven de veinticinco años de edad, alto y fornido.

—¿Por qué siempre te metes en problemas? No tenemos ni un día y ya tenemos que lidiar con eso... —exclamó Andrés molesto.

El otro no dijo nada, pero se notaba que era un oficial. A pesar de eso los presentó y dirigiéndose a Diego, agregó, dándole una palmada en la espalda.

—Le invito una copa capitán.

Caminaron por el andén a un lado del puerto, a donde la *Caverna Marítima* rebosaba de música y valga la redundancia, de marinos, que, siendo la mayoría de Nuestra Señora de Tenerife, les abrieron paso desde que traspasaron el umbral y rápidamente un par de muchachos desocuparon una mesa para ellos y Andrés, con solo ladear la cabeza, mandó a Lorenzo a la barra, trayendo consigo una jarra de cerveza.

—¿Qué lo trae por acá?, lo hacía en Indias. —preguntó un poco más

relajado, dándole tragos hondos a su vaso.

—Llegué apenas, vengo por harina y como vi su barco, quise saludarlo.

Andrés se sonrió alagado.

—Espero se quede, porque me gustaría invitarlo a cenar.

—No lo sé capitán, estoy buscando un reemplazo porque Juan de Bazán se lleva otro barco. Esperaba que a usted le interesara...

—Yo tengo compromisos, pero... conozco a alguien que podría hacerlo — dijo dirigiendo su mirada a la barra donde Lorenzo dispensaba una nueva jarra —. A este lo conozco desde muy chaval, me lo traje de Génova y hace poco lo nombraron almirante. Es de los pocos a los que les confiaría mi propio barco y eso, eso es decir mucho, se lo aseguro. También fue soldado, conoce de armas y es bueno con la espada. Fue cabo de escuadra.

—¿Estuvieron en las guerras italianas? —interrumpió Diego.

—Sí, llevé las tropas que pelearon en Milán, aunque pocos nos libramos, aun así, logramos escapar con suerte hasta Nápoles.

—¡Yo estaba en Nápoles! ¡Les dimos su merecido a esos malditos franceses! ¿No es así? —exclamó Diego.

Los dos rieron y chocaron sus copas, mientras Lorenzo de regreso, los miró confundido sin conocer el motivo de su entusiasmo.

—¿Y por qué te buscaban muchacho? —Se dirigió Diego a Lorenzo, que, apenado, miró de reojo a su capitán.

—Su punto débil son las mujeres. —contestó Andrés por él—, y aparte de todo le gusta involucrarse con las equivocadas. Por eso creo que le haría bien desaparecerse un rato... Sino fuera porque es buen marino, ya lo hubieran ahorcado desde hace tiempo. —aseguró sin despegarle la vista y Lorenzo sin chistar, aceptó todo.

Se notaba el cariño que le tenía Andrés y viceversa.

Platicaron de la guerra todavía por un buen rato y al calor del vino que pasó a relevar la cerveza, aceptó de buena gana quedarse esa noche para asistir a su casa a cenar. Al parecer mucha gente asistiría, porque solamente ese rato que estuvieron ahí, Andrés se la pasó invitando a todos los que se acercaban a saludarlo. Se dio cuenta Diego, de lo popular y conocido que era en Tenerife y pese a que el vino le había caído de maravilla, no se quedó por mucho tiempo con ellos, se despidió antes que el alcohol le nublara el juicio, pues debía comprobar que la carga hubiera llegado como se lo habían asegurado en la mañana.

Regresó por el mismo andén y aún a esa hora de la tarde, el puerto de

Tenerife seguía bastante concurrido.

Cientos de personas se conglomeraban en el mercado, entre marinos, vendedores, limosneros, soldados y lugareños, caminaban, se empujaban o se esquivaban por los hombros entre los angostos pasillos que apenas dejaban las vendimias. El clima que se respiraba era envidiable: calorcito que no sofocaba, viento agradable y un mar apacible, sin nubes siquiera en el cielo. Acompañado del contra maestre, supervisaban los cañones que no estuvieran atascados y, desde la borda, como si hubiera sido llamado por una fuerza extraña, pudo ver entre el gentío a una mujer, tan hermosa, que lo bloqueó por completo, sin poner más atención a la palabrería del contra maestre. Parecía como si su cabello, que brillaba por el reflejo del sol, resplandeciera, resaltándola, como una diosa flotando entre todos los mortales...

Diego no supo si fue el vino de Tenerife o ese maldito clima o todo junto, lo cierto es que bajó del barco decidido a encontrarse con ella, buscando entre la multitud, la portadora de una capa verde oscuro que caminaba señorial entre los atestados puestos de mercería, pero no, se le perdió de vista. No la encontró por ninguna parte y después de un rato, derrotado, regresó al muelle, preguntándose si no había alucinado y es que él normalmente no acostumbraba galantear. No era su carácter.

Tomo una siesta en su camarote y al despertar, con un ligero dolor de cabeza, recordó la invitación de Andrés... Salió a la intemperie donde la luna brillaba en todo su esplendor y la brisa del mar se sentía como una caricia. Camino un rato y se detuvo a escuchar coplas que le hicieron recordar su tierra...

*“...Desde que vino la moda
de los abrigos quisquilla,
me parecen los mocitos
un pendejo de Zagrilla.*

*Las niñas de l'Alminilla
no saben fregar los platos,
pero si saben tener
los novios a tres y a cuatro...”*

Al menos quiso ir a mostrarle sus respetos.

Siguió el camino que Andrés le había indicado, si bien, no hizo falta ni

preguntar porque al doblar la calle principal, distinguió la finca alta con fachada de ladrillos y tres grandes ventanales de hierro forjado y de la que salía música muy animada y niños de todos tamaños corrían afuera como si fuera de día. Su dolor de cabeza había desaparecido con la refrescante brisa y siguiendo en fila a un par de *tinerfeños*, entró abriéndose paso entre la gente que se aglomeraba en el patio principal. Escuchó la voz de Andrés y lo encontró rodeado por un público de más de veinte personas, embelesados todos como acostumbraba él tenerlos, pero en cuanto este lo vio, se levantó dejando a sus oyentes en suspenso y lo saludó con el entusiasmo que solo él tenía. Le dio la bienvenida y lo llevó a conocer a su esposa, a Isabel, su mayor secreto, su tesoro máspreciado, esa criatura apacible, bella y taciturna que lo hacía suspirar con solo verla a los ojos y, cuando Andrés le habló al oído, la mujer de cabello reluciente, de ojos color aceituna, cubierta de su capa favorita, la de color verde oscuro, hizo su aparición... No era una alucinación como Diego había imaginado, al contrario, era de carne y hueso y hasta se dignó, la muy perversa a regalarle una sonrisa... Él le correspondió haciéndole una reverencia y Andrés, regodeándose sin saberlo, la besó en la sien, acarició su cabello y la dejó sentarse de nuevo, devolviéndola al Monte Olimpo donde seguramente pertenecía; junto a *Artemisa*, *Perséfone* y *Afrodita*. Él siguió a Andrés hasta una salita, que, por estar rodeada de macetas, tenía más privacidad y era donde solo unos cuantos oficiales marinos se acercaron a saludar. Lo presentó, explicándoles que había estado en la batalla decisiva en Nápoles, derrotando a los franceses junto al *Gran Capitán*. ¡Todo lo que él hablaba sonaba a aventuras! Era admirable la facilidad que tenía para salpimentar una historia. ¡Hasta la suya!

Esa misma noche, le ofreció un puesto a Lorenzo y con la bendición de Andrés, aceptó irse con él.

Diego, que no creía en Dios desde hacía mucho tiempo, que se había predestinado a sí mismo al servicio del Imperio, pensó que ese mismo destino, tenía su propio guion y como en él sí creía, se sintió recompensado al darle la oportunidad de desposarse con la mujer de cabello reluciente, la mujer de ojos color aceituna.

La mujer de sus sueños: Isabel.

Lorenzo Martínez de Santiago

Cuenta la leyenda, que precisamente en Santiago de Compostela, antes que fuera llamado así, antes de los descubrimientos del Nuevo Mundo y por supuesto, mucho antes que se encontrara siquiera la tumba de tan venerado santo, en *campus stellae*, nombrado así porque se creía que allí se acababa el mundo y que el Atlántico era la tumba del sol, hacia el siglo IX, casi ochocientos años más tarde de la muerte del apóstol, un ermitaño guiado por luces celestiales, lo llevaron hasta el sepulcro de Santiago, hijo de Zebedeo y hermano de Juan Evangelista, que, según se cuenta, fue evangelizador en tierras de la antigua Hispania y, de acuerdo al *Breviarum Apostolorum* en el siglo VI o VII y los textos firmados por el anglosajón Beda Venerabilis y el asturiano Beato de Liébana, en el siglo octavo, lo último que se había sabido de él, fue que había sido decapitado por Herodes Agrippa en el año 44 y según el *Códice Calixtino* y, según la *Legenda Aurea*, su cuerpo fue conducido por dos jóvenes discípulos en barco tripulado por ángeles, que cruzó el Mediterráneo y subió por la costa portuguesa hasta el puerto romano de *Iria* en la provincia de *Gallaecia*. Allí, tras una serie de hechos milagrosos, Santiago habría sido finalmente sepultado en el monte *Liberum Donum*, en un lugar vagamente designado como *Arcis Marmoricis*...

Más de quinientos años después de haberse construido un templo dedicado a San Santiago y donde se decía que descansaban sus restos, la provincia de Santiago de Compostela, se mantenía y se alimentaba de los caminantes que recorrían el afamado *Camino de Santiago*, que vale mencionar, no es la que recorriera el Apóstol Santiago, sino que se trataba de un conjunto de caminos que, como venas del cuerpo, iban convergiendo para dirigirse a Compostela o, al *Campus stellae*, o *Campo de estrellas*... Los caminantes se agregaban a la

aventura por distintas razones, pero todos lo hacía como un tiempo para la reflexión, disfrutando el camino como si fuera un paseo y donde se podía conocer a muchas personas, otros quizá, buscaban un cambio de vida, tomar una decisión importante, pedirle un favor especial al santo o acaso, escapar de su realidad... Como su padre, el padre de Lorenzo, Juan de León, fue precisamente un peregrino que venía a expiar sus culpas y el abuelo de Lorenzo, que vendía comida en el camino casi a la entrada de la villa, le ofreció un lugar para dormir. Él se la tomó más en serio que cualquiera y se quedó por tiempo indefinido. Se casó con la única hija de su abuelo y trabajó para él. Era mucho mayor que ella y nunca supieron siquiera si ese era su verdadero nombre, si era casado, delincuente o simplemente un alma atormentada. A sus hijos: tres hembras y para culminar, Lorenzo, su madre los registró con su mismo apellido, Martínez.

Siete años solamente se quedó con ellos, pues una mañana ya no despertó, murió dormido y tampoco supieron de qué. Dos años después, su abuelo se murió también y Lorenzo se quedó bendito entre las mujeres; con una madre reumática y tres hermanas, lo terminaron de criar, especialmente Estela, que era la mayor.

¡Tenía un carácter de los mil demonios!, pero aun así consiguió marido.

Siguieron ellos con la vendimia familiar que desde muy temprano abría para recibir a caminantes madrugadores que, de acuerdo a la recomendación de boca en boca de los más asiduos, no debían perderse el almuerzo con *las hermanitas Martínez*, como les decían y disfrutar de unas ricas empanadas rellenas de atún y un sabroso caldo, elaborado con verduras y carne de cerdo, acompañado de pimientos del padrón asados ¡muy picantes para algunos!, pero imperdibles para otros.

Lorenzo, por ser el más chico, se encargaba de *Benita*, una vaca frisona vieja que requería ser ordeñada dos veces al día. “*Qué bonita amaneciste Benita*”, le decía en la mañana mientras se quitaba las lagañas. Acariciaba su lomo y *Benita*, en veces enojada porque el muchacho se levantaba tarde, contestaba con un mugido que sonaba más bien a reclamo y otras, parecía que el mugido sonaba hasta carialegre. No tardaba mucho, le silbaba mientras, encaramado en su taburete y el cubo entre las piernas, exprimía con mucha pericia los pezones, consiguiendo que la leche saliera disparada hacia el cubo. Luego, Estela, que ya le tenía preparado su almuerzo, se lo engullía en un dos

por tres y todavía con la güevonía de la mañana, cargaba repartiendo la leche en dos cubos sobre la grupa de *la chula*, una borriquita zamorana, de la misma edad del propio Lorenzo. Luego se dirigía al pueblo a entregar la leche y se quedaba a jugar con sus amigos, y, a su casa regresaba hasta caer la tarde, otra vez a ordeñar a *Benita* y a cenar y a dormir para recomenzar todo de nuevo al día siguiente...

La mayoría de niños en Santiago andaban sin zapatos, con solo un par en su haber, bien guardados y voleados que solamente usaban los domingos y casi siempre les quedaban apretados. Él no tendría otro par hasta que esos se rompían y de plano no se podían remendar. Sus amigos, una pandilla de más de veinte chiquillos casi todos de la misma edad, eran experto exploradores de los alrededores de Santiago y sus caminos y jugaban a ser soldados, a construir casitas de lodo, a cavar túneles, luchitas, a *subirse al perro*; que consistía en que uno, pegado a la pared, se agachaba cubriéndose la cabeza y quedando de espaldas, esperaba a que otro le saltara encima montándolo en el lomo... si se caía, se formaba acomodando la cabeza entre las piernas del primero y así sucesivamente todos hasta el último y al final, terminaban todos amontonándose. En fin, hacían vagancias de chicos y como todos, una de sus recreaciones favoritas era molestar a las niñas y mientras ellas cantaban en las rondas, muy modositas, agarradas de las manos, los muchachitos se divertían cambiándoles las rimas o jalándoles las trenzas... No fue hasta que, entre los doce años para unos y catorce para otros, precisamente en la pubertad, Pedro, por primera vez los llevó a un burdel ubicado a las afueras del pueblo, perdieron su inocencia... Se asomaron a escondidas por las ventanitas para ver a las muchachas. No se podía ver nada, pero el ruido que hicieron por querer treparse, llamó la atención del dueño y los atrapó. Pensaron ellos que les iba a dar una paliza, pero en lugar de eso, llevó adentro a empujones a los cuatro muchachos y les dijo:

—Si quieren ver a las muchachas, me van a traer una moneda la próxima vez y los voy a dejar que les vean los pechos... ¡Ahora largo! —advirtió el dueño.

Se fueron corriendo, pero al día siguiente llegaron sin falta, tocaron la puerta en montón y le mostraron las monedas al encargado. Él se sonrió acariciándose los bigotes y los dejó entrar... Se sentaron todos juntos en una banca, como asustados y nerviosos. ¡Y casi se les salen los ojos!, cuando el

encargado acercó a una de sus mujeres mejor dotadas que, divertida al ver la expresión de los chicos, se descubrió, sobándose de más los enormes pezones rosados.

—Si me traen dos monedas cada uno, los voy a dejar que la toquen. —garantizó a los chicos y ellos, buscando en sus bolsillos; sacaron entre todos, puras pelusas, piedras, dos canicas y cuatro almendras ya ennegrecidas.

Los clientes que estaban ahí se rieron y Lorenzo, olvidando por completo que sí traía dinero, pero no de él, sino por el pago de la leche, al vaciar el bolsillo cien veces remendado, cayeron seis monedas rebotando entre las piernas del dueño. El hombre detuvo con el zapato una de ella aun girando y se la entregó al muchacho que, temeroso, abrió las manos contando con la vista el resto del dinero.

—No es mío. —dijo rápidamente—. Es lo de la leche.

—¿No te gustaría meterte al cuarto con una muchachona? —susurró el dueño aproximándose a su oído—. Vas a poder agarrarla todita. —dijo acariciando el trasero de una y sus amigos, boquiabiertos y celosos, se le quedaron viendo esperando que aceptara y él contestó que sí hipnotizado, moviendo lentamente la cabeza.

—Pero me gusta esa. —apuntó a una muchacha más joven. Él tipo se rio y le habló a la chica rubia, que, sin quitarle la vista de encima, lo llevó de la mano hacia un cuarto no muy lejos de ahí... ¡No tardaron ni diez minutos adentro!, pero Lorenzo salió enamorado con las piernas temblorosas.

—¡Si dicen algo los mato! ¿Oyeron? Nada de decirle al papá o a la mamá o en la confesión al cura, sino... ¡Me los ajusticio y les saco las tripas! —amenazó el encargado.

Los muchachos salieron corriendo y afuera, todos se le dejaron ir a Lorenzo para que les contara con lujo de detalle lo que había sucedido...

Exactamente ahí perdió su castidad.

Ese día y los subsecuentes, aguantó las tundas de Estela por no llegar con el dinero completo y él, así como los demás, tuvieron que ingeniárselas para obtener dinero extra; rebajar la leche con agua, barrer la tienda del dispensario o pedir limosna a los peregrinos argumentando ser huérfanos. Se les volvió costumbre. Hasta a *la chula* le tocó trabajar extra, cargando bultos ajenos con tal de que a su dueño le alcanzara para pagar un ratito de placer que ya se les había hecho vicio...

De uno a dos días la pandilla de cinco se sentían hombres y, el ritmo les hubiera durado más, si no fuera porque a uno se le salió confesárselo al cura y

este les mandó hablar a todos. No nada más a ellos, sino que a los papás y por supuesto a Estela que furibunda, lo molió a palos y castigándolo, le quitó a *la chula*, siendo él el burro que cargó por todo el mes, los dos cubos de leche hasta el pueblo. ¡Y pobre de él sino regresaba temprano!

En cuanto al burdel, lo cambiaron a otro pueblo.

A comienzos de la guerra civil, Santiago se unió a Castilla y Aragón, cerrando los caminos y la ruta se volvió peligrosa. Los pocos viajeros que se arriesgaban a transitarla eran asaltados en el camino y el pueblo sufrió escasees por la falta de peregrinos y ese invierno, aparte de las heladas que les cayeron, fue uno de los más crudos que su madre no logró soportar y a principios de enero... falleció. Meses después, en verano, cuando Lorenzo cumplió dieciocho años, llegó una comisión de soldados a la villa. Para ellos fue una novedad porque desde hacía mucho no pasaba nadie, ¡menos soldados asturianos como esos!, con tambores, trompetas, banderas, portando brillantes espadas y enormes pistolas. Eran admirados por todos, por él y sus amigos y por supuesto, por las mujeres, quienes estaban encantadas de sus flamantes uniformes y la gran cantidad de insignias que orgullosamente lucían. Esa fue una de las razones por la que él y dos de sus amigos se enlistaron.

Este contingente se hospedó en la mejor posada de la villa, plantando sus banderas en la entradas y el dueño no les cobró nada, no se atrevió y una vez al día, por la mañana, una comisión en medio de la plaza principal se encargaba a diario, por veinte días consecutivos, de invitar a todos los hombres mayores de diecisiete años a que se unieran al ejército imperial... Apuntaron sus nombres, los nombres de sus padres y les hicieron en privado una inspección de cuerpo completo; desnudos, de frente, de espaldas, de perfil derecho y perfil izquierdo. Anotando en sus expedientes; lunares, marcas de nacimiento, color de ojos, de piel, tipo de cabello, de nariz; si estaban flacos, gordos, todo lo que se pudiera para identificarlos. Sus hermanas, *las hermanitas Martínez*, le lloraron a Lorenzo, dándole una y mil razones para que se quedara, que desistiera de irse al ejército, pero Estela, después de varias noches analizándolo, pensó que, si se iba, al fin lo educarían y convenció a las otras dos, que a esas fechas ya estaban casadas y con hijos para que al igual que ella, le dieran su bendición.

Lorenzo estaba flaco cuando salió de Santiago de Compostela, con apenas diez coronas que sus hermanas juntaron para que no se fuera sin nada y así, comenzó su viaje, dejando atrás la vida pacífica y segura de su hogar. El

bosque, el río y los prados y sus miles de peregrinos se quedaron en los senderos que llevaban a la tumba de San Santiago y Lorenzo, apenas volteó hacia atrás...

Con el contingente por delante, llevaron su tropa marchando hasta Andalucía, deteniéndose en cada pueblo, valle y ranchería; recogiendo más muchachos como él, ofreciéndoles como promesa recorrer el mundo y mejor vida. Prometieron también pagarles un salario para gastos en el camino, pero hasta entonces ni Lorenzo ni sus compañeros habían visto nada de lo ofrecido... Trabajaban como burros sin paga, cargando escudos, bultos, hasta gallinas. Comían poco y caminaban horas sin descanso. Él ya se estaba arrepintiendo. ¿Cómo era posible que hubiera dejado la vida simple que tenía? Extrañaba la comida caliente, su cama, hasta la cháchara y gritos de sus hermanas... Ahí engurruñado en el descampado, su vida anterior ya no le parecía tan mala. Su sargento los presionaba, los empujaba y sedientos, suplicaban, pero no los escuchaban. Los soldados eran los únicos que se divertían, sobre todo el contingente de adelante. ¡Ellos eran los responsables por haberse querido enlistar! Lorenzo los veía de lejos y se preguntaba, ¿cuánto tiempo iría a pasar para poder ser como ellos? ¿Y, cuánto demonios faltaba para llegar a destino? Ya iban casi tres mil reclutas en el camino, contando a los reincidentes que también se les unían que, después de haber pasado un tiempo en sus casas, se reintegraban cargando sus propios arcabuces. Habían ya recorrido más de treinta ciudades, reclutando muchachos de Sevilla, Cantabria, Murcia, Badajoz, Guadalajara, León, Palencia, Soria, Valencia y parecía interminable el destino. La dinámica era la misma... el campamento se quedaba a las afueras de las poblaciones mientras que la comisión principal hacía su entrada haciendo gala de sus vestimentas, banderas y espadas. Se quedaban alrededor de dos a tres semanas en las hosterías, gratis y partían con los nuevos reclutas. Lorenzo, Agustín y Santiago, ya habían llegado muy lejos, no quisieron escaparse a mitad de la noche como otros hicieron, por lo menos tenían la esperanza de conocer el mar de Sevilla y ver los gigantescos barcos portugueses.

Pasados catorce meses, su nuevo hogar, el cuartel de Andalucía, les dio la bienvenida. ¡Al fin pudieron ver la grandeza del ejército español!, con sus cientos de caballos guardados en las extensas caballerizas, salones de armas, aulas de entrenamiento y soldados, por millares, marchaban rigurosamente alineados en los patios.

Apenas llegaron fueron divididos: Les tomaron lista y menos trescientos desertores, los que quedaron, los separaron dependiendo de su estatura, edad y compleción. ¡Ahora sí les dieron de comer como Dios manda! Mucha carne con verduras, pan fresco y vino. ¡Mucho vino! Comieron y bebieron hasta que se hartaron y hasta que se cayeron de borrachos.

Al parecer, todo el año de camino era apropiado, para ver de qué estaban hechos. Su sargento reveló que esa fue su primera prueba, que fueron avezados en la incomodidad, fatiga y sufrieron las inclemencias del sol y del frío adrede; que cavaron zanjas, cargaron pesos y obedecieron órdenes como preparación y Lorenzo sin creer que eso fuera cierto, no dijo nada. Ahí en el cuartel los entrenaron en lo básico y les enseñaron a agarrar una espada, comenzando por la corta, luego la de una mano y dependiendo de la estatura y la fuerza o destreza del aprendiz, les fueron dando su arma para que la fueran dominando. A Lorenzo por supuesto que le gustaba la espada larga, la de una mano y media, pero batalló mucho para cargarla. Su entrenador lo animó y casi se la cambiaba, sino fuera porque se preparó extra en sus horas de descanso y estos entrenamientos surtieron efecto porque se volvió muy diestro con ella y cada vez más fuerte, a diferencia de su paisano *Chago*, que era más torpe con las manos y fue acomodado junto a los lanceros. Por su parte, Agustín que aun con la caminata y grandes esfuerzos que los empujaron a hacer, seguía pasado de peso y ya que cada área ocupaba de gente, a él lo instalaron en la cocina; según dijo, estaba más que agradecido porque ahí podía comer cuanto le diera en gana sin el peligro constante de salir a batalla. Su sargento vio a Lorenzo capaz y comenzó a entrenarlo con un grupo más reducido. Todos los días tenía que levantar la espada de dos manos hacia arriba sin mover la parte superior de los brazos, con los codos doblados, levantaba la, cada vez más pesada, espada, haciendo pausas largas hasta que, a causa del dolor del brazo, fuera insostenible. Por lo menos eran diez repeticiones y como cada semana aguantaba por más tiempo, su sargento lo envió al adiestramiento a caballo, pero, no pasó mucho y estos entrenamientos fueron los últimos, porque los capitanes, sargentos y tenientes, que ya estaban formando escuadras para ir a la guerra con veinticinco soldados cada una, lo nombraron líder de su grupo, dirigiéndolos al puerto de Almería... Esa fue una gran sorpresa. Ahí anclados a lo lejos, se podían apreciar los famosos galeones portugueses, muy diferentes a las carabelas y fueron para Lorenzo, un gran aliciente subirse en uno; él, que de niño manejaba un burro...

El capitán Andrés de Estévez comandaba el galeón de Nuestra Señora de Tenerife y, tanto él como los demás capitanes, se reunieron previamente para acomodar a las tropas: Formados entraron a la galera y de ahí los movieron a popa, luego los repartieron. La mayoría traía un arcabuz abrazado y el trabajo de Lorenzo, como jefe de escuadra, era revisar que todos contaran con su arma, suficientes municiones y corazas bien colocadas y dar, además, aviso a su sargento de cualquier anomalía.

Desembarcaron en Génova para encontrarse con tropas *milanesas* aliadas. Por ahí marcharon hasta llegar a Milán donde estaba apostado el ejército francés. Él no tenía ninguna experiencia ni tampoco estaba preparado para todo lo que pasó... Eran la mayoría jóvenes aprendices, él mismo no sabía qué hacer y los sargentos oliendo su miedo, se pasearon a caballo dándoles ánimo por el frente. Los de adelante sujetaron sus escudos y lanzas; eran casi dos mil lanceros, pero los franceses los rebasaban en número, pues se les habían unido más de cinco mil mercenarios suizos y con esa confianza los franceses avanzaron, sitiándolos al anochecer en Alessandria... ¡Lorenzo estaba impresionado de la furia de los altos oficiales castellanos que se lanzaron como alma que lleva el diablo montados en sus caballos con la espada al aire! En el campo de batalla no había tiempo de lamentaciones, un segundo quieto y, la cabeza volaba por los aires, o, un títubeo y, un puñal traspasaba el cuerpo... cráneos eran aplastados entre las patas de los caballos y por debajo, y utilizando lo que cada uno tuviera a su alcance, cada quien se defendía ya sea con golpes con el casco, escudos, patadas, puñales... ¡Todo era un arma para salvar la vida! Lo único que tenían que hacer era mantenerse firmes, no romper las filas, avanzar despacio y no bajar los escudos y, quien se cruzara en su camino, ¡debían atravesarlo! y cuando las filas se rompían, rápidamente un alto oficial los llamaba a reintegrarse y restablecer la formación con los que hubieran quedado... Sin embargo nada bastó para vencerlos, eran demasiados y uno de los capitanes, ordenando la retirada, obligó a los desbalagados a que se replegaran y, tan rápido como les fue posible, salieron por la orilla de la ciudad, llegando a duras penas a Génova, donde el capitán Ascanio los estaba esperando. Ahí alertaron a toda la ciudad para que se resguardara. Los ciudadanos milaneses podían rendirse y nada les pasaría, pero ellos, los castellanos, debían huir a menos que quisieran sentir el feroz y despiadado peso de la espada sueca...

Abandonaron caballos y todo lo que estorbara y subieron en un santiamén hasta Nuestra Señora de Tenerife que estratégicamente el capitán Andrés había

mantenido lejos del puerto genovés, luego zarparon en la oscuridad a toda velocidad con una terrible derrota sobre sus espaldas. ¡Más de cuatro mil soldados, contando los milaneses aliados habían perecido! Y, Santiago, *Chago* como le decían desde chiquillo, murió en su primera batalla por una espada que le atravesó el cuello. Lorenzo apenas se había dado cuenta de lo que eso significaba, hasta que arriba en cubierta, en el Mar de Liguria, salió de la conmoción... Recordó a su amigo tirado en el campo, a *Chago* con quien solía jugar de niños, *Chago*, quien le regaló seis huesos de aceituna para que completara su colección multicolor de cincuenta canicas, *Chago*, terminó desangrado con la cabeza apenas colgándole, con solamente un pedazo de cuero aferrándose a su cuerpo... ¡Tuvo que levantarse de su lugar!, estaba temblando, se inclinó a cubierta y vomitó pura bilis. No pudo evitarlo, pero las lágrimas le corrían por sus mejillas sin parar. Trató de disimular que seguía vomitando, pero las lágrimas, corriendo como río sin cause, no cesaban y el capitán Andrés se le acercó, le extendió un pañuelo y se lo llevó. No le dijo nada, lo dejó solo para que llorara a gusto, sin que nadie lo interrumpiera y después de un rato, llegó con una copa de vino en las manos. Se la ofreció y se sentó en el suelo junto a él.

—Tuviste suerte de salir vivo... —dijo el capitán rompiendo el silencio—. Deberías tratar de dormir, ya vamos a llegar a Porto Veccio. —agregó tendiéndole la mano y Lorenzo quiso devolverle su pañuelo—. Mejor me lo regresas limpio —dijo mirándolo de reojo y sin querer lo hizo reír, notando el retazo de seda húmedo de llanto y mocos.

Se dirigió haciéndose lugar entre los demás y se acurrucó en un rincón. No pudo dormir, pero descansó los ojos. Una y otra vez revivía la cara de Santiago, sus ojos abiertos y su cabeza apenas agarrada del cuello...

De mañana vio a los capitanes y sargentos reunirse cuando arribaron a puerto, todavía estaba oscuro y no se escuchaba otro ruido salvo las olas formadas por el viento, provocando oleaje de gran altura, haciendo rugir el mar. Estaba nublado y una ligera, muy fina llovizna les cayó sin lograr moverlos de su lugar. Otra vez Lorenzo cerró los ojos y no los abrió hasta que escuchó a los alcatraces revoloteando encima de ellos. Entonces se dio cuenta que sí pudo dormir un rato. Vio al capitán Andrés revisar las sogas de amarre de la *mesana* y se acercó.

—Limpio y seco capitán. —dijo entregándole el pañuelo—, ¿puedo preguntar que está haciendo?

—Este nudo de *botavara* está mal hecho... el responsable de esto la va a

pagar caro. —contestó seriamente—. Un solo nudo puede ser capaz de llevar a un barco a la miseria y un buen nudo nos puede salvar la vida.

En ese momento el capitán Ascanio, daba la orden a otro oficial para que despertara a todos.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Lorenzo, con la esperanza de escuchar que regresarían a Almería, pero el capitán Estévez, sin retirar la vista de Ascanio respondió:

—Yo me voy a Marsella, pero ustedes se quedan en *Nápoles*.

—¿Y usted que va a hacer en Marsella?

Rápidamente el capitán cambió de expresión y frunció el ceño. Lorenzo se avergonzó, olvidaba su lugar, él era un capitán. Se disculpó y Andrés sin responder, camino hasta las galeras para encontrarse con Ascanio. Ambos examinaron distintos puntos de un mapa, hacían ademanes con las manos y luego se quedaban pensativos. Mandaron llamar a los sargentos y estos dieron cuenta de la gente que quedaba, armas y pólvora, luego los juntaron a todos y almorzaron. Un cura hizo una breve ceremonia y el capitán Ascanio tomó la palabra:

—Todos hemos jurado dar nuestra vida por el bien de España y los que dejamos atrás se pueden dar por bien servidos. Sus familias serán recompensadas, serán alabados y glorificados, pero, ¡la guerra no ha acabado! ¡Es nuestro menester guardar nuestro pesar, tomar el coraje, la rabia y el orgullo y servirselos a esos malditos franceses con nuestra espada! ¿Están conmigo? ¿Sirven al rey? ¿Sirven al gran Imperio de España?

—¡Sí señor! —respondieron al unísono. Él continuó:

—En Nápoles nos espera un ejército español, nos uniremos con ellos, pero una escuadra se quedará en el barco. Será un gran efecto servir en galeras al servicio del capitán Estévez.. Un oficial les avisará quién se queda y les entregaran armas nuevas ¡Prepárense para abordar! —finalizó y Lorenzo no sabía cómo decirle al capitán que él se ofrecía para quedarse. No quería parecer cobarde, así que se lo dejó a la suerte y mientras su sargento armaba nuevas escuadras, Lorenzo quedó en la tres, otra vez como líder de su grupo.

—¡Caporales al frente! —ordenó el sargento.

Los seis líderes obedecieron y bajo la revista del capitán Andrés, repasó la lista y pronunció en voz alta:

—¡Martínez! Preparé a su gente, ustedes se quedan.

—¡Sí señor! —contestó dando un paso al frente.

No supo Lorenzo entonces si fue la suerte o es que el capitán lo ayudó,

tampoco le vio necesidad de preguntarle, él estaba seguro que fue lo segundo.

Al llegar a Nápoles, los aguardaba como había vaticinado el capitán Ascanio, el ejército español. Los que se quedaron, viraron con rumbo a Marsella y estando en marcha, el capitán llevó a los nuevos soldados a conocer los cañones, enseñándoles artificialmente a usarlos y seguramente lamentó no haberse quedado con gente más experimentada. Los franceses estaban en buena racha y ellos podían tener la mala suerte de encontrárselos en el mar. Era un riesgo que tenían, sobre todo cuando se habían apropiado de Génova. Debían rodear hasta Cagliari y así lo hicieron sin ningún problema, pero al avistar Marsella, adivinó Lorenzo a lo que iban... Eran ellos un solo barco, ¡pero debían atacar al puerto francés! El capitán se fue aproximando sin mostrar la bandera y cuando estuvieron a una distancia por demás cercana, grito:

—¡Fuego!

Todos los cañones a proa estallaron, sorprendiendo a los tripulantes y marinos de los cuatro barcos abarloados y sin poder defenderse de momento, lograron hacerles daño a dos de ellos. Consiguieron mover uno para darles alcance, pero el capitán retrocedió y ordenando una nueva carga, cuando el otro se acercó, les abrió fuego, mientras la escuadra de Lorenzo, armados con arcabuces y espadas, listos para ascender al barco, se aferraron entre las cuerdas y la baranda cuando los barcos se tocaron y furiosos desde la cubierta, se lanzaron invadiendo al barco enemigo, eliminándolos fácilmente. No tuvieron bajas y Andrés ordenó que le prendieran fuego. Ese era el mensaje... ¡Con el Imperio Español no se juega! Ahora ellos tenían tres barcos menos... Re-emprendieron el curso hasta Málaga donde se ubicaban las fábricas de pólvora, arcabuces y cañones; Nuestra Señora de Tenerife se adentró hacia el noroeste para evitar el curso de algún barco enemigo y los soldados, retomando sus lugares, se hicieron al lado de la *toldilla* para no estorbarles a los marinos. Se acomodaron para acostarse, pero Lorenzo no lo hizo, le daba curiosidad las acciones de los marineros por mantener semejante barco a flote, sobre todo después de lo que el capitán había hecho en referencia a los nudos de soga. Le gustó también el compañerismo que había y el hecho de que cada uno supiera qué hacer; escuchaba sus silbidos y notó que hasta eso era un segundo idioma para ellos. Todos se entendían sin siquiera hablar, con una sincronía sin igual.

—Lo vi en cubierta. —observó el capitán sacándolo de sus pensamientos —. Fue el primero en abordar, me sorprendió que usara la espada en lugar del

arcabuz.

—Me costó tanto dominarla que ya no quiero dejarla, además es más rápida.

—¿Nunca se había embarcado? —preguntó al ver su fascinación por todo.

—No señor, me hubiera gustado haberlos conocido antes de enlistarme.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque hubiera preferido ser marino... —contestó con un dejo de decepción.

—¿Usted sabe que también servimos al rey, ¿verdad? Vaya, que también pertenecemos al Ejército Imperial. —explicó al verlo confundido y Lorenzo sonrió al darse cuenta de su estupidez—. Porque si usted quisiera unirse a las galeras no se considera desertar, pero sí tendría que comenzar desde abajo, porque aquí su puesto de caporal no vale nada.

—¿Y cómo se hace eso capitán? —Andrés lo miró divertido—. Usted perdonará, pensará que soy muy bruto, bueno, supongo que sí lo soy.

—Mira muchacho, todos los barcos traen una escuadra de soldados, pero como puedes ver... —apuntó a sus compañeros tirados a sus anchas bajo la *toldilla*—. Ellos son independientes al barco, generalmente los van cambiando y dependen de su capitán de guerra... Tú decide, ahora vamos a cargar reservas para Nápoles y cuando llegemos resolverás a cuál grupo quieres pertenecer. Los dos tienen ventajas y desventajas, dependiendo qué estés buscando, así que piénsalo bien. —Y antes de retirarse añadió—: Me extrañó que nunca te hubieras subido a un barco y no te amodorraras, eso deberías tomarlo en cuenta como una señal...

—¿Capitán! —exclamó cuando Andrés subía la escalera rumbo al timón—. ¿Yo podría escoger el barco?

—Tú eres un desgraciado cabo, no puede escoger nada.

—Entonces... ¿usted podría reclutarme?

—Podría. —dijo y fue todo.

Lorenzo no tenía que pensarlo mucho, quería ser marino, quería ser capaz de mover un monstruo como ese, quería subir por las cuerdas como lo hacían los grumetes y no le importaba comenzar desde abajo. Lavaría pisos, trastos, lo que hiciera falta, ya lo había decidido...

A Nápoles arribaron al anochecer y Andrés entregó parte del cargamento al capitán Andrade, el *Gran Capitán*. De ahí rodearon hasta Apulia, entregando el resto: Más de cien caballos de guerra. Aguardaron en el mar y su misión principal fue desviar cualquier ataque por barco que llegara a esa zona

mientras los ejércitos en tierra, tomaban Ceriñola y, en un solo día, el ejército español venció a los franceses. Nuestra Señora de Tenerife desembarcó y todos sus tripulantes se unieron al festejo al día siguiente. ¡Todo Nápoles pertenecía al Imperio!, y se iba cumpliendo el presagio, de que en España nunca se ponía el sol, porque cuando se ocultaba por el oeste ya había vuelto a salir por el este.

Lorenzo brindó por *Chago* curándose en salud, pensando que por lo menos su amigo no murió en vano.

—¿No le pesó no haber estado en tierra? —preguntó el capitán Andrés a Lorenzo en medio de la fiesta—. Tener la satisfacción de ver correr al enemigo... es incomparable.

—Capitán... —contestó muy serio—. Ya lo pensé, yo no tengo nada que perder y si usted me acepta quiero formar parte de su tripulación. Como dijo, empezaré desde abajo señor.

—No puedo bajarlo de su rango como soldado, pero tengo confianza que será buen aprendiz.

—¿Aprendiz...?

—Mí aprendiz. —respondió muy serio—. Mañana zarpamos, así que... no se vaya a emborrachar. No empiece mal su primer día. —Lorenzo asintió atontado y gritó de gusto, pero con tal alboroto a su alrededor, a nadie le extrañó su euforia.



Una de las recomendaciones del capitán Andrés para con Lorenzo fue que su salario no se lo enviara todo a sus hermanas, sino que dejara una parte para pagarle al cura de a bordo para que fuera su maestro de lectoescritura, porque hasta que no aprendiera tendría que hacer el mismo trabajo de los mozos, siendo un puesto inferior todavía que los propios grumetes. Lorenzo no se lo tomó a mal a pesar de las burlas que le hacían los marineros. Él aguantaba, porque *cada palo que aguante su vela...* ¡Así se hablaban en la mar!, sino era por un dicho, era una copla o era en ese lenguaje que solamente un buen marino comprendía... Esa jerga no era cosa fácil y podía ser confusa, como el hecho de que, el palo dividido en tres trozos, tenían distintos nombres; uno era *Mastelerillo*, el más alto; este se unía por medio de una pieza llamada *tamborete*, o *cruceta*, al *mastelero*, que era el trozo central; este, a su vez ,

descansaba en el *palo macho* por medio de otro *tamborete*. El *palo macho*, siendo el más bajo y más grueso y el agujero de la cubierta por donde pasaba el palo se nombraba *fogonadura*. El extremo inferior del *palo macho* era la *coz* y la *coz* estaba sujeta a la *quilla* del barco por una pieza llamada *carlinga*... Así que los marineros jugaban con todo y si parecía que hablaban con doble sentido, ¡así era!, y un civil, rara vez la veía venir y Lorenzo, como buen novato, aguantaba sus albuces y si después de limpiar los pisos de la cubierta, uno iba y escupía o se orinaba... ¡A volver a lavar! “¿Cabo de escuadra?”, se burlaban de él, “*Limpie bien el piso cabo*”, y él lo hacía sin chistar. No había otro grumete como él. ¡Era el más viejo de todos! Los otros dos tenían quince y dieciséis años y ni ellos le perdonaban la guasa. Los entrenamientos del cuartel habían hinchado su cuerpo y con su estatura daba risa verlo parado a un lado de los grumetes cuando se formaban para que el alférez pasara revisión. Solamente una vez se le olvidó fajarse el cuchillo, única herramienta que debía llevar siempre y después de la revisión matutina, como castigo tuvo que ponerse una enagua a la hora de la comida para diversión de todos. Sin embargo, lo que sí disfrutó porque desde antes lo había envidiado, fue subirse al mástil mayor y deslizarse, treparse por las sogas y amarrar o desamarrarlas desde arriba y, lo que más odió, fue limpiar las mierdas...

Lo cierto es que todos tenían derecho a mandarlo y se aprovechaban de su derecho. El capitán Andrés se daba cuenta, pero no decía nada, muy poco se codeaba con él y muy apenas le dirigía la vista.

Otra de sus labores era ayudar a limpiar el comedor y a veces hasta en la cocina retorció cordeles y cuerdas en su tiempo libre. A los tres grumetes les tocaba recitar las oraciones de la mañana y Paco, con mejor puesto, siendo el grumete con más experiencia, no limpiaba ni la cocina ni los pisos; su trabajo era vigilar el reloj de arena cada media hora y sacarles filo a los cuchillos. De noche, al que le tocaba recitar la oración era a Lorenzo...

*“Amén, y Dios nos dé buenas noches;
buen viaje; buen pasaje haga la nao,
señor maestro y buena compañía...”*

—¡No se oye! —exclamaban con enfado y Lorenzo tenía que comenzar de nuevo.

—¡No se entiende! —reclamaban y el capellán le pedía que hablara más

despacio...

Ya sabía él que era a propósito y lo repetía lo más despacio y claro que podía.

Desde el principio fue advertido y nunca nadie se atrevía a contradecir al capitán Estévez, porque si en tierra era un alma de Dios, en el mar era el mismísimo diablo... No toleraba errores y jamás le tembló la mano cuando aplicaba un castigo porque *a tal patrón, tal marinero*. En su cinturón portaba un látigo ya gastado que solamente utilizaba en casos muy especiales, pues normalmente prefería los castigos más benignos, como quitar raciones de comida, de vino o aumentar el trabajo. En el galeón, en medio del mar, el capitán era su dueño, juez, rey y verdugo y, *donde gobierna capitán, no manda marinero*.

El canto, costumbre favorita de Lorenzo, iniciaba desde el primer día de embarque en cualquier puerto donde estuvieran.

*“Ya lo que manda el cómitre prudente.
Abaten, zarpan en un punto, y cian,
De tierra el cabo ya desamarrado:
Del puerto salen ya, ya se desvían
Del que a las veces es tan deseado.*

*Sostén la boga, la galera avían,
Tras la real el curso enderezado,
Que por guía de todas vigilantes
El fanal encendido va delante.*

*Al céfiro esperado desplegaron
Las velas del trinquete los proeles,
Y sin que las hinchiese navegaron
Bogando algunas millas á cuarteles;*

*Pero, ya que en el alto golfo entraron,
Avivando el favonio los pineles,
El cómitre silbando luego ordena
Levar los remos, y amainar la entena.*

*Afrenillada ya la palamenta,
Viene la entena abajo con ruido:*

*La espiga en un momento se le aumenta,
Y en un punto el bastardo está tendido.*

*Iza la chusma alegre ya y contenta
Del viento a su descanso que ha venido:
Sube la entena, y llega a dar al tope:
Va la galera más que de galope...”*

Pasaron ocho meses que Nuestra Señora de Tenerife, recorrió las rutas de Sevilla a Nápoles sin descanso, cuando muy de mañana, subió Lorenzo hasta el puente de mando y puso frente al capitán Andrés una biblia con pasta de cuero, precisamente a la hora de su comida, hora que nadie debía molestarlo, pero la única hora que Lorenzo tenía libre.

Él lo miró molesto apenas levantando la mirada con la cuchara todavía en la mano.

—Escoja la página que quiera. —exclamó Lorenzo y Andrés suspirando, abrió el libro al azar. Sonrió. Era el salmo 23, el favorito de Isabel y Lorenzo sin percatarse de su expresión, miró la página y comenzó a leer...

*"El Señor es mi pastor, nada me falta;
en verdes pastos él me hace reposar.
A las aguas de descanso me conduce
y reconforta mi alma.*

*Por el camino del bueno me dirige,
por amor de su nombre.
Aunque pase por quebradas oscuras,
no temo ningún mal,
porque tú estás conmigo
con tu vara y tu bastón,
y al verlas voy sin miedo...”*

—¿Hasta dónde debo leer? —preguntó Lorenzo notando a su capitán pensativo... Hasta parecía que lo sacaba de un embrujo.

—Ya, ya, pero vas a terminar el itinerario de Sevilla hasta Tenerife.

—¿Dónde en Tenerife, en Canarias?

—Sí... mi hogar. —contestó reflexivo—. Ya vete que te perdiste la hora de

comida, ahora vas a tener que comer en tu próxima hora de descanso.

—No tengo hora de descanso. —contestó molesto.

—Entonces hasta la cena. —dijo y Lorenzo se dio la vuelta—. Oye... —se detuvo y por un instante Lorenzo pensó que le iba a invitar un bizcocho que traía en la mano—. Llévate tu libro. —Suspiró y lo agarró a regañadientes, luego regresó a sus labores.

En dos días sin falta arribaron al puerto de Tenerife y la tripulación como por obra de un milagro cambió de actitud. Se notaban con mejor humor y hasta se portaban un poco mejor con él. La mayoría tenía ahí a sus familias y tenían al fin un verdadero descanso de treinta gloriosos días y, antes de alistarse para salir, el capitán le habló a Lorenzo delante de todos:

—Termina de limpiar la cubierta y te esperamos en la taberna que está a un lado del puerto, no olvides la cocina y el comedor porque no queremos infestarnos de cucarachas. —Lorenzo pensó al principio que era una broma, pero el capitán mantuvo su seriedad al igual que el resto de sus compañeros.

—Sí capitán. —contestó fastidiado.

Todos salieron, aun los grumetes, pasándole delante de él, encogidos de hombros, pero Lorenzo se dijo a sí mismo que entre más rápido comenzaba, más pronto terminaría y comenzó a fregar... Cuando terminó, tres horas después, buscó la taberna y sabiendo que todos estarían ahí, respiró hondo antes de entrar. No estaba de humor para sus burlas, estaba cansado pero la promesa de una cama decente y un tarro de cerveza lo animó.

¡En cuanto abrió las puertas batientes, los de adentro hicieron tremendo escándalo! Lo cargaron entre cuatro hasta la barra, fue recostado sin camisa, lo bañaron con brandy y le treparon una muchacha que le relamió el alcohol derramado desde su pecho hasta los labios...

¡Todos aullaban!

—Felicidades Lorenzo, ya eres uno de nosotros. —anunció su capitán.

Sus días de grumete se acabaron y ese fue uno de los mejores días de su vida. Se emborrachó y subió al cuarto que le dejaron solo para él como regalo, acompañado de la linda muchacha que le había dado la bienvenida.

Haber estado con ella hizo que reviviera sus días de mozalbete y sus escapadas a las mancebías clandestinas donde se jodió a todas las putas de Costoia y, sorprendiendo gratamente a la muchacha por su buen desempeño en la cama y por el gozo que le había producido una y otra vez... ¡no tardó en correr la voz!, y ese fue el inicio de su fama de mujeriego y gran amante entre las muchachas de los puertos, sobre todo de Tenerife...

Tenerife, como había dicho el capitán Andrés, era la ciudad donde residía su familia e Isabel conoció a Lorenzo.

—No deje de mandarles dinero a sus hermanas. —comentó Isabel a Lorenzo una de esas veces que éste se quedaba por tardes eternas.

—Princesa... —interrumpió el capitán.

—Sí, sí, ya me voy. —señaló ella sonriendo y antes de irse, acarició el cabello de su esposo, dejando una botella de fino cristal con el mejor brandy que solo Andrés podía conseguir.

—Capitán... es encantadora. —observó Lorenzo, pero Andrés levantó las cejas muy serio sin responder.

Ella era lo único que el capitán Andrés se negaba a compartir. De Fernando hablaba con gran orgullo y de Rebeca se explayaba contando sus travesuras y ocurrencias de una niña demasiado precoz. También supo Lorenzo de su padre, de su primer oficio en el muelle de Oporto y por supuesto, pasaba horas hablando de galeones, rutas marítimas, nudos de tope, hiladas, lazos, gazas y balsos, pero Isabel era un tema intocable y ni para bien ni para mal le gustaba que la nombraran. Lorenzo llegó a entenderlo, era lo único íntimo en su vida, lo máspreciado y no quería compartirla con nadie.

De regreso a la mar, después de esa primera temporada de descanso, el capitán Andrés lo nombró *Proel*, designándolo a la *proa* de la galera: Dirigía la maniobra y aunque se requería de gran agilidad, Andrés lo instruyó sin despegarse de él hasta que a su ver lo podía hacer solo. Quiso también que siguiera entrenando con la espada porque decía que una habilidad no debía ser desperdiciada y, *más vale palmo de vela que remo de galera*. También supervisaba la artillería y auxiliaba en cubierta o en distintas funciones como *capear*; *aproando* el barco al viento haciendo *avante*, *costrar*; tirando hacia sí de un *cabo*, correr; situando la *popa* a *barlovento* y... *guarniendo*, *estibando*, *largando*, *sujetando*... lo que hiciera falta. No fue fácil, sin embargo, obtener respeto de los oficiales en tierra, ni siquiera cuando fue nombrado almirante. Para ellos seguía siendo un simple marino, considerados por la mayoría como vagos sin honor. Su capitán, caso contrario, era respetado y asistía a las galas portando finas vestiduras, terminando más tarde en la taberna o tugurio de cualquier localidad donde a su gente se le antojara juntarse. Los soldados y marinos no se llevaban y los taberneros rezaban porque no coincidieran, porque cuando eso sucedía, casi siempre terminaban en peleas con alguien

más que herido y sillas, mesas y botellas rotas.

“La mar y la mujer, de lejos se han de ver”. Era un dicho muy conocido entre los marinos y en esas rutas que no incluían civiles, estaba terminantemente prohibido subir mujeres. Los capitanes preferían arribar en algún puerto cuando las travesías eran largas y a la gente la notaban muy inquieta. Eran hombres de mar y como cualquiera estaban acostumbrados a tener una mujer entre las piernas, por lo menos unos ratitos se escapaban de la agitación diaria, bebían hasta caerse de borrachos y si es que ese era su último día en la tierra, ¡qué mejor que morir enpiernado con una hembra!

Lorenzo tenía una ventaja, tenía suerte con las mujeres, les gustaba a ellas y él lo aprovechaba al máximo. Nunca les hacía promesas, le gustaba enamorarlas y retirarse lo antes posible. Las categorizaba de acuerdo a su condición... Estaban por ejemplo las virtuosas, muy cristianas que se escondían de sus padres para verse en la oscuridad de la noche con él. No hacían nada, se dejaban querer, acariciar, besar. Era para ellas un ladrón, un bribón, un demonio. Solo sucedía una vez y en la calle, cuando pasaba cerca de ellas, enrojecían de vergüenza... Las casadas en cambio eran muy peligrosas, siempre volvían por más, les gustaba el riesgo, la sensación de sentirse descubiertas, de despertar los celos de sus maridos y aunque parecieran fáciles de evitar, ¡no lo eran! Sus ganas a flor de piel las volvía mejores amantes, dispuestas a hacer lo que fuera. No eran tímidas y a él, le gustaba también esa sensación y andar con ellas. Les daba justamente lo que querían. Eran más ardientes y generalmente solo buscaban una aventura, que según la ley, podía ser castigada hasta por la muerte.

Solo una, una sola mujer le hizo ver su suerte a Lorenzo: El romance que tuvo en Santiago de Cuba con Catalina de Sánchez, si se pudo llamar así, fue muy diferente. Ella lo sacudió, lo despreció, siempre tuvo la delantera y, con una apariencia de doncella, tan bella, frágil, delicada y elegante, cuando lo miraba, parecía meterse en sus más oscuros anhelos y saber exactamente, lo que deseaba. Jugaba con él, se comportaba como una cortesana cuando estaban solos y eso provocaba que, en la calle, del brazo de don Alonso de Rivadeneira, quisiera tomarla, poseerla y arrancarla de él. Despertaba sus instintos más salvajes y pensamientos más obscenos, así que, sí, se enamoró de ella. La pensaba continuamente. Recordaba su aroma y suavidad de su piel, la forma celestial en la que se movía y la sensación tan deliciosa cuando relamía con su boca su cuerpo. ¡Por Dios que estaba loco por ella! Sentía la

necesidad de tenerla, irse, escaparse, desposarla y servirla por el resto de su vida, pero... sería que, por ser tan parecidos, tendían a desemparejarse y sería también que ella solo buscaba la protección de un hombre rico y don Alonso de Rivadeneira lo era... No la juzgaba, a eso habían ido todos al Nuevo Mundo, a ser las personas que siempre quisieron ser: Respeto, honor y dinero, ahí los títulos eran repartidos a diestra y siniestra y quien pudiera comprárselo podía fingir ser noble. Para rabia de Francia el pastel era suyo y cada uno de los conquistadores reclamaba su rebanada. A Lorenzo también le tocó una tajada y posteriormente, a la muerte del capitán Andrés, después de sus idas y venidas a las Indias, a posteriori de la conquista de Tenochtitlán, y, naturalmente, luego de los pleitos que sostuvo el gobernador Velázquez contra Hernando de Cortés, Lorenzo aceptó su propuesta y, cobrándole el juramento que años anteriores le había hecho, se convirtió en Protector de la costa de Villa Rica de la Vera Cruz, llevándose, por supuesto, a Lucía de Pastorino consigo. La esposa perfecta: Joven, virgen, hermosa, educada y por sobre todas sus virtudes, fervorosa cristiana y devota de la Virgen de los Remedios.

Fernando Estévez de Portugal

"*El jinete lleva al caballo a su destino*". Era un dicho de su madre y ella lo aprendió de su *papa* Isaac. Fernando no lo comprendía y era porque le molestaba esa afirmación. Su padrino, el capitán Diego de Rodríguez, dijo una vez que había dos tipos de hombre, los que seguían la corriente y los que provocaban un cambio, pero también habló del destino y para él, eso era contradictorio.

El recuerdo de los *taínos* que mataron en la isla de Cuba lo perseguía, en especial el espíritu de *Camayá*, al cual Fernando tuvo *la suerte* de capturar y apesar que el capitán Diego afirmó que ese era su destino y que, si no hubiera sido él, alguien más lo hubiera apresado o matado y que esa tribu no hubiera podido sobrevivir y que sus días como dueños de esas tierras estaban contadas... Aun así, su reminiscencia no lo dejaba dormir. ¿Por qué tuvo que ser él el responsable? Su madre lo pensó enfermo, pero lo cierto era que las secuelas de lo vivido no lo dejaban dormir. Nunca le contó a Isabel lo que sucedió antes que ella llegara a Santiago de Cuba y dudaba que lo haya sabido porque ella nunca lo había mencionado. La conocía; habría llorado, se culparía continuamente por haberlo dejado ir y querría regresarse, pero Santa, la taína que ella adoptó como acompañante, sí lo sabía. Su penetrante mirada perforaba sus pupilas y parecía reclamarle por haberles quitado la última esperanza de su amado pueblo.

—Ese niño no tiene el cuerpo malo. —declaró Santa a Isabel—. Lo que tiene enfermo es el espíritu.

Santa tenía razón.

No fue hasta después que Lorenzo se fue con Lucía a Santa Vera Cruz, que Fernando decidió sincerarse con su madre y armándose de valor, le confesó que había aceptado la oferta de su tío Daniel de Estévez para irse a vivir un

tiempo con él a Lisboa. Para su sorpresa, Isabel lo aceptó bien. Partió desde el puerto de La Habana en marzo en primavera, antes que entrara el temporal de lluvias en una embarcación a las órdenes del capitán Yáñez Chávez, anclando en el Puerto de Huelva en Sevilla a principios de mayo y de ahí, tomó un barco más pequeño a Lisboa...

Lisboa. La hermosa ciudad de siete colinas que desde a lo lejos parecía darle la bienvenida conquistó al instante a Fernando, rendido por su luz y peculiar belleza. En el puerto, decenas de barcos provenientes de distintas partes del reino, sobre todo de Génova, Venecia y Pisa, parecían puestos a propósito, contrastando con sus matices como uno de los frescos de *Ambrogio Lorenzetti* y su predilección por los tonos pastel. Su playa, acolchada de arena fina, enmarcaba con un suave color marfil la ciudad repleta de turistas, resaltando por supuesto, la Casa de Pólvora, las Tercenas y justo enfrente del puerto, un fuerte a medio terminar se apreciaba, digno de un palacio: la Torre de Belém. La ciudad tapizada de casas bajitas y calles empedradas, sorprendía a cualquier viajero, que comprobaba que no se encontraba en un pueblito cualquiera y sus grandes edificios de piedra, demostraban el estilo de vida de los *lisboetas*, con sus amplias y coloridas avenidas, terrazas al aire libre y la extraordinaria luz que solo Lisboa poseía.

La casa de su tío, era la casa de su mujer. ¡Efectivamente don Daniel de Estévez se había casado! Y, cuando él juraba y perjuraba que no lo haría, encontró en doña Antonia di Correia, diversas virtudes que le fueron imposibles de rechazar: Era doña Antonia una mujer libre, independiente, de buen sentido del humor y sobre todo, rica, muy rica, al igual que su casa, situada en los pies del *Castelo de São Jorge*, entre cuevas y escaleras, con una vista formidable que desde sus balcones enmarcaban una panorámica completa de las *Portas do Sol* y el mirador de *Santa Luzia*, su casa estaba sin duda ubicada en la zona más privilegiada de la ciudad.

Un cochero lo llevó a la casa de los Correia y su tío lo recibió con los brazos abiertos. ¡Estaba muy contento y lo llenó de besos! Lo presentó a su esposa y le explicó lo mucho que había cambiado desde la última vez que se vieron.

—Bien parecido y educado. —dijo en perfecto castellano ante la reverencia que le hizo.

—Estoy agradecido que me reciban señora, espero no causarles molestias.

—¡Tonterías! —exclamó su tío—. Quédate todo el tiempo que desees.

La casa era grandiosa también en los interiores; lujosa, con cinco sirvientes que incluían: mayordomo, mucama, cocinera, criado, jardinero y cochero; doña Antonia tenía su doncella y don Daniel su mozo, por eso le sorprendió que Fernando viniera solo. Se le hacía difícil entender, —a doña Antonia—, por qué no quería que le consiguieran un mozo personal, tratándose de un caballero y, ante la negativa de Fernando por aceptarlo, accedió agradecido los cambios de ropa que su tío hizo a bien invitarle y sin mucha demora, mandó a su sastre personal para que le hiciera seis trajes completos, dos gabanes de terciopelo y dos capas adornadas, una con brocados dorados y otra con brocados plateados. También hizo que le recortaran el cabello al estilo de moda de Lisboa: un poco largo por atrás del cuello, patillas perfectamente delineadas, bigote fino bien acicalado y aun con la barba escasa, fue esculpida, peinada y perfumada, dándole así el toque final.

—Así se viste uno aquí sobrino, debes estar presentable para todos los eventos que asistiremos.

—¿Eventos?

—¡Por supuesto! Quiero lucir a mi sobrino... Nunca antes se ha presentado alguien de mi familia y contigo me voy a lucir. —dijo acomodando su nuevo gabán. Lo miró haciendo un ángulo con los dedos y sonrió satisfecho—. ¡Perfecto!

A partir de su llegada, asistió a fiestas y comidas y entre las amistades de su tío y de doña Antonia, causaba mucha curiosidad el hecho que viniera de Indias Occidentales. Les gustaba que les platicara todo lo referente a esas tierras... sobre su clima, costumbres y el tipo de nativos que encontraron y si se resistieron o no y si eran caníbales o no y si en el mar hubo quizá avistamientos de sirenas o probablemente algún hundimiento causado por el temible leviatán. "*No señor, que yo sepa no son caníbales*", "*No señora, tampoco he visto algo parecido*", contestó Fernando que, si era cierto que tenía gran parecido a su padre, no había heredado de él su habilidad por contar historias como sí lo hizo Rebeca, pero sí, por lo menos reconoció haber sido testigo de la presencia de serpientes más grandes de lo normal en el mar, pero nada que se asemejara a ese monstruo marino tan feroz que, con un cerco de dientes, hacía temer hasta al más valiente marino.

Se deleitaban sobremanera con los viajes al Asia Oriental y generalmente su círculo de amigos leían y hablaban de lo mismo; lo que estuviera de moda y las damas, cada una de ellas, contaban entre sus curiosidades, con una copia de *Le divisament du monde*, que relataba las aventuras del veneciano Marco

Polo. Era afición de ellas porque no salían a ninguna parte, bueno, probablemente a las grandes ciudades, pero, en definitiva, disfrutaban la dulce vida de Lisboa. Entre ellos, tanto hombres como mujeres se prestaban a representar pequeñas escenas teatrales que divertían y entretenían a todos y rápidamente solicitaron a Fernando representar al *Gran Khan* en uno de sus eventos. Fernando no tuvo más remedio que aceptar a sus ruegos y doña Antonia aplaudió contenta. Era la novedad y todos querían invitarlo a hacer algo; desde tomar el té, hasta conversar sobre asuntos de política en la *Alfandega Nova*, un espacio privado exclusivo para hombres, alfombrado con sillones aterciopelados, donde bebían coñac y disertaban sobre política, economía y obras literarias. ¡No cabía duda que su tío se daba la gran vida!

El clima en Lisboa no era tan caluroso como la mayoría de las costas y cuando mucho en las noches, que era la hora en que refrescaba más, un abrigo simple servía para caminar por la *Rua Nova dos Mercadores*. Eso hizo don Daniel una tarde, que si bien, estaba feliz de tenerlo ahí, quiso platicar con Fernando a solas, porque imaginó que había una razón que Isabel no quiso mencionar en su carta. Dijo ella que cuando Fernando quisiera se lo diría y se lo encargó mucho... "*Allá te mando un pedazo de mi alma*", dijo. Sobre esos contornos azules del inmenso *Tajo*, entre las callejuelas del barrio de *Alfama*, el plan de don Daniel funcionó y Fernando sintió ganas de sincerarse con su tío y, compartir con él su falta de alegría y el poco sentido que le encontraba últimamente a la vida y ya encaminado, le contó brevemente algunas de las cosas que tuvo que hacer estando en Indias y su tío, sin interrumpirlo un solo momento, siguiendo sus pasos hasta ya muy avanzada la noche, con los faroles encendidos, hasta que a Fernando se le agotaron las palabras, las disculpas, los arrepentimientos y las acusaciones, solo entonces, él lo regresó a casa.

Entró don Daniel de primero y saludó a doña Antonia que conversaba con una amiga en el salón principal y a Fernando lo metió por la entrada de servicio, para evitar, sobre todo, los saludos acostumbrados.

En su estudio, le sirvió una copa de su mejor vino y se sentó pesadamente en el sillón.

—Eso que te pasa, no precisamente es tan malo sobrino. —dijo pensativo, observando minuciosamente el líquido en su copa—. Al contrario, todo indica que estas vivo, que eres un hombre o mejor aún, que te estas convirtiendo en uno. —Fernando hizo una mueca como de sonrisa y su tío prosiguió—: Lo que te dijo el capitán Diego no está a mi ver muy equivocado. Yo también creo en el destino de cada hombre y no digo que no, pienso que es correcto que te

sientas responsable por quitar una vida. Eso habla sin duda de tu buen corazón.

—No se tío, creo que me la cobrarán en mi próxima vida.

—Lo que creo es que tú y este joven guerrero están relacionados de alguna manera y ambos cumplieron con su destino, dime, ¿qué son los héroes y villanos? A mi ver están ambos muy sobre-valorados. En esta vida solo existimos nosotros, hombres simples tratando de sobrevivir con lo que nos dejaron y, sobre ese dicho que mencionó tu madre sobre el caballo, también lo llegué a escuchar. Son dichos de nuestra gente.

—*El jinete lleva al caballo a su destino.* —recordó en voz alta, pero se rascó la cabeza sin haber podido descifrarlo—. ¿Qué quiere decir?

—Me temo que es algo que tú tendrás que averiguar solo. Lo siento mucho sobrino, pero, ¿quién eres tú, eres el jinete o eres el caballo? No, no me lo digas a mí, tienes que tener tus propios discernimientos. —sonrió orgulloso como cuando un padre mira a su hijo—. ¿Sabes qué Fernando...?, estoy contento. —dijo levantando su copa—. Así se comienza a ser hombre. Hay quienes siguen la corriente y no se detienen a observar lo que pasa a su alrededor, pero tú no... así que quédate aquí hasta que sepas que quieres hacer, no hay prisa querido mío.

A las dos semanas de esa conversación, le dijo a su tío que tenía ganas de ir a Oporto a visitar a su abuelo Emilio, el padre de su padre y su abuela y, al otro día, en la casa de piedra rosada, apenas cruzó la puerta de entrada ¡enseguida lo reconocieron! Lo llenaron de besos y su abuelo, tomando su rostro entre sus manos, ¡lo abrazó tan fuerte, que hasta los huesos le crujieron! ¡Qué felicidad estar con ellos! Su ánimo y alegría le hicieron mucho bien y haber ido a ver los barcos en el astillero donde su padre trabajó de joven e imaginarlo en ese puerto, le dio un nuevo sentido a su vida y, su familia... ¡Qué familia! ¡No estaba consciente de tantos parientes que tenía! Abuelos, tíos, primos, ¡sobrinos! Pasó de sentirse un solitario sin rumbo, a formar parte de un gran clan, con recuerdos, genealogía, costumbres y manías que hasta entonces supo de dónde le venían. ¡Qué lástima que Rebeca se lo perdiera! Se lamentó que no los conociera. Pensó que también le hubiera gustado darse cuenta de todas las primas que tenía, muchas muy parecidas a ella, con sus preciosos ojos pizpiretos, su cabello rizado y esa sonrisa de lado que hacía cuando la pillaban en alguna travesura.

Muchas cosas habían cambiado en el puerto y, mientras unos iban y otros

venían, como su *Avi* Isaac, padre de Isabel, que se había marchado de Oporto luego que murió su *bubbee* —su abuela—, a *Safed*, una ciudad de oriente ubicada en las montañas de la Alta Galilea, donde los más eruditos se reunían y estudiaban escritos antiguos, más antiguos que la misma ciudad, otros carpinteros como lo era él, probaban suerte en el viejo astillero y su carpintería, ahora convertida en un nuevo negocio, formaba parte de la nueva red de comercios y nuevas familias que se instalaban en los también nuevos departamentos para hacer su vida nueva en el puerto que a todos acogía y ahí, caminando por sus arenas, entre las huellas perdidas de su padre, sus abuelos y bisabuelos, supo lo que quería hacer... Nunca había estado tan seguro en la vida de algo y no entendía cómo era posible que no se le hubiera ocurrido antes. Se quedó en Oporto hasta octubre y regresó a Lisboa antes de invierno. ¡Ansioso por anunciarle a su tío su idea! Y sobre todo porque quería, necesitaba de su consejo para ver cómo podría lograrlo.

Su tío lo escuchó y lo discutieron en el salón.

—Según tengo entendido. —dijo su tío Daniel—. Esta materia de geografía que mencionas, se imparte a falta de experiencia en Salamanca.

—Pero también es bien sabido querido, que hay navegantes portugueses que han incursionado en esa labor sin estudios. —observó con razón doña Antonia.

—Mi querida Antonia... esos navegantes de los que tú hablas son viajeros ultramarinos con muchos años de experiencia. No creas que es algo simple, no creas que simplemente es hacer un dibujo de un mapa... requiere de cálculos, conocimientos cosmográficos, pero es posible sobrino, si vas a Salamanca.

—No se preocupe Fernando, nosotros lo ayudaremos. —dijo doña Antonia suspirando.

Fernando se sentía decepcionado, pero agradeció sus palabras de aliento.

Su tío seguía pensativo.

—Necesitaremos más que ayuda financiera.

Su tío Daniel y doña Antonia indagaron entre sus amistades todo lo relacionado con la Universidad de Salamanca y entre algunos funcionarios de la *Praça do Comércio*, donde su tío tenía las mayores influencias, cayó en cuenta que no sería sencillo, pues a ese lugar asistían solamente miembros de la clerecía o bien, con títulos nobiliarios y el sueño de Fernando de llegar a ser un cartógrafo, se desvanecía entre más averiguaban...

No fue hasta finales del año, una mañana, muy temprano, que su tío lo despertó y sin poder esperarlo, porque qué tal que le diera por levantarse

tarde, tuvo que golpear sus mejillas y Fernando, entre dormido y aturdido se incorporó frotándose los párpados ante los ojos de un don Daniel tremendamente ansioso.

—Lo encontré. —exclamó con los ojos bien abiertos mientras Fernando retenía un bostezo—. Encontré la solución sobrino. ¡No sé cómo lo había olvidado! Vamos Fernando, despábilate, que tienes una carta que escribir.

—¿A quién?, de qué hablas tío, ¿qué olvidaste? —preguntó Fernando todavía confundido.

—A quién... —se rio—. ¡A tu padrino! ¡Al capitán Diego por supuesto! — Fernando frunció el entrecejo—. Él tiene un título nobiliario y, por si fuera poco, es un Portocarrero. ¿No lo sabías?

—No... nunca lo mencionó.

—Pues él va a ser tu entrada a Salamanca, es tu padrino y padraastro, no tiene hijos propios. ¡No veo un mejor panorama que este! —estalló eufórico.

—No lo sé tío, si nunca dijo nada puede ser por alguna razón, yo... no quisiera molestarlo.

—Qué tonterías dices... ¡Vamos Fernando, escríbele!, sé sincero y ya veremos, no pierdes nada con intentarlo. Yo lo haría, pero... creo que resultaría de mal gusto cuando apenas hemos intercambiado un par de conversaciones en la vida.

—Y entonces, ¿cómo sabes todo eso? Yo tengo mucho conociéndolo...

—Tu padre lo mencionó. —Suspiró y Fernando le echó una mirada incrédula—. ¡Es cierto!, dijo que por eso le pidió que fuera tu padrino de confirmación... Ese Andrés me late que era en parte brujo, bueno no, retiro lo dicho, quise decir, clarividente.

Fernando obedeció y esa misma mañana escribió...

*Lisboa, a 8 de noviembre
Capitán don Diego de Rodríguez
Protector de la villa de San Cristóbal*

Estimado Padrino,

De la casa de mi tío Daniel de Estévez le escribo esta carta y me disculpo si mi atrevimiento fuera mucha, nunca he querido abusar de su confianza y amabilidad y menos ahora que ha sido tan bondadoso con mi madre y mi hermana. Usted sabe de las causas de mi partida y por eso no tengo ningún inconveniente en que le muestre esta carta a mi madre si usted así lo considera, porque ahora me siento mejor y tengo nuevas perspectivas para mi vida...

He visitado a la familia de mi padre en Oporto y he pasado la mayor parte de mi estadía con mi tío Daniel y su amabilísima esposa doña Antonia de Correia... Ellos han tenido la bondad y caridad de querer pagarme estudios en la Universidad de Salamanca, que es donde imparten las materias de geografía, astrología y matemáticas y, ya que siempre me gustó la naturaleza y tengo la inquietud de ubicarlos en un mapa, creí que podría lograrlo, sin embargo, han sido ellos muy claros en la admisión y siendo yo de familia portuguesa y falto de título nobiliario no me han querido admitir. Le aseguro que nunca fue mi intención molestarlo, pero a mi tío se le ha ocurrido que probablemente usted tenga alguna influencia por parte de su familia que pudiera ser capaz de revocar la decisión de los magistrados.

Quedare en espera de sus palabras reiterando a usted todo mi respeto y cariño, rogando perdone mi atrevimiento y que Dios guarde su noble persona,

*Fernando Estévez de Guzmán
Lisboa, Portugal*

*San Cristóbal de Cuba, a 15 de enero
Fernando Estévez de Guzmán
Lisboa, Portugal.*

Querido ahijado,

Recibimos con agrado tu carta y ya que me disté el permiso de mostrársela a tu madre, lo hice pensando que a ella le agradaría saber que su hijo se encuentra mejor y con nuevas esperanzas. No dudo de tus cualidades y juicio que siempre has mostrado tener, tu diligencia y buenos principios te preceden en el curso de tu vida adulta. Por eso, estoy enviando una carta que espero que tú entregues personalmente, aunque sea que tengas que viajar a Sevilla para hacerlo, dirigida como dice escrito al frente, al Licenciado Vaca de Castro que trabaja en la Casa de Contratación y me conoce bien. También estamos enviando otra carta que le entregarás, dirigida expresamente al Regente de la Universidad de Salamanca con mis credenciales y una copia de mi título debidamente notariado, acompañada de una misiva del párroco de San Cristóbal en la que atestigua mi legítimo matrimonio con tu madre, doña Isabel de Guzmán.

Confío que esto bastara para que seas admitido en la escuela y puedas realizar tus sueños. Nada nos dará más felicidad que así sea. En cuanto a los gastos, no tengo tampoco ningún inconveniente con solventarlos, pero lo dejo a tu consideración pues como mencionas, tu tío y su esposa se han acomedido a hacerlo y no quisiera ser egoísta y quitarles la satisfacción de ayudar a su sobrino. En caso que, aun así, hubiera un problema en tu admisión, escribe pronto para embarcarme cuanto antes y hacer el trámite personalmente, pero confío que no tendrás problemas. Recibe nuestro afecto incondicional.

*Capitán Diego Rodríguez de Portocarrero
Villa de San Cristóbal de Cuba, Nueva España.*

Alejandro Xaramillo de Salvatierra

Los recuerdos de Badajoz siempre fueron dulces para Alejandro, sobre todo por la fiesta de San José y sus calles adornadas con listones de colores, día en que el trajín se detenía como suspendido en el tiempo y día en que los gitanos hacían su mágica aparición, deslumbrando a los impávidos provincianos con todo tipo de magias, malabares y lecturas de cartas o manos. Música, baile y comida, pero, sobre todo, mucha vendimia abundaba en ese día en específico. Las doncellas lucían su vestido recién estrenado y se adornaban el cabello con orquídeas rosas y púrpuras que regalaban al muchacho que mereciera sus sonrisas. Alejandro y sus hermanos no eran la excepción y Juan, el mayor de los tres, uno de los más arrebatados no solo entre ellos, sino entre todos los chicos del barrio, hacía suyo ese día y hacía suyas también, tres, cuatro orquídeas, que más tarde obsequiaba cariñosamente a su madre.

Como rezaba el dicho, *en Badajoz, tierra de Dios, que andan las putas de dos en dos*, las putas abundaban, así como abundaban la retama, la jara, la esparraguera, la encina, la coscoja, el romero y el tomillo, pero las putas de Badajoz, ¡santo Dios!, cómo eran famosas no nada más por ser putas, sino por ser hermosas y calientes y ese día en el que bajaba gente de otras villas y rancherías, los dueños de las casas de juego, sacaban jugo del producto que por ley les pertenecía. Alejandro no, su trabajo, por ser el más pequeño, era nada más hacerse el perdidizo para que sus hermanos pudieran bajarle uno que otro real a los más ebrios de las mancebías y con eso se salvaban de una buena azotaina de su madre cuando iban a darle la queja.

En Badajoz había también un castillo abandonado cerca de su casa y los pobladores, sobre todo los niños, contaban que estaba embrujado y que en la noche se escuchaban ruidos extraños, probablemente de ultratumba porque esos llantos y quejidos no podían ser de otra parte más que del propio infierno

y por eso decían que ahí habitaba el diablo. A Juan y a Gaspar les gustaba asustar a Alejandro cuando pasaban cerca y Juan, que no le daba miedo nada, se metía entre la retama armado con un palo que le servía de espada y como hacía eco adentro, vociferaba haciendo ruidos espantosos que provocaban pesadillas al pobre niño por las noches. Aun así, siempre andaba atrás de ellos, corriendo por los campos, cazando comadrejas, tejones y conejos; atrapando libélulas, arañas, caballitos del diablo y todo tipo de insectos para quitarles las patas. Entre ellos hacían fuertes con tierra y madera que iban recolectando y así se les iban las mañanas, tardes y noches.

Otra fiesta que a los muchachos les encantaba era el Día de San Agustín, que además de la peregrinación ordinaria de la mañana y del paseo del santo, se acostumbraba el encierro de toros en Pardaleras, organizado por el ayuntamiento, juntando en su mayoría novillos y uno que otro toro que traían desde la cofradía de La Concepción. ¡Todos los muchachos se arremolinaban esperando que los soltaran!, y, cuando lo hacían, ¡corrían despavoridos delante de la manada! Muchos niños como Alejandro, los más chavales, sufrían por quedarse en la cola, pero Juan, que siempre lo cuidaba, lo observaba sin perderlo de vista, antes que soltaran a los toros:

—¡Cúbrete la cabeza güero! —le gritaba mientras él, delante de todos, corría despavorido con una manada de toros pisándole los talones.

Su padre se fue a la guerra como la mayoría de sus tíos, primos y vecinos y cuando esta terminó, regresó con una herida en la pierna causada por un arcabuz, al igual que sus acompañantes, los que regresaron, llegaron marcados con cicatrices, rozaduras, llagas, lesiones de todo tipo, bubas en los testículos, liendres, —en los pelos que los rodean—, pintas y piojos tanto en la cabeza como en el glande. Su padre al principio que llegó caminaba con muchos trabajos por el intenso dolor en el muslo derecho que se intensificaba en los días fríos y esos días... ¡ellos preferían desaparecer! Su mal carácter era insoportable, pues cuando andaba de malas nada era suficiente para contentarlo y zapatazos era lo menos que recibían. Fierrazos y cuerazos hasta a su madre le tocaba, pero ella recibía sin duda la peor parte, porque no tenía escapatoria y siendo doña Soledad, una mujer dócil, callada y abnegada, nada decía y todo aceptaba.

No pasaría mucho para que el comendador Ovando lo mandara llamar a él y a todos los del pueblo, porque si el ejército requería de tipos rudos, no había otros como los de Extremadura y ya que Ovando estaba reuniendo hombres

para que lo acompañasen a las Indias y puesto que su padre se aburría terriblemente en casa, atendió con prontitud su llamado, muy gustoso que a pesar de su herida lo hubieran tomado en cuenta y Juan, que era su orgullo y ya tenía la mayoría de edad requerida para enlistarse, se fue también y Alejandro se quedó solo... Así se sentía. Nada era lo mismo sin Juan; para empezar, Gaspar no le hacía caso, le estorbaba y prefería andar con sus amigos, luego le dio por ser religioso y por recomendación del cura, lo metieron al monasterio de San Lorenzo. Con eso perdió a otro hermano. Su única compañía fue su madre y su labor, pastorear en primavera, juntar desperdicios para alimentar el criadero de cerdos en la cofradía de La Concepción y en invierno, la carga de trigo alimentaba el molino que estaba enfrente del arroyo de Rivillas. Por allá andaba de mañana en el molino, cuando desde lo lejos divisó caballos, eran soldados los que los traían y pensó que era Juan. ¡Corrió lo más rápido que pudo!, pero no, era don Miguel, un amigo de su padre que venía de paso por Barcarrota. Estaba decepcionado, pero don Miguel dijo a su madre algo que ninguno de los dos esperaba...

—Mi compadre mandó por ustedes, nada más te aviso Soledad para que te vayas preparando... ¿Qué dices güero, te animas o te dan miedo los indios? — dijo revolviendo el cabello dorado del muchacho.

—Sí voy. —aseguró y el hombre se rio.

—Pues todos nos vamos. —declaró don Miguel mirando fijamente a doña Soledad, la única que no quería ir y, la única que no tenía voz ni voto.

Pobrecita de Soledad. Tuvo que soportar el viaje en barco y las muchas inclemencias del tiempo. Apenas acompañada con otras seis esposas, también arrastradas por sus maridos. Ellas sufrían más que cualquiera por la falta de letrinas y los marinos, ajenos a sus necesidades, tampoco hacían por facilitarles el viaje. No les importaba su condición, mucho menos chavales como Alejandro. Lo pateaban por estorbarles en el camino, bebían y comían aparte y a él le daba miedo hasta mirarlos de frente. Sentía que en cualquier momento lo podían navajear y arrojar por la borda y nadie lo notaría... Los mareos fue otra de las contrariedades, la modorra lo afectó de tal manera, que los vómitos no cesaron durante todo el camino. No tuvo paz y hasta La Habana de Cuba llegó flaco, muy flaco, porque no soportó comer ningún tipo de comida a bordo y porque, siendo totalmente normal que se orinaran y defecaran en el borde de la *popa*, los pasajeros hacían todo lo posible por acomodar los traseros y con ojo de buen cubero, atinarle al agua. Todos sin

excepción pusieron el culo al aire, hombres y mujeres, por eso estaba todo embarrado y Alejandro con su delicado estómago, se le revolvía por el asco cada vez que tenía que ir a la *ballestera*, provocándole a él tremendas arcadas y a los marinos, tremendas carcajadas. Por gracia de Dios, estos sufrimientos terminaron al finalizar el viaje, —¡que parecía eterno!—, y cuando llegaron, pudo por fin pisar tierra y reencontrarse con su querido hermano Juan...

Lo vio cambiado; mayor, con barba abundante y una espada, real, no como el palo de madera que no soltaba de niño y, se sintió intimidado, pero Juan se acercó, abrió los brazos frente a él y Alejandro se le dejó ir abrazándolo. ¡Eran cinco años los que tenían sin verse!

Tanto su padre como Juan formaban parte de una tropa, cada una en la suya y su padre, naturalmente no quiso llevarse a Alejandro con ellos. Otra vez se quedó a acompañar a su madre y a hacer casi lo mismo que hacía en Badajoz: cuidar las cabras y en lugar de llevar desperdicios, revolvía el barro mojándolo continuamente para que no se endureciera y los maestros de obras siguieran construyendo casas. Eran los nacimientos de San Cristóbal de Cuba, antes que se convirtiera en una gran villa. Por el momento estaba custodiada fuertemente a causa de los múltiples ataques de indios que seguían defendiendo sus tierras y frecuentemente los ejércitos eran embestidos cuando hacían exploraciones. Por eso Juan estuvo de acuerdo en que Alejandro se quedara en la naciente villa.

—Todavía estás muy chico güero. —dijo su hermano—. Ya llegará tu hora, ya veraz, yo mismo te voy a enseñar a dominar la espada.

Así que, muy a su pesar, Alejandro se quedó con su madre, que, a esas alturas sufría de achaques, como si el clima de ese lugar le hubiera caído mal y ni la comida ni el calor la favoreciera. Sufría mucho de agruras, malestares en el estómago y gases bastante olorosos. Los calores no los soportaba y el letargo le duraba casi todo el día, mientras él, el cambio lo favoreció, recuperándose rápidamente de la modorra y adaptándose, caso contrario de su madre, al clima y a su comida.

Recuperó el peso y el color perdido y fue tomando ahora sí, la forma de un muchacho, dejando en Badajoz el chiquillo enclenque y enfermizo que siempre había sido.

Por cortas temporadas a los soldados con familia se les permitía guardar la Semana Santa en su casa o, cuando los asuntos con la pacificación disminuían y entonces el padre de Alejandro volvía al hogar... No era agradable y, a pesar de todo lo que su padre hizo sufrir a su madre, Alejandro no le guardaba

rencor. Su madre que era muy cristiana siempre habló bien de él y animaba al muchacho para que no lo hiciese enojar, que lo dejara tranquilo y no le diera motivos para que le pegara, a él, porque según ella, los golpes que le propinaba —a ella—, eran por su culpa. Nunca se quejó tampoco de los varios hijos ilegítimos que por ahí se decía que tenía; los dos hijos de la africana que compró como sirvienta eran de él y las otras veces que se desviaba a La Española por negocios, negocios relacionados con una querida que subvencionaba y con la que también se decía, tenía cuatro hijos, tampoco eran secreto, pero en su casa no se hablaba pues siquiera mencionar que los mulatos que convivían en su casa fueran sus medios hermanos, ¡era inconcebible! Alejandro y su madre debían hacer de tripas corazón y soportar su existencia. Una vez, una sola, lo sorprendió en la cocina con ella. La tenía embrocada en la mesa con los pechos descubiertos y cuando entró, su padre le aventó un botellón lleno de agua con una puntería tal, que fue a dar directo a su cabeza. "*¡Por entrometido!*", lo acusó y es que al muchacho también les gustaba.

Regina, que era el nombre de la mujer; bonita de cara, ancha de cadera, se le figuraban sus dos enormes pechos, dos melones sabrosos y jugosos. Su cintura reducida hacía que resaltaran más sus curvas y la tela delgada y la falta de corsé, la volvían una tentación andando, que ni siquiera Alejandro podía evitar y según él, de forma muy disimulada la admiraba, babeándose cuando ella limpiaba el piso de rodillas, dejando ver todo eso que Dios le dio... Según él era cuidadoso, pero su padre no tenía un pelo de tonto ¡y tremenda bofetada le plantó!, cuando lo descubrió mirándola y tan fuerte fue el golpe, que hasta la mano le dejó marcada. Por eso Alejandro tenía sentimientos encontrados, porque ansiaba que las brigadas regresaran y poder estar con Juan, pero también odiaba el hecho que su padre deambulara por la casa. Era malo, malo con él y malo con doña Soledad, siempre de mal humor y la comida la dejaba o la aventaba si estaba fría o muy caliente. No había manera de tenerlo contento y ella no decía nada, nunca lo hizo. Su dolor de pierna a causa del arcabuz, parecía haber desaparecido. El clima de las islas había hecho milagros y hasta rejuvenecido se notaba. Tenía además el agradecimiento del gobernador Ovando por la pacificación de Higüey y Xaragua, pero, con todo y eso, él no era invencible y en una expedición, camino a Santiago, murió a causa de cinco flechas clavadas en el pecho.

Ahí quedó enterrado, acompañado de otra veintena de soldados que corrieron con la misma suerte.

La soledad de doña Soledad, solo fue una señal que probablemente el ejército no estaba destinado a Alejandro. ¡Ni modo que la abandonara!, Juan tampoco le pidió que se quedara, no se atrevió, pero agradeció el buen corazón de su hermano y, mientras él se preparaba para reunirse con su gran amigo, Hernando de Cortés en la villa de Santiago, a él, le consiguieron un mejor empleo. Gracias a la influencia que Juan tenía, lo nombraron capataz de obras, en la villa de San Cristóbal, con artesanos, canteros, cargueros, cerrajeros, carpinteros, empajadores y aparejadores a su cargo. Estos obreros fueron los responsables que le dieron forma a la ciudad.

Sin su padre y sin Juan en casa, Alejandro *se apretó los machos*, como se decía en Badajoz cuando un hombre debía actuar como hombre... Lo primero que hizo fue trasladar a la mujer africana y a sus hijos a otra vivienda y le puso a su madre, una ayuda real, llevándose a vivir con ellos, en la troje que adaptaron para ellos, a una pareja de taínos y sus tres hijos para que los chiquillos hicieran lo que él hasta hacía cinco años hacía, pastorear las cabras y dar desperdicios a los cerdos y, su madre, ya sin ningún tipo de preocupación, descansó y como por milagro se curó de sus achaques, de sus agruras, inflamaciones y mareos. El aire de la casa era respirable y sus pulmones se reavivaron. Comían juntos, solos y a Alejandro poco le importaba la temperatura de la comida, mientras hubiera, comía lo que fuera y mientras doña Soledad sonriera, ya era ganancia para él.



Para una villa en crecimiento, el trabajo artesanal y de construcción era mucho y San Cristóbal estaba destinada a ser una ciudad importante para los planes de Su Majestad. Alejandro no sabía de política, estrategias militares o hechura de bocetos. Eso se lo dejaba a los expertos, a los políticos, capitanes de guerra, estudiados en diseño. Él, su lado, era la clase obrera, nada que ver con los taínos y mucho menos con los esclavos africanos. De ellos se entendían otros para la construcción de fuertes y explotación de minas. Alejandro lidiaba con obreros españoles y los pleitos entre las diversas fracciones estaban a la orden del día, sobre todo con los aparejadores de calles y los canteros que adornaban las residencias, porque los moldes con frecuencia no eran del tamaño correcto y como a los canteros les pagaban por la obra terminada, se atrasaban en sus entregas y propiciaban demoras o

escudos mal hechos... Los empajadores se dedicaban principalmente en darle mantenimiento a corrales y establos, porque los techos eran de madera y lo único que requerían era cambiar de vez en cuando la palma cuando estuviera vieja, tejas quebradas, sacaban basura y destapaban letrinas. Los cargadores servían a todos y eran en su mayoría, muchachos más jóvenes que andaban a la carrera por toda la villa, empujando carretillas y, cuando las cargas eran más pesadas, se ayudaban con carretas remolcadas por un buey. Los carpinteros poco salían de sus talleres y como hacían mucho trabajo a particulares, los tiempos de entrega contra la paga que les hacía el municipio, les tomaba sin cuidado.

Juan, nombrado recientemente capitán, lo miraban cada vez menos y cuando volvía, él les platicaba todo lo que acontecía fuera de San Cristóbal. La última vez que lo vieron en la villa fue a mitad de la noche... No avisó a nadie y entró a hurtadillas a la casa. Despertó a Alejandro y le pidió que fuera por su madre. No quería ser visto por nadie, ni siquiera por los criados y les dijo confidencialmente, que en unos días se ausentaría. Alejandro no comprendió entonces por qué tanto misterio si siempre andaba ausente, si siempre había nuevas misiones, pero Juan les advirtió que algo grande iba a suceder. Le pidió además a Alejandro que le hiciera compras muy específicas y, como Alejandro trabajaba en el ayuntamiento, nadie sospechó que comprara vino, aceite, garbanzos y otros productos de la despensa básica del Gran Almacén, pero no poco, sino, ¡en grandes cantidades! También dijo que, si alguien se presentara a investigar de su paradero, no dijeran nada. Su madre se asustó y pensó que algo había hecho Juan, pero él les aseguró que no y que era una situación difícil de explicar. Así hizo Alejandro y compró la despensa y antes de partir, de rodillas y con la cabeza gacha, Juan recibió la bendición de su madre.

—Cuida mucho a nuestra madre Alejandro. —dijo su nombre de pila y esa fue prueba suficiente de que realmente estaba en grave peligro y, entregándole una bolsita de cuero llena de monedas, dijo con seriedad—: Esto es todo lo que tengo, espero en Dios verlos de nuevo y, recen por mí... —Así se fue Juan. Salió en medio de la noche, tal como había llegado.

Días después, el gobernador que había sustituido a Ovando, el *adelantado* don Diego de Velázquez, con residencia en la propia villa de San Cristóbal, se trasladó a Santiago con toda su comitiva. Lo anunciaron con tambores y trompetas, porque según se supo, las tropas del capitán Gabriel de Montenegro

de Santiago de Cuba, habían capturado al príncipe *Camayá*, un taíno que, desde hacía tiempo, les había hecho ver su suerte y era, además, el causante de cientos de bajas entre los soldados. Él era el que había cerrado los caminos y atacado las aldeas y ahora el gobernador Velázquez estaba decidido a presenciar su ejecución...

No pasó mucho después de estos sucesos para que estallara por todos los confines de las islas de la Nueva España, la noticia. ¡El escándalo! ¡Lo impensable! ¿Cómo pudo ser posible?... ¡Traidores!, ¡infieles!, ¡ingratos!... Mil improperios e insultos les llovieron a sus nombres, apelativos, a amigos y familiares, pues capitanes, sargentos y centenares de marinos, comandados por su líder, Hernando de Cortés, ¡habían robado una decena de barcos de Santiago de Cuba! Alejandro apenas podía comprender lo que sucedía, ni siquiera entendió lo que Juan había dicho, aun así, advirtió a su madre:

—No se le olvide madre lo que nos pidió Juan, que nosotros no lo hemos visto y que no sabemos nada. A esto se refería Juan, ¿se acuerda? Usted no se preocupe que Juan tiene todo planeado. No se le vaya a olvidar madre, porque... estamos solos. —Ella asintió preocupada con los ojos muy abiertos y Alejandro trató de ocultar, delante de ella, la pesadumbre que todo eso le causaba.

Con todo y los rumores, malas caras y bisbiseo de la gente por la participación de su hermano Juan en tales acciones, ellos siguieron con su vida sin alterar ni por un ápice su día a día que era tan ordinario como cualquiera. Doña Soledad entretenía su tiempo en la nueva parroquia y ahí se quedaba desde las ocho de la mañana, hasta el mediodía cuando se cantaba el ángelus. Por la tarde bordaba plácidamente en el patio de su casa y los niños taínos que a esa hora estaban libres, no la molestaban en lo más mínimo, al contrario, se sentía acompañada mientras ella desgranaba los elotes para que le hicieran esa sopa que tanto le gustaba a Alejandro. Se acostaba a dormía temprano y el siguiente día era igual, con apenas alguna variante en el patio. Alejandro trataba de no molestarla, pero ella ponía especial cuidado en que antes de salir a la iglesia, su almuerzo estuviera listo, sus botas limpias y bien sacudidas y en la tarde, comían juntos. A Alejandro le gustaba hacerla reír y siempre, cada día, le daba un beso en la frente antes de regresar a sus labores. A veces, acompañado de los muchachos, de los canteros, se quedaba bebiendo en el taller y no regresaba hasta ya entrada la noche, y aunque doña Soledad no lo esperaba, le dejaba siempre la cena lista en la mesa.

Los canteros, con los que Alejandro más convivía, eran los más

alborozados, más de su estilo: tranquilos, alegres y sin mucho vicio. Eran la mayoría sevillanos y esa era otra curiosidad. Sería una casualidad o no, pero dependiendo del lugar de origen de estos obreros, era el carácter por el que eran reconocidos, por ejemplo, a los andaluces se les trataba con ciertas reservas porque eran ases del engaño, creían en la suerte y muchos procedían de gitanos, sin embargo eran buenos herreros; los extremeños como él, eran en su mayoría excelentes soldados, acostumbrados al trabajo duro y poco se quejaban; los castellanos eran reconocidos por presumidos, pues por provenir de una ciudad más desarrollada que la mayoría, eran de los pocos que sabían leer y cada uno se jactaba de provenir de mejor casta que cualquiera, eran también extremadamente religiosos y muy pocos trabajaban en la obra, la mayoría, como eran estudiados, gozaban de mejor salario y puestos en la administración. Los portugueses eran por supuesto expertos en la navegación y en la hechura de barcos, o al menos esa era la fama que tenían y así más o menos era como todos eran juzgados y catalogados. ¡No fallaba!, era infalible y cien veces comprobada esa teoría. Después de cientos de pleitos, discusiones, debates y , todos sin excepción, se integraban en el grupo donde encajaran mejor.

Las averiguaciones comenzaron y tal como Juan advirtió, los inspectores, al mando directo del mismísimo gobernador, tocaron a su puerta en busca de Juan de Xaramillo. Los interrogaron por separado, igual a los criados, pero nada les sacaron, ¿qué podían decir?, realmente nada sabían.

—Sabemos que anda pacificando y que anda con Cortés, pero más... no sabemos. —dijo Alejandro y dijo doña Soledad.

Declararon lo mismo, porque lo ensayaron por semanas cuando estaban solos, a la hora de la comida.

Estos inspectores indagaron entre sus vecinos, amigos, canteros y administradores. Investigaron a la persona que era Alejandro en la villa, si era quien decía ser. Preguntaron la razón que no andaba en la milicia, pero todo fue en vano, a Alejandro todos lo conocían y todos manifestaron que el muchacho era persona de fiar, que nunca andaba con los soldados, ni se acercaba al cuartel. No iba al muelle de La Habana, como muchos hacían para buscar el calorcito de las putas africanas, tampoco se le había visto tener relación ni buena ni mala con los marineros y con los únicos con los que se codeaba era con los obreros y ellos, tenían mucho trabajo como para andar fraguando semejante campaña en contra del gobernador. Su única actividad era hacer casas y arreglar calles y ahí se le podía ver a Alejandro.

Se aplacaron.

Después de un tiempo lo dejaron en paz, pero entonces Alejandro comenzó a hacer sus propias indagaciones. No se podía quedar con los brazos cruzados con todo lo que se decía de su hermano, que era un traidor y que por más barcos que iban a aprehenderlos, ninguno regresaba con noticias. ¡Era desesperante! Y no podía hacérselo notar a su madre, ¿para qué?, la preocuparía en balde. Prefería investigar por su cuenta y hablar con ella solo cuando tuviera la certeza de lo que estaba sucediendo.

Como la relación con los canteros era muy buena, no fue difícil conocer a Mari Carmen, la nuera de Manuel, el maestro cantero y esa era una oportunidad que no podía dejar pasar. Era ni más ni menos que una mucama en casa del secretario del gobernador y Alejandro le dijo en confidencia a Manuel, que le mandara decir a Mari Carmen, que le ofrecía un real, hasta una corona, por toda información que tuviera sobre los que se fueron con Hernando. Él lo hizo y la muchacha aceptó. ¡Ahí se le fueron más de veinte reales!, por todo cuanto ella le dijo y fue como dinero tirado a la letrina, porque no era más de lo que todos sabían y murmuraban. Pero sucedió que una mañana cuando Alejandro apenas tomaba lista a los acarreadores dentro de la marmolería, vio a Mari Carmen esperándolo. De tantas veces que a escondidas se veían, había comenzado a surgir algo entre ellos... estaba casada con el hijo de Manuel, pero de besos y arrimones no habían pasado los primeros dos meses, luego la cosa se puso más seria y en el taller, contra los bloques de piedra recién llegados, los arrimones y besuqueos se volvieron más atrevidos, ella sola le ayudó a desamarrarse el jubón y entre los dos se quitaron las ganas que ya traían bien hinchadas.

Otro día y otro real, otro arrimón, otro beso y más ganas saciadas. ¡Qué va! ¡Hartos y bien complacidos quedaban! La Mari Carmen lo exprimía, lo dejaba seco, aunque el culo le quedara todo colorado y raspado por los empujones que le daba sobre los bloques sin lijar, pero una mañana fue distinta. Ella se presentó más temprano que lo habitual, presentándose hasta la oficina administrativa y llevándola él disimuladamente hasta la herrería, se besaron ansiosamente como si apenas dos días atrás no se hubieran comido a besos y cosa rara, ella lo paró antes que se emocionara de más...

—Espera guapo, que tengo noticias para ti... pero son buenas ¿eh?, nadie sabe esto. —dijo provocando que Alejandro instintivamente sacara un real del bolsito de cuero que traía para pagar a los eventuales—. No guapo, vas a necesitar más de un real, de veraz es algo bueno. —agregó asomando la

cabeza a donde los trabajadores, que comenzaban a llegar. Él sacó una corona, se la puso enfrente y ella negó por segunda vez con la cabeza. Alejandro suspiró y abrió el bolso—. Quiero cinco coronas.

—¡Cinco coronas! —Mari Carmen siseó con el dedo en los labios. Él las sacó y las puso en su mano, pero no abrió el puño hasta que ella habló.

—Ayer a la casa, llegaron unos oficiales. Estuvieron todo el día con el gobernador y eso lo supe porque el secretario no llegó a comer y doña Constanza lo estuvo esperando porque su perrito se le enfermó, bueno, eso no importa... Entonces él dijo que unos oficiales que ya conocía... no sé quiénes eran para que ni me preguntes, habían llegado. Le dijo a doña Constanza que ellos habían estado con don Hernando y que hicieron una... ¿cómo se dice...? ¡A sí!, una declaración y que todo debía permanecer en secreto y pues, ahora ahí están en su casa como invitados.

—¿En la casa de quién?

—En la casa de don Álvaro ¿de quién más sino...? —finalizó y Alejandro inmóvil, abrió el puño aflojando la mano para que la muchacha recogiera sus monedas.

Lo dejó atontado. Apenas escuchó las palabras de Mari Carmen antes que esta saliera corriendo...

—No digas quien te dijo. ¿Oíste?

Esto sí que era grande... nadie hablaba de eso y precisamente constató personalmente, la presencia de esos invitados fuereños hospedados en la casa de don Álvaro. Se trataba de un capitán y un almirante llegados de Santiago de Cuba y que, de acuerdo al informe de Mari Carmen, habían venido de otra parte del nuevo reino.

Alejandro no sabía qué hacer, no sabía si eran de fiar y si en balde ponía su vida en riesgo al exponerse frente a ellos. Por otro lado, pensó que no tendría nada malo preguntar, al fin y al cabo, solamente era un hombre buscando información de su hermano, pero, ¿cómo diablos explicaría que él sabía de dónde venían...? Pensó, reflexionó y caviló toda la semana tratando de responder a esa pregunta, sacando a su informante de toda historia y no comprometer por ningún motivo a Mari Carmen.

Esos días anduvo rondando la casa de don Álvaro, buscando la oportunidad de acercarse a los misteriosos forasteros, pero siempre que salían lo hacían acompañados de soldados o andaban a caballo y solo le pasaban de lado. Él no era nadie para que lo recibieran ni tampoco podía pedirle más a Mari

Carmen, ya bastante había hecho ella contándole como para arriesgarla más de la cuenta. Esperó. Esperó más y seis días después, vistió sus mejores ropas y se armó de valor... Se plantó a mediodía afuera de la casa ante los dos enormes guardias, grandes como roperos. Daban miedo y, mirándolo ellos con desconfianza, esperaron a que tocara la puerta sin dilucidar por qué un empedrador quisiera entrar a la casa del secretario. No lo detuvieron, pero cuando una muchachita abrió la puerta, los guardias inmediatamente se interpusieron atravesando las lanzas en cruz entre la niña y el empedrador.

—Calma señores, que soy inofensivo, ustedes me conocen, ¿no es así? — exclamó alzando las manos en rendición—. Solamente estoy buscando al capitán Rodríguez... por favor dígalos joven dama que dejen de apuntarme que me estoy poniendo nervioso. —dijo dirigiéndose a la jovencita. Ella se rio.

Detrás apareció una mujer que, apartándola, tomó su lugar y los guardias bajaron las lanzas.

—¿Qué decía joven?

—Que busco al capitán Diego de Rodríguez señora, él no me conoce, pero es urgente que lo vea. —contestó mirando a la muchachita que se asomaba curiosa por detrás de la mujer.

—¿Y quién es usted?

—Alejandro de Xaramillo señora, para servir a Dios.

—Quédese aquí por favor que ya regreso. —Él asintió dando un paso atrás sin perder de vista a los guardias que no le quitaban los ojos de encima.

Adentró, como a la mitad del pasillo, la jovencita seguía ahí. Le hizo una pequeña reverencia doblando la rodilla y se retiró cuando la mujer, haciéndole una seña con la mano, lo invitó a que entrara.

La siguió pasando de largo el salón por el que la muchacha había entrado y cuando se toparon con una puerta enfrente, la mujer, abriéndola y sin levantar la vista, esperó a que pasara. Cerró y se encontró en un saloncito privado con solo un par de sillones, una mesa y al fondo, un escritorio tapizado de papeles. ¡Ah!, también un hombretón parado en medio de la sala. Alto, fuerte, con una mirada seria e imponente.

—Haga favor de sentarse. —ordenó y Alejandro instintivamente obedeció.

—Señor, mi nombre es Alejandro de Xaramillo, es posible que su merced conozca a mi hermano, Juan es su nombre y se fue con el señor Cortés. Mi madre ha estado enferma y no sabemos nada de él...

—Es extraño que me pregunte por él... ¿Qué le hace pensar que sé algo de su paradero? —dijo calculadamente, inspeccionando con una sola vista al

muchacho nervioso que tenía enfrente.

—Bueno capitán, hay rumores... Yo no sé nada, solo tenía la esperanza de encontrar algún indicio que me asegurara que Juan sigue vivo, verá usted, yo lo conozco y él no es ningún traidor como andan diciendo afuera...

—Robo naves pertenecientes al rey. Eso es traición.

Alejandro agachó la cabeza sin encontrar fundamentos. Se fue sin permiso, eso era cierto.

—Mire Alejandro... —rompió el capitán, conmovido por la palpable desesperación del muchacho—. Conozco a Juan y, hasta donde yo sé sigue con vida y con perfecta salud. Ignoro el origen de esos rumores que lo trajeron hoy aquí y, no, no quiero indagar qué sabe en realidad, pero tranquilice a su madre y le pido sea discreto con lo que le acabo de decir. No quiero el día de mañana lidiar con una fila de gente preguntando por sus familiares. ¿Entiende Alejandro?

—Sí señor, por supuesto capitán, seré como una tumba, ¡no sabe el peso que nos quita de encima!

Abrió la puerta y él salió.

La misma mujer, sentada afuera de la oficina, Marcela, según la nombró él, lo acompañó a la salida y de pasada vio otra vez a la jovencita, que, agitando su mano, lo despidió desde donde estaba sentada. Él le guiñó un ojo y la mujer tosió molesta por su impertinencia.

Posiblemente cualquiera se hubiera conformado con lo que el capitán había dicho a Alejandro, que su hermano siguiera vivo era la noticia que tanto él como su madre esperaban, pero no fue suficiente y, pegado a sus amigos los canteros, utilizaba cualquier pretexto para deambular por la calle principal buscando actividad fuera de lo normal proveniente de la casa de don Álvaro y así, contando días y semanas, fueron pasando meses sin que hubiera novedad. No perdió la esperanza y tampoco fue pasado desapercibido ni por los guardias de la puerta que le echaban ciertas miradas, extrañados por, según ellos reportaron: *Actitud sospechosa*, ni por el capitán Diego que, reconociéndolo en la calle, lo saludaba colocando su dedo índice en el sombrero y Alejandro correspondía a su saludo asintiendo con la cabeza.

Así a dos años, los huéspedes dejaron de ser huéspedes, el capitán contrajo nupcias, el gobernador cambió su residencia a Santiago, don Álvaro tomó la casa del gobernador, llevándose con él a Mari Carmen y las lluvias, muy intensas ese año, inundaron las calles de San Cristóbal y ellos, los obreros, las volvieron a re-emparejar y a re-empedrar. El mar se salió una vez en La

Habana y la cantera y el mármol escasearon en el último año. Todo pasaba y no pasaba nada y hasta a Mari Carmen se le agotaron las ideas para seguir viéndose a escondidas y ya sin ningún aliciente, más que matar las ganas que de vez en cuando no la dejaban dormir porque decía que se le hinchaba su sexo por tanto extrañarlo, Alejandro se vio en la necesidad de ponerle trabas y añorando él también sus encuentros clandestinos, se fueron espaciando tanto, tanto, que los mármoles ni siquiera los echaron en falta, porque como decía, escasearon y se acabaron.

Un día de agosto, nublado por ser época de lluvias, eran pocos los obreros que se reportaron a trabajar y Alejandro entró a la administración todavía con la güevonía encima. ¡No tardó en despertarse por completo cuando supo quién había ido a preguntar por él! Desde la residencia de don Diego, que antes fue de don Álvaro, había sido llamado expresamente por el capitán Diego de Rodríguez y este, ni tardo ni perezoso, corrió hasta la casa.

Los guardias eran otros, no los que le tenían *mala espina*, pero la doña que lo recibió, Marcela, resultó ser la misma que sí le tenía de sobra desconfianza.

Lo pasó porque ahora sí lo estaban esperando, pero no le despegó un ojo hasta que entró al saloncito. El mismo de la vez anterior.

—Disculpe por hacerlo venir Alejandro, espero no haber interferido con sus labores. —saludó el capitán y él negó con la cabeza encogiéndose de hombros.

—No capitán, como cree, estoy a sus órdenes.

—Tengo algo que le interesará. Es posible que conozca a alguien que sea capaz de encontrarse con su hermano y si desea enviarle una carta, podemos hacérsela llegar.

Alejandro se mordió el labio.

—Una carta... —contestó. Le apenaba confesar que no sabía escribir, apenas su nombre que más bien era un garabato, pero el capitán adivinándolo, agregó:

—Podemos hacerlo ahora y si lo permite puedo ayudarle a redactarla.

—Sí capitán, agradecería me pudiera ayudar... *Mmmhhh...* no será mucho, realmente es muy breve lo que quisiera decirle.

—Tómese su tiempo Alejandro, comenzaré escribiendo la fecha y usted dicte lo que se le antoje. —dijo el capitán mojando la pluma en la tinta.

Alejandro se recargó en la silla de cuero y miró el techo...

“San Cristóbal de Cuba, a 22 de agosto.

Querido hermano,

Mi madre y yo estamos bien, estamos preocupados pues hace mucho que no sabemos de ti. Pedimos a Dios que te cuide. Por favor, envía noticias tuyas. Dime si acaso tus planes han cambiado de la última vez que hablamos.

*Tu hermano, por gracia de Dios,
Alejandro X.”*

Sorpresivamente para Alejandro, la carta tuvo contestación después de un mes y por supuesto, el capitán Diego fue el intermediario. Era solo una tira de papel, escrita con el sello de Juan: tosca pero concisa.

“Alejandro, mi hermano. Nunca dude de ti ni tampoco te he olvidado. No tengo más que agradecimientos por haberte sacrificado, tú sabes por qué... y, es mi deseo vengan a donde estoy. Tengo seguridad que las personas que nos han acercado, te ayudarán y los traerán hasta mí.

J. X.”

El capitán releyó la carta sin entender por completo su significado y se la devolvió a su dueño que no parecía confuso, más bien quedó pensativo.

—Según comprendo... quiere que vaya —suspiró el capitán mirándolo fijamente.

—Eso creo...

—Piénselo Alejandro. Aquí tiene trabajo, una colonia pacífica y allá, ¿cómo podría explicarle...? Aún es salvaje, bastante peligroso.

—Pueda que sí. —señaló Alejandro franco y muy seguro de sí—. ¿Pero sabe...?, nunca fue mi sueño ser capataz de obra ¡Ni siquiera me gusta ese trabajo! Siempre quise ser soldado como lo fueron mi abuelo, mi padre y mi hermano, pero yo... acepté lo que me dejaron y sí, lo hice con gusto y acepté mi lugar. A mí no me importa a dónde vaya, lo único que quiero es sentirme vivo. No sé si usted me comprenda...

¡Vaya que sí lo entendía!

—Entonces atienda bien a lo que le diré... —dijo serio, cambiando el tono de su voz que era de compasivo a imperioso—. Hay en el muelle un capitán de nombre Roberto de Domínguez que tiene salidas cada tercer día a La Española en un barco mercantil. Usted debe buscarlo y decirle la verdad, que Juan es su hermano. Él le informará cómo debe proceder.

—No sé cómo pagarle capitán.

—Yo conocí a su hermano y peleé hombro con hombro con él, así que es lo menos que un colega puede hacer. Espero que encuentre su propio camino y se mantenga a salvo. Hay muchas formas de sentirse vivo Alejandro, no nada más en un campo de batalla.



Al siguiente día, Alejandro se presentó muy temprano en el muelle. Con nervios porque le seguía teniendo cierto resquemor a los marinos.

—¿Es usted el capitán Roberto Domínguez? —preguntó Alejandro al hombre de barba rojiza que revisaba minuciosamente la bitácora de viaje. Este apenas lo volteó a ver, molesto por ser interrumpido—. Soy Alejandro, mi hermano es Juan de Xaramillo.

¡Al instante el capitán hizo a un lado la bitácora y lo jaló bruscamente del brazo!

—¡No sea estúpido! —exclamó el hombre reprendiéndolo al oído—. No diga su nombre... *Mmmhhh*... Así que usted es el güero... pensé que era un chiquillo por la forma en que su hermano se expresa de usted. —Se burló inspeccionándolo de pies a cabeza. Sí, definitivamente Juan había hablado de él—. Escúchame bien chaval, el viernes zarpo y todos saben que voy a La Española, ¿entiendes? Así que si quieres ver a tu hermano, te vienes en la mañana y no digas que vamos a otro lado. ¡Necesito saber si comprendes! —ordenó.

—Pero... también va mi madre. —contestó temeroso.

—Tu madre, tu esposa, tu perico, a mí no me importa, pero nada de contarle a otras gentes. ¡Nada!

—Comprendo capitán, el viernes por la mañana, mi madre y yo vamos a La Española. —Domínguez asintió.

—Hasta entonces. —despidió al muchacho como si se espantara un

mosquito y retomó su bitácora.

Alejandro quedó parado observando a los cargadores levantar pesados costales de harina y su vista recorrió el muelle hasta posarse en el mar, hasta muy lejos, hasta donde el agua cambiaba de color.

El viernes 3 de octubre, salieron muy de mañana Alejandro de Xaramillo y doña Soledad desde La Habana de Cuba hasta anclar en el puerto de villa Rica de la Santa Vera Cruz el 4 de octubre, Día de San Francisco.

Preparativos para una fiesta

*D*esde la conquista de *Tenochtitlán*, Hernando se convirtió en la cabeza de las subsecuentes exploraciones en tierras mexicas y últimamente, Pánfilo de Narváez de nuevo en el ruedo, sin rendirse, pero sí con el afán de alejarse del más detestable, execrable, aborrecido y todos los sinónimos que significaran el nombre de su más odiado y acérrimo enemigo, Hernando de Cortés, antepuso tierra, montañas, valles y leguas infinitas de agua, lanzándose a la conquista de La Florida, hasta entonces muy poco explorada y con una maldición auestas, porque ninguno de los exploradores habían podido conquistarla y como los nuevos conquistadores habían abierto una brecha en tierras mexicas, ¡pero qué brecha! ¡Más bien era una portentosa abertura a nuevos caminos, tierras y civilizaciones! ¿Y quién querría quedarse en la pequeña isla de Cuba teniendo a su alcance ese portal? ¿Quién resguardaría a la única población cien por ciento española que de principio de cuentas habían con trabajos mandado traer? ¡No aquellos que deseaban una rebana del pastel recién horneado!, que engatusaba a los más codiciosos y soñadores con sus aromas a oro... *Ahhh*, que delicioso olor, pero no, ellos tampoco, los que soñaban en convertirse en otro Cortés. Sí existía esta ralea de hombres dispuestos a defender el frente. Hombres que servían con honor al Imperio y al que habían rendido pleitesía. Hombres como el capitán Diego de Rodríguez que, al dividir el amor a su patria, por el gran amor que le declaró a Isabel, su mujer desde hacía ocho años, resguardaba el noroeste de Cuba, que comprendía la villa de San Cristóbal y La Habana, convirtiéndose en la mayor autoridad en ese lugar; más, después de la muerte del gobernador Velázquez, que, si mucho se decía que murió de bilis, otros aseguraban que la tristeza lo consumió. Lo que sí era cierto y sabido por todos, es que nunca le perdonó a Hernando su traición y él, quien lo había hecho ser quien era, él, que lo había

convertido en un capitán, ¡él!, que lo presentó con doña Catalina de Juárez, que más tarde desposó, él lo traicionó. No pudo con el cargo, con la presión y la depresión que recaía sobre él por la infinidad de traiciones de gente y familiares que le dieron la espalda, devolviendo sus favores en felonías, sus sonrisas en perjurios y los halagos, antes dirigidos a él, se desviaron como suele desviarse la ingratitud y se posaron en ese, en Cortés, el más desleal de los desleales y el gobernador, antes imperturbable, ya no pudo responder más preguntas de Su Majestad, ni de los cardenales, obispos o capitanes. Ya no pudo ni responder a su conciencia o a los ruegos de sus doctores para que probara un solo bocado, pero sí, antes de dejarse morir, quiso dejar sus asuntos en orden y hasta su casa de Santiago de Cuba, mandó llamar a una de las personas más honestas, respetables e impecables, con quince años de carrera de militar... No, no era don Álvaro, porque ni militar era, pero sí era el que se saboreaba el puesto desde que supo a Velázquez encamado. En su lugar, mandó llamar al capitán Diego y a él, solo a él, le dio poder amplio y absoluto para que gobernara en su nombre ese territorio que mucho se lo habían encargado. *“No me cabe duda que ese puesto le pertenece capitán.”*, le dijo Velázquez y así fue, la mismísima reina Juana primera, hija del rey Fernando segundo y de Isabel primera, esposa y viuda de Felipe primero *“El hermoso”*, legitimó con agrado su cargo o, en todo caso lo hizo el cardenal Cisneros que era su consejero, pero, suponiendo que ambos estaban de acuerdo, fue nombrado *Capitán General del Imperio* por Su Majestad. La gobernación de Santiago por otro lado, varió de mando, pues al principio y, según recomendación del propio Velázquez, la dejaron en manos de Manuel de Rojas, también de familia noble y de conquistadores, que estaba casado con su sobrina y había sido su mano derecha hasta que falleció, pero el puesto le quedó grande y sin tener experiencia, poco duró. Pasó de mano en mano hasta que logró un poco de estabilidad gracias al buen trabajo que hacía precisamente el capitán Diego en La Habana y los consejeros de Su Majestad dijeron: *“Hagamos a un lado la burguesía y dejemos a los militares gobernar, por lo menos hasta que aminoren los ataques a los puertos.”* Eso pensaron y eso hicieron.

San Cristóbal de Cuba, húmedo por naturaleza con un clima veraniego sin sentirse nunca el frío de invierno, conllevaba temporadas bastante calurosas y secas siendo las peores en junio, con un temporal de fuertes vientos que

conducían a desbordamientos entre julio y noviembre, tiempo en que *Jurakán*, como nombraban los *táinos* a las grandes tormentas, se desataba.

En sí, era una villa bien organizada y haciendo de lado su verano vitalicio, la jurisdicción de la capitanía, se extendió desde La Habana, hasta el Cabo de San Antonio hasta Matanzas y la gobernación, dividida entre la capitanía general y los jueces de apelación, encabezada por supuesto por el obispo Jorge de Córdoba, se mantenía en muy buenos términos y ambos trataban de mantenerse al margen de su potestad. El descubrimiento de la Corriente del Golfo había convertido a La Habana en un importante cruce entre los barcos que iban y venían de España, principalmente dirigidos a tierras mexicas, triplicando en corto tiempo los navíos estacionados en los muelles y el capitán Diego se enfrentó a uno de sus mayores retos como guardián de la capitanía, pues la ciudad crecía, pero seguía indefensa ante cualquier ataque de fuerzas enemigas. No había fuertes y el territorio era bastante amplio para cubrirlo por completo, así que ideó un método que resguardara a las ciudades sin necesidad de construir una muralla: Estableció un sistema de flotas ubicadas estratégicamente en el mar para supervisar el paso de cualquier nave que quisiera cruzar su territorio; de igual manera hizo recomendaciones para que los barcos de guerra que arribaran, se unieran a sus filas el tiempo que estuvieran anclados.

El capitán, ahora sí, de mar y tierra, ejecutando perfectamente la labor para la que había sido entrenado desde los doce años de edad, cuando don Gustavo lo envió a la academia de guerra, se convirtió en una de las personas más importantes de San Cristóbal y la Habana y por consiguiente lo era también su esposa, doña Isabel de Guzmán, siendo ella una mujer influyente, sin cambiar en lo más mínimo su carácter impulsivo, cualidad que otros tomarían como defectuosa y que Diego, al igual que un tiempo lo hizo Andrés, temía por ella, por su idiosincrasia, temperamento y rebeldía por no seguir la corriente a las costumbres sociales, a tomar el té o salir simplemente a pasear como lo hacía el resto de las damas. Que sí, vestía como ellas, lucía como una reina, tenía incluso la altivez de una, pero odiaba ser cómplice del chismorreó que todos los días era alimentado por horas y horas de ocio y banalidad...

Disfrutaba colaborar en el hospital, más a los médicos que auxiliaba en las curaciones y aunado al uso de hierbas que Santa pacientemente le enseñó, hacía magníficos ungüentos, pero como al parecer los asuntos sociales eran primordiales para el buen funcionamiento de la villa, encontró algo que a todos agradaba y fundó y presidió la *Asociación supervisora de hospitales y*

asilos de San Cristóbal, —cargo y labor que autorizo su esposo—. Así pudo, legalmente supervisar que el edificio estuviera en condiciones salubres y que las despensas y medicinas no menguaran. El crecimiento de la villa requería la construcción de otro edificio, y precisaban de más personal, mobiliario y por lo menos, otros tres médicos.

Hacia un año que había fallecido Santa y su falta la sintieron muchísimo, sobre todo Isabel, que estaba muy triste y tardó mucho en recuperarse, pues con Fernando en Lisboa y don Diego atiborrado de trabajo, Isabel deambulaba como buscando su espíritu atorado en alguna parte de la casa. No se levantaba de la cama hasta el mediodía y solamente se consolaba al recordarla.

—Hasta la otra vida Santa. —dijo Isabel ese día que se despidió.

La *taína* y ella se miraron hasta que el brillo de sus ojos se apagó y Rebeca lloró desconsolada abrazada de don Diego e Isabel, con profundo dolor exclamó:

—¿Y ahora qué voy a hacer don Diego?

—No está sola mi señora, estoy aquí.

—¿Promete que no me va a abandonar? —Él no contestó. ¿Cómo hacer semejante promesa y tener la seguridad de cumplirla?

Su duelo postergó la fiesta de presentación de Rebeca cuando esta cumplió dieciséis años, pero como todos pensaron que era muy reciente luego de la pérdida de su Santa, como Isabel cariñosamente se refería cada que se hablaba de ella, para el año siguiente, Isabel no quiso ni hablar del tema, ahora, meses antes de su cumpleaños número dieciocho, fue él quien decidió enfrentarla.

—¿Cuándo Isabel?, ¿hasta cuándo piensa usted aplazarlo? —preguntó desafiándola en el desayuno.

—Ahora no por favor don Diego, es muy temprano y ya viene la niña. —contestó señalando a Rebeca que hacía su entrada acompañada de Marcela.

Él se molestó, pero sonrió ante el beso en la mejilla de la jovencita.

Rebeca estaba radiante a sus diecisiete años. Se había convertido en una doncella muy hermosa, de exquisitos modales, gracias a la educación inicial que tuvo con Lucía antes que partiera rumbo a villa Rica y que fielmente siguió cultivando. Era muy distinta a Isabel en cuanto a su personalidad. Rebeca sí disfrutaba de las fiestas, adulaciones de la gente y de los grandes banquetes a los que el capitán era invitado y mientras Isabel asistía a regañadientes, Rebeca en cambio, ansiaba cada baile de presentación, anhelando que llegara el suyo.

—Rebeca... —prorrumpió el capitán continuando con el tema para sorpresa de Isabel—. Hablaba con tu madre que ya es hora de presentarte en sociedad.

—Y creemos que podemos esperar otro año. —añadió Isabel contraatacando, pero Rebeca, sacando toda su artillería, contrarrestó mostrando un precioso puchero.

—¿Tú que piensas Rebeca? —preguntó el capitán, sirviéndose un par de bizcochos fritos con fruta de temporada.

—Sí Rebeca, ¿qué piensas? ¿Por qué razón querrías tener un desfile de pretendientes entrando y saliendo de la casa? —embistió Isabel con una mirada inocente, secundada por Marcela, que desde su lugar asintió estando de acuerdo con ella. Don Diego en cambio, regañó a su mujer, reconociendo esa mirada.

—No son solamente los pretendientes mami. —expuso por fin Rebeca, animándose a contradecir a su progenitora—. Es todo lo que conlleva... las fiestas, bailes. Por supuesto que no deseo desposarme hasta que ustedes indiquen, pero, así como voy, me voy a quedar a vestir santos.

Isabel apretó los labios y mirando a don Diego que no pudo ocultar una risita, tomó con disimulo la taza de té.

—Está bien. —contestó Isabel rindiéndose—, pero les advierto que es muy pronto, nadie va a querer venir con tan poco tiempo de antelación. ¿Por qué no planeamos algo para el próximo año?

—Estoy seguro que las personas que asistan serán las suficientes. —finalizó el capitán levantándose de su asiento. Caminó y se inclinó hasta quedar en frente del rostro de Isabel y besó sus labios—. ¿Por qué no pides ayuda a doña Constanza, la esposa de don Álvaro? La señora es experta en fiestas y estará encantada de serte útil.

—Temía que dijera eso. —suspiró Isabel.

Ella había escapado a sus obligaciones sociales en numerosas ocasiones y esa fiesta la redimiría, colocándolas, a ella y a Rebeca, en el alza de toda la sociedad, así que, haciéndole caso a don Diego, mandó recado a doña Constanza, invitándola a tomar la merienda en su casa, invitación que la señora agradeció asistiendo sin falta. Esa tarde, Isabel mandó preparar bocados de pan frito azucarado, pan blanco seco, queso de cabra y limonada con vino, sabiendo que era su bebida favorita. Doña Constanza quedó encantada por ese fino detalle, ¡y más cuando supo el motivo! ¡Tenía tantas ideas y tantas recomendaciones, que no cabía ella sola en su regocijo! Don Diego tenía razón, sola no hubiera podido, ni se le hubiera ocurrido hacer todo

lo que doña Constanza, maestra en ese arte, enumeraba con un conocimiento, que solo la experiencia regalaba. Comenzando con la contratación de los servicios, las cantidades de comida era un tema bastante amplio, pues... “*No querrá que la comida falte, verdad doña Isabel...*” y ella negó con la cabeza. La lista crecía: Gallinas, cabritos, pollos, cerdos, quesos, vinagre, especias, huevos, miel, pan, mucho pan, aceitunas, vino y sí, mas vino que pan.

Esa noche compartió todas las recomendaciones de doña Constanza con don Diego, desplegando una enorme lista que juntas elaboraron y él, recostado en la cama, la recorrió impasible y lentamente, sin demostrarle a Isabel una sola expresión, divertido, advirtiéndole desde el rabillo del ojo a Isabel que esperaba ansiosa una señal, opinión y, en fin, su dictamen.

—Me gustaría que dispusieras veinte lugares de más, por si en esas fechas llegara alguien de imprevisto. —dijo al terminar la lista de invitados que habían anotado en otro pliego.

—¡Son más de doscientas personas! ¡Pero que derroche! —exclamo escandalizada.

—¿Por qué derroche Isabel? Todos lo van a disfrutar, sobre todo Rebeca... No entiendo tu apatía. Es lo que se acostumbra, es tradición presentar a las muchachas.

—No lo sé. —suspiró y se acomodó junto a él.

Sí sabía de dónde provenía su molestia y, se sentía culpable. Culpable porque los últimos años había sido ella la que defendía los pocos derechos de los taínos y culpable porque apenas había logrado que Su Majestad atendiera las decenas de cartas que ella y otros, habían enviado para que pusiera un alto a la gran cantidad de esclavos que desenfrenadamente compraba San Cristóbal. Ahora, ella, debía planear una fastuosa fiesta...

El asunto con la casa donde vivían había sido así: Con el dinero que tenía Isabel de la herencia de Andrés y la venta de su casa de Tenerife había comprado la casa de don Álvaro y él, estando seguro que sería el próximo alcalde, después que Velázquez falleciera, se la vendió, sacando una muy buena ganancia de esa transacción, pero resultó que le salió el tiro por la culata y don Diego fue elegido como capitán general, manteniendo en hilo las gubernaturas. Don Álvaro fue puesto en la contraloría de suministros y la casa de gobernación, símbolo de autoridad, fue ocupada por don Diego e Isabel. Aceptaron, por ruegos de don Álvaro, rentarle su antigua casa y aunque en diversas ocasiones, don Álvaro hizo por re-comprarla, Isabel se negó por

distintas razones. Una era que no sabía cuánto le iba a durar el cargo al capitán y esa casa estaba bien ubicada, era muy hermosa y le gustaba sentir que algo le pertenecía. Además, ahí vivieron sus primeros años de casados y habían sido muy felices. Su casa actual, la de gobernación, era sin duda un palacio y en las enormes bodegas, que mantenían cerradas con llave, encontraron platería para trescientas personas. Con eso bastaba para cubrir el número que tenían, que era aproximadamente de doscientos cuarenta invitados... Sacaron mesas, manteles, sillas y alfombras y el salón principal, que generalmente se utilizaba para que las jovencitas de San Cristóbal aprendieran los nuevos pasos de baile, quedó listo después que Isabel mandara pintar los ribetes y aplicaciones de un color verde tenue y el resto de las paredes de blanco brillante. Los pisos fueron cubiertos por nuevas alfombras y al final, acomodaron todo el mobiliario.

Quince días antes encargó los animales que sacrificarían: gallinas, pollos, pavos, codornices, conejos, cerdos, pescados y contrataron los cocineros para que con tiempo se hicieran de manteca, vino y vinagre. Los vestidos, tema delicado, porque Rebeca debía lucir distinta a cualquier doncella o por lo menos ese era el cometido de una jovencita que se presentaba en sociedad, a diferencia del resto, —que había mandado traer sus vestidos desde Milán—, con el tiempo encima, Rebeca debía reformar alguno de sus mejores vestidos y hacerle arreglos especiales para que luciera como nuevo.

Por su parte, el capitán Diego tenía una carta guardada. Era un As y la había tenido escondida a Isabel como una sorpresa.

Baile de máscaras

Todo lo que había prometido Hernando de Cortés lo cumplió con creces y todos sus amigos que lo ayudaron en la toma de Tenochtitlán, se vieron gratamente recompensados. El almirante Lorenzo de Martínez, llegado más tarde que cualquiera, también recibió retribución: Fue nombrado *Capitán de fuerzas armadas* e instalado en la cada vez más afluyente, Villa Rica de la Vera Cruz. Casa, sirvientes y buena fortuna recibió Lorenzo y, aun con extensos territorios repartidos, Hernando, con todo su poder, no satisfizo a todos, que estimaron algunos, merecer más que otros o se sintieron con el poder de gobernar. Hernando no los dejó, haciendo lugar a incontables pleitos, pero esos pleitos lo tenían a Lorenzo sin cuidado. Él estaba contento con lo que le había tocado y quedó más que agradecido que lo hayan dejado cerca del mar.

Bien lo había presagiado el capitán Diego, aconsejándolo para que no se fuera enseguida, pues después de la guerra ganada contra los aztecas, la repartición de tierras, esclavos y oro fue lo que causó el distanciamiento de muchos de sus hombres. “*La avaricia tiene vida propia*”, dijo y, lo que un día utilizó Hernando como cebo para acarrearlos, después, esa misma arma se le volteó. Don Diego ya conocía esa parte de la guerra y en cualquier parte era lo mismo. Lorenzo escuchó y esperó hasta que las aguas fueran más tranquilas, porque, *luna con cerca y agua en cubierta, marinero alerta...*

Las tierras mexicas eran por completo bastas y ricas y por más que las recorrían, se habrían como los cielos infinitos que los cubrían, al igual que sus habitantes. Más ciudades nuevas habían sido descubiertas y ni pizca de lo que fueron los aztecas, pero sí eran briosos, numerosos y con el afán de conservar sus territorios. Seguían resistiendo en el sur y seguían resistiendo en el noreste, pero encontraban al final el mismo destino que tuvieron los aztecas y, si no se unían y/o se rendían, solo quedaba la muerte.

Lorenzo llegó después de la muerte del gobernador Velázquez, después de que el emperador Fernando segundo de Aragón, concediera a Hernando esas tierras que había conquistado a su nombre y mucho después que los señoríos de Tlacopán, Azcapotzalco, Ecatepec, Texcoco y Mexicaltzingo, se entregaran y, que Lorenzo fuera puesto particularmente en ese sitio no fue a propósito; Hernando no tenía un solo pelo de tonto y sabiendo que él y Diego eran muy amigos y ya que Diego no quiso tomar un solo trozo del oro de Tenochtitlán, ni formar parte en su gobierno como se lo propuso, la mejor estrategia a seguir fue colocar a Lorenzo en la entrada de su reino y con Diego al frente de la capitania en La Habana, tenía controladas a las flotas que arribaban cada vez más seguido al Nuevo Mundo. Era pues, una excelente maniobra contar indirectamente con Diego de su parte, pues La Española se resistía a aceptarlo como gobernador del nuevo territorio conquistado.

Villa Rica, situado justo enfrente de una hermosa playa con arena suave y fina, con agua templada aun en tiempos de calor, en invierno era curiosamente calientita y desde la conquista de Tenochtitlán, Villa Rica contaba con un muelle, que con el tiempo se fue ampliando, cubriendo toda la rivera con grandes galeones y carabelas, bergantines y lanchas de pescadores. El nuevo muelle era por demás una grata bienvenida para los nuevos visitantes; dividido en cuatro secciones, su extenso andén lucía siempre iluminado, contrastando con un cielo espectacular en noches estrelladas. Las casas, las más cercanas a la zona portuaria, armadas de madera y techos de palma, estaban habitadas en su mayoría por marinos y soldados con familia que vivían plácidamente entre calles de arena salada. Le decían la *aldea de tablas* y las otras, las casas hechas de piedra y cantera como la de Lorenzo, la parroquia y unos cuantos oficiales, quedaban más al noroeste, por arriba de las colinas, donde la tierra era más firme y los cimientos más profundos.

Lucía le dio su primogénito en San Cristóbal, una niña que, por petición de Lorenzo, quiso que la nombraran Estela y en Villa Rica, hacía seis años cumplidos desde su nombramiento, otras dos niñas les hicieron el trío.

Lucía fue estupenda desde el principio y la comodidad con la que había gozado en la villa de Santiago de Cuba era verdaderamente incomparable, sobre todo la armonía y calidez que experimentó en San Cristóbal junto a Isabel y Rebeca. ¡Era lo que más extrañaba! Se mantenían comunicadas mediante cartas que iban y venían una vez al mes y Lucía, a pesar de las dificultades que al principio vivió para adaptarse a ese lugar, salió adelante y se

aclimató a Villa Rica; a su sol, arena y mosquitos; al exceso de soldados e infinidad de marinos; a las nativas y nativos y los niños mestizos; a su maíz y sus comidas. ¡Ah, sus comidas! Sus condimentos, sus chiles, cacahuete y por, sobre todo, su cacao. El cacao... ¡qué sabroso que era! y cómo se deleitó cuando se lo dieron a probar la segunda vez, porque la primera no supo ella que las semillas había que sacarse de la vaina y ponerse a secar. Le supo insípido y no entendió por qué tanto alboroto por tan extraña planta. Lorenzo no la contradijo porque quería ver su expresión cuando realmente lo saboreara y la cocinera que le llevó, que era *náhuatl*, de los que vivían en La Laguna, se lo preparó como se debía... con chiles, miel, agua, vainilla y claro está, con cacao... *"Primero se tuestan los granos, sí, hay que sacarlos de la vaina y ya fríos se despellejan. —¡Ha! Y con esas cascarillas se puede hacer un té para levantarse el ánimo—. Se machacan una y otra vez los granos hasta que forme una pasta marrón y los chiles hay que desvenarlos, hervirlos como si se hiciera un té de chile, luego se sacan y se agrega la miel, poco a poco la pasta de cacao y cuando se deshaga hay que verter la vainilla. —No la vaina, aprende, solo las semillas—. De a poco se va formando espuma y al otro día, mezclado y colado... ahí tienes un delicioso xocolat".* ¡Qué olor!, que sabores convergían en su boca al sorber de a poco la bebida que *Auachtli* —o Rocío en castellano— preparó. Dulce, picante... ¡Delicioso!

Las niñas que concibieron eran como ella, pequeñas Lucías que adoraban a Lorenzo y Lucía se ayudaba de Mari Paz para su cuidado. Lorenzo, otra vez bendito entre mujeres, disfrutaba mucho a sus hijas y ellas por igual, porque apenas cruzaba la puerta, se le abrazaban y se le colgaban de los brazos y él se divertía, haciéndoles cosquillas o dándoles vueltas y vueltas por el aire hasta que terminaban borrachas o dando traspiés.

La escasez de mujeres españolas en Villa Rica, propiciaba la mezcla y las esposas o concubinas de soldados y marinos, se contaban por cientos. Muchas eran *mestizas* y ahí también nacieron los primeros *criollos*. Su vida, por demás era sencilla, la de todos los de la costa y los niños y pescadores andaban sin zapatos. Los naturales también adaptaron su vida a la vida de los castellanos y las mismas españolas, las que vivían en la aldea de tablas, guardaron en baúles sus jubones y corsés y juntas convivían, indias, mestizas, criollas y españolas, echándose la mano cómo podían para no dejar entrar a las *hijas de la mala vida*, por decirlo de forma decente, ¡porque eso sí, eran muy decentes! Y estas hijas de la mala vida, en pocas palabras, putas indias,

acarreadas de otras aldeas que con regularidad llegaban quién sabe cómo a los puertos y ofrecían sus fragancias y carnes a los pobres marinos y soldados, — pobres, decían ellas—, sus esposos que, inducidos por esas pervertidas, aflojaban el cuerpo y el bolsillo en un santiamén...

Eran listos los bribones. Las escondían en los barcos varados y por días y hasta que la plata se les terminara, se dejaban ellas penetrar el coño, el culo, las orejas y por donde ellos quisieran introducirles el *carajo*; como vampiresas les chupaban los miembros sin cesar y se engullían las leches que surgían de sus espasmos. Pobres hombres malentendidos, pobres maridos que solo buscaban un ratito de distracción y malditas esas, esas indias malditas que con sortilegios extraños los seducían para quitarles su dinero. ¡El dinero de sus hijos! ¿Y a quién sino iban a pedirle ayuda? Hasta la capitania llegaban esposas llorosas a darle la queja a Lorenzo que sus hombres tenían días sin llegar a dormir... Él ya sabía dónde encontrarlos y rápidamente despachaba a las putas, haciendo que los susodichos soltaran las monedas y putas y manejadores se regresaban a las aldeas del derredor. Eran castigados. ¡Oh sí!, Lorenzo les quitaba por supuesto los días que faltaron y un día extra por hacer uso de los barcos sin permiso. Los ponía a vaciar letrinas y hacerse cargo de los desperdicios. Un par de meses más tarde, volvían a las andadas... No había mucho que hacer y, sin tabernas ni burdeles, él mismo les proveía de vino que decomisaban de mercantes que se arriesgaban a entrar de contrabando.

Se pensaría que no habría mucho a dónde ir, pero no, en las tierras mexicas y gracias a las reparticiones, abundaban haciendas y en el centro de Tenochtitlán, comenzaba a construirse una gran ciudad. ¡Qué San Cristóbal y qué Santiago! Esa ciudad estaba destinada a seguir siendo lo que los aztecas iniciaron: una gran ciudad. "*El sitio donde el águila grazna, en donde abre las alas; ¡el sitio donde ella come y en donde vuelan los peces, donde las serpientes van haciendo ruedos y silban! ¡Ese será México Tenochtitlan, y muchas cosas han de suceder!*". Eso predijeron en la crónica Mexicáyotl, pero nunca imaginaron que los castellanos la reconstruyeran y la hicieran a su modo, derribando y cubriendo sus hermosos templos. En fin, Lorenzo se reunía con regularidad con otros oficiales y en algunas ocasiones llevaba a Lucía con él, sobre todo a Cempoala donde Hernando tuvo su primera casa y en ese lugar, gracias a la comitiva de doña Juana de Juárez, su esposa, se podía relacionar con mujeres españolas y en festividades estas mujeres se reencontraban. Algunas eran de real alcurnia y sus acompañantes también

españolas encontraban marido entre los muchos solteros que en esas fiestas abundaban. ¡Todos querían estar donde estaba Hernando! Luego que enviudó se volvió muy codiciado y en estas reuniones las solteras buscaban una sola oportunidad para lucirse y pavonearse con la esperanza de ser desposadas por él. Además de las que con seguridad corría sangre real en sus venas, no era extraño tampoco que muchas de esas mujeres provinieran de mancebías madrileñas que al igual que sus esposos, subieron de categoría y, por no haber más, las aceptaban. Por lo menos eran europeas, se decían entre ellos. Pocas eran que como Lucía habían sido cuidadosamente escogidas para matrimoniarlas debidamente con los castellanos.

Lucía siempre fue bella y su figura seguía siendo hermosa y delicada después de tres partos. Era elegante, delicada y poseía una dulzura y decoro que contagiaba, conquistando ella sola y sin ayuda, a los caballeros y damas de casta. Sonreía discretamente y no levantaba demasiado la voz, hablaba solo cuando le dirigían la palabra y guardaba para sí misma cualquier opinión malintencionada. Doña María de Ibarra, su protectora cuando recién llegó a las Indias, debía sentirse muy orgullosa del trabajo que había hecho y Lucía Pastorino se fue castellanizando con el tiempo en Lucía de Pastor, pasando fácilmente entre el bisbiseo de la gente, como hija de un gran señor, sin imaginar ellos que su padre era un campesino de Tenerife con raíces italianas.

A diferencia de Lorenzo, desconfiaba de Hernando. Sería por todas las conversaciones que escuchó a labios de don Pedro y doña María en Santiago, refiriéndose a él como un advenedizo, o por los rumores que las damas contaban en la sacristía sobre los amores clandestino que decían, sostenía con una prima de él o las acusaciones de asesinato que lo inculpaban, a él y a nadie más por la muerte de su esposa: Doña Catalina de Juárez...

Poco se quejaba Lucía y menos hablaba con malicia y Lorenzo aborrecía que se mencionara en su casa un chisme tan atroz. Lucía tampoco podía entender cómo Lorenzo había dejado a una persona tan honorable como lo era el capitán Diego por seguir a alguien con la fama que Hernando cargaba a cuestas. Hubo testigos que incluso afirmaron haber visto el cuerpo de doña Catalina tirada en su habitación con los ojos desencajados y la gargantilla rota. Sus hermanos, los de doña Catalina, lo señalaron alegando que él la había ahorcado. "*Pobre mujer*", decían todos. "*Pobre de doña Catalina*", lloraba Hernando por no haber podido auxiliarla cuando se estaba ahogando y sí, pobres de todos y pobre de Lorenzo, pensaba Lucía por creer en sus mentiras.

Hernando adoraba las fiestas y las damas, después de guardar un adecuado luto, comenzaron a organizar curiosas y originales fiestas con temáticas divertidas para animarlo. En su casa de Cempoala, el carnaval fue el mejor pretexto para planear, bajo la tutela de doña Josepha González de Hermosillo, ¡una fiesta de máscaras!, tan de moda en Venecia y Hernando estuvo más que de acuerdo en que echara la casa por la ventana.

Esa era la primera fiesta que Lucía asistía luego de los funerales de doña Catalina de Juárez. Accedió a ir solo por insistencia de Lorenzo y afuera, antes de entrar, Lucía respiró hondo para vestir su rostro de la sonrisa amable y dulce que a todos gustaba. Su educación exigía que saludara también al anfitrión de la casa y ella misma, en su interior, se demandó evitar a como diera lugar su penetrante mirada, pues temía que él viera a través de sus ojos su aversión por él.

Las máscaras las mandaron traer por supuesto de Venecia y eran verdaderas obras de arte que los invitados pudieron escoger la que más se asemejara a su carácter o gusto, entre la gran variedad de modelos figuraban las máscaras de *Arlequín*, con brocados dorados y cascabeles; de *Pantalone*, con un rostro enrojecido, cejo fruncido y nariz aguileña; de *Polichinela*, con nariz hinchada y roja; del *doctor Nalanzone*, con bigote llamativo; El *Escribano*, más sobria con bigote discreto; de *Mattaccino*, escogida por Hernando y única en su género. El *Mattaccino*, conocido también como *el hondero*: roja brillante con aplicaciones doradas, representaba a un juerguista vividor y era la única máscara varonil con plumas. Para las damas se les ofrecía el antifaz de *Colombina*, representando a una cortesana elegante con plumas y colores brillantes... Las más audaces se atrevieron a portarlo sabiendo todos su significado y Lucía, naturalmente, eligió una máscara hecha con encaje plateado y listón de seda negro. Lorenzo, que no disfrutaba de disfraces ni máscaras, optó por un parche pirata, pero por ser tan simple, le amarraron una pañoleta roja en la cabeza. ¡Era muy divertido! Los invitados parecían disfrutar pasearse por el salón, encarnando lo que sus máscaras indicaban ser y bromeaban haciéndose reverencias. El banquete también fue veneciano: La mesa, una sola, sorprendió a todos por las esculturas representando a dos leones justo en medio sobre el mantel, adornado con franjas de brocados dorados. Platos, copas y cubiertos, todos, dijo doña Josepha González de Hermosillo, eran venecianos. Como plato fuerte se sirvió jabalí con la cabeza en bandeja y le siguieron las aves: gallinas, codorniz, pescado y hasta víbora. El baile, esperado por todos, animó a que formaran sus parejas y ocuparan la

pista de baile. El que abrió, fue por supuesto Hernando y como muestra de agradecimiento, bailó con doña Josepha González de Hermosillo, que soñada, le pasó por las narices a las otras doñas que se mordían las uñas de celos...

Ya había pasado un buen rato en que las copas de vino se vaciaban con rapidez y las voces iban subiendo de tono y algunas máscaras desenmascararon a quienes, por la comezón, decidieron quitárselas y, cuando anunciaron que los músicos tocarían *El Tourdion*, Lorenzo y Lucía conversaban plácidamente con don Sebastián de Ramírez, capellán llegado de San Juan de Puerto Rico y los sorprendió porque ni siquiera lo vieron venir. Estaban tan ensimismados en la plática, que apenas notaron que Hernando había atravesado la pista para llegar hasta ellos. Le pidió permiso a Lorenzo para bailar con Lucía y él aceptó sin remilgos. ¿Cómo podría negarse?

Lucía dejó que la tomara de la mano y cuando comenzaron a tocar *El Tourdion*, Hernando, con la mano alzada se posó en medio del salón con otras cuatro parejas. Hicieron dos filas, las mujeres de un lado y los hombres del otro... La música inició con flautas y fueron desfilando de un extremo de la pista y luego de regreso tomándose las manos y formando las parejas. Las mujeres hicieron una reverencia y ellos levantaron sus manos, las rodearon y ellas, etéreas, con pasos lentos y vaporosos, les dieron la vuelta, cerca, muy cerca... Lucía sentía su puntiaguda mirada cada que sus ojos se cruzaban. No le gustaba la manera en la que él apretaba su mano contra su cintura, valiéndose de las vueltas. La soltaba con un suave movimiento al ritmo de la danza sin despegarle la mirada y cuando regresaba a él, su proximidad provocaba un ligero choque de sus cuerpos. Era tan sutil que ni siquiera se notaba y Lucía sufría bajo su mirada, dándose perfecta cuenta que Hernando se deleitaba con su angustia...

Dieciocho minutos duró el baile, dieciocho minutos que a ella le parecieron una eternidad.

Hernando la devolvió a su dueño y se mostró agradecido, retirándose tan sonriente como siempre. No así Lorenzo, que se notó serio, más serio que nunca. Estaba molesto e hizo todo lo posible por ocultarlo, por lo menos hasta que regresaron a su casa...

En todo el camino se mantuvieron en silencio y ella no sabía qué le pasaba por la mente. ¿Acaso le había faltado el respeto? No quería decir nada hasta escucharlo y ella, que tanto lo adoraba, no podía imaginar que él pensara ni siquiera por un instante, que ella disfrutó bailar con ese hombre ¡No era posible que él pensara eso!

Al entrar a Villa Rica pudieron relajarse. Las niñas les dieron la bienvenida y Rosaurita, la más pequeña que apenas estaba aprendiendo a mantenerse equilibrada en el suelo fue la primera que le extendió los brazos. Lorenzo corrió a abrazarla y la niña se deshizo en risas y jolgorios. Estela y Paulina también se le unieron y todos entraron a la casa. Lucía les llevó tres máscaras que doña Josepha amablemente le regaló y jugaron un buen rato persiguiéndose entre ellas, mientras Rosaura, de la mano de Mari Paz, trataba de seguirles el paso.

Lorenzo y Lucía disfrutaron observarlas y Lucía pensó que todo había vuelto a la normalidad. ¡Gracias a Dios estaban en casa!, lejos de esa farsa, lejos de las máscaras y lejos de don Hernando.

Esa misma semana recibieron una muy agradable sorpresa. Del bergantín que diariamente hacía una ruta desde Santiago, pasando por San Cristóbal hasta Villa Rica, les llegó un paquete enviado directamente por Isabel: Una hermosa cajita de madera labrada, hecha en los talleres artesanales taínos, y que guardaba entre aserrín rizado, una invitación de media carta con magnífica caligrafía, enrollada y envuelta en listón beige.

*San Cristóbal de Cuba, Imperio de España
Capitán Lorenzo de Martínez y familia,*

Tengan sus mercedes, usted y su magnífica esposa, la bondad de acompañarnos a la ceremonia de presentación de nuestra preciada hija Rebeca de Estévez de Guzmán que cumple su mayoría de edad y que celebraremos el primero de noviembre.

Con aprecio: Capitán Diego de Rodríguez y su esposa doña Isabel de Guzmán.

Lorenzo no podía salir en esos momentos. Hernando se había lanzado al sur con un grupo de exploradores junto con Pedro de Alvarado y otros jefes tlaxcaltecas a continuar la conquista y debido a la ola de insurrecciones que estaban sucediendo en las tierras mexicas, no podían darse el lujo de desproteger el puerto.

—Dale mis saludos al capitán, a doña Isabel y a Rebeca. —dijo Lorenzo antes que Lucía subiera en el bergantín con las niñas y con Mari Paz al

siguiente día que recibieron el paquete.

—Me apena mucho dejarte y pensar que pudieras estar en peligro. — contestó Lucía acercándose a él.

Desde que llegaron de Cempoala era la primera vez que Lorenzo le hablaba con cariño.

—Prefiero que te vayas Lucía, si acaso la situación se complicara, me vería en la necesidad de enviarte a Cempoala y a estas alturas, prefiero saberte en San Cristóbal. Ya no quiero que vuelvas allá. —A Cempoala, eso era seguro.

—Lorenzo, te juro que yo no...

—No jures Lucía, pero no es tu culpa, es que soy demasiado celoso... Odio compartirte con quien sea y... —Se interrumpió. Quería decirle que no le había pasado desapercibido la forma en que Hernando se la comía con la miraba, pero en lugar de eso dijo—: Ya no quiero ponerte en una situación en la que te sientes incómoda. —La asió hacía si de la cintura y la besó dulcemente en los labios—. Yo mandaré por ustedes cuando sea más seguro. Allá estarán a salvo. ¿Está bien?

—Sí Lorenzo, haré lo que tú ordenes, rezaré por ti cada noche. Que Dios te bendiga mi amor, te pensaré mucho y contaré los días hasta verte de nuevo...

Dulce tormento

¡Era extraordinario el cambio en los mapas! Los avances en el área de la geografía y cartografía se hacían cada vez más evidentes y Fernando disfrutaba pasar los días enteros estudiando en la escuela de Salamanca que compartía con otros seis mil alumnos respectivamente y según su procedencia, fue acomodado por ser mitad castellano con los de Castilla y por falta de portugueses ahí lo dejaron... “*¡Viva la espiga!*”, era su lema, “*¡Viva la aceituna!*”, contradecían los andaluces, mientras los vizcaínos y aragoneses tenían el suyo propio y los estudiantes, alojados entre los varios edificios, dependiendo de su condición social, —es decir monetario—, daban un aire intelectual a tan bella ciudad.

En el edificio de Fernando, en el que don Daniel de Estévez reservó un cuarto; pensadores, escritores, doctores y poetas habían pasado por sus puertas o al menos así con esa seguridad se lo dijeron y, siendo don Daniel un romántico empedernido, quiso que su sobrino compartiera sus sueños, cansancios y horas de estudio, con los fantasmas de tan ilustres personajes. No era mucho lo que se ofrecía, pero estaba cerca de la escuela y tenía todo lo que un estudiante requería: Servicio de limpieza, comidas, lavado de ropa, sin permitir a ninguno de los muchachos, —porque todos eran varones—, mozos personales. Cada pasillo tenía, sin embargo, dos asistentes: Uno que atendía el lado derecho del pasillo y otro que atendía el lado izquierdo. Ellos eran los encargados de arrimar agua, recoger ropa sucia y mantener los pasillos limpios y sin escándalo. Un solo comedor los alimentaba y sus comidas eran servidas tres veces al día, comidas que debían transcurrir en silencio, escuchando solamente la repetición sin parar de los evangelios en latín, que diariamente se leían turnándose de dos en dos y este par era su obligación hacerlo tanto en el almuerzo, comida y cena y no les volvía a tocar cuando

mucho dos veces al año, so pena, que, si alguno faltase sin razón justificada, era castigado y enviado a lavar los trastos por cinco días. No estaba por supuesto permitido ingresar comida a las habitaciones y un bachiller, que era el supervisor del edificio, proveía una cierta cantidad de cera, papel y tinta cada mes. Los cuartos, como se puede imaginar, eran muy austeros y todos eran idénticos: Cama individual, crucifijo colgado en la cabecera; enfrente, una repisa con una vasija con agua y una toalla servía de tocador y lavabo; por el lado derecho un angosto armario apenas guardaba los abrigos apretujados y una ventanilla servía solo para ventilar el cuarto; a la izquierda de la cama, un pequeño escritorio con banco, eso sí, acojinado; tintero, hojas para escribir y candelabro para dos candelas hacían de testigos para esas largas noches en vela.

De marzo a noviembre, Salamanca se sentía calurosa, meses en los que comprendía el año escolar y la escuela, atiborrada entre alumnos, profesores y visitantes que, atraídos por las maravillas arquitectónicas y torres góticas se dejaban hechizar mezclándose entre los *salamanquinos*, pero durante invierno... ¡huían del frío intenso!, tanto estudiantes foráneos como turistas regresaban a casa, pues estas temperaturas bajaban hasta los cinco grados centígrados. Esto fue lo que más afectó a Fernando el primer año de escuela, acostumbrado al calor de las costas, provocándole un tremendo resfriado que le duró por casi dos meses. Él sentía que había quedado débil desde aquella vez que se enfermó en Indias ¡y en cuanto tuvo oportunidad, salió directo a Oporto!, quedándose al cuidado de su abuela, doña Amelia, que lo atendió con todos los cuidados como solo una madre sabe. A su tío le escribió explicándole la razón de su ausencia y él lo disculpó, animándolo a que se quedara con ellos todo el tiempo que quisiera para que agarrara fuerzas.

En marzo regresó con nuevos bríos a estudiar y totalmente renovado y como ya sabía moverse en la escuela con más confianza, pudo darse la libertad de salir un poco a conocer la ciudad y comer sus delicias, como las migas del pastor, hechas con bacalao, chorizo y panceta; o el cocido de maragato, sabroso caldo de garbanzos, gallina y cerdo, ¡y no dejó de probar las almendras garapiñadas, de las que se volvió adicto!

Salamanca, la ciudad amurallada, contaba en su centro con la Plaza San Martín y la Universidad era su marco, que junto a otros edificios, entre ellos los dormitorios, la Iglesia de San Esteban y otras casas de gobierno, daban ese aire apasionado que a todos los que la visitaban enamoraba y, en compañía de

su amigo Francisco Javier Arias de Maldonado, terminó de conocer todos los rincones que escondía la ciudad, que él, como fiel salamanqués, se paseaba como dueño y señor por toda la comarca.

Lo conoció en una conferencia de dialéctica y le llamó la atención que no tomara notas y encima, se riera abiertamente de un comentario expuesto por el profesor.

—¿Le parece gracioso? —interrumpió la clase el catedrático y todos voltearon a donde estaba sentado el susodicho, precisamente a un lado de con Fernando.

—Un poco su señoría. —contestó envalentonado sin moverse ni siquiera un ápice.

—Entonces, exponga sus razones. —dijo el maestro cruzándose de brazos. Ya lo conocía perfectamente bien.

—Solo creo que por más que alguien luche, a veces la Providencia le negará el conocimiento al imbécil, es decir, nunca llegará a la excelencia, pero coincido en que su imbecilidad lo volverá apto para la mayoría de la gente. No lo digo por usted por supuesto señor, yo soy un ferviente admirador de su trabajo y admiro su paciencia por querer enseñar a quién, como dije antes, la Providencia simplemente se lo ha negado. ¡Ah...!, también debo excluir a *Margalho* el escritor y como verá, siendo yo un imbécil, solo expongo un pensamiento que se me cruzó por la mente.

—Guárdese esos pensamientos contaminantes para usted y evite exponerlos a sus compañeros. —contestó molesto el profesor ante la mirada burlona del muchacho que, con una sonrisa hipócrita, asintió enderezándose en su asiento.

Al finalizar la clase todos se fueron levantando y Fernando esperó a que se vaciara el aula. Francisco Javier seguía cómodamente sentado haciendo un bosquejo con tiza del cuerpo del profesor, pero su cara la dibujó en un sitio invertido... al lugar de su miembro.

—¿Usted cree en la Providencia? —preguntó Fernando y el otro lo miró de reojo con desconfianza.

—¿Por qué lo pregunta, acaso es un apasionado religioso?

—Pregunto por la explicación que da tan seguro ante la afirmación de *Margalho*.

El joven se rio divertido. *Margalho* había sido un catedrático en esa universidad de Salamanca y por demás respetado por todos los profesores.

—No lo sé, aun no lo he decidido, por el momento solo quería debatir sobre, “*La lucha agudiza el ingenio*”. —arremedó el texto del ensayo

haciendo una voz rimbombante—. ¡Providencia o cualidades no cambio lo dicho!, creo que por más que luchen, la mayoría no obtendrá esa chispa de genialidad que distingue a unos pocos escogidos.

—¿Por eso no toma notas? Tal vez estoy ante un genio y sería bueno saberlo. —Francisco Javier volvió a reírse.

—Me simpatiza... ¡Y eso es decir mucho! —exclamó tendiendo su mano y Fernando se presentó.

Siguieron con su charla afuera y atravesaron el enorme patio adoquinado, entonces Fernando confesó que no salía mucho y Francisco Javier confesó que era la primera vez que tomaba esa clase; Fernando admitió que era un ratón de biblioteca y Francisco Javier admitió que era un ratón de cantina, pero pasando la explanada, pararon al notar que iban a lugares opuestos.

—Hasta la próxima entonces. —Se despidió Fernando.

—No que va... ¿qué acostumbra hacer los viernes?

—Hoy es...

—¡viernes, por el amor de Dios!

—Pues... nada especial —reconoció Fernando avergonzado.

—¡Excelente!, porque cuando no se hace nada, es mejor no hacer nada acompañado y *nada* es lo que a muchos nos gusta hacer aquí. Lo espero en la mancebía *Viva Sevilla*. —dijo Francisco Javier dirigiéndose a rectoría donde se había propuesto publicar su obra de arte. Fernando se quedó parado y él agregó alzando la voz—: ¡La encontrará!

Fernando se la pensó, pero la idea de ir a distraerse y convivir con otros jóvenes de su edad lo convencieron. Entró a una clase especial sobre la historia de la navegación y salió con muy buen sabor de boca. ¡Le enorgullecía escuchar sobre los primeros viajes portugueses!, y sus métodos de navegación le recordaron mucho a su padre que había sido un extraordinario marino y con ese mismo ánimo se encaminó a donde la mayoría de jóvenes se congregaban los viernes: la zona roja, con oscuros pero sonoros establecimientos que no eran otra cosa que burdeles y precisamente, el que estaba más atiborrado, era el famoso *Viva Sevilla*.

Entró, haciéndose lugar entre el barullo, música y risas y Francisco Javier rápidamente lo divisó entre toda la gente.

—¡Fernando... aquí! —gritó y sentándose en la silla que Francisco Javier amablemente le ofreció, se unió al tumulto de estudiantes ebrios, identificando a tres de cinco en la mesa, porque los otros dos, eran chicas, muchachas alegres como ellos les decían y bastante serviciales porque apenas había

hecho por sentarse, rápidamente le sirvieron vino rojo y este agradecido y un poco sonrojado, lo saboreó ante la expectativa de los demás.

—¿Está bueno verdad? —preguntó Francisco Javier animando a una de las muchachas para que se sentara en sus piernas. Ya se notaba alegre y como no, si le llevaba casi tres horas de adelanto sin darle tregua al vino—. Tres reales la botella, estimado Fernando, pero si tienes cinco mejor, porque te puede acompañar una de estas hermosuras a descargar el cansancio. —dijo riendo, metiendo mano entre los pechos de la mujer.

A Fernando no le pareció la gran cosa ni se asustó, había visto peores cosas y bastante había tenido con la lujuria de los soldados en Indias.

—El vino, mi buen amigo, con pan es bueno.

—Como no, si el vino aplaca el hambre.

—Y es que no hay tales amigos como pan y vino.

—Y un día sin vino es un día sin sol.

—Cito a *Avicena*... —declamó con la mano en el corazón, subiéndose de improviso arriba de la mesa—. *El vino es el amigo del sabio y el enemigo del borracho. Es amargo y útil como el consejo del filósofo, está permitido a la gente y prohibido a los imbéciles. Empuja al estúpido hacia las tinieblas y guía al sabio hacia Dios. ¡He dicho!*

Los que estaban cerca le aplaudieron, los demás lo abuchearon.

—¡Amén! ¡Invito dos botellas! —anunció Fernando y dejó de un golpe una moneda de ocho reales.

Todos festejaron las dos botellas más que la declamación y Francisco Javier le dio un abrazo. Así desde ese día, se le hizo costumbre salir los viernes con Francisco Javier y sus amigos. Bebían vino y hacían sus juegos de palabras, pero a las chicas, de lejos las miraba, porque veía las filas que hacían sus compañeros en el baño de vapor anexo a la mancebía y las filas, eran largas...

Otro verano concluyó y el fin de curso se adornó con una formidable helada que hizo que más de uno se resbalara por la explanada cubierta de hielo. Apenas alcanzó a despedirse de Francisco Javier y se apresuró a salir de Salamanca y temblando y entumecido, encontró lugar en el carruaje rumbo a Fragosela y de ahí, tomó otro a Torredeita. De Torredeita a Oporto, largo se le hizo el camino, pero llegó, recibido con abrazos y cariños. Se quedó toda la semana con sus abuelos y luego se embarcó a Lisboa, pasando el resto del invierno con su tío.

Le gustó estar de regreso y reencontrarse con la ciudad luz. Su tío y doña Antonia de Correia, estaban encantados y Fernando relató a su tío sus idas al Viva Sevilla y el personaje que resultó ser Francisco Javier y sí, tal como pensó, su tío se carcajeó de sus ocurrencias y también le contó lo que sucedía el famoso *Lunes de aguas*, cuando por orden de la Iglesia en Cuaresma, todas las cortesanas debían salir de la ciudad, pero en Pascua, el día que regresaban... ¡por las calles y desde las ventanas, vecinos y sobre todo los estudiantes las recibían golpeteando cacerolas y todo lo que se encontraran para darles la bienvenida!

—No se lo vayas a contar a doña Antonia. —dijo sosteniéndose la barriga de tanta risa.

Sus reuniones y múltiples pretextos por reunir a los amigos no pararon con Fernando y sin Fernando y su regresó ameritó que doña Antonia los convocara a una cena en su honor, pues todos querían saber qué materias impartían en la universidad y provocó un intercambio de opiniones cuando se mencionó la cartografía.

—¡Los portugueses sin lugar a dudas!, eso, por lo menos aquí no habrá nadie que lo refute, y que no se diga que no hemos dado a la humanidad las mejores cartas de navegación que se han conocido en el mundo.

—Sí, muy de acuerdo don Enrique, pero hay que aceptar que desde que entraron a las costas de África todo cambió. ¡No hay quien los saque de ahí! y mientras, italianos, alemanes, ¡vaya... hasta los holandeses se han iniciado en la cartografía! —refutó don Néstor y en tanto que ellos discutían, formando su propio grupo de opinión, las damas observaban a uno y otro lado.

—Señores por favor... dejemos que Fernando nos cuente sobre la vida social de Salamanca. —animó don Daniel y Fernando, a quien cedieron la palabra, lo complació, contándoles lo que se acostumbraba hacer en Semana Santa: las procesiones y *fiestas charras* que la gente celebraba, valga la redundancia, vistiéndose de *charras*, con vestidos de colores bordados, listones y velos y los *charros*, con chalecos de flequillo, sombreros y botas. Era una fiesta llena de colores, música y abundante comida y, los días comunes, los *salamanquenses*, alegres y para nada aburridos, se reunían en la explanada en la que siempre había mucha actividad y los estudiantes, sobre todo, recitaban poemas y actuaban en obras teatrales.

Los invitados de su tío y de doña Antonia quedaron encantados y todos estuvieron de acuerdo que Salamanca era una ciudad que les gustaría conocer. A partir de eso, Fernando fue invitado a varios banquetes y ya que no había

mucho que hacer para un joven como él, aceptó asistir a todos los eventos posibles, no por caridad, sino porque realmente disfrutaba de su compañía.

La fiesta que dio don Roberto de Oliveira fue por demás una reunión imperdible y parte-aguas en su vida, porque, recién llegada de Sevilla, asistió una mujer de mediana edad, vestida tan sobriamente como las damas de ese lugar, con diadema sosteniendo su velo que le cubría casi todo el cabello y gorguera en el cuello. Era invitada de doña María de Souza, prima lejana, que como tal, fue recibida con afecto. Pero la trascendencia de su asistencia y su vestimenta no era de gran importancia, de hecho, la señora habría pasado desapercibida por todos, sino fuera por su acompañante: Una joven, que a Fernando flechó desde que la vio. ¡Le pareció tan hermosa!, y, a pesar que su vestimenta no se diferenciaba de la mujer de mediana edad, su silueta delgada y estilizada, le daban un estilo muy, pero muy distinto. Su cabello claro, tal vez más claro que lo que la sevillana dejaba mostrar, sí dejaba por lo menos admirar su rostro, enmarcando en primer lugar un par de cejas pobladas, ojos grandes castaños y una boca, tan pequeña y rosada, que Fernando se derritió saboreándosela.

—Parece que te han hechizado sobrino. —dijo su tío percatándose de su embeleso.

—¿Quién es ella tío? —preguntó instintivamente.

—Según se, no es de aquí. —murmuró—. Es francesa y la mujer que acompaña es su cuñada. —Fernando suspiró decepcionado—. Es viuda. —Añadió acercándose a su oído y a Fernando le brillaron los ojos—. Pero no te hagas muchas ilusiones, dicen que su cuñada no la deja a sol ni a sombra y está empeñada en que se va a quedar a acompañarla el resto de sus días.

—Eso no es posible tío, es demasiado bella para eso.

—Vamos a ver... —dijo y le dio una palmada para que lo siguiera. Se paró enfrente de ellas y haciendo una reverencia, señaló a Fernando—. Señoras, permitan presentarles a mi querido sobrino don Fernando de Estévez y Guzmán... Sobrino, te presento a doña Apolinaria de Olmos y su cuñada, doña Juliette, viuda de don Jorge de Olmos.

—A sus pies señoras y a su servicio. —saludó ceremoniosamente—. Espero que el clima de Lisboa sea agradable para sus mercedes.

—Sí señor, no es como el frío que hace actualmente en Sevilla y gracias a mi querida prima, doña María de Souza, podemos disfrutar de las tardes soleadas en esta magnífica ciudad. —dijo doña Apolinaria, pero Juliette apenas levantó la vista.

Él quedó encantado, pues de cerca, su belleza era superior y su mirada más profunda. ¡Deseaba conversar con ella!, pero no sabía la manera para alejarla de su cuñada. Afuera, el gran balcón de la casa lo llamaba sin cesar.

—¿Le gustaría salir señora?, parece ser una hermosa noche. —Se le ocurrió decirle a Juliette, pero doña Apolinaria contestó.

—No señor, estamos cómodas aquí, realmente no hace calor.

Gracias a que don Daniel salió en su auxilio, tuvo una chanza.

—Déjelos doña Apolinaria, venga... ¿Ya vio la colección de porcelana que tiene don Roberto?, hay unas piezas sevillanas que tengo curiosidad de saber si son originales y me ha dicho doña María de Souza que usted es una experta en esos menesteres.

Doña Apolinaria sonrió halagada y aceptó el brazo de don Daniel, mientras que Fernando, extendiendo su mano, llevó a Juliette hasta el enorme balcón de piedra labrada que se abría majestuoso ante la *Rua Nova dos Mercadores*.

—¿No le parece divino este cielo? —exclamó mirándola y la chica, admirando atentamente las estrellas en el cielo, tardó en responder.

—Ciegtamente divino.

—Su acento también es divino.

Esa noche parecía haberse pincelado solo para ellos, porque las estrellas brillaban en todo su esplendor y Fernando, apuntando al cielo, acercándose aún más a su rostro, dibujó una figura en el cielo.

—Mire, aquella estrella, la más brillante... es la *Stella polaris*, la estrella que guía a los marinos en el mar cuando se sienten perdidos y, esa otra figura... ¿la ve?

—¡Sí, la veo!, tiene una pequeña cola.

—Esa figura es una constelación completa y se llama *Ursa Maior* y... —Tan cerca podía oler su esencia... ¡*Ahhh...!* a vainilla, pero continuó, sosteniendo en su pecho un suspiro—. Se dice que Júpiter, dios romano, aburrido del cielo, posó sus ojos en una hermosa doncella, Calixto era su nombre y era tal su belleza, que quedó prendado de ella. La hizo suya son engaños y concibió un hijo. Su esposa, la diosa Juno, airada por la traición, no dilató en descargar en la pobre joven un cruel castigo y la convirtió en osa. Pasados muchos años, madre e hijo fueron transportados por el espacio y Calixto fue colocada para siempre en esa constelación.

—¿Cómo sabe usted tanto de las estgellas? —preguntó Juliette conmovida hasta las lágrimas por la historia...

—Fue mi padre que era marino él que me enseñó a guiarme, a admirarlas y,

a hablarles. —El suspiró atorado salió a flote, al ver entrar al salón a doña Apolinaria y presintió que su tiempo había terminado, por eso, como medida desesperada, agregó—: Escuche Juliette, dentro de unos instantes vendrán a buscarla y me separaran de usted, pero estoy obligado y perdone mi rudeza, me gustaría volver a verla. —dicho esto llegó doña Apolinaria.

—Juliette, querida, entra a la sala que hace mucho viento. Don Fernando no debió sacarla, le puede hacer daño, ella no está acostumbrada a este clima... Mejor vámonos, mira, ahí está doña María de Souza, le diré que estamos cansadas...

Los días siguientes asistió a todos los eventos esperando poder verla de nuevo, pero no, fue en vano, doña Apolinaria se había enfermado, irónicamente por el cambio de clima y ella y Juliette estaban confinada en la casa de doña María de Souza.

—No sé qué hacer tío. —dijo desilusionado con doña Antonia presente—. Pienso en ella constantemente.

—Creo que te han embrujado querido, pero mira, pronto volverás a la escuela, ¿por qué fijarte en una joven viuda y aparte de todo francesa...? Busca una portuguesa o, castellana al menos.

—¿Cuál joven querida? ¿Acaso te refieres a la hija de doña Lucrecia, o la de don Arturo? —indagó don Daniel y ella hizo una cara de susto al pensarlas—. Lo cierto es que no hay jóvenes hermosas por lo pronto y es normal que Fernando se haya fijado en la única joven bella que de pronto aparece por estos lugares.

—¿De verdad no hay nada que se pueda hacer? —preguntó Fernando buscando auxilio y la pareja, intercambiando miradas en complicidad, fue doña Antonia la que le dio esperanza:

—Hablaré con doña María de Souza y le pediré que te deje verla... — Fernando se levantó de su lugar para besar la mano de su salvadora—. No celebres todavía querido, vamos a ver si acepta.

—Conociéndote querida, seguramente sí. —agregó don Daniel.

Don Daniel tenía razón. Doña Antonia logró que doña María de Souza dejara entrar a Fernando secretamente a su casa y puesto que doña Apolinaria estaba encamada, los jóvenes, a la vista de las dos señoras, conversaron en el jardín.

—Espero no se sienta ofendida Juliette. Deseaba tanto verla que tuve que pedirle a doña Antonia que hiciera uso de sus influencias.

—No me molesta Señor, pego me appena que piegda su tiempo.

—¿Por qué lo dice Juliette?

—Pogque doña Apolinagia nunca dejagá que gehaga mi vida.

—Juliette... desconozco sus motivos, pero dentro de unos días regresaré a la escuela y a mí me gustaría escribirle. —Ella sonrió tímidamente y él, fascinado con sus ojos, prosiguió—: En un año termina mi carrera y para entonces usted dirá si confía en mí y si acaso es capaz de darme una esperanza... Yo le prometo que haré todo lo posible para que doña Apolinaria le de libertad. No es la primera vez que me niegan algo, se lo aseguro.

—Doña Apolinagia... ella no me entregagá ninguna cagta.

—Ya verá usted cómo me las ingenio.

Sus ojos suplicaban y Juliette, mordiendo su labio inferior, aceptó. Aceptó que hiciera la prueba.

—Don Jorge de Olmos, marido de Juliette, fue soldado. —contó doña María de Souza en casa de doña Antonia días después de esta visita—. En los tiempos de las guerras italianas y, hay que decirlo, Don Jorge le llevaba algunos añitos por delante...—Dieciocho para ser más precisos—, según me dijo Apolinaria, porque han de saber que Apolinaria es prima lejana. —agregó para escudarse—. Dice que su tropa ocupó por un tiempo Saint Tropez y ahí conoció a Juliette, salvándola del vandalismo y sin tener el corazón de abandonarla a su suerte, se la llevó a Sevilla y se casó con ella... ¡Un padre fue más para ella que un esposo!, según cuenta Apolinaria, porque a su hermano lo refiere como un santo... Por desgracia, don Jorge murió hace poco de vómitos violentos. Pobres... cómo han sufrido, ¿no lo cree doña Antonia? —finalizó el relato y tanto doña Antonia, don Daniel y Fernando no pudieron dar una opinión. Todos parecían pasmados por tales revelaciones.

“*Pobre Juliette...*”, murmuró Fernando en sus pensamientos. Le dolía regresar a Salamanca en esos momentos, sobre todo por el sentimiento tan repentino que sentía por Juliette. Su recuerdo constante, el sufrimiento que había pasado, al igual que él, producto de la guerra, lo entristecía y pensar en sus ojos y en su boca, lo mantenía en vela, sin poder concentrarse.

Un dulce tormento, eso era.

Su historia, o por lo menos la historia de doña Apolinaria no podía ser más que una farsa y dicen por ahí que para que una mentira sea creíble, debe contarse con una parte de verdad y lo cierto era que efectivamente, la tropa de don Jorge ocupó Saint Tropez, luego que el barco donde los transportara se

averiara y, tratándose de territorio enemigo, se refugiaron en una fortaleza militar abandonada. No tardaron mucho en darse cuenta que la pacífica ciudad, desamparada por sus propios ejércitos podía estar a su merced. Eran más de cincuenta, estaban armados y hambrientos. Entraron a la ciudad y la tomaron. Por dos meses, la tropa robó, se embriagó y tomó cuanta mujer quiso y los pocos ciudadanos que se resistieron, murieron, tal como sucedió con el padre de Juliette, tendero de una tienda de abasto que murió a manos de don Jorge de Olmos cuando entró en busca de municiones. Ahí, escondida Juliette entre costales de harina, la sacó a rastras en medio de gritos y llantos y, siguiendo un rastro de sangre, vio tirado a su padre y justo a la salida de la tienda, su hermano yacía con un disparo en medio de la frente. De su madre nada supo. Muerta quizá. Su sargento llamó a retirada al descubrir un ejército francés que se aproximaba desde Tolón, y salieron apresuradamente a bordo de un barco que robaron en el pequeño muelle.

Las mujeres que tomaron como botín, las compartían entre todos y don Jorge, encaprichado con Juliette, se la quedó solo para él. Juliette tenía catorce años de edad y siendo don Jorge su dueño, se casó solo porque él quiso hacerlo. Solo porque su tropa fue enviada a casa y solo porque él no quiso separarse de ella. *“No puede vivir con ella amancebado don Jorge, es pecado.”*, advirtió el capellán de Castilleja. Solo por eso se casó.

Apolinaria tampoco la quiso de principio. La trataba como criada cuando él no estaba presente y Juliette sufría, aparte de todo, por no comprender su idioma. Poco a poco las palabras se le fueron aclarando y su castellano mejoró. ¡Entonces pudo acusarla!, y, don Jorge enfurecido, amenazó a su propia hermana con correrla y enclaustrarla en un convento. Don Jorge no era un santo, ni tampoco era paciente. Sabía ella que no bromeaba, pero al morir don Jorge, pensó Apolinaria que se había salido con la suya y Juliette, temerosa al principio de don Jorge, le temió luego a Apolinaria. Dudó de las causas de la muerte de su marido. Curiosamente solamente él se enfermó y el médico, acusando su muerte a algún bicho o, al tanto alcohol que consumía, quedó la duda... si don Jorge había sido envenenado.

Amor a primera vista

*L*a casa de Juan de Xaramillo era una enorme hacienda funcional que trabajaban los indios de Xilotepec. El enorme señorío, ubicado a doce leguas de la antigua Tenochtitlán, era resguardado por grandes montañas arboladas y dentro, todo él, era verde y lleno de vida... Fue el teniente Marco de Zavala el que el capitán Lorenzo de Martínez designó cuando Alejandro y doña Soledad arribaron a Villa Rica para que los escoltara a Xilotepec y, acompañados de veinte soldados armados, una litera, cargada por cuatro grandes indios morenos para doña Soledad, los escoltó el teniente Zavala por un camino selvático, para luego tornarse bastante pedregoso, así por tres días hasta que, por fin, el teniente avisó que estaban entrando a territorios de Xilotepec. Sus caminos, que se fueron haciendo más anchos y los pastos más verdes, también se notaron más poblados por indios que iban y venían sin prestarles mucha atención.

Desde lejos divisó la fortaleza y Alejandro, que no paraba en su asombro, se puso nervioso cuando los grandes portones de la hacienda se abrieron con un estruendoso ruido, levantando la tierra seca y suelta a causa del paso constante de caballos y la casa, situada inmediatamente al lado izquierdo de los portones fue la parada final de su viaje.

La finca, bastante alta, de techo de teja roja y fachada enjarrada de barro pintado de color rosáceo, contaba con tres puertas: una ancha como entrada principal y otras dos más angostas a los costados. Seis ventanas enrejadas y seis encima de ellas demostraba una segunda planta y la verja a la izquierda, cubierta de setos, rodeaba un rebosante jardín con arbustos floridos recortados todos a medida y cuantiosos árboles de guayaba, guamuchiles y capulines, formaban un camino que llegaba hasta los maizales dorados que no se les veía fin... Por la derecha de la casa, al otro lado de los portones se podían

observar grandes caballerizas y decenas de soldados caminando por doquier. Doña Soledad y Alejandro estaban pasmados, ¡con la boca abierta! Y como ratones asustados, siguieron al teniente Zavala hasta el interior de la casa.

—Ya fueron a avisarle a don Juan de su llegada señora. —exclamó un sargento presentándose por sí solo.

Desde la entrada por el pasillo, se sintió una frescura inmediata, dejando al descubierto un gran salón con sillones, alfombras y flores frescas. Ahí los pasaron y les dieron a beber *pulque*, un agua viscosa y blanquecina pero que resultó muy refrescante. El teniente Zavala comentó que eso los compondría del viaje y doña Soledad se la tomó, pero Alejandro desconfiado, la hizo a un lado.

No estuvo a gusto hasta que Juan entró y a él como a su madre, se les iluminaron los ojos cuando lo vieron.

Juan, con todo ese poderío que lo rodeaba y los cientos y cientos de soldados, que con una sola palabra de su boca se levantarían en armas, alcanzó corriendo el espacio que los separaba entre la puerta de la entrada y el sillón de la enorme estancia hasta los brazos de su madre y a Alejandro, revolviendo como siempre su cabello como cuando eran chicos, remató con un gran abrazo. Besó cariñosamente la mano de doña Soledad y ordenó que hicieran llamar a su esposa... “¿Esposa?”, preguntó doña Soledad, “¡Esposa!”, respondió Juan.

Doña Marina se presentó ataviada con un hermoso vestido color turquesa y, aunque vestía a la española, supieron por él mismo que era una de las nativas de los nuevos reinos conquistados. “Una princesa.”, mintió él. Era sin duda hermosa, muy distinta al tipo de las taínas de Cuba ¡Nada de humilde, sumisa ni acatada!, sino que, a simple vista, a floraba su altivez, indiferencia y desaire.

Alejandro ya conocía a su madre y sabía lo que esa casa la incomodaría con doña Marina como señora y, aun cuando Juan dispuso para ella una de las mejores habitaciones, ella apenas y distendía la cama... por eso Alejandro se atrevió y se displayó con Juan esperando que no se ofendiera y le pidió de la manera más simple y sincera, que los colocara en otro sitio, si fuera posible cerca de la pequeña capilla donde ella se refugiaba y que si pudieran establecerlos en una casa pequeña, algo así como una cabaña, imaginándose él como la que tenían en Badajoz, pues, ella, dijo Alejandro, estaría feliz.

A Juan no le cayó muy bien. ¡Él quería darles a manos llenas todo lo que

su padre nunca les dio!, pero doña Soledad era una mujer sencilla, sin pretensiones de ningún tipo y, gracias a Alejandro, tuvo la vida tranquila que Juan tuvo a bien darle. Caso contrario era doña Marina, —sin apellido—, antiguamente llamada *Malinalli*, —una indígena convertida en esclava y más tarde y a la par, en amante e intérprete de Hernando—. Ella se paseaba regia por la hacienda arriba de un carruaje jalado por hermosos corceles o paseaba señorial en su jardín vestida en suntuosos vestidos. Era muy rica, ¡tan rica como lo era su esposo!, y eso era cierto, que Cortés la favoreció con grandes propiedades y una renta anual valuada en centenares de lingotes de oro. Se acompañaba con un séquito a todas partes como si fuera una condesa y, aunque Alejandro nunca conoció alguna, imaginó que así andaban, como doña Marina; sin ensuciarse su vestido a pesar del terrero en el que estaba rodeada. *Malinalli*, antes de convertirse en doña Marina, fue amante de Cortés y Martín, el niño que habitaba en su casa, no era otro más que producto de sus pasiones, amor o aventura. ¿Por qué entonces Juan se había casado con ella? A Alejandro se le hacía un mórbido triángulo amoroso, pero al menos doña Soledad se consoló con una nieta que le nació en la hacienda, producto de su sangre, una niña que nombraron María.

La casa que levantaron para doña Soledad y Alejandro, estuvo lista en un santiamén y es que, no era para tanto. La vivienda cuadrada consistía solamente en tres cuartos: Uno en la entrada con un pequeño comedor y cocina incluida, sillón y dos sillas de cuero; otro, como recámara de doña Soledad y el tercero, la habitación de Alejandro. Ambas eran angostas con solamente un ropero, cama y mesita; un patiecillo trasero escondía la letrina y eso era todo. Con eso doña Soledad estaba conforme, más porque a la capilla que estaba a la vuelta de la casa, podía irse caminando.

La hacienda, el casco, era enorme. El cuartel, las casitas de los capataces, trabajadores y soldados casados, escoltaban la capilla. Yendo por las caballerizas de la casa grande, seguía el camino que daba a los almacenes y graneros, luego seguían los corralones, chiqueros y establos de vacas; enfrente quedaban los potreros y por la parte de atrás, lejos, cruzando el río, quedaba la aldea de indios que también trabajaban en la labor, principalmente en la siembra de maíz que ahí abundaba.

A Alejandro le gustó la casita. Afuera en el portal, puso él personalmente piso de madera con dos escalinatas y un techo inclinado con teja para que sirviera de terraza, muy útil, porque en las tardes le gustaba a él y a su madre sacar dos sillas a ver al sol esconderse por las montañas... Los cielos rojo

fuego parecían encender los cerros que a lo lejos se percibían y en los campos, decenas de caballos frente a ellos, se volvían naranjas, violetas y negros, muy negros conforme la noche caía. Le gustaba verlos... le parecían tan fuertes sus músculos, nobles, veloces y, sobre todo, tan elegantes, que, su pelaje brillando por el sol de la tarde, eran una sola muestra de su magnificencia, convirtiéndose ellos mismos en parte del mismo paisaje. ¡Eso fue lo que enamoró a Alejandro!, y tanto le gustaron, que ahí en Xilotepec, libres, lejos de las tropas; su gracia y belleza parecían tomar una nueva forma. Se sintió identificado con ellos como si pudiera entenderlos, como si una parte de él apenas se hubiera liberado. Ese conjunto, la tierra y los caballos lo conquistaron... fue amor a primera vista.

Pases de salida

*E*l plan era que don Daniel de Estévez se trasladara a Sevilla mientras que doña Apolinaria siguiera en Lisboa, con la intención de indagar sobre el extraño apego que su cuñada le endilgaba a Juliette y don Daniel se propuso solo para realizar dicha investigación, entusiasmado por los misterios que eso conllevaba y para salir sobre todo de la rutina, que, desde que se había retirado de su vida de mercante, extrañaba los viajes que alguna vez detestó. Ahora, abordo de su flamante carruaje, los prados que alguna vez ignoró, le parecían más verdes, la gente más interesante y el frío, mientras se iba acercando a Sevilla, se le hizo hasta vigorizante. La villa de Castilleja apenas quedaba a una hora de camino dentro de la Comarca de Aljarafe y la propiedad de los Olmos, la pasó en la entrada, pero ni siquiera hizo por llegar. En su lugar, se dirigió directamente a la parroquia, en donde comprobó efectivamente el presentimiento de su sobrino.

Lo recibió el párroco y luego que don Daniel le mostrara sus credenciales, se mostró muy dispuesto en auxiliarlo, puesto que venía desde muy lejos.

—Ciertamente conocí a don Jorge de Olmos y a su hermana, una mujer muy piadosa...

—Como verá padre, su viuda es muy joven y mi sobrino, un joven prometedor que sirve a Su Majestad, desea desposarse. Es solo que, temo que doña Apolinaria la tenga amenazada por alguna razón, no sé si trate de algo relacionado a la herencia o bueno, esperaba que usted me ayudara a averiguar si Juliette tiene algún impedimento para contraer nuevas nupcias.

—*Mmmh...* es extraño que mencione lo de la herencia. —exclamó el hombre que también hacía de notario y buscando en su archivo, encontró el libro indicado—. Según mi registro, don Jorge dejó toda su fortuna o, por lo menos lo que le quedaba a su esposa Juliette; en este caso sería la propiedad y

algo de dinero y a su hermana le dejó... sí, una modesta pensión. ¡Ah!, aquí está lo que quería comentarle don Daniel... Aquí tenemos un poder en el que Juliette redactó y firmó con su puño y letra.

—¿Y qué tipo de poder especial es ese?

—Es una carta donde otorga completa autoridad legal a doña Apolinaria para manejar todos y cada uno de sus asuntos.

—*Mmmh...* —dudó don Daniel—. Perdone, pero difiero y no creo que ella haya hecho tal cosa.

—¡Por supuesto que es verdad! —exclamó ofendido el hombre y, mostrando la dichosa carta, don Daniel, solo con echarle un vistazo, negó enfáticamente.

—Padre... Juliette no sabe ni leer ni escribir. ¡Muy apenas se hace entender! —El hombre dudó y don Daniel, apoyándose en su elegante bastón con empuñadura de porcelana se puso en pie notablemente enfadado—. Creo que se ha cometido un fraude señor mío. —El capellán se puso nervioso, pero don Daniel con un largo suspiro volvió a acomodarse en su asiento, tranquilizando al padre y falsamente a él mismo—. Pero descuide, no lo culpo a usted, no me atrevería a tal cosa. El fraude según veo proviene de doña Apolinaria. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente...

—¿A qué se refiere? —preguntó intrigado.

—Pronto estarán de regreso... Doña Apolinaria y Juliette y si logra su confesión, usted podría salvaguardar a la pobre Juliette mientras su nueva tutora pasa por ella. En cuanto al dinero de la herencia, que es lo que a Juliette menos le interesa, podemos donarla a la parroquia y, a usted como albacea. —dijo esto último y el padre asintió claramente complacido.

—¿Qué pasará con la casa?

—Juliette desea obsequiársela a doña Apolinaria junto a la pensión que le heredaron. —agregó dejando al padre también claramente desilusionado.

No tardaron ni siquiera un mes de cuando doña Apolinaria regresara a Castilleja, para que el capellán se adjudicara la plata. ¡Apresuró el traslado de Juliette con doña María de Souza!, porque según el trato, hasta entonces Juliette liberaría el dinero y doña Apolinaria, entre llantos, ruegos y “*¡Perdoname Juliette... no te vayas Juliette, no me dejes sola, no me abandones...*”, clamaba sin que Juliette le dirigiera ni siquiera una mirada de despedida. No quiso nada y solo se fue con la ropa que traía puesta. Contenta de salir de esa casa que fue más bien su prisión.

Fernando también estaba feliz. ¡No cabía de contento! y contaba los días que le restaban para finalizar la escuela. El asunto que más bien le preocupaba, era con su madre. ¡No le había contado nada! Sí lo hizo al capitán Diego, pero le pidió encarecidamente no le dijera a su madre hasta que él encontrara el momento propicio para hacerlo. Lo aplazaba y cada que iniciaba una carta, la desechaba, una y otra vez hasta que los meses fueron pasando y en un descanso que tuvieron a propósito de Semana Santa y Pascua, Fernando voló a Lisboa y es que, mientras el carruaje avanzaba por los agrestes caminos con la lentitud de seis pasajeros, descansos continuos que iban entre estirar los pies y detenerse a picar algo en alguna villa que se encontrarán a su paso, su mente salió flotando por la ventana, atravesando nubes, saltando los picos de los cerros y pasando por un lado de una bandada de tórtolas parduzcas hasta las *Portas do Sol*.

Esas dos semanas también le parecieron a él que pasaron volando, pero la razón del viaje valió la pena. Vio a Juliette, besó su pequeña boca rosada y se llevó a cabo una particular ceremonia: ¡Fernando y Juliette se casaron!

Inmediatamente después de la Semana Mayor, el Sagrario de Los Jerónimos fue testigo de su unión y a la boda asistieron sus abuelos Emilio y Amelia y solo los amigos más cercanos de don Daniel y de doña Antonia. Sus amigas incluso, ayudaron a Juliette a embellecerse que, siendo ella bonita, no necesitó de gran cosa, pero quedó primorosa: Vestida con un vestido azul cielo de manga larga y brocados, el cabello suelto, detenido solamente con una tiara dorada, caía suavemente encima del sobretodo turquesa. El brindis lo hicieron en casa de los Estévez y Correia y la comida se alargó hasta la noche. Todos estaban encantados con la pareja, les hicieron regalos y les dispusieron una habitación que colmaron con pétalos de rosa. No era la primera vez para Juliette, pues fueron incontables las veces que don Jorge la poseyó, pero esta vez las circunstancias eran totalmente distintas... Los besos de Fernando le sabían dulces, y en cierta forma, sí, fue la primera vez que un hombre le hacía el amor y él, sin nada de experiencia, lo adoró por quererla tanto. Todo el sufrimiento que alguna vez sintió, pareció desvanecerse entre los pasajes oscuros de su memoria, arrinconándolo... Aun así, sus garras parecían aferrarse entre los pisos recién alfombrados de su nueva vida, dejando vestigios de su existencia como una hiedra venenosa...

Pasaría tiempo, para que el amor de Fernando la curara por completo.

A Fernando le quedaban solamente ocho meses para terminar la escuela y

estaba decidido a salir con honores, por eso estudió incansablemente con la imagen de Juliette impulsándolo y hasta dejó de asistir al *Viva Sevilla*, preparándose para los exámenes orales. También estaba el otro asunto... Presentarse en la Casa de Contratación de Sevilla y acomodar sus compromisos, por eso decidió no postergarlo y escribió a su oficial directo para conocer su posición actual. Esperó ansioso su respuesta, estaba preocupado y no se perdonaba el hecho de haberlo dejado a tan destiempo. ¡Debió haberse comunicado con ellos a principios de ese año como el capitán Diego le aconsejó!, pero no, con la fiebre de Juliette, todo pasó a segundo término y ahora la intranquilidad no lo dejaba concentrarse. No había sido dado de baja de la armada y eso lo convertía en un activo con permiso y hasta hacía poco soñaba con ser explorador como lo era Magallanes. Ese era su sueño y era lo que lo había llevado a Salamanca. ¡Gracias a Dios no todos eran como él!, que había sido preso del amor y la desidia. El capitán Diego se había tomado su tiempo para recomendar a Fernando en las expediciones a La Florida que, a últimas fechas, la Casa de Contratación estaba convocando. Él pensó que era una buena oportunidad, ahora que Fernando estaba por finalizar su carrera y demostrar las dotes matemáticas y estudios geográficos que tenía. Así, por esa razón, Fernando recibió una rápida contestación y una invitación de don Pedro de Corrales, oficial mayor de la Casa de Contratación de Sevilla, para que se presentara en su oficina cuando finiquitara su carrera universitaria y recibiera en mano, nuevas instrucciones para trasladarse a Indias de inmediato...



—La Florida... ¿Reconoce los territorios? —preguntó don Pedro de Corrales cuando Fernando fue a entrevistarse con él a Sevilla.

—Sí señor, es una península justo enfrente de La Habana.

—No es una labor sencilla la que tenemos, pues contamos con cientos de escritos en diarios que han dejado los exploradores anteriores; cartas, mapas... No sé si esté enterado, pero don Lucas de Vázquez, quien tenía la comisión de explorar esas tierras ha muerto en condiciones deplorables... —dijo haciendo una larga pausa y continuó—. Hay que revisar todo lo que dejó, porque lo retomará el capitán Narváez...

—¿Narváez dijo? ¿El capitán Pánfilo de Narváez? —exclamó Fernando

sorprendido.

—Sí, eso dije, ¿lo conoce?

—¡Sí que lo conozco! No sabe el gusto que me da saber que se encuentra bien, él fue mi capitán por poco... —contestó, pero como don Pedro de Corrales no pareció interesado, dejó de sonreír y se enserió.

—Como decía, debemos recopilar toda información posible y esta sería la primera etapa de su misión.

—¿Es decir que el puesto es mío? —preguntó incrédulo.

—Al puesto lo ha postulado directamente el capitán Diego de Rodríguez, vigilante general de La Habana y San Cristóbal.

—Es para mí un verdadero honor señor, estoy consciente de la delicadeza de la información y reafirmo mi fidelidad a Su Majestad y al Imperio español, por eso representaré con dignidad y lealtad a esta oficina, acatando sus órdenes al pie de la letra.

—Eso espero señor Fernando, porque no es el único que solicitó el puesto, pero debido a la recomendación, es suyo. —declaró con la vista fija—. Su trabajo lo reportará directamente a don Diego de Rivero quien es el cosmógrafo real y la correspondencia será enviada a esta oficina de forma confidencial. Mire don Fernando, entiendo que don Diego es su padrino, por eso ha sido elegido, pero es extremadamente delicado que comprenda la naturaleza de esta información. Todo cuanto nos ayude a formar un mapa detallado de La Florida, será en favor del Imperio y, si estos datos llegaran a manos equivocadas, nuestros capitanes y exploradores quedarían expuestos, al igual que años de intenso trabajo que se irán a la ruina con nosotros por delante.

—Sí señor. —respondió Fernando mirándolo atento.

—Las dudas que tenga, ahora es el mejor momento de expresarlas, aunque de cualquier manera seguiremos comunicándonos para conocer el avance de su trabajo y en relación a su paga, la podrá cobrar directamente con el tesorero real en San Cristóbal de Cuba.

—Solo una cuestión señor... recientemente me he desposado.

—Eso no lo sabía, no lo mencionó don Diego en su carta...

—Sucedió hace poco. —dijo tragando saliva, recordando que todavía tenía pendiente desembalar esa noticia y enviarla a su madre.

Al siguiente día, se presentó otra vez con don Pedro de Corrales, le entregó copia del matrimonio y demás documentos y fue en ese preciso

instante, cuando se reconoció a sí mismo como un adulto.

¡Estaba casado!

¡Se había recibido de geógrafo!

Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo y pensó lo rápido que le había pasado el tiempo desde ese día que, enfurecido por la muerte de su padre, le había pedido, rogado e implorado al capitán Diego para que lo llevase a las Indias pensando que eso lo convertiría en un hombre hecho y derecho como había sido su padre y como lo era su padrino, pero no fue hasta ese día, hasta ese momento y hasta el instante que don Pedro de Corrales le entregó los pases de salida firmados, para él y para su reciente esposa, cuando cayó en cuenta de que si no era ya un hombre hecho y derecho, por lo menos ya era un adulto, con responsabilidades más allá de las que había tenido antes. Ya no podía darse el lujo de ser tibio, ni perder el tiempo en lamentaciones. ¡Debía ser el jinete que guía al caballo!

Una joya para otra joya

Una semana antes de tan esperada fiesta, Isabel notó nervioso al capitán Diego, cosa inusual en él, quien siempre guardaba la compostura. Por suerte, la sorpresa que ocultaba, la carta guardada, el As de corazones, arribó a puerto a solo dos días del gran banquete y, mientras en el muelle de La Habana, la gente desembarcaba del San Ignacio, el capitán Diego reconoció desde lejos al muchacho; más fornido de cómo lo recordaba, pero la sonrisa era sin duda la misma.

—Ya temía que no llegaran a tiempo. —exclamó el capitán cuándo Fernando pisó tierra firme.

Se abrazaron con mucha alegría y Fernando, quien también tenía una sorpresa, acercó a la joven asustadiza y tambaleante detrás de él.

—Padrino, permítame presentarle a Juliette de Beaulieu, mi esposa.

—Es un honor por fin conocerla Juliette, espero que el viaje haya sido soportable. —dijo mirando a la joven que hacía esfuerzos por mantenerse en pie. La sensación del piso firme le parecía extraña después de pasar tanto tiempo en un barco.

—*Merci* capitán. —contestó sin despegar la vista del piso de madera que rechinaba ante sus pasos y de la mano de Fernando se encaminaron cuidadosamente hasta abajo, donde un mozo presuroso, abrió la puerta de un carruaje.

Entró en primer lugar la joven y el capitán retuvo a Fernando del brazo, murmurándole acusador al oído:

—Olvidaste mencionar que era francesa.

Fernando se encogió de hombros y entró al coche huyendo de su comentario, dejando al capitán en medio de un silencioso suspiro, en tanto Juliette, asombrada con la cabeza asomada a la ventanilla, parecía realmente

sorprendida o temerosa, de que a donde mirara, sus ojos encontraran soldados españoles.

En casa de gobernación no imaginaban, ni por la mente les pasaba tal visita, e Isabel y Rebeca inspeccionaban la fina platería cuando don Diego entró y, pensando que era tarde y la hora de la comida las había alcanzado, ambas se sorprendieron al verlo.

—Doña Isabel, tengo una sorpresa para usted... —dijo tomándola de las dos manos y ella sin comprenderlo, sintió a alguien parado en las puertas del salón.

—¡Fernando! ¡Mi Fernando! —exclamó emocionada y el otro, como si hubiera rejuvenecido quince años, se echó a los brazos de su madre—. Mi hermoso ángel, que guapo eres mi vida... todo un hombre. ¡Pero que hermosa sorpresa don Diego!

Fernando se acercó a Rebeca y se abrazaron y admirándola, la abrazó una segunda vez, sorprendido él también de lo crecida que estaba y que apenas esos cuatro años de ausencia, la hayan convertido en una mujer; joven, pero definitivamente una mujer.

—Mírate Rebeca, eres toda una belleza. ¡Estoy celoso de todo aquel que te mire!

—¿Y tú...?, pareces un gran señor. —bromeó ella, deslumbrada de las finas vestiduras que don Daniel insistió renovarle, entonces Isabel notó miradas sospechosas entre el capitán y Fernando.

—¿Qué sucede, por qué tanto misterio? —preguntó Isabel divertida y Fernando caminó hasta la entrada donde Juliette esperaba. La llevó de la mano ante Isabel quien no le despegaba la vista, incrédula y temerosa de lo que fuera a revelarles.

—Madre... Juliette es mi esposa. Nos casamos en Pascua. —anunció con firmeza e Isabel se quedó muda, no solamente muda, sino con la boca entreabierta con las miradas expectantes de todos encima de ella y aún Rebeca pasmada, se acercó a su madre.

—¿Mami...?

Isabel volvió en sí y respondiendo fríamente, apenas inclinó la cabeza.

—Fue tan reciente madre, que no quise decírtelo en carta. —explicó el muchacho al ver el estado en el que estaba Isabel.

¡No podía contener el enfado que claramente le resaltaba los ojos!

—¿Por qué no se instalan y descansan? —exclamó todavía atolondrada—,

que Rebeca los ayude... hija, por favor, yo no me siento bien, creo que tanta emoción me afecto.

Nadie la contradijo y guardaron un silencio sepulcral hasta que sus pasos por las escaleras se fueron alejando y la puerta de su habitación se cerró en un ligero rechinado y, sola en su habitación y sin ningún testigo, Isabel se tiró a la cama soltando en llanto.

—No nos han presentado. —señaló Rebeca a la joven, también perturbada por todo lo que sucedía a su alrededor—. No lo tome personal por favor, mi madre es un verdadero ángel, pero, ha sido una gran noticia para todos. —acusó mirando a Fernando.

—Iré a verla. —intervino el capitán preocupado.

—No padrino, iré yo. —Lo detuvo Fernando.

Subió y antes de dar dos toquidos a la puerta, respiró profundamente, luego entró, encontrándola más serena, sentada frente a su tocador frente a su reflejo.

—Madre... madre por favor mírame. ¿No vas a hablar siquiera? Creeme cuando digo que eres a quien menos quise molestar y ya vez, esto es lo que quería evitar.

—¿Esto? —inquirió Isabel arqueando la ceja.

—Sí, esto que estás haciendo.

—¿Y quién es ella?, te hacía estudiando o al menos eso decían tus cartas, ¿cómo se te pudo haber escapado mencionarla? No se, tal vez, *apropósito madre, conocí a una mujer...*

—Si me dejas, te contaré todo. —ofreció Fernando tomándola de las manos.

Isabel aceptó y se sentaron juntos en la cama.

Detalló lo más que pudo los sucesos desde que la conoció, incluso desde antes, lo que supieron de su violento rapto y cómo, con la ayuda de su tío y de doña Antonia, la arrancaron de las garras de su cuñada.

Isabel estaba perturbada de tales revelaciones.

—Pobre muchacha... —Alcanzó a murmurar.

—Eres demasiado importante en mi vida madre. Sufriría enormemente si te pusieras en contra de nuestra unión.

—Y yo te adoro Fernando... —contestó Isabel suspirando—. Y si ella te quiere, seguramente también la querré. Ahora ve con ella, descansen y yo personalmente les cocinaré algo para que se repongan del viaje.

En la noche, Isabel enfrentó a su cómplice.

—Usted sabía esto don Diego.

—Por cierto, que ignoraba que fuera francesa. —gruñó molesto.



La llegada de Lucía suavizó el extraño ambiente que se vivía en casa y con las niñas, todo era una fiesta con sus pasitos corriendo por los pasillos y entre los pastelillos en el desayuno y fiestas de té con muñecas y seres imaginarios que portaban curiosos nombres como *don Pulgarcito*, *Pequeño Cleto Coronado* y *Teodomira Teodosia Teodora*, la familia fue volviendo a la normalidad. Contagiando incluso al capitán Diego, que cayó redondo en las redes encantadoras de la pequeña Rosaura, que nada se asustaba por su temible seriedad, en cambio, se acomodaba sin ser invitada en sus piernas y con él se quedaba dormida.

A las niñas de Lucía les agradaba Juliette, quien les parecía muy exótica por la forma en la que hablaba y la hacían repetir complicadas palabras, admiradas que no pudiera pronunciar correctamente la doble *r*, pues más bien sonaba a *drd* o *rgg*... Ellas pensaban que su madre no la había enseñado a hablar cuando era pequeña y las mujeres se reían de sus curiosos razonamiento. El único con el que Juliette seguía mostrando cierta aprehensión era con el capitán Diego y viceversa, el sentimiento era mutuo. Juliette se ponía muy nerviosa ante su presencia, que le evocaba el terror vivido en Saint Tropez y a él, su acento y su origen le recordaba la animadversión que desde pequeño declaró en contra de los franceses: por su hermano, su tío, sus tropas, los acuerdos violados, los barcos atacados... ¿Quién que lo conociera no lo había escuchado alguna vez exclamar, *'Malditos franceses'*?

Un día antes del festejo, el capitán Diego no cabía en su propia casa. Ese día se acomodaron las sillas y mesas en el gran salón y en uno contiguo, sillones, flores y la mesa de postres. Las flores que recién habían llegado, fue Lucía la que se encargó de acomodarlas en los lugares adecuados, en las mesas vestidas con manteles blancos con encaje color acre y tuvo incluso que desbaratar arreglos, para agregarles más ramas verdes que combinaran de manera perfecta. ¡Cómo estaba agradecida Isabel que Lucía estuviera ahí!, ella sí que tenía buen gusto y se le daba de forma natural la organización y tan detallista era, que hasta le hizo un ramillete a Isabel y al capitán para que

combinaran con la corona de flores de Rebeca.

El gran día llegó y las niñas participaron, acompañando a Rebeca en su entrada. Estela, Paulina y Rosaura, —más torpemente—, ensayaron sus pasos, vestidas desde temprano con sus vestidos iguales, hechos con tul color palo de rosa y listón en la cintura. ¡Cómo extrañaba Lucía a Lorenzo! ¡Cómo añoró las fiestas y desveladas en esa casa! Encausó su atención para distraer su melancolía en los detalles de la fiesta para que todo saliera perfecto. Las damas, criados, músicos, cada uno y cada una, se preparó, luciendo sus mejores prendas. También Isabel, sola en su habitación:

—Don Diego, pero qué bien luce... —dijo cuando él entró a la recámara, portando sus ropas y armas de gala.

—Señora, esto no es digno de usted. —respondió acercándose y, desatando el collar que se había puesto, lo aventó a la cama, sacando de su manga otro collar, mandado hacer exclusivamente para ella con eslabones de oro en la cadena que abrazaban pequeños diamantes y entre ellos, justo en medio, colgaba una grande y reluciente esmeralda verde.

—Pero... qué es esto. —murmuró Isabel atónita, pues nunca había visto joya tan hermosa en toda su vida.

—Una joya para otra joya. —dijo el capitán rodeándola con sus brazos—. Mire, le queda perfecta.

—Tendré que acostumbrarme al peso. —Sonrió acariciándola, mientras él la besaba por la línea del cuello...

—*Mmmm...* Don Diego, ojalá hubiera llegado antes.

¡Todo estaba listo! Rebeca lucía un vestido color miel de chiffon de tres olanes con encajes del mismo color; corpiño adornado con cinco listones en moño, que se iban empequeñeciendo hasta parar en la cintura. El cubretodo de manga larga, color igual al vestido, se distinguía por un delicado encaje en las orillas y por la cintura, y este, se sujetaba por un fino prendedor. Los olanes de las mangas eran de encaje muy fino y el cabello recogido dejaba ver la hermosa cara de Rebeca, maquillada delicadamente con solamente un poco de color en las mejillas y en los labios y, como una princesa, la corona de flores

le dio el toque final.

Rebeca hizo su entrada entre los sonidos de las trompetas y apareció acompañada de las niñas.

Todos aplaudieron.

La recibió por supuesto y como se acostumbraba, el obispo, quien, abriendo con un discurso, le dio la bendición, rociándola con agua bendita y la presentó ante la sociedad de San Cristóbal. Siguieron las presentaciones y saludos y los invitados fueron pasando uno a uno a dar sus felicitaciones y buenos deseos y los ansiosos jóvenes se acercaron en otra fila aparte para reservar una pieza de baile con la festejada, que tenía papelitos previamente enumerados que repartió entre sus pretendientes. Acabando los saludos iniciales, se acomodaron en sus respectivos lugares y el obispo personalmente, presentó al capitán y a Isabel a su sobrino, don Octaviano de Mata, recién llegado de Portugal, que, aunque estuviera con ellos en carne y hueso, no perdía oportunidad de alabarlo y de mencionarlo en tercera persona.

—Es un verdadero placer disfrutar con gente culta y de buenas costumbres. Figúrese que antes estuve en San Juan de Puerto Rico y no, no me impresiono tanto, ¡pero La Habana...! Mis más sinceras felicitaciones capitán y señora, con todo respeto... —dijo ceremoniosamente dirigiéndose a Isabel—. Que preciosa es su hija, con todo respeto... mi tío, el señor obispo, —mencionó por si alguien lo olvidaba—, no ha dicho más que bondades de ella y de usted por supuesto, que es un alma cándida y caritativa, esas fueron sus palabras. ¿No es así tío? —el otro asintió con la cabeza, complacido de que su sobrino fuera el centro de atención—. Su belleza es solo un regalo adicional, pero no menos importante porque Dios nuestro Señor la ha favorecido. ¡Pero qué hermosa joya doña Isabel! Con todo respeto... —dijo anonadado viendo la piedra reposando en el pecho de Isabel.

—*Ejem...* —interrumpió el obispo, sacándolo de su encantamiento, pero su atención rápidamente la tomó la llegada de un joven alto y bien vestido con aires de grandeza muy parecidas a su padre.

Lo presentó como José de Jesús de Mata.

—Espero doña Isabel, que su primorosa hija pueda concederle más de un baile a mi hijo. Si es su voluntad y con todo respeto.

—No faltaba más don Octaviano. —contestó Isabel y arrebatándole dos papelitos de las manos de Rebeca, se los entregó al muchacho sonriéndole abiertamente.

Se retiraron haciendo una profunda reverencia, padre e hijo y el obispo se

alejó con ellos para seguir presumiéndolos entre las familias más pudientes de la villa.

—¡Madre! —exclamó Rebeca—. ¿Por qué le diste dos...?, solo me quedaban tres.

—Mi vida, ansiaba tanto que se retirara, que solo vi esa salida. —contestó sonriéndole y Lucía la tranquilizó.

El banquete dio inicio y con la platería puesta, una docena de mozos hicieron su aparición: Cinco mesas rectangulares hacían una sola, formando cinco juegos y acomodadas en paralelo, los sirvientes desfilaron entre las mesas con grandes charolas plateadas y relucientes, con ricos platillos surtiendo cada una de las mesas. Fruta para comenzar y en seguida, codornices, conejos, pollos, cerdo, res fileteado y diferentes tipos de pescados y mariscos. Las vasijas con distintas salsas, iban y venían; vino blanco y rojo, verduras cocidas, panecillos esponjosos y rebanadas saladas... Todos podían disfrutar de las delicias servidas desde su lugar como si fuera un bufete sin tener que estirarse demasiado, pues había comida en abundancia y, si algún plato se terminaba, rápidamente lo intercambiaban por otro igual. La música amenizó la cena, entre murmullos y risas y cuando los platillos tardaron más tiempo en consumirse, Isabel instó a todos los invitados para que fueran a servirse el postre, servido en el salón contiguo.

Dos puertas se abrieron y dejaron ver una enorme mesa vestida de un mantel lila, cubierta de exquisitas golosinas de diferentes tipos, como lo eran pasteles, gelatinas, pan frito con azúcar, frutas, jarabes, almíbares y mazapanes y, a pesar de las barrigas llenas por la santa comilona que se dieron, no se hicieron del rogar y poco a poco se fueron encaminando sin apresurarse demasiado, ya sea por el refinamiento que ante todo portaban o por la pesadez, pero cada uno y de forma repetida, comieron el postre de su preferencia hasta que la mesa de vació. Para disfrute de todos, un grupo de músicos que además eran cómicos, entretuvieron a los invitados mientras el gran salón era preparado por un ejército de sirvientes, que desmontaron con gran habilidad, trastos, mesas, manteles, sillas, restos de comida y limpiaron el piso, dando lugar a extensas alfombras tintas y beige que tapizaron el salón de baile. Colocaron silloncitos, de uno y dos lugares, mesas de centro, cortas y altas y un conjunto de músicos se acomodó en la parte alta de una esquina.

La música del gran salón comenzó a escucharse y otra vez se abrieron las puertas para que las personas, más repuestas y animadas gracias al vino que seguía rondando, servido en copas junto a pastelillos miniaturas, fueran

ocupando los sitios de su predilección.

¡Qué noche! Todos estaban encantados con la fiesta, la cena y la música, y la fiesta transcurrió tal como lo habían planeado. La noche fue avanzando y los turnos de baile se terminaron. De a poco, la gente también se fue haciendo menos e Isabel, al ver que solo quedaban como invitados, los oficiales invitados de su marido, dio por finalizada la fiesta, sabiendo por experiencia, que ellos se quedarían hasta que el brandy o sus fuerzas se agotaran y los músicos, cansados, a su merced, entumidos y sin tanto ánimo, tocaron hasta que el capitán se compadeció de ellos y los despidió, pero como buen anfitrión, esperó a que el último de sus invitados se marchara o, valga para algunos, hasta que se durmieran.

Miedo a las mujeres

*P*ara los habitantes de la Hacienda de Xilotepec, era común convivir con los naturales de esas tierras. Los *indios*, así como Cristóbal de Colón llamó a los habitantes de Indias y como fueron llamados desde entonces, aunque se tratara de *taínos, boricuas, pipiles o mexicas*; los indios de Xilotepec, desde años pacificados, se les dejó conservar intacta su aldea dentro del perímetro de la extensa hacienda y, por el lado sureste, apartada estratégicamente de la labor española, los soldados tenían prohibido acercarse sin un motivo razonable. Así lograron alcanzar una población de tres mil sus habitantes y contando otros asentamientos, también propiedad de Juan, llegaron a ser hasta quince mil los tributarios indios con una sola ventaja: contar con el favor de Cortés y Juan, los protegía. Más a los aldeanos de su hacienda, que trabajaban en los campos de maíz, sembrando calabacitas, legumbres, cebolla y jitomate. Sus casitas, compuestas con uno o dos cuartos, hechos de adobe con piso de tierra, tenían una iglesita que el cura, diariamente, con la ayuda de un mayordomo, osea, un cuidador, atendía.

Sin los aztecas y con el apoyo de Tlaxcallan y últimamente, gracias a los tratos que Hernando había logrado con los de Michhuaque, otra ciudad bastante importante, el nuevo Imperio gozaba de una relativa paz y Juan de Xaramillo, disfrutando a sus anchas, pasaba el mayor tiempo posible en su hacienda. Deambulaba y de vez en cuando comía con su hermano y su madre quien le preparaba las comidas que solo ella sabía preparar y ella se las ingeniaba con los ingredientes que faltaban. ¡Que sabrosa la *cachuela!*, que no era más que hígado de cerdo frito en su manteca, con ajo, cebolla, pimentón; o el *sopicaldo* con jamón y huevo. No hacía falta más que entrar a su casa a la hora de la comida, para transportarse por arte de magia hasta Badajoz y Juan volvía a rejuvenecer... Apenas movía su pesado cuerpo al sillón, donde con

toda confianza, se quitaba las botas y se quedaba dormido hasta por dos horas.

Alejandro por supuesto, buscó un lugar en la hacienda donde él cupiera e intentando con diversas actividades, aprendió sobre la distribución de granos, su almacenamiento y conservación, supervisión en los maizales, trabajos de acondicionamiento y mantenimiento —en el que era experto— y hasta Juan le ofreció aprender de administración, pero no, de plano y desde el principio dijo que los números no se le daban. Lo que sí le aseguró Juan y se lo dejó muy en claro, que cuando él se ausentara, debía suplir su autoridad y el muchacho se sintió muy alagado, de que su hermano lo dejara de ver como un chiquillo. Con la ayuda del administrador de Juan, don Arturo, persona de letras y en quien Juan confiaba, se hacía cargo de los libros y las finanzas y Alejandro, atraído por la ganadería, principalmente los caballos que eran su pasión, dedicó la mayor cantidad de su tiempo aprendiendo de ellos, desde su cuidado, alimentación, carácter y enfermedades. Juan Pablo, un indio de su misma edad y, porque sabía mucho de su cría, porque hablaba perfectamente bien el castellano y porque se simpatizaron desde el principio, lo sacó de los corrales donde limpiaba el excremento de los animales y lo hizo su ayudante.

Los sábados eran días de raya y los domingos de descanso. Todos asistían a la parroquia en la mañana donde un franciscano daba la comunión y afuera se organizaba un almuerzo. Esa pequeña comunidad era una gran familia y la hacienda un idilio, por lo menos para ellos.

Juan le advirtió a Alejandro, que si quería tomar su puesto el tiempo que anduviera de campaña, debía aprender a darse a respetar. Él no tenía su carácter y reflexionando, pensó que por alguna razón nunca llegó a ser soldado, aunque dijera que fue porque le tocó quedarse. Internamente sabía, que si de veras hubiera tenido alma de soldado, nada se lo hubiera impedido, ni siquiera Juan y estando ahí en la hacienda, se dio cuenta que nunca llegaría a ser como su hermano. Cuando él andaba paseándose en cualquier parte de su propiedad, los indios agachaban la cabeza. Su presencia era de por sí imponente y su actitud lo era más. Alejandro yendo a su lado, nadie pensaría que fueran hermanos si no los conocieran. Juan era grande, corpulento, de cabellos oscuros y ojos negros; con mucho pelo en el cuerpo, abundante barba, moreno y de carácter fuerte con voz estruendosa y Alejandro en cambio, era más sosegado, más observador que hablador, de estatura y cuerpo promedio con ojos color miel, escaso pelo en pecho, barba y cejas ralas y su cabello castaño hasta los hombros, tenía hermosos reflejos dorados; por eso, por su cabello, sus ojos y su piel le decían *güero*. *Güero* porque nació

prematureo y su madre al verlo, dijo que estaba crudo porque su piel era tan blanca que parecía transparente, sus ojos de un tono amarillento daban la impresión de que podría estar ciego y porque sus cejas y pestañas tan delgadas, traslúcidas, igual que el cabello de la cabeza, estaba tan pegado, que apenas le fue cambiando de color hasta finales de su primer año de edad.

Por eso *güero*, por *huevo*, por *crudo*...

La primera lección que Juan le dio a propósito de la autoridad, aprovechó la falta de uno de los cuidadores que había dejado una compuerta abierta y a causa de eso más de veinte caballos se habían escapado, teniendo que dejar los muchachos del capataz, sus labores normales para ir tras ellos.

—¿Ya los agarraron? —preguntó Juan molesto.

—Sí don Juan, tardamos casi todo el día, pero ahí tengo al indio amarrado de un palo. Él fue quien los dejó escapar. —contestó el capataz señalando hacia las caballerizas.

—Ahora vas a ver como se trata a esta gente. —indicó su hermano.

Precisamente había un indio amarrado de un palo parado con la espalda descubierta y Juan, sin pensársela dos veces, se apeó del caballo de un salto, agarró su chicote de la cintura y le dio diez latigazos en la espalda...

Alejandro estaba incómodo, nunca había visto algo así, por lo menos no tan cerca. Trató de evitar las tundas en la plaza de San Cristóbal, pero él pensó que, si Juan lo descubría volteando la mirada, se disgustaría, así que se quedó parado como el palo mientras la espalda del indio sangraba y Juan, con cada grito y cada golpe, parecía tomar más bríos. A los dos se les hizo eterno, al indio que resistía el dolor y a Alejandro, que resistía la respiración.

—Si quieres que te respeten, tienes que aprender a usarlo. —sentenció Juan secándose el sudor de la frente.

Le regaló el látigo todavía chorreando de sangre y el muchacho lo tomó nervioso y comprendió porque los indios no lo volteaban a ver a la cara. Estaba prohibido, a menos que quisieran una reprimenda de su parte.

El chicote lo cargó por varios días para que Juan se lo viera, pero luego lo dejó encima de la mesa que tenía al lado de su cama y ahí lo abandonó. Él no era Juan. Si una cosa había aprendido en su trabajo de capataz en San Cristóbal, fue precisamente a tratar a la gente, no a los soldados, a gente común y corriente y los indios, él dedujo, no eran tan distintos como lo era la gran diversidad de su gente de San Cristóbal, que venían de distintas partes del reino y cada uno era tan distinto por sus ideas y costumbres. Él pensó que

lo mejor era tratarlos por las buenas, pero, *sin dejar que se le suban a uno*, como bien apuntó Juan.

Así pasó esos primeros seis años en la Hacienda, trabajando y conociendo sus alrededores. Para entonces, ya no era un novato. Cuando salía con Juan Pablo, quien se convirtió en su fiel acompañante, agarraron la costumbre al final del día de labor, a correr con rapidez montados a caballo en los terrenos planos y jugaban a las carreras hasta llegar al río, se aventaban sin ropa al agua y se tiraban a secarse en cueros a las orillas a comer *tejocotes*. Los campos de Xilotepec eran muy verdes, rodeados de cerros y no hacía tanto calor como en San Cristóbal, ni tanto frío como en Badajoz; estaba justo a la mitad, ni frío ni caliente. En tiempo de lluvias se formaban arroyos muy caudalosos y los ríos crecían bastante alto. Ahí se iban a nadar los niños y el Domingo de Pascua, todos hacían día de campo. Por agua no se quejaban, había de sobra. En uno de los veneros, entre rocas, había una caída de casi dos metros de agua a donde las muchachas indias lavaban la ropa o limpiaban animales recién matados y después de tantos reclamos por tanta muchacha robada y niños sin padre, los indios acompañados del párroco, pidieron a Juan que sus gentes respetaran a sus mujeres y juntos, llegaron a un acuerdo sobre los límites que los soldados ni capataces debían cruzar; el venero, por eso, estaba en una zona protegida, pero Alejandro, que en su carrera por ganarle a Juan Pablo, pasaba por ahí, a ellos no les importaba, ni les molestaba su presencia. Alejandro, a pesar que era bien parecido y muy agradable, con un alma noble que cualquiera lo notaba al poco tiempo de conocerlo, prefería evitarlos más bien porque era tímido. En el venero las muchachas lo veían venir y le pestañeaban al pasarles de cerca... ¡Le daba una vergüenza tremenda que no sabía qué hacer!, y Juan Pablo en cambio, no desaprovechaba esas oportunidades. Andaba con cualquier muchacha que se le cruzaba y seguido dejaba a Alejandro por noviar con alguna chica del río, en tanto que otro día se le veía con otra pizcando en los maizales. Se perdía y luego le contaba a Alejandro todo lo que les hacía. Ni una ni dos le bastaban y siempre había lugar en su corazoncito para otra, según decía y sin entender Alejandro cómo le hacía para enamorarlas, se conformaba con escuchar sus historias. Estaba arisco en cosas del amor, porque pensaba que estar enamorado no traía nada bueno y, como no, si su padre había sido horrendo con su madre y Juan, bueno, otro ejemplo de la disfuncionalidad de su familia, que había desposado de forma tan extraña a la mujer de su mejor amigo... No, no le daban muchas ganas de experimentar eso que llamaban amor. Por supuesto que no era de

palo, las muchachas indias eran muy bonitas, por lo menos las de esa región, no las españolas, o no por lo menos, las que había en Xilotepec, esas, las pobres, no tenían remedio. No salían del bordado o de la iglesia y las más jóvenes no le gustaban a él ni para que le dieran los buenos días; en cambio las indias... ¡Esas sí estaban guapas!, con sus largas trenzas de cabello negro azabache y sus figuras redondeadas... “¡Válgame Dios!”, exclamaba Juan Pablo recorriéndolas con la mirada. Él también las recorría y también se le antojaban y ellas lo notaban, pero conociéndolo, lo tanteaban y entre ellas jugaban provocándolo, sabiendo que no se animaba a arrimarse. “¡Animate!”, le insistía Juan Pablo, pero él estaba reacio y es que cuando Alejandro estaba cerca de una mujer bonita, le sudaban las manos y enmudecía, no lo podía evitar.

Antes de la fiesta de la Virgen de la Concepción que era el ocho de diciembre, Juan andaba muy malo y mandó llamar a Alejandro a su casa cuando él estaba herrando un caballo, así que andaba sucio, pero suponiendo que era urgente, fue enseguida, atendiendo a su llamado. Él casi nunca entraba a su casa, primero porque sabía que no era bienvenido por su mujer y segundo, porque sin Juan, pues no había la necesidad de ir. Doña Marina sabía perfectamente a quien pedirle ayuda si requería de algo; este era don Arturo el administrador; también a su capataz particular, un andaluz presumido a más no poder, que lo único que hacía era atender los caballos de la casa grande y al párroco, que no perdía oportunidad de ir a tomar chocolate con doña Marina a su casa. Así que esa vez que lo mandó llamar, encontró tendido a Juan en la cama y su tos apenas lo dejaba hablar. El té concentrado de *gordolobo* que el cura le recomendó, doña Soledad se lo llevó personalmente y era lo que tomaba como agua de uso y por primera vez, verificó que doña Marina sí atendía a Juan como Dios mandaba. Sentada a un lado de su cama, la encontró dándole sopa cuidadosamente con una cuchara.

—¿Me mandaste llamar Juan? —preguntó apenas entró a la habitación—. Perdón señora, no sabía que estaba aquí... —Doña Marina apenas lo miró y Juan enderezándose, hizo a un lado la cuchara que su mujer le ofrecía.

—Si... *coff, coff*... —dijo con un hilo de voz, sin que la tos cediera—. Necesito me hagas favor... *coff, coff*... de llevar una carta... *coff, coff*... a Villa Rica y...

Pausa larga con tos seca.

Carraspeó y siguió:

—La entregas al capitán Lorenzo de Martínez... *coff, coff...* ¡A nadie más! Y... *coff, coff...* ¡Putas!... *coff, coff...* te llevas a Sebastián y... *coff, coff...* si alguien preguntara... *coff, coff...* diles que vas por correo, pero de la carta nada... *coff, coff...* —El hilo de voz se perdió y doña Marina acercó agua caliente con el té de su madre. Con eso la tos dio tregua para que al menos terminara y de debajo de su almohada sacó un sobre sellado. Antes de soltarla le advirtió—: No confío en nadie para esto, ni siquiera Sebastián debe saberlo, no vayas a fallarme güero... —tosió.

—¿Quieres que salga ya mismo?

—Cuanto antes mejor... —contestó recostándose.

A Sebastián, escudero personal de Juan y castellano de nacimiento, lo encontró afuera ensillando los caballos con todo listo: carne seca, pan y agua. Alejandro tan solo fue a despedirse de su madre y a cambiarse el olor de establo. Juntos, salieron a toda prisa de Xilotepec.

Dos días de camino los separaban de Villa Rica y a tres cuartos los agarró la noche. Sebastián tenía experiencia de sobra y salieron del camino para descansar, cerca de un arroyo. Ahí, entre las ramas de los muchos árboles, amarraron a los caballos, los desensillaron y con mucha pericia, Sebastián prendió fuego. Las incontables noches de campaña, más por esos caminos, lo tenían bien adiestrado. No así Alejandro, que no pudo pegar el ojo, ni el derecho ni el izquierdo por los aullidos que a lo lejos se escuchaban. ¿Acaso eran lobos?, preguntaba en su mente, pero Sebastián dijo de pronto: “*Esos son coyotes*”, como si desde donde estuviera lo hubiera alcanzado a escuchar.

Mejor calló a su mente antes que revelara algo más y cuando amaneció, adolorido por lo incómodo del suelo y por la falta de sueño, comieron unos pedazos de pan con la carne que les quedaba y siguieron con el viaje... La cabalgata le ayudó a despejarse y le quitó el sueño. Si una cosa disfrutaba, era eso, andar a caballo y a mediodía, con el calorcito que se siente al llegar a la costa, el tramo selvático lo pasaron más calmados. No pasó mucho cuando entraron a Villa Rica... ¡Muy cambiada desde que llegó! Hacía años de eso y se sorprendió de tanto barco y tanta gente.

Mientras él buscaba al capitán, Sebastián se hizo cargo de los caballos en el puesto de soldados. Le dijeron que en su casa lo encontraría y hacia allá de dirigió. Caminó hacia las casas altas y tocó la puerta que a señas le indicaron. Nadie abría. Tocó por segunda vez, ahora más fuerte... Nada. Otra tercera y la puerta se abrió de pronto. Abrió una muchacha muy bonita, española y, por la facha que tenía, supuso que era la sirvienta, por andar descalza y con

mandil.

Se sacudió y a los pies le cayeron puños de arena.

—¿Por qué la prisa? ¿Qué se le ofrece? —preguntó molesta, con un tono por demás demandante y él, ofendido, respondió:

—En mi vida había visto una criada tan mal portada...

—No me ha respondido, ¿qué se le ofrece? —insistió.

—Mira niña, será mejor que te apresures ya mismo sino quieres una buena azotaina.

—Conque... azotar. —repitió ella apretando los ojos y los labios—. En ese caso... —¡Y cerró la puerta de un golpe en sus narices!

Alejandro tocó insistentemente la puerta y esta vez apareció otra joven, mejor vestida que la anterior.

—Perdone usted señor, ¿lo puedo ayudar en algo? —Y él, queriéndose asomar para acusar a la otra muchacha, recordó el asunto que lo había llevado ahí.

—Busco al capitán Lorenzo de Martínez y me dijeron que esta es su casa. —Ya hasta lo estaba comenzando a dudar. ¿Sería posible que se hubiera equivocado?

—Sí señor, esta es su casa.

—Dígale que soy Alejandro, hermano de Juan de Xaramillo —dijo y rápidamente lo pasaron al comedor, pasando por una salita y donde pudo observar una pared que bloqueaba la vista del interior.

—¡Alejandro! ¿Qué lo trae a Villa Rica? —saludó el capitán. Era casi de su edad, Alejandro era apenas unos años menor que él.

—Es por esta carta capitán que le manda mi hermano con mucha urgencia. —dijo entregando el sobre.

Lorenzo la tomó preocupado y al leerla se notó turbado.

—¿Comió algo Alejandro? Acompañeme, seguramente no ha comido. —Él muchacho negó con la cabeza y en el comedor de doce asientos, sirvieron un segundo plato. Era pescado frito con verduras cocidas y pan de trigo, agua y una copa de vino. A Alejandro se le hizo agua la boca con el puro olor. ¡No se hizo de rogar!, y al mozo lo hizo salir el capitán de la habitación para poder hablar con libertad. Cuando salió y cerró la puerta, preguntó:

—¿Sabe lo que dice la carta?

—No señor. —confesó.

—Rebeliones Alejandro... —dijo en tono serio—. Juan y yo hemos estado indagando y ahora con esta carta me está revelando un plan de

insubordinación... Al parecer piensan robar barcos, seguramente en estos días, pero usted coma Alejandro, gracias a esta valiosa información eso no va a suceder. Juan y yo ya lo habíamos visto venir y él estuvo investigando un levantamiento que venía haciendo un tal Salazar, no se si lo conozca usted pero anda diciendo que él no obedece la autoridad de Cortés y hace poco él y su gente mataron a una comitiva. No solo los asesinó, sino que también los atormentó y los quemó vivos. Según me dice uno escapó y le dio aviso de los nombres de sus secuaces y uno de esos... resulta ser uno de mis tenientes. — suspiró y bebió de su copa. Alejandro lo imitó y comieron en silencio.

Lorenzo parecía decepcionado por el nombre del traidor. Se sirvió una segunda copa de vino y Alejandro aceptó también otra, pero en la puerta irrumpió una pequeña intrusa seguida por su cuidadora.

—¿Está usted casado Alejandro?

—No señor, todavía no. —contestó viendo cómo la pequeñita se abrazaba a la pierna de su padre y el capitán, cariñosamente la alzó abrazándola.

—Alejandro, le presento a doña Rebeca de Estévez, que está de visita con nosotros. —La muchacha, la cuidadora, apenas inclinó una rodilla y Alejandro no pudo hacer otra cosa más que hacerle una reverencia, esperando que la tierra se abriera y se lo tragara en ese instante de la vergüenza que sintió.

—Disculpara mis vestiduras señor, jugaba con las niñas en la arena. —dijo en forma tan suave y delicada que casi pensó que se trataba de otra persona o quizá, se estaba burlando de él.

—Perdone... yo no sabía quién era, creí que... —titubeó ante la mirada confusa del capitán.

—Imagino que pensó que era una sirvienta que merece ser azotada. — completó la muchacha disfrutando de su agobio.

—¿Qué es eso de azotar...? —intervino el capitán y Alejandro comenzó a sudar frío.

—No es nada Lorenzo. —respondió Rebeca—. Cuando el señor llegó, yo tenía arena hasta la cabeza y tuvimos una confusión.

A Lorenzo le pareció sospechosa la actitud de ambos, pero conociendo a Rebeca, imaginó que le había gastado una broma y que el pobre de Alejandro sufría las consecuencias. Ni siquiera quiso averiguarlo, en lugar de eso, invitó a Alejandro al puerto, a enfrentar al traidor.

Bajaron al muelle y discretamente hizo llamar al alférez; le dijo en voz baja que buscara al teniente José de Santos y que lo aprehendiera. Alejandro iba detrás de él.

—Será mejor que se quede aquí Alejandro, no vaya a ser que las cosas se compliquen. —murmuró el capitán, avanzando por su lado izquierdo, emparejándose con los dos soldados que el alférez ya traía. Juntos, los cuatro, rodearon al mentado José de Santos y él, sabiéndose descubierto, sacó su espada.

—Está arrestado José, aviente la espada. —exclamó el alférez.

—Se terminó Santos. —agregó Lorenzo—. Estás acusado de traición y si acaso buscas piedad, porque lo más seguro es que te ahorquen, será mejor que vayas delatando a tus partidarios. —Esperaron su reacción, pero el otro no dijo nada—. Entonces, me temo que te espera la horca. ¡A la Habana! —ordenó a los soldados.

—¡A La Española me corresponde! —se defendió Santos forcejeando y Lorenzo sonrió.

Para Alejandro fue emocionante haber presenciado eso, aunque fuera desde arriba del andén con otros curiosos que habían dejado de trabajar para unirse al chisme.

—¿Vio eso Alejandro? —exclamó Sebastián admirado.

—Sí, sí lo vi, quien sabe que haya pasado.

—¿Ya arregló sus asuntos?

—Sí Sebastián y vaya preparando las monturas. —dijo y Sebastián decepcionado, lo obedeció. Él pensó que se quedarían esa noche a disfrutar la playa, pero como no quería dejar a Juan con pendiente, quiso salir cuanto antes, además, ya bastante vergüenza había pasado con la invitada del capitán. Prefería no volver a verla...

—Esto no ha terminado Alejandro, creo que apenas va comenzando. —advirtió Lorenzo cuando Alejandro fue a despedirse—. Salude a Juan de mi parte y dígame que seguiré enviando noticias de lo que pase por aquí.

Al llegar a Xilotepec fue directo a ver a Juan y se alegró de ver que estaba mejor que la última vez, con su tono habitual en la voz, pero aún tosía.

—Ya me enfadó la cama. —dijo molesto de estar encerrado—. Pero dime cómo te fue, pensé que te quedarías hasta el lunes.

—Pensé que te urgía saber. —contestó y Juan sonrió complacido—. Todo salió bien. El capitán Lorenzo aprehendió al teniente y se lo llevaron a La Habana para enjuiciarlo, pero, dijo algo antes de venirme. Dijo que temía que apenas estuvieran comenzando las insurrecciones y que te avisaría por cualquier cosa que pasara en el puerto.

—Lorenzo tiene razón, tenemos que buscar a Salazar... *coff, coff...* ya sé

que por ahí anda diciendo que Hernando está muerto y la gente se está alebrestando, pero cuando me recupere... *coff, coff*... ¡Ya vera!, voy a ir por ese malnacido hijo de puta... *coff, coff*... ¡Un perro malagradecido es lo que es! —exclamó alzando la voz y como si la tos escuchara, se le vino un ataque que solo alivió cuando Alejandro le acercó agua—. Lo que me hace falta es una botella de brandy y una mujer. —dijo después de apaciguarse la tos y Alejandro no pudo evitar reírse—. A ti te hace falta salir más güero, apuesto a que nunca has estado con una mujer... o me equivoco. —preguntó malicioso levantando la barbilla como para verlo desde arriba.

—Pues... unas cuantas veces y, nomas con una. —confesó avergonzado—, en San Cristóbal anduve a escondidas con una sirvienta, pero estaba casada y pues, no duró mucho el romance. —La risa de Juan provocó otro ataque de tos y Alejandro sin darle tregua y ahora sí, adrede, prosiguió—: A lo mejor ni lo hice bien, nomás lo hacíamos parados recargados en los bloques de mármol.

Más tos y más carcajadas...

—Hay güero tan cabrón... —dijo cuando ya pudo hablar—, pues feo no estas, estás bien *escachapao güerito*.

—No se Juan... —admitió más serio—. Siempre lo arruino con las mujeres. Digo cosas que no debo, como lo que me pasó en Villa Rica... —Y ya que andaba en eso, pues se animó a platicarle a su hermano y de paso, a entretenerlo.

—No es tu culpa. —dijo más que entretenido—. Es que eres buena gente güero... a mí se me hace que te voy a mandar otra vez a Villa Rica. Definitivamente te hace falta salir más. ¡Para que le pierdas el miedo a las mujeres, sobre todo a esas *jaquetonas*!, debes tener más confianza. ¡Eres mi hermano!

—Ya Juan, ya hice el ridículo una vez, no me hagas hacerlo otra vez. —finalizó la plática, viendo que Juan había comenzado a bostezar.

Caminó pensativo hasta su casa y se quedó dormido en el sillón hasta que su madre llegó. Cenaron juntos y él le platicó del viaje; de la sierra, los coyotes y del camino, nada más que eso.

De rodillas

*P*ero, ¿qué estaba haciendo Rebeca en Villa Rica? Todo sucedió precisamente días después de la gran fiesta... luego de las sobras, resacas y las tantas golosinas que Lucía consintió para las niñas. Posterior a la limpieza y reacomodo de toda la planta baja. Del sillerío, vajillas y alfombras que retornaron a guardarse a su antiguo sitio que era el almacén. Solo hasta entonces la calma volvió de nuevo al hogar e Isabel, más tranquila, sin el peso ni el deseo de otra fiesta igual, —aunque sí con el peso de su esmeralda sobre su pecho—, quiso retomar sus salidas al hospital y verificar que la comida que había enviado esa misma noche luego del banquete, hubiera llegado en buen estado y no se hubiera echado a perder. Eso le preocupaba.

La hermana María del Rosario, una monja que tenía a cargo el hospital de indios, la recibió como siempre; muy aparte de su condición religiosa, Isabel le tenía mucho respeto y aprecio porque atendía día y noche el recinto y ella misma se había enfermado en diversas ocasiones por mal-pasarse en sus comidas y quedarse en vela sin querer un solo día descuidar su labor, *su santa labor*, como ella le decía. Isabel llevó en esa ocasión, un paquete de pastelillos, que compartieron juntas en el pequeño dormitorio.

—La comida llegó bien doña Isabel, no se preocupe, aquí nada sobra y nada se desperdicia, ya lo sabe. —dijo sonriendo—. El trabajo del Señor no tiene fin, por eso no pude asistir, usted me disculpará con Rebequita y con el capitán.

—Descuide hermana, me alegra mucho verla con mejor salud.

—Hay doña Isabel... No tengo tiempo de enfermarme. Usted sabe que, si nos descuidamos tan solo un poco, el demonio hace de las suyas, sobre todo ahora, ya lo ve... Nos han avisado que llegaron más de quinientos esclavos, ¿puede creerlo?, y los han dejado en cuarentena para evitar cualquier brote de

viruelas. —suspiró mirando el cielo, traspasando el techo de teja y las vigas de gruesa madera, como si sus ojos fueran capaces de admirar a la Santa Trinidad entre las nubes, luego continuó—: Cómo la avaricia del hombre crece cada día en estas tierras doña Isabel... Pobres criaturas que están a su merced.

—¿De dónde llegaron? —contestó Isabel consternada.

—De África. ¿Que no es de ahí desde donde los arrancan?

—Sí hermana, pero, si más no recuerdo, había acordado el señor obispo con Su Majestad que no iban a traer más esclavos. ¡Nosotros demostramos con fundamentos el año pasado que no teníamos lugar para atender a más gente! —exclamó y la reverenda asintió en todo lo que Isabel dijo. Se sentía engañada. Tiempo atrás uno de los sacerdotes de San Juan escribió al rey con lujo de detalles, de los tormentos y aprovechamiento que tenían muchos castellanos, dueños de los ingenios de azúcar y el obispo secundó la propuesta para obligarlos a mantener mejores condiciones de trabajo; hasta entonces el acuerdo había sido no traer más esclavos a las islas.

—No hay mucho que hacer doña Isabel, es el sobrino del señor obispo el que los trajo.

Esa revelación dejó a Isabel con la boca abierta.

No esperó.

Saliendo, caminó a paso rápido hasta la casa del obispo y sin imaginar a lo que iba, la recibieron, pasándola de inmediato y con mucha alegría. Ahí estaba don Octaviano de Mata y este la saludó con su exagerada reverencia y el obispo, sentado en un sillón muy amplio, esperó hasta que Isabel fuera a besar su mano.

—Me sorprende verla doña Isabel, no puedo creer que luzca tan fresca después de tremenda fiesta. Debo decirle que solo bondades he escuchado del festejo. ¡Gracias a Dios a nadie le hizo daño la comida. —dijo el obispo en tono de broma.

—Opino igual doña Isabel, y reitero lo dicho por mi tío. Estoy impresionado por su hija que dejó deslumbrado al pobre de José de Jesús que no ha dejado de pensar en ella. No le sorprenda que en estos días nos aparezcamos en su casa para ir a hablar con el capitán Diego. —expuso con tanto gozo que a Isabel le asustó su comentario, pero en ese momento, lo que la ocupaba era esa noticia que tanto le indignaba.

—Señor obispo, su eminencia... me temo que mi visita es por otra razón que

nada tiene que ver con la fiesta.

—Diga señora y no se detenga por favor, ¿qué la aflige?

—Es un barco señor... —dijo tratando de evitar la vista de don Octaviano.

—Me ha llegado cierta información tan escandalosa, que tuve la necesidad de confirmarlo con su señoría...

—Vamos a ver doña Isabel. —respondió entrecerrando el cejo.

—Quinientos esclavos su ilustrísimo, quinientos esclavos llegaron al puerto y ni siquiera han sido desembarcados, lo que se me hace tan extraño, pues recuerdo la prohibición que hasta hace unos meses había y no sé si usted sepa al respecto.

El obispo miró de soslayo a su sobrino y este se levantó con toda tranquilidad, plantándose a un lado de su tío, con las manos entrelazadas por detrás.

—No veo por qué se interesa en asuntos tan incómodos doña Isabel. Una mujer de su categoría no debería perder su tiempo en asuntos políticos, esas son cosas de hombres. —agregó don Octaviano observándola severamente.

—¿Por qué no don Octaviano? No es un secreto que muchos mercaderes han abusado de la falta de leyes que existen en las Indias para hacerse ilegalmente de riquezas, así que sí, creo a todos nos involucra.

—¿Y por qué la involucra a usted señora? —preguntó levantando su mentón sin quitarle la vista.

—Por la asistencia benéfica que se realiza en el hospital señor, la falta de medicinas, personal, médicos y la falta de piedad de los patrones de estos pobres, que viven y mueren en las peores condiciones y a nadie parece importarles. Francamente, ya no alcanzamos a cubrir todas las necesidades.

—¿Pobres dice usted? —se burló don Octaviano—. ¡Son esclavos señora!

—¿Y por lo tanto no merecen un trato digno? No son animales señor, están indefensos y nosotros... ¿es que somos superiores a ellos? ¿Y qué hay de la caridad cristiana?

—Creo que está fuera de lugar doña Isabel. —interrumpió abruptamente don Octaviano.

El obispo suspiró y por fin habló:

—Es posible doña Isabel, que el trabajo en el hospital le esté afectando el juicio y probablemente debería dejar el cargo de la Asociación por lo menos por un tiempo. Yo veré personalmente que se haga esta recomendación por el bien de su salud. Mi sobrino tiene razón, estos no son asuntos para una mujer

como usted, son... asuntos meramente políticos.

—Pero su señoría... —contestó Isabel desesperada.

—Mírese doña Isabel, en lugar de disfrutar el éxito de su celebración, está aquí por asuntos que no son de su incumbencia.

—Su merced al parecer a olvidado las promesas hechas con anterioridad... Todo lo hace por favorecer a su sobrino. ¡Sé muy bien que el barco es suyo, no lo niegue! —acusó sin pensar en las consecuencias y don Octaviano enfurecido exclamó:

—¡Esto es inconcebible!

—Doña Isabel... —interrumpió el obispo con voz suave—, le sugiero que se calme y se retire, por el amor de Dios.

Ella obedeció y salió de la casa temblorosa y sintiéndose totalmente impotente...

No saludó a nadie cuando llegó a casa y pretextando que se sentía mal, se acostó en la cama y se quedó dormida. Más tarde bajó cuando el hambre le avisó que era hora de comer y las niñas correteando por la casa, le alegraron la tarde. Lucía seguía en una plática eterna con Rebeca, compartiendo los pormenores de la fiesta; de los vestidos, bailes y cuanto muchacho bailó con ella y quiénes eran sus favoritos. Hasta Juliette se les había unido solamente para escucharlas y sonreía por las ocurrencias y bromas de su cuñada. Rebeca también logró hacer reír a Isabel, pero entonces, casi al anochecer, el capitán Diego irrumpió en el salón, plantándose en el umbral de la puerta sin siquiera saludar. Se notaba sombrío e Isabel imaginó la razón.

Lucía fue la primera en levantarse, la siguió Rebeca y por último Juliette y, caminando disimuladamente, por un lado, le pasaron por el costado y él, sin despegar la vista del suelo, cerró lentamente la habitación con Isabel adentro.

—Debo suponer que habló con el obispo. —abrió Isabel respirando profundamente y el capitán, caminando hasta ella, exclamó, esforzándose por mantenerse calmado.

—Nunca... nunca me había sentido tan avergonzado en mi vida Isabel.

—Don Diego...

—¿Es verdad que usted se presentó en la casa del obispo sin previo aviso? Yo... no podía creerlo, si ni siquiera lo había consultado conmigo.

Isabel bajó la mirada y mordió su labio inferior. Don Diego suspiró empinándose una copa de brandy.

—No conoce toda la historia don Diego, el obispo ha estado jugando sucio, está rompiendo los tratados... ¡Más de quinientos esclavos han arribado a

nuestras costas!

—Es el obispo Isabel, ¡la máxima autoridad!

—¡Usted es la máxima autoridad aquí y en La Habana! —objetó Isabel, pero don Diego negó agitando la cabeza violentamente.

—No Isabel, yo solamente soy un militar.

—Fue el obispo el que permitió la llegada... —explicó Isabel desesperada, tratando de hacerle entender su proceder y la falta de palabra del otro, pero el capitán la detuvo.

—Ya lo sé Isabel. Yo mismo recibí el barco.

Isabel se quedó atónita.

—No se puede evitar.

—Pero los tratados...

—¡Los tratados no sirven!, un día se aceptan y al otro se rompen, así funciona la guerra y así pasa en la política. La Corona quiere ganancias y el resto de la gente también, ¡a nadie le importan los esclavos de África o los indios más que a usted!

Se sirvió otra copa de brandy ante la afilada mirada de Isabel y de nueva cuenta se la empinó.

—Usted lo sabía... usted sabe cómo los maltratan y sabe que es aborrecible. ¿Cómo puede estar de acuerdo?

—¡No! ¡No estoy de acuerdo!, pero no puedo impedirlo. Mi misión fundamental no son ellos, es usted Isabel, salvaguardar su seguridad, la de sus hijos, del puerto, la ciudad y sus ciudadanos.

—Mi señor...

—Soportar el regaño del obispo y las quejas de don Octaviano fue suficiente por un día.

—Puedo ir a disculparme, si eso desea. —respondió Isabel entristecida mientras el capitán abría la puerta.

—No Isabel, no hace falta... ya lo hice yo.

Isabel no pudo contenerse y lloró, lloró en cuanto el capitán cerró la puerta. Lloró por todos los sentimientos encontrados que se le cruzaron por la mente: Por los esclavos atestados en el barco, por la decepción que le había causado al hombre que tanto amaba y, el hecho de imaginar que don Diego haya tenido la necesidad de disculparse por el comportamiento de su mujer, la hizo llorar también. Imaginó que seguramente el obispo lo disfrutó, que debieron darse el gusto de su vida, ver a alguien como el capitán, un oficial tan grande y respetado humillarse delante de él y delante del bufón de su sobrino... ¡Cuánto

lo odiaba! A él y a todos los de su calaña.

Don Diego no llegó a dormir.

No supo si se había regresado a La Habana, ni dónde se había quedado. Nunca antes se había enojado con ella hasta esa vez y en la mañana lo extrañó, sola en su cama, acarició la almohada vacía y volvió a llorar.

Ahora que lo pensaba mejor, creyó que no había sido la manera correcta de hacerlo. Debió haber hablado primero con don Diego y evitar la confrontación con el obispo. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo pudo haber puesto a don Diego en esa situación tan vergonzosa? Ella, que tanto se burlaba de que los hombres tuvieran que reparar las idioteces de sus esposas, ahora Isabel había resultado ser peor. ¡Peor!, así se sintió. Peor que doña Procopia de Domínguez, que acusó a su sirvienta por la pérdida de su collar de perlas, para luego su marido descubrir que lo había apostado en los naipes que a escondidas jugaba y peor, que Pomposa de Sanabria que cada ocho días y a veces menos, sufría recaídas en la parroquia en pleno servicio y su marido la disculpaba, arguyendo que era debilidad, cuando todos sabían que más bien era el abuso de aceite de ricino que bebía para lucir esbelta.

No, ella sentía que había hecho algo peor y al triple...

Había ofendido, a costa de su marido, a la persona más influyente y de pílón, a su rico sobrino que con tanto orgullo presumía. ¿Qué podía hacer y cómo remediaba el daño que le había causado a su amado Diego?

De nueva cuenta y aprovechando que no había nadie a la vista, su temperamento impulsivo la llevó hasta la puerta de la calle decidida a hablar otra vez con el obispo.

—Mami, ¿a dónde crees que vas? —La interrumpió Rebeca en el pasillo de salida, que si, tal vez, no sabía lo que ocurría, todos supieron que hubo una discusión, que don Diego se quedó a dormir en La Habana y que Isabel se escabullera, se le hizo muy extraño, porque ya la conocía y sabía que algo traería entre manos.

—Voy a ver si puedo restaurar un poco el orden de las cosas. —contestó haciendo una mínima sonrisa y Rebeca, imaginando que no podría detenerla, tomó su abrigo y se aferró a su brazo.

—En ese caso iré contigo. —sentenció igual de decidida.

En esa ocasión que pidió conferencia con el obispo y con don Octaviano, con los dos juntos si eso fuera posible, no las pasaron enseguida como otras veces, sino que, para castigarla seguramente, las dejaron sentadas en la salita de espera de la entrada, a la vista de la calle y toda la gente que pasó a esa

hora por ahí, las vio sentadas por casi una hora.

Isabel, guardó calma.

Un paje las acompañó e Isabel y Rebeca entraron con sigilo hasta la sala donde los hombres las esperaban sentados. El obispo en su sillón habitual como si fuera su trono y su sobrino a su lado como consiliario. Ambos serios con rostros rígidos, ni siquiera saludaron, en todo caso esperaron hasta que Isabel hablara.

—Gracias por recibirnos su señoría —dijo Isabel haciendo una reverencia y Rebeca la imitó.

—¿En qué la podemos ayudar doña Isabel? —preguntó con saña el obispo, arisco de sus suaves palabras.

—Vengo a disculparme señor. —contestó Isabel adelantándose, dejando atrás a Rebeca—. Mi actitud ha estado fuera de lugar como usted sabiamente indicó y yo no tengo más que mostrarle mi más profundo arrepentimiento por tan grave falta hecha a su ilustre persona, a don Octaviano y a mi esposo, el capitán Rodríguez. —dijo suavemente para su sorpresa, ¡y más sorprendidos se vieron, cuando Isabel se puso de rodillas!

Rebeca, sin saber qué hacer o decir, se quedó inmóvil. Miró a los hombres y los notó claramente complacidos.

—Doña Isabel...

—Confío tenga indulgencia de mí, señor, pues soy la única que debería sufrir las consecuencias de mis acciones.

—Póngase de pie doña Isabel. —señaló el obispo—. Es una bendición que uno aprenda a reconocer sus errores y, sí doña Isabel, la perdono. Estamos en paz.

Don Octaviano, en un acto de condescendencia, caminó hacia ella y le extendió la mano para escoltarla hasta un sillón.

—Aprenda a controlar sus impulsos doña Isabel, rece mucho y, sobre todo, acérquese a la Santa Virgen María, y pídale, para que le brinde la gracia de ser como ella. —expresó don Octaviano tratando de parecer piadoso, pero Rebeca se asqueó de su hipocresía y ella, que seguía de pie, fue dispensada también por el obispo, que le ofreció un asiento con la mano.

—¿Se siente mejor doña Isabel? —preguntó el obispo.

—Sí su señoría, es reconfortante y me siento agraciada de que tenga la bondad de preocuparse por mí. —asintió sumisa con un dolor en el pecho.

—Qué gusto ver doncella tan hermosa. —exclamó don Octaviano admirando a Rebeca—. Y qué madre tan ejemplar traer a su hija para que sea

testigo de tan buen comportamiento.

—Gracias don Octaviano. —respondió Isabel sin quitar el tono indulgente de su voz—. Quiero tenerla conmigo el mayor tiempo posible, sobre todo ahora que las circunstancias nos obligan a separarnos. —agregó ante la sorpresa interna de Rebeca.

—¿Por qué señora? —inquirió curioso don Octaviano.

—Nuestra querida amiga, doña Lucía, esposa del capitán Lorenzo de Martínez de Villa Rica, se ha sentido mal de salud y Rebeca va a ayudarla con sus hijas que son tres... Prácticamente solo esperamos el aviso de su marido para que puedan embarcarse, pero sí, su partida es inevitable. Me duele mucho, pero me consuela contribuir a una buena acción. ¿No lo cree su señoría? —remató inocentemente Isabel con satisfacción.

—Por supuesto que lo es. —contestó pensativo el obispo—. Es deber de toda buena cristiana ayudar al prójimo, sobre todo a aquellos que sufren, y... ¿cuánto tiempo estará ausente la niña?

—Espero no sea mucho. Un mes, dos, realmente no lo sé, espero que doña Lucía se recupere pronto y podamos tener a Rebeca de nuevo con nosotros.

—Es una pena doña Isabel, realmente estaba esperando que José de Jesús pudiera entablar una amistad con Rebeca, sobre todo después de su loable acción del día de hoy. —manifestó don Octaviano con verdadera aflicción.

—En la isla hay muchachas muy lindas, ya verá usted que no se le dificultará a su hijo encontrar amistades de su categoría. —mintió Isabel. Bien sabía tanto él como ella, que no encontraría en ninguna parte de las islas, muchacha más linda que su Rebeca.

Salieron del obispado a paso lento con una sonrisa que Isabel tenía bien ensayada y afuera, doblando la esquina en dirección a su casa, Rebeca se contrapuso en su camino.

— Mami... ¿qué fue todo eso?

—En casa Rebeca, aquí no porque nos miran. —murmuró entre dientes, impassible y satisfecha.

Así hizo Rebeca, aguantando las ganas hasta que entraron al vestíbulo de la mansión.

—Mami... —insistió Rebeca preocupada.

Isabel se fue caminando hasta el salón donde Lucía, bien erguida, bordaba un pañuelo para regalárselo a Juliette y Rebeca siguiéndola atrás de ella, suspiró desesperada.

—No te voy a dejar a merced de esos buitres Rebeca. —exclamó Isabel

muy seria y Lucía, de pronto sintiéndose intrusa, clavó la vista en la aguja—. Ya les aventé unas migajas y con eso tendrán por lo pronto.

—¿Migajas? —profirió Rebeca con lágrimas en los ojos—. ¿Te refieres a que... te humillaste?, ¡Jáh! Me pregunto qué va a decir don Diego cuando se entere.

Isabel la abrazó apretando los ojos para no llorar y Lucía, encerrada entre las dos, solo tragó saliva sin entender qué era lo que estaba sucediendo.

—Él no debe saberlo Rebeca... Prométeme que no le dirás lo que pasó ahí. Tú, no lo entiendes mi vida, debía hacerlo. Es lo que ellos querían...

De pronto se percataron que Lucía seguía ahí y ésta quiso levantarse para dejarlas sola, pero Isabel la detuvo.

—Espera Lucía, no te vayas que necesito hablar contigo, pero a solas. —dijo mirando a Rebeca, instándola para que se fuera y ella, dándoles la espalda, caminó suavemente hasta su habitación.

Lloraba, y sola se desahogó.

—¿Gustas jerez? —preguntó Isabel con una sonrisa.

—Una copa por favor. —contestó Lucía sin atreverse a preguntar sobre lo que había escuchado. Sería de mala educación y, además, no era de su incumbencia.

—Lucía... necesito pedirte un favor.

—Lo que guste doña Isabel.

—¿Te gustaría recibir a Rebeca en tu casa?

—Usted sabe cómo disfruto su compañía. Por supuesto que es bien recibida, las niñas la adoran y Lorenzo la quiere como una hermana.

—No es urgente, así que disfruta tu estancia, es solo por un tiempo.

—No necesita darme explicación doña Isabel.

—Gracias querida.

Lucía le sonrió y ambas sorbieron de sus copas.

—¿Por qué no me cuentas algo de tu vida en Villa Rica? Necesito pensar en otra cosa que no sea yo misma.

—No sé si eso le reconforte. —dijo Lucía, esbozando una sonrisa apagada.

—Por favor, insisto.

—Pues... hasta ahora hemos vivido en completa calma, la aldea no ha crecido como se esperaba y no hay un solo día que no haya algún inconveniente. Gracias a Dios nada grave.

—Sé que en esos lugares ha sido difícil la pacificación.

—Ya quisiera doña Isabel, que los problemas no han sido a causa de los

naturales... Lorenzo evita hablar de eso en mi presencia, pero es difícil ocultarlo cuando todos hablan de lo mismo. —confesó Lucía y acercando su mano como para decir un secreto, susurró—: Ha habido traiciones de los nuestros.

—Imagino que eso ha mantenido a Lorenzo al alba.

—Sí, ha estado muy preocupado. —respondió suspirando.

—¿Y tú?, ¿cómo has estado?

—Bien a Dios gracias.

—No tan bien supongo, otras veces te he visto más contenta. —dijo al ver que Lucía evadía su mirada—. Puedes contármelo Lucía, entiendo que soy impulsiva en mi propia vida, pero si necesitaras hablar con alguien, si te hace falta un consejo...

—Gracias doña Isabel, es solo que... me da vergüenza.

—Tranquila Lucía, dime qué sucede. —murmuró Isabel sentándose junto a ella.

—Se trata de Lorenzo, es que... bueno, usted conoce las circunstancias en que nos casamos, lo que tal vez ignora es que yo me enamoré de él desde que lo conocí en Tenerife, ¿recuerda esos días? —Isabel asintió con la cabeza—. Yo era una chiquilla ingenua y él ya era un oficial y, a pesar que siempre supe que yo lo amaba más de lo que él me amaba, después del nacimiento de Estela creí que todo resultaría para bien, no lo sé, no debería quejarme... él es perfecto.

—Pero Lucía, Lorenzo te adora. Estoy segura de ello.

—No es eso... cada día tenemos más y más riñas y temo que sea por la falta de un varón y ahora, creo que ya no quiere... intentarlo más.

—¿Lorenzo ya no quiere intentarlo más? —repitió Isabel, comprendiendo de lo que se trataba.

—Ya no me busca y, temo que quiera buscar por otro lado. Lorenzo es, cómo decirlo, él es... —suspiró para agarrar valor—. Se place de retozar en la cama casi a diario... hasta me ha llegado a despertar de madrugada, pero ahora, apenas me toca. ¡Hay doña Isabel, le suplico que no me haga explicárselo!

—Es posible que Lorenzo no tenga humor con tantas presiones que tiene actualmente, tú misma lo dijiste, que tiene muchos problemas con la gente... Querida, si eso te tiene tan preocupada... ¿Por qué no lo buscas tú?

—¿Doña Isabel!

—Me refiero sutilmente, no tiene nada de malo, si nunca lo has hecho, es

posible que se sienta halagado.

—Yo no sé cómo hacer eso doña Isabel, yo no soy así, no está bien, no es correcto.

—Tendrás que intentarlo... piénsalo.

Dejaron la plática porque Fernando y Juliette que habían llevado a las niñas de paseo, habían llegado y se sentaron con ellas a conversar.

Isabel notó la apariencia de Fernando y gozó verlo tan contento; ya no tenía la mirada triste y perdida de hacía años, en su lugar, sus ojos parecían resplandecer y era tan cariñoso y solícito con su mujer, que la puso de buen humor. Verse inmersa en su círculo de amor y felicidad hizo que extrañara a don Diego. ¿Por qué tardaba tanto?

Por cierto, él no llegó a cenar y hasta muy entrada la noche Isabel lo estuvo esperando, pero no llegó y cuando todos dormían, lo buscó esperanzada en su despacho, pero tampoco lo encontró. Se entristeció mucho al pensar que la había dejado de querer y acarició su capa negra con forro tinto que había olvidado en el sofá. Se acostó ahí mismo y se cubrió con ella, oliendo y abrazando sus aromas, hasta que ese ligero toque de almizcle y madera de cedro consiguió tranquilizarla, quedándose profundamente dormida...

—Isabel, Isabel... —murmuró insistente una voz y ella entreabrió los ojos.

—¿Diego...?

—¡Por todos los cielos mujer!, ¿qué hace aquí? He subido y no la encontré. Me ha dado un susto de los mil demonios.

—Don Diego, perdóneme por favor, no quiero ser una carga para usted, me mata no tenerlo a mi lado... perdone mi carácter, mis tontos impulsos...

—Ya Isabel... —interrumpió besando sus manos— ¿Cuándo se ha vuelto una carga amar tanto a alguien? Usted me preocupa, es todo. Me inquieta que le puedan hacer daño. Vamos a la cama, aún nos quedan unas horas hasta que amanezca.

Caminaron de la mano con una candela a punto de consumirse y mientras él cerraba la puerta de su habitación, Isabel se quedó parada, esperando para que fuera él quien le quitara la capa que seguía pegada a ella.

La desató y la capa suavemente se deslizó por su cuerpo vestido de seda. Una suave seda color marfil que rápidamente encontró dueño. Besó su cuello, sus hombros y la dirigió a la cama y la seda, detenida momentáneamente en la cintura, esperó impaciente porque los labios que besaban los pies desnudos de Isabel, primero el derecho y luego el izquierdo, desde el dedo gordo, hasta las pantorrillas, rodillas y, ayudados por sus manos, abriendo camino y

acariciándole las piernas, llegaran hasta ella y la despojaron de ese cuerpo, del cuerpo de Isabel que, sumergida en un mar de deseo, ella sola, liberó el broche de su cabellera que ansiosamente rodó por la alfombrilla hasta esconderse por debajo de la cama, al tiempo que las manos de don Diego, ahora en la cintura, salvo por la seda que parecía atorada en sus caderas, la pasó de largo y siguió el camino de besos por su vientre, entre montañas y subiendo por su cuello hasta su boca. Ahí se detuvo, paladeando y explorando profundamente sus sabores, haciéndose el amor con los labios y la lengua, tan extasiados, que sus cuerpos los urgieron a participar y la seda, sin encontrar sitio entre ellos, fue expulsada al fin por esas manos que iniciaron todo. Entonces la rodearon, en un perfecto abrazo.

—Isabel... —repetía en su oído y ella, entregada por completo, respondió con un “*te amo*”, con tanta desesperación como cuando hacía rato lo extrañaba y su olor a almizcle y madera de cedro quedó impregnado en ella, por todo su cuerpo, fundiéndose como uno solo...

Así se quedaron dormidos, abrazados y entrelazados y Marcela, ignorando la presencia del capitán, porque nadie lo había visto llegar, entró sin tocar la puerta con la bandeja del almuerzo, pensando que por ser tarde, Isabel podría estar indispuesta. ¡No podría estar más equivocada!, y la pobre casi tira la charola cuando los vio como Dios los trajo al mundo, despertándolos abruptamente. El capitán, sin pena alguna, se levantó desnudo ante una Marcela, inmóvil, muda y completamente sonrojada que parecía paralizada en media de la habitación.

Isabel se sonrió mirando de reojo y de forma acusadora a don Diego por tal descaro, mientras cubría su cuerpo con la sábana debajo de ella.

—Perdóneme doña Isabel, creí que... —balbuceó pisando sin querer la delicada bata de seda color marfil— ¡Hay, perdón...!

—No te preocupes Marcela, el capitán ya se va. —apuntó observándolo desde el cuarto de baño.

Él le guiñó un ojo y la mujer, luego de dejar la charola en la mesita, acomodar la suave bata en la cama y limpiar lo que se derramó, salió casi corriendo, tratando de evitar por sobre todo la mirada del capitán.

—Necesito decirle algo señor mío antes que se marche.

—No más sorpresas querida —amenazó sonriendo y mientras ella relamía un trozo de mango, él se acercó a besarla, arrebatárselo con la boca.

—¿Estaría de acuerdo en que Rebeca pase un tiempo con Lucía en Villa Rica, ahora que ella se marche?

—No me opongo, pero, ¿hay alguna razón en especial?

—La verdad es que no quiero que *don José de Jesús de Mata* la pretenda. —contestó resaltando la voz del susodicho—. No lo quiero, no confío en ellos, pero... solo si está usted de acuerdo —Él se rio divertido, como si tuviera opción.

—Sí Isabel, usted manda. —acordó besándola cariñosamente en la frente—. Ahora me voy mi amor que ya es tarde y... gracias.

Cuando él se fue, ella se quedó disfrutando de la cama y cerró los ojos... Dejó que el mundo siguiera avanzando.

Se sentía feliz y abrazando la almohada de don Diego, hundió su cara en ella, recordándolo, respirándolo...

El duque de Ureña

Don Pedro de Corrales, el oficial mayor de la Casa de Contratación de Sevilla, hablaba muy en serio cuando indicó que había mucho material pendiente por revisar relacionado a las expediciones de La Florida. Ahí en San Cristóbal se guardaban cartas, mapas y diversos manuscritos de gran cantidad de excursiones que la mayoría terminaron en desgracia y con tal que no batallara, el capitán Diego le prestó su despacho, insistiendo que él podía utilizar la capitanía de La Habana, —que si bien era cierto, le gustaba la tranquilidad de su casa para escribir cartas, lo hizo por Isabel, para que aprovechara el mayor tiempo posible con Fernando—, así que sí lo aceptó y cuando le entregaron los rollos y cientos de documentos guardados, calculó que le llevaría más tiempo de lo esperado para revisar concienzudamente cada uno de ellos, pesándole sin embargo, que por eso no pudiera pasar mas tiempo para atender a Juliette. Por fortuna su madre, que, hacía lo posible en compaginar con ella, la incluía en sus actividades diarias y juntas salían a caminar por la tarde.

Fernando no entendía por qué Isabel había abandonado el puesto de la *Asociación supervisora de hospitales y asilos de San Cristóbal* y que su única explicación haya sido que, antes de ayudar, estorbaba al hacer perder tiempo a *las hermanas* que lo atendían y menos comprendía cómo pudo aceptar dejar la dirección a doña Carlota de Moya, mujer soltera, extremadamente moralista y religiosa que en su vida pondría un pie en el hospital de indios. ¿En qué estaba pensando su madre? Pensó que la buena vida de San Cristóbal y la elegante mansión donde vivía la habían dulcificado y no quiso interferir. No la juzgaba, solo le extrañó ese repentino cambio, en todo caso, se alegró al verla feliz.

Isabel era su adoración y le fascinaba verla con Juliette practicando

palabras nuevas, como *S'il vous plaît* [Por favor], *merci* [Gracias], *de rien* [De nada]... Cosa contraria sucedía con el capitán. El único con el que Juliette, no lograban relacionarse.

—No te preocupes. —Lo tranquilizó su madre cuando él le habló en confianza expresándole su inquietud—. Comprende que también es difícil para él, después de declararles la guerra a los franceses... él mismo ha tenido experiencias muy desagradables en la guerra y creo que en cierta forma, también se siente responsable por su desgracia. Tal vez le recuerde las desventuras que pasaron y, así como ella, pronto se darán cuenta, que, por parte de Juliette, no todos los soldados son de la misma especie como los que atacaron su pueblo y, por parte de don Diego... no, de él yo me encargo. —sonrió peinando sus cabellos con los dedos.

Fernando no tuvo más remedio que aceptar sus palabras, rogando a Dios porque pronto pudieran entenderse. Él respetaba mucho al capitán. ¡Lo había ayudado tanto!, que le apenaba haberlo decepcionado casándose sin pedirle su consentimiento.

Con motivo de obtener más información de los viajes a La Florida, tuvo que trasladarse a Santiago, porque ahí guardaban muchos manuscritos que estaban en posesión del nuevo regente y para distraerla, quiso llevarse a Juliette, pero antes envió una carta dirigida a don Alfredo de Osuna, el nuevo gobernador de Santiago para explicar su visita y como respuesta, recibió una breve y simpática contestación que decía:

*“Encantados de recibirlo a usted y a su amabilísima señora esposa en nuestro hogar. Reciba un atento y cordial saludo desde la Intendencia de Santiago de Cuba. Su fiel y atento servidor.
El duque de Ureña.”*

Desde ahí supo que don Alfredo no era alguien común y corriente, pero le dio gusto saberse bienvenido y en cuanto a Juliette, tuvo que convencerla, porque seguía recelosa por la mala experiencia que tuvo anteriormente con los vómitos y mareos del vaivén del barco y él mismo le aseguró, que no era nada parecido navegar en altamar que surcar la rivera de la isla, además, se perdería el hermoso paisaje. Más tarde, ella misma lo corroboró y se alegró que Fernando la hubiera convencido. ¡Qué hermoso panorama se abría a su vista! Pudo ver los peces de colores y cientos de palmeras como si

resguardaran las playas solitarias que a lo lejos semejaban el paraíso y el clima también ayudó: un sol resplandeciente los acompañó hasta caer la tarde y Juliette, hasta entonces aprensiva y reservada, por fin se notaba plena y feliz y su piel y su cabello brillaban a la par que sus ojos. Ojos que a Fernando habían enamorado desde la primera vez que la conoció y ahí, tan lejos de Lisboa, en cubierta y con las hermosas playas caribeñas de testigo, se deleitó al ver cómo ese brillo tomaba vida y cómo sus ojos, cambiaban de color con los reflejos verdes de la naturaleza. Su risa era un premio para él y compartió con ella la primera experiencia que tuvo al arribar a esas tierras, pero se guardó astutamente sus días de soldado, que era una faceta que temía mostrarle... ¿Cómo explicarle que él también pertenecía al ejército que tanto daño le había causado? Quiso preservar ese preciso momento y por la noche en su camarote, se rieron los dos por no lograr mantener el equilibrio y de las peripecias que tuvo que hacer Fernando para hacerle el amor en ese remedo de cama, que si bien, debió servir de ayuda, porque fue ahí cuando concibieron a su primer hijo...

El Valle de Santiago seguía muy parecido a como él lo recordaba, con la diferencia que el fuerte, completamente terminado y renovado, daba una reconfortante bienvenida por su seguridad, pero también notó que había menos barcos que antes, sabiendo que ahora la mayoría utilizaba *la corriente del Golfo* y para eso, preferían anclar en La Habana que los llevaba directo a Villa Rica y sin mucho preámbulo por mostrarle a Juliette, por la hora en la que llegaron y el calor tan sofocante que hacía, quiso dirigirse directamente hacía la casa de don Alfredo de Osuna, al que llamaban factor, gobernador o, como su título indicaba en su carta, duque.

Este duque era el tipo de persona que podía parecer muy agradable; atento, gran simpatía y excelentes modales. Su edad aparentaba más de sesenta años por el cabello canoso que siempre lucía despeinado. Era muy delgado y su barba, esa sí la lucía excesivamente cuidada, recortada y perfumada y su séquito del que siempre se rodeaba, constaba de su propio hermano, un primo y dos fulanos que no hacían otra cosa más que darle coba. Él hacía de factor solo porque su antecesor, Manuel de Rojas, renunció a su cargo, o bien se lo quitaron y en su lugar, pusieron ni más ni menos a otro igual o peor que él, pero como su familia era de la Casa de Osuna, duques en el condado de Ureña, pidieron el cargo y Su Majestad no tuvo más remedio que dárselo.

Don Alfredo se ufanaba de eso en cualquier oportunidad que tenía y en

Santiago, los que ahí vivían y los que lo conocían, sabían que las verdaderas riendas de la villa, las tenía el capitán Enrique de la Cueva, quien era en papeles, el que se hacía cargo de las cuestiones militares y coadyuvado por su mano derecha, el almirante Sancho Pérez de Loyola, hacían el trabajo que don Alfredo presumía... Su casa, Fernando la conocía, pero estaba notablemente mejorada. Había pertenecido a Velázquez en el tiempo que gobernó en Santiago y eran admirables los detalles arquitectónicos que el duque le había agregado a la fachada.

Su esposa les dio un cálido recibimiento. Considerablemente más joven que él y viuda con dos hijos de su anterior matrimonio, les hizo saber que anteriormente ella había sido habitante de Santiago, tiempo en que su padre había sido tesorero real. Fernando no lo recordaba, pero se excusó al decirle que estuvo ausente por un tiempo, cosa que le pareció extraño a Juliette.

—Qué maravilloso país. —exclamó doña María de Ibarra cuando Fernando le informó el origen de Juliette—. Es una pena que existan tantos hombres empecinados en la guerra, ¿no lo cree querida? —Juliette asintió aliviada, pues generalmente le gustaba mantenerse en silencio para no dar explicaciones sobre su país de origen—. Le he dicho una y mil veces a don Alfredo que mande comprar esos sombreros tan hermosos que fabrican precisamente en París, pero es tan necio... dice que es anti-patriótico y yo le he refutado: *¿Desde cuándo la moda sabe de esas cosas y... acaso el whisky que bebes y tanto disfrutas lo fabrican en Tarragona?* —agregó sin dejar de sonreír.

En ese momento hizo su entrada el duque con su séquito por detrás y tras las presentaciones, fue hasta con su esposa y la besó de forma verdaderamente teatral.

—Querido mío, desde ahora mismo te advierto antes que digas cualquier barbaridad, que la esposa de don Fernando aquí presente, es de origen francés, ¿y, no te parece especialmente bella? —dijo la señora y el duque, acercándose a Juliette y así como era, de una forma por demás pomposa, le hizo una exagerada reverencia, estando él y su séquito de acuerdo, que doña Juliette era particularmente bella.

—¿Y de qué parte de Francia es usted *mademoiselle*? —preguntó don Alfredo con una mano en el aire esperando la copa que su criado presuroso servía.

—Saint Tgopez su señogía —contestó y el hombre abrió la boca enternecido.

—¡Pero que acento tan encantador!

—Querido, está usted asustándola. —exclamó doña María.

—No tiene porque mi joven amiga, ninguno de nosotros pertenecemos a la milicia, así que puede estar tranquila.

—Gracias don Alfredo y, como le expliqué en la carta los motivos de mi viaje, me gustaría ver los archivos que su merced guarda. —acotó Fernando, viendo la dificultad por quitarles la palabra a ambos.

—Pero mire... hablando del diablo. —susurró con una mueca el duque observando que, en la entrada, dos oficiales hacían su llegada—. Sobre eso, —dijo alzando la voz—, le pedí al capitán Enrique de la Cueva nos acompañara, porque francamente, no sé dónde están esos dichosos archivos que menciona. —Se rio y su séquito lo secundó y en seguida presentó ceremoniosamente al capitán Enrique de la Cueva y al almirante Sancho Pérez de Loyola, que Fernando inmediatamente reconoció.

—Almirante, ¿me recuerda?

—¡Fernando!, cómo no. —Ambos se abrazaron—. Qué gusto verte muchacho, ignoraba que hubieras llegado a Santiago. ¿Dónde has estado?, hace años que no se de ti.

—Pero... se conocen. —interrumpió el duque.

—¡Por supuesto!, este muchacho estuvo a mis órdenes cuando recién llegó a estas tierras, llegó a teniente, aunque veo que dejó el ejército. —dijo observando sus finas vestiduras.

—Sorpresa, sorpresa... —añadió don Alfredo con ironía percibiendo a Juliette también sorprendida.

—Pero ya nos pondremos al día... no tenemos que aburrir a todos con esos detalles. —agregó el almirante al ver la impaciencia de su capitán—. Usted quería vernos gobernador y aquí estamos.

—Sí, sí, por supuesto, es por eso... por los archivos que don Fernando desea revisar, ya sabe... cartas de navegación, itinerarios y diarios que guardó el ex gobernador Velázquez referente a La Florida.

—¿La Florida? —intervino doña María—. Conocí a un hombre que llevó un barco a La Florida y se salvó por un pelo, porque todos en su embarcación murieron en manos de los salvajes cuando dormían...

—¡Por Dios...! —exclamó el duque con la mano en el corazón.

—Sí, con suerte quedó vivo, pero el pobre nunca se compuso, decía que amanecía envuelto en sudores por las pesadillas que no dejaban de perseguirlo.

Don Alfredo y su séquito fueron los únicos que hicieron exageradas caras de espanto, ante la cada vez más impaciencia del capitán De la Cueva.

—Pero que impresión querida... ¿Tú lo conociste? —Ella asintió con los ojos muy abiertos—. ¿Y se los comieron a todos o qué les hicieron? —preguntó sentándose junto a ella sumamente interesado, en cambio los oficiales intercambiaron miradas de enfado.

—No lo sé querido, no supimos el fin que tuvieron. —contestó pensativa.

—*Ejem...* —carraspeó el capitán tratando de volver a su asunto—. Aquí están los archivos don Alfredo. Deberían estar en la oficina. —Y dirigiéndose a Fernando agregó—: Si gusta, el almirante Pérez lo podría ayudar a encontrarlos y podrán continuar con sus remembranzas.

—Gracias capitán, le tomo la palabra. —asintió Fernando y viendo a Juliette extenuada por el viaje y la intensidad de sus anfitriones, se disculpó en cuanto los oficiales se retiraron.

En su habitación, ricamente decorada y toda dorada, desde las aplicaciones de las paredes, cabecera y tocador, hasta la fina colcha que cubría el colchón, la pregunta obligada de Juliette le llegó a Fernando.

—No mencionaste que fueras militag. —aludió Juliette cuando Fernando hacía por arrancarse las mallas invernales, arrepentido mil veces de habérselas puesto.

—No lo mencioné porque fue por muy corto tiempo. —mintió—. Fue la única manera de mantenerme cerca de mi padrino, por eso coincidí con el almirante Sancho alguna vez.

—Teniente... —murmuró Juliette volteando los ojos.

—Tu sabes Juliette que sirvo al Imperio, la diferencia es que yo hago mapas. —explicó ante su incredulidad y para cambiar el tema, agregó—: Parece que a don Alfredo de Osuna le gustaste mucho... “*Su acento es encantador*”. —lo arremedó y ella se rio.

Al día siguiente en el almuerzo, conocieron a los hijos de doña María y a otros dos más pequeños concebidos por el duque y nadie, en todo Santiago, podría negar que don Alfredo fuera amoroso, especialmente con la más pequeña de tan solo nueve meses de edad. Él sin ayuda de su niñera, le daba de comer la papilla y la arrullaba y doña María, más estricta que él, cuidaba continuamente la postura de los mayores y sus maneras al hablar.

Más tarde, con el almirante Sancho, Fernando tuvo que separarse de Juliette, y, en cuanto cerraron la puerta de la oficina, el almirante se dejó caer en un sillón, enfadado a más no poder por lidiar con el rector.

—Ese hombre es agotador, ¿no te parece? ¿No tendrá aquí algún vino escondido? —husmeó entre los cajones, pero Fernando llamó a un sirviente y le pidió una botella de brandy. Él mismo le sirvió una copa y la levantó.

—¡Por tu salud muchacho!, por la Providencia de habernos encontrado.

—Por la Providencia.

—*Mmmm...* parece fino...

—Seguramente lo es. —pensó Fernando en voz alta.

—Así que te hiciste de una francesilla... —Fernando asintió sin querer ahondar mucho en el tema y prefirió desviarse, más por su expresión de *francesilla*.

—¿Y qué fue del capitán Montenegro? ¿Sigue en Santiago? —El otro sin levantar la vista de los rollos empolvados que iban bajando de las estanterías contestó:

—Muerto en altamar... su barco se hundió o, lo hundieron, no lo sabemos. El mes pasado perdimos cuatro barcos y de los fundadores quedamos pocos, muchos tomaron su camino... ya sabes cuál. ¿Y tú, qué sabes de Lorenzo?, sé que es el mandamás en Villa Rica. —dijo pareciendo casual, pero Fernando recordó de pronto, que el almirante Sancho le tenía rabia a su amigo, así que trato de parecer más bien desinteresado.

—Tengo años que no lo veo y sí, sé que sigue en Villa Rica.

—Sigue a la orden del alevoso de Cortés según sé... *Cría cuervos para que luego te saquen los ojos*, pero parece que no le ha resultado bien con su gente, ¿no es así?, a Cortés.

—Realmente lo ignoro almirante, además, —dijo sin moverse de su sitio—, a de recordar que no soy simpatizante de don Hernando... tal vez lo ignore, pero estuve mucho tiempo en las celdas donde él me puso mientras conquistaba Tenochtitlán. Casi muero, así que por el momento solo me importa incorporarme a la expedición del capitán Narváez. —Sancho sonrió complacido. Acomodó casi cincuenta rollos de documentos espolvoreados de pelusas y polvo de años de antigüedad sobre el escritorio y agregó:

—Creo que es todo... tienes mucho trabajo por delante chaval... ¡Malditas arañas! —exclamó sacudiéndose una enorme telaraña de su ropa.

—Espero que el rector me deje llevar este material a San Cristóbal. —observó Fernando pensativo.

—Al cabrón del rector le importa un comino a dónde van a parar los archivos, ¿vez esta oficina?

—Sí, se nota abandonada.

—Él, mientras tenga una puta cerca, el resto lo tiene sin cuidado.

—No parece ese tipo de persona.

—Él da la cara y nosotros hacemos el trabajo; así se ha hecho desde la administración anterior. ¿Por qué no te das una vuelta al cuartel?, ahí lo vas a ver en su máximo esplendor.

Se despidieron y admirado con la revelación del duque, porque siempre pensó que los vicios provenían solamente de la clase baja, le dio curiosidad comprobarlo y aceptó ir esa noche al cuartel.

El cuartel seguía siendo el lugar de reunión para la juerga y los civiles eran bienvenidos si no les importaba apostar su dinero o meterse en algún pleito entre los soldados y oficiales. Con un ambiente embriagador, le recordaron sus días en Salamanca en el *Viva Sevilla* y le dieron ganas de beber, no del vino rojo que tomaban los estudiantes y que ahí seguía siendo el mismo vino corriente para la plebe. Brandy es lo que se le antojó, porque brandy era lo que tomaban los altos mandos.

Pronto encontró al almirante Sancho. Era el mismo, no había cambiado nada, seguía siendo buen bebedor y juntándose con él en la barra, señaló un grupo escandaloso que resaltaba de todos: Era don Alfredo con su séquito y la gente a su alrededor lo ocultaban. Jugaban naipes y don Alfredo tenía abrazada a una voluptuosa y muy hermosa mujer negra de cabello crespo.

—¡Don Fernando! —exclamó reconociéndolo como si lo hubieran invocado—. Venga a acompañarnos, por favor... Abran paso a mi amigo. —dijo visiblemente ebrio y el almirante, escondiendo su rostro, optó por ignorarlo, pero Fernando sí se acercó a ellos y rápidamente le arrimaron una silla junto al duque.

—Buenas noches don Alfredo.

—Buenas también para usted don Fernando. Mire esto y dígame... —observó señalando los senos desnudos de la mujer que tenía en las piernas— ¿No le parece una verdadera obra maestra? Su color, tan profundo y brillante, así como el ébano. ¿Lo conoce? ¿No?, a pues el ébano es una madera de exquisito color, no lo hay aquí, solo en la India, en las orientales, no en estas, ¡pero con seguridad esa madera no tiene la vida de esta diosa! —dijo acariciando y sosteniendo con las dos manos los dos grandes pechos y sin pena alguna por los que lo rodeaban, menos por él, la atrajo más y chupó abiertamente sus pezones, dejando a todos embelesados y con la baba de fuera. ¡Fernando regresó al punto a la barra a con el almirante!

—Te lo advertí, te dije que era un monigote.

—¿Doña María de Ibarra lo sabe?

—¡Claro que lo sabe!, pero, ¿qué puede hacer?, es una mujer, aunque, lo siento por ella cuando se quede sin dinero. —comentó de forma maliciosa.

—¿Por qué, acaso no es un duque?

—Sí que lo es, pero hasta los duques se quedan sin dinero. —contestó riendo—. ¿Vez cómo gasta dinero en apuestas estúpidas? Debe dinero a muchos y no es poca la cantidad, por eso el capitán De la Cueva no le permite hacer uso del dinero público y por ese puto whisky escoces que hace traer especialmente para él, porque has de saber, que es lo único que toma el hijo de su reputa. —agregó escupiendo—. ¡Me cago en los escoceses!, sabe a mierda... —En eso Fernando no estuvo de acuerdo, el whisky malteado con cebada y trigo que el duque le dio a probar era realmente delicioso. Como sea, le dio la razón a Sancho en todo.

Dos días después dejaron Santiago y no le contó a Juliette lo que supo. No le encontró motivo de hacerlo, pero sí le preocupó el futuro que le deparaba a doña María de Ibarra y a sus hijos, que lo único que heredarían, sería el título del ducado de Ureña.

SEGUNDA PARTE

*“Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero;
cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo vida,
por vos he de morir, y por vos muero.”*

*Soneto V de la duquesa en "El Cortesano"
Garcilaso de la Vega
(1498-1536)*

Atardecer en Tenerife

*L*a saca de trigo puede parecer sencilla. Cualquiera dirá que solamente se necesita un labrador, rastrillo, semillas, tierra y pala. Así le dijeron a Leonor Hernández de Villa Verde cuando comenzó a hacer sus primeros intentos en una de las provincias de Toledo. También le dijeron que el trigo se daba en cualquier terreno, siempre y cuando cayera agua y que a menos que helara, podría sembrarlo durante todo el año.

Quiso intentarlo, era hija única de don Rodrigo de Hernández, comerciante con bastante plata que a últimas fechas y a causa de los intensos dolores de espalda, se había retirado, dejando atrás los agobiantes viajes para gozar de la tranquilidad de Villa Verde y orientar toda su atención en la *entomología*, que dicho de otra forma, era el estudio científico de los insectos con más de un millón de especies en su haber, incluyendo artrópodos, arácnidos, crustáceos y miriápodos, pasando horas enteras en su análisis y disección y, cuando

*A*ntes su despacho estuvo atiborrado de mapas y libros de comercio, ahora los estantes abarrotados con frascos, guardaban los insectos colectados, con cinco variedades de atrapa-mariposas colgando detrás de la puerta.

*L*eonor, su hija, aprendió a manejar el negocio, sobre todo el de las telas importadas que era lo que más les redituaba y resultó ser muy aguzada, gracias a la escuela de su padre, pero con hijos y una casa para administrar, tiempo le faltaba y su esposo Juan Carlos, a quien su padre nombró patrón, aceptaba la intromisión de Leonor cuando se aburría de las labores caseras. Así que, incursionar en la saca de trigo, fue otra de sus ideas y echarla a andar en Villa Verde, le dio mucho trabajo. ¡A duras penas pudo sacar la primera cosecha! Y no conforme, por la inversión que hizo, le resultó un fiasco por el trigo de tan mala calidad. Era tanto su disgusto, que en un arranque de capricho... ¡Regaló

toda la cosecha a los que vinieran a hacer la limpia del terreno! Quería que se llevaran todo, no quiso saber nada del asunto por meses y su padre se molestó con ella, no porque los resultados fueran apenas aceptables, sino por no sacar provecho de la sobra, al menos para venderlo como rastrojo. Hasta Juan Carlos se había molestado, pero siendo testigo de los pleitos que tuvo con don Rodrigo, quiso hacerse a un lado, que se desahogaran como otras veces lo hacían. Después de todo un año de líos, quería al menos disfrutar un momento de paz. Él la conocía, probablemente más que ella misma y sabía, que cuando Leonor se despedía de un proyecto o se hartaba de una idea que tardaba en dar resultados, se convertía por arte de magia en la esposa ideal que cualquier hombre desearía tener en su casa: Hacendosa en la cocina y cuidadosa en la elección y compra de cada uno de los condimentos. Preparaba con anticipación el menú para toda la semana, poniendo especial cuidado en la alimentación especial de su padre, para que no comiera carnes rojas en exceso o sal o azúcar y ahí eran otros pleitos, pero pleitos cariñosos que hasta don Rodrigo disfrutaba, porque si algo le gustaba mucho, era discutir con Leonor y que lo cuidara y lo apapachara y, si Leonor prefería el pescado a la carne roja, él al final, terminaba rindiéndose, pero luego aceptaba que sí, que de veras se sentía menos hinchado y que las rodillas no le dolían tanto. Tampoco los niños le pasaban desapercibidos; les contaba los garapiñados porque eso arruinaba sus dientes, pero en cambio, desde el lunes al domingo, les dedicaba tardes completas en el jardín y mientras correteaba a los pequeños con una pañoleta cubriéndose los ojos, jugaban a la *gallinita ciega* o a la *culebra*. Luego otro día se iban de excursión y regresaban con toda clase de insectos para la colección del abuelo. No descansaba ni los domingos y Leonor, devota cristiana, más en esos días, desde tempranito asistía a la capilla, siendo de las primeras en llegar, pero sin duda, lo que más disfrutaba Juan Carlos después de esos fracasos o experimentos comerciales de Leonor, era sin duda lo amorosa que resultaba, más con él que con cualquiera, porque con él, las demostraciones eran más íntimas y esas noches en sus aposentos eran magníficas... ¡No en balde les habían nacido cuatro niños desde su aventura en las Indias!, convirtiéndose desde entonces en una gran familia: Rodrigo, Carlitos, Magdalena, Rafael y Ramón, eran los huracanes y responsables por los alborotos que en su casa se libraban diariamente y Leonor hacía todo lo posible por mantenerlos alejados de don Rodrigo, que no soportaba gritos, patadas ni mucho menos que anduvieran corriendo por las escaleras. ¡Parecían monos!, se trepaban a los árboles, se ensuciaban y con regularidad tenían las

rodillas raspadas; muy parecidos a Leonor cuando era niña, pero Magdalena, bueno, ella era un cuento aparte y, por ser una niña muy bien portadita, acompañaba a su abuelo mientras él leía sobre la metamorfosis, hipermetamorfosis y todo lo que terminaba en *osis*.

Juan Carlos que conocía de sobra sus periodos de subidas y bajadas, sabía que, por el bien de ella, todos debían ayudarla a superar su problema, porque, todas las bondades que disfrutaban después del fracaso, la recaída se convertía en lágrimas que formaban ríos y estos eran capaces de llenar los océanos... ¿Quién lo culparía por querer disfrutar un poco de tranquilidad? Probablemente ni ella se daba cuenta de ese círculo vicioso.

Sin que ella lo supiera, es decir, a sus espaldas, Juan Carlos hizo amistad con un antiguo socio de don Rodrigo, comerciante de trigo que, aunque no lo sembraba, conseguía la mejor semilla y harina proveniente de las Islas de Canarias y en un almuerzo dominical, se le ocurrió platicarle a Leonor, antes que cayera en el letargo que sabía, le podría durar semanas...

—Tengo una salida a Canarias querida, ¿te gustaría acompañarme?

—¿Exactamente qué negocios?

—Serían apenas unos días, pero el clima, según dicen, es envidiable y yo creo que te caería bien un poco de sol.

—*Mmmh...* no recuerdo que lo hayas mencionado y los niños... —dijo Leonor, y las orejas de los duendes, asomándose entre bizcochos bañados en miel se pusieron muy alertas.

—Pensé que podríamos ir solos...

Las orejas de los duendes se doblaron decepcionadas y don Rodrigo, que comía en la cabecera, escuchaba mirándolos de derecha a izquierda sin decir nada.

—¿Solos? —Se preguntó Leonor untando mantequilla a una rebanada de pan—. No es mala idea.

Don Rodrigo suspiró.

Esas cortas vacaciones eran también un descanso para don Rodrigo, porque los niños los dejaron con la madre de Juan Carlos, quien los adoraba y siendo sus únicos nietos, no le importaba a ella todo el desastre que hacían en su casa, al contrario, les preparaba postres dulces, hacían campamentos y salían a nadar al río.

Su primera parada fue en Sevilla y hasta ahí llegaron en una sola jornada, luego, al día siguiente, salieron rumbo a Huelva y en el puerto abordaron un barco a Tenerife.

—¿Quién es ese misterioso socio al que vas a ver? —preguntó Leonor, mientras paseaban por la cubierta en lo que era un pacífico día de verano.

—Es más bien un contacto de mi socio, seguramente recuerdas a don Rubén de Jiménez.

—Sí, un hombre nervioso según recuerdo.

—Pues supe que era él quien tenía las mejores harinas del noreste del Reino de Castilla...

—Juan Carlos, para por favor. —interrumpió de pronto—. Tu y yo lo hablamos y coincidimos que el negocio de la harina ya no es rentable y que, además, los precios están por los cielos por los impuestos que no dejan casi nada de ganancias y... no. No me hagas hablar de las pérdidas que conlleva transportar a Indias...

—No hablo de eso querida, si eliminamos a los intermediarios y sembramos nuestro trigo, obtendríamos más ganancia que la misma seda... ¡Es verdad, tu idea sigue siendo buena! —exclamó mirándola de frente, pero Leonor no hizo más que negar cada una de sus palabras con la cabeza.

—Y terminamos con un palmo de narices... Llevamos un experto, hicimos todo lo que nos dijo y qué obtuvimos... ¡Nada!, ¡solo una cosecha mediocre!

—Leonor, yo nunca te dije nada, pero esa también era mí cosecha y tú hiciste con ella lo que tu capricho te indicó. Yo trabajé, sudé y me esforcé y ¿acaso me preguntaste si podías regalar todo? Aun así, no me rendí y busqué respuestas.

—¿De qué? —habló con una vocecita, pues sí se sintió culpable del reproche que apenas afluía.

—¡Por qué era la primera vez que sentía que algo me apasionaba! Disfruté preparar la tierra, sembrarla y ver... como nacían los retoños. Para mí fue verdaderamente gratificante y, mientras tu viste un fracaso total, yo pude dilucidar que si fuéramos capaces de reconocer en dónde erramos, podríamos

hacer lo que tú, tú mi amor habías planeado...

—¿Y qué tiene que ver Tenerife?

—Me extraña que lo preguntes mi amor. —dijo abrazándola por la cintura y reflexionando, contestó con una sonrisa:

—Son los mayores productores de trigo.

—¡Y los mejores!, don Rubén consiguió que nos lleven a sus campos y nos muestren el proceso, la fertilización y cosecha.

—Se ha vuelto muy astuto don Juan Carlos.

—Tengo buena maestra. —contestó besándola y juntos, observaron cómo el barco se iba acercando a las maravillosas Islas de Canarias...



Tenerife les trajo muchos recuerdos, unos gratos y otros tristes. Pasaron por la casa que fue del capitán Andrés de Estévez y les alegró verla habitada y en buen estado. Quisieron además hospedarse en la misma posada, que si bien, era la mejor, pidió Juan Carlos la habitación con vista al muelle y como aquella última vez, pidió que llenaran la tina con agua caliente, relajándose por horas, hasta que el agua se enfrió y los dedos se les arrugaron. Era agradable estar solos, lejos de la casa, los niños y la escandalera del diario. El suave murmullo de la ciudad con las olas del mar de fondo, les hicieron recordar sus juegos de novios y fingieron ser, él, un marino desertor y ella una cortesana... disfrutándose como recién casados, sin salir de la cama en todo el día, haciéndose el amor y adorándose como en aquellos tiempos lo hacían.

La persona con la que se tenían que ver era don Nicolás de Vallejo, que tenía sus tierras en La Laguna, villa cercana al puerto y hasta otro día, luego de su idilio, rentaron un carruaje jalado por dos viejos caballos de tiro y se dirigieron a los campos de pan, que si acaso no era lejos, les llevó cerca de dos horas llegar, solo porque las lluvias habían dañado los caminos y hasta un ranchó, algo desgarrado con hoyos en los techos, los recibió don Nicolás de Vallejo, arrendatario de las tierras que no tenía al parecer nada que hacer más que esperarlos.

—Hace mucho todo esto era mío. —dijo refiriéndose a las tierras húmedas y llenas de charcos—. Pero ya ve, ahora tengo que pagar la renta con el mismo grano que saco. —Se lamentó quitándose el sombrero de paja, también

agujereado en el ala—. Ya no es como antes, ahora los ingenios de azúcar es lo que todos buscan y como traen plata, compran los mejores terrenos, los que cuentan con pozo y a nosotros nos dejan las sobras... Por lo pronto hemos acordado que no nos suban la renta por cinco años, ya nomás nos quedan dos...

—Qué pena don Nicolás y esto, ¿solo sucede aquí o donde quiera?

—Donde quiera señora, lo mismo pasa en La Palma. Seguramente la gente va a comer azúcar en lugar de pan.

—Es extraño don Nicolás, hay gran demanda por el trigo, ¿o es que no hay quién los represente ante el concilio? —prorrumpió Leonor indignada.

—¡*Jáh!*, nuestro alcalde, figúrese... pero me temo que tiene intereses comprometidos con los ingenios; en todo caso está el Consejo de Gran Canaria y ellos al menos, recopilan quejas y peticiones que llevan directo a Madrid y pues, qué le digo, puras promesas...

—Así como lo pinta, ¿cuáles serían las mayores dificultades? —preguntó interesado Juan Carlos.

—Lo que más nos afecta a nosotros como productores es la imposición de precios... Ellos no piensan o no razonan o no quieren ver, que los insumos suben, que hay que pagar peones y con la poca ganancia, todavía esperan que abastezcamos a las islas locales con precios bajos... ¡Ah!, pero si quisiéramos exportar, con los impuestos nos calman. No hay forma, es lo que digo. —Juan Carlos y Leonor intercambiaron miradas—. Don Rubén dijo que estaba interesado en exportar. —comentó don Nicolás mirándolos de soslayo.

—Cinco mil fanegas de buena semilla y estoy dispuesto a pagar bien por ellas. —ofreció de pronto y Leonor, hasta entonces abstraída por los campos, se volvió enseguida con los ojos muy abiertos, también el hombre, rascándose el manojito de cabello.

—Es mucho grano don Juan Carlos. —dijo Leonor sin despegar los ojos de su esposo. ¿Acaso estaba loco?

—Pues de querer, ¡claro que me gustaría!, pero acabo de explicarle que nos tienen terminantemente prohibido vender a particulares sin antes vender a los lugareños y menos que saquemos el grano para exportar.

—Seguro que usted puede encontrar la manera don Nicolás, nada más imagine la ganancia y en cuanto al impuesto, yo lo pago, ese será mi problema. —El hombre ya estaba haciendo planes, acariciando esas monedas de oro que tanta falta le hacían para reparar el techo de su vivienda, sembrar el doble y juntar la dote de dos de sus hijas y si lo administraba bien, ¡hasta le sobraría!

Caminaron hasta un campo tapizado de espigas que se mecían suavemente por el aire y Leonor se metió entre el sembradío, tocando las espigas con las manos. Parecía que la saludaban al pasar y ellas le correspondían haciendo un dulce sonido y cosquillas en las manos.

—¿Nos permitiría quedarnos hasta el atardecer?, nos gustaría ver cómo cambia de color el cielo.

—Quédese el tiempo que guste y tenga por seguro que antes del viernes tendré una resolución. —dijo satisfecho y Juan Carlos, viendo cómo el hombre se iba empequeñeciendo en el camino, pensó que el trato estaba hecho. Lo vio en sus ojos.

Se sentó debajo de un arbolito admirando a su esposa perdida entre las espigas y le hizo señas para que se le uniera. Leonor estaba pensativa.

—¿Te has vuelto loco Juan Carlos...? ¿Cinco mil fanegas? —arremetió todavía incrédula.

—Quiero cuatro mil, hasta con tres me doy...

—Das miedo mi amor. —dijo Leonor viéndolo sumamente interesado en el horizonte—. ¿Y bien, que más escondes?

—¿Por qué no disfrutas querida?, mira qué cielo, qué campos, mira... dentro de unos instantes el sol se ocultará y no te querrás perder el ocaso. —Ella suspiró y se recargó en su hombro... Era verdad, era realmente hermoso el cielo tornándose rojizo, convirtiendo en sombras todo lo que había a su alrededor, aun el dorado del trigo se miraba castaño y el sol tan brillante, apenas en un instante, se fue perdiendo escondiéndose tímidamente en los verdes campos de Tenerife.

—Dime Juan Carlos, ¿a dónde piensas llevarte esos granos? —Pero él no contestó, era un bello momento y no quiso romper el hechizo. A oscuras, con los ojos cerrados y sin ruido alguno, Leonor tampoco abrió la boca, se conocían tan bien, que se adivinaban el pensamiento.

Asalto en La Habana

*E*n definitiva el capitán Diego no era hombre de oficina y esos trabajos los prefería realizar en su casa de San Cristóbal, donde contestaba a las extensas cartas del cardenal Cisneros, del mismísimo rey Fernando, de los distintos gobernantes de islas vecinas, capitanes, oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla y demás remitentes que solamente él tenía la facultad de responder porque la mayoría de esas misivas eran en extremo confidenciales, en las que se describían inventarios compuestos a veces de oro y joyas, otras de artillería pesada, esclavos y reservas; condenas, aprehensiones, sublevaciones o incidentes que mereciera la pena mencionar. Tomaba pausas, reflexionaba entre una y otra comida y en ocasiones, con la presencia de Isabel, seguía con su labor, desviándose de vez en cuando para mirarla, platicar con ella y lo que el tiempo les permitiera hacer... En sus estancias en La Habana, que variaba entre dos y tres días, dependiendo de las necesidades del puerto, le gustaba recorrer el muelle y con frecuencia hacía guardia en los barcos que diariamente se alineaban resguardando la bahía. Pocas veces se adentraban al mar profundo y siempre dejaban tres o cuatro bergantines a la vista, los que daban la bienvenida a los que entraban a su territorio, en su mayoría barcos que tenían como destino la cada vez más visitada Villa Rica o Vera Cruz, como muchos la conocían. Algunos ni siquiera anclaban en La Habana, sino que se colaban, pero estos contrabandistas —que eso es lo que eran—, rara vez pasaban desapercibidos por esta guardia y eran sorprendidos en flagrante delito por la transportación ilegal de armamento, pólvora y vino, que vendían a precios bastante altos en tierras mexicas y que, según la ley marítima, como ellos la recuperaban, ellos también tenían derecho de adjudicárselo, resultando en ganancia extra para el puerto de La Habana. Así que, debían ser marinos muy experimentados para escapar de esta patrulla sin ser vistos o ir

bien armado para enfrentarse a ellos, porque estos barcos de reconocimiento iban bien pertrechados con armas, artillería y municiones y pocos eran los que escapaban a los ojos del capitán, que ni por un momento permitía que bajaran la guardia, ¡menos en esa temporada de enero!, que aunque estuvieran en pleno invierno en España, en La Habana, con escasez de barcos, quedaban desprotegidos y los piratas aprovechaban para atacar en altamar con gran cantidad de pérdidas humanas y riquezas llevadas a Sevilla. En su carrera se perdían, se hundían o, como en esos casos, eran robados por pirañas humanas que surcaban los mares, desesperados en busca de una presa.

Ese día del ataque, el capitán Diego estaba precisamente en uno de esos barcos que hacían de vigía y a lo lejos divisaron uno que parecía estar atascado. Se les hizo extraño porque podía tratarse de una trampa, pero si acaso ese barco estuviera en peligro, cada segundo podía ser catastrófico para ellos; por esa razón decidió enviar un bergantín a patrullar y avisó al resto para que estuvieran alertas, pero no divisaron nada extraño y el bergantín regresó.

—Capitán, el barco se encuentra vacío y desde la cubierta no vimos a nadie; dos de los cabos entraron hasta los camarotes y no había una sola alma o cuerpo, pero lo que sí divisamos, fueron los dos mástiles del barco rotos, así que probablemente haya sido arrastrado por una tormenta desde las islas del noroeste. —explicó el teniente, pero con todo, el capitán quedó inquieto y los mandó de regreso, acompañados por otro barco para que remolcaran el navío y pudieran revisar su contenido. Esperó hasta que regresaron y él mismo entró a verlo.

—Esta no fue ninguna tormenta. —aseguró el capitán—. Tal vez quisieron aparentarlo, pero aquí hay rastros de pólvora, así que, o fue amotinado o fueron atacados. —dijo descendiendo del andén—. Quiero este barco al frente... si era un anzuelo nos puede servir de apoyo, ahora, guarneceremos los barcos a tope y usted mandé aviso al resto de los vigías. —ordenó al alférez González.

—¡Señor!, ¿qué es eso? —apuntó el alférez a lo lejos, en la misma dirección donde había estado antes el barco. Don Diego sacó su catalejo y observó, ante un alférez expectante.

—Se nos adelantaron... —murmuró—. ¡Todos a sus puestos! ¡Cabo, active la alarma y que la ciudad se resguarde!

Precisamente, Fernando había ido ese día a La Habana a verificar

coordinadas con el capitán y al ver toda la movilización, se alarmó. Corrió hasta el muelle y exclamó desde abajo del bergantín en donde encontró al capitán aprovisionándolo de pólvora.

—¿Qué pasa capitán, en qué puedo ayudar?

—Necesito que te vayas a San Cristóbal y des aviso a la gente, que todos cierren las puertas y ventanas, con trancas, madera o con lo que se pueda. Qué nadie salga y si tienen armas, que las preparen en caso que haya necesidad de defenderse... Llévate un batallón para que resguarden la parroquia y tesorería y tú... quédate en la casa, porque si acaso alcanzan a llegar a la villa, las casas grandes van a ser su principal objetivo, en especial la gubernatura... Nosotros trataremos de frenarlos antes que eso pase. —Fernando asentía a todo, tragando saliva al por mayor y contestó aclarando primero la voz:

—Sí capitán.

Don Diego no esperó a dar más explicaciones, subió nuevamente a la superficie del muelle y envió un bergantín para que avisara al resto de barcos que permanecían en los sitios de vigías acostumbrados. La orden era, que no se movieran... Eran más de diez naves y parecía que traían alas, porque se acercaban a toda prisa y, como imaginó don Diego, habían esperado que retiraran tres de sus neos con el anzuelo del barco abandonado. Lo habían logrado. Ahora podían entrar en el espacio vacío y los que se encontraban a su flanco derecho se les fueron cerrando contra el flanco izquierdo, tratando de evitar su paso, pero fueron antes alcanzados por poderosas balas de cañón... dos barcos se plegaron abrieron fuego por ambos lados y el daño fue irreparable, lo dejaron destrozado, pereciendo su capitán, Rogelio de Santamaría con el resto de su tripulación. No había tiempo de lamentaciones y el alférez González, capitaneando otra nave, mejor dotada de artillería, contraatacó, mientras el capitán Diego, apelotonando a su gente para defender la bahía, hizo construir trincheras ayudados de barcazas y lanchas a lo largo del muelle... La tensión era ensordecedora y entre más se aproximaban, más seguro estaba el capitán de que su objetivo era la costa. Su audacia y rudeza al avanzar mostraban las ansias que tenían por atacar y el alférez González con el resto de barcos disponibles, avanzaron enfrentándose a ellos. Cuatro hábilmente los rodearon, destruyendo al que quedó solo y utilizando la misma táctica, entretuvieron al alférez que no hacía más que mantenerse a la defensiva, pero él, siendo también combativo, se lanzó dándoles pelea y virando inesperadamente por la popa los embistió, salvando a muchos que se habían tirado al agua con esta maniobra y rescataron además a soldados

caídos del primer barco. Un navío pirata cayó, pero el otro se replegó internándose en el mar. Entre tanto, otros cuatro se acercaban a la costa y el alférez tratando de darles alcance, fue abordado por el de más atrás, entre las sogas y resbalando por los postes, atacaron con brutalidad a su tripulación, pero ellos se defendieron, expulsándolos y recuperando su propio barco, sin embargo, el resto de los navíos lograron tocar tierra, donde fueron recibidos por una calurosa bienvenida y por calurosa, es un decir, ¡porque todos estaban calientitos por confrontarlos! Todos los hombres disponibles en el muelle, tomaron sus posiciones: marineros que habían llegado esa mañana, cocineros, pescadores, ayudantes, mozos, ¡a todos les dieron un arma y se atrincheraron! Los soldados en primer plano lograron hacer un fuerte de madera y armados con arcabuces, esperaron con respiraciones agitadas el inminente ataque. ¡Parecían un enjambre! y sin que los cañones los detuvieran, tiraron dos cuartas partes del fuerte recién armado. Aun así, muchos fueron alcanzados por las espadas y disparos, inutilizando de paso, dos de sus barcos. El bastión principal, al mando del capitán Diego, se lanzó en contra de los invasores y desde las plataformas donde estaba la artillería pesada, gritó: "*¡Fuego!*"

Rompieron los cañones con estruendoso ruido.

Otro de los capitanes se hizo cargo de la muralla rota y pudieron alcanzar a los que habían ingresado, aniquilándolos con sus armas. Repartieron cientos de granadas de arcilla, llenas de pólvora y las hicieron llover explotando los enjambres de bárbaros que seguían saliendo de los barcos. En el mar, el alférez González ya había arrasado con dos barcos enemigos y otros dos se dieron a la fuga, solamente quedaban cuatro, dos que inutilizaron en el muelle y otros dos que seguían vaciándose de hombres.... Desde el mar les dispararon y los piratas en tierra se vieron rodeados, sin quedarles más que pelear, pelear con uñas y dientes, sabiendo lo que les esperaban si llegaban a apresarlos: Soga en el cuello. Cortaron cabezas en su camino al infierno, disparando a diestra y siniestra y salvando el pellejo con lo que tuvieran en la mano. Otros, los más cercanos a la playa, se adueñaron de un barco y con la ayuda de un único cañón pudieron abrirse paso, pues la mayor parte del ejército ya estaba en tierra, incluyendo al alférez. Huyeron en ese barco y en su afán de salir lo antes posible, pudieron llevarse sin darse cuenta un botín, ¡más de quinientos esclavos!

Entre la batalla campal y sin poder evitarlo, porque entre todos los que tocaron tierra se contaban por centenares, fueron cerca de doscientos los bucaneros que huyeron y casi cien, los que, valiéndose de tanta agitación,

dieron con las caballerizas y lograron llegar a todo galope hasta San Cristóbal...

Su llegada no fue una sorpresa y a pesar que entraron con gritos y disparos, encontraron vacías las calles... Las gentes en sus casas aguardaban aterradas, encerrados en pequeños cuartos con los sirvientes y joyas que poseyeran y los golpes, que hacían eco por toda la villa, aterraba a sus ocupantes, más cuando escucharon puertas romperse, disparos y gritos. “*Seguramente lograron entrar en algunas casas*”, pensó Fernando, que, siendo el hombre al frente, ¡no sabía qué hacer! ¿Debía salir o quedarse? Por lo pronto estaban a salvo refugiados en la cocina, muy al fondo de la casa, pero esos corsarios se habían valido de vigas para utilizar como arietes y abrir las principales puertas de las casas, las más grandes, como vaticinó don Diego.

Pronto escucharon ruido... ¡Habían entrado!

—*Shhh...* —susurró Fernando con un dedo en la boca.

Isabel tenía abrazada a Juliette y a Carmencita, la hija de la cocinera, también estaba Marcela, Juan y Enrique, dos mozos; cada uno con escopetas en mano y los de afuera, sabiendo que se escondían adentro, gritaron llamándolos, tirando cosas, muebles, abriendo a patadas las puertas.

—*Où sont—ils?* —¿Dónde están?, decían con voz falsamente amistosa al otro lado y, al querer abrir la puerta de la cocina no se abrió... Supieron que estaban ahí porque al jalarla con fuerza, el grito de terror de Marcela se oyó por todos los confines de la casa y desde afuera se escucharon risas, llamando a chiflidos al resto de sus secuaces. Fernando se preparó y con señas a los mozos, apuntaron la puerta para ser los primeros en disparar...

El primer golpe retumbó y la pesada mesa que habían puesto atrancando la puerta apenas se movió; el segundo golpe pudo recorrerla y el tercer golpe, abrió un espacio, dejando ver a los asaltantes con grotescas sonrisas en la cara, mientras adentro, las mujeres lloraban abrazadas entre ellas. Juliette revivía su experiencia pasada, pero la ironía de la vida fue el idioma de esas voces.

—*¡Allez, sortez tous!*—¡Vamos, todos afuera!, gritaban a los de adentro y la resistencia de la puerta no soportó un cuarto golpe, los hachazos destrozaron la madera.

Fernando hizo un conteo de tres y, mientras los piratas terminaban de resquebrajar la puerta, dio la señal para disparar, pudiendo tirar a dos de

ellos... Para mala suerte, no eran pocos, otros seis les apuntaron a la cabeza y los mozos asustados, sin experiencia alguna, más que pegar pisos de mármol, tiraron las armas y se echaron al suelo cubriéndose las cabezas.

Uno de los hombres, alto y fornido, apuntó a la hija de la cocinera; parecía el jefe y, mirando a Fernando con ojos fieros, le hizo la señal para que se rindiera, gritándole en la cara: ¡Un paso atrás o le disparo!

—*¡Reculez! ¡Ou, je tire!*

Soltó su arma y el jefe, arrebatándole un arcabuz a uno de sus compinches, lo golpeó en la cara desmayándolo. Fernando cayó a sus pies e Isabel horrorizada, ni siquiera pudo tocarlo, porque los sacaron a empujones.

—*¡Dehors! Tout le monde dehors!* —¡Afuera! ¡Todos afuera!, decían.

Fueron llevados al salón y a los hombres los amarraron de pies y manos, también a Fernando, que llevaron arrastrando.

—*¿Où sont les bijoux?* —¿Dónde están las joyas?, preguntó el jefe a Isabel encañonándola. Isabel entendía lo que quería, pero fingía no comprender.

—*Essayons de vous rafraîchir la mémoire. Amène l'autre. On va lui couper les boules...* —Bueno, vamos a ver si podemos refrescar su memoria. Trae al otro. (Ordenó al que traía a rastras a Fernando) y agregó: Le cortaremos las bolas...

—*¡Non!, ¡pour pitié!* —¡No! ¡Por piedad!, gritó Juliette, comprendiendo lo que trataban de hacer—. *¡Ne lui faites pas de mal!* —dijo, ¡No le hagan daño!

Eso extrañó al hombre, que sorprendido, con su chocante sonrisa de lado, fue hasta Juliette y con solo una mano, la levantó por el cuello.

—*¿Qu'est-ce que c'est que ça? ¿Tu parles français?* —¿Qué demonios es esto? ¿Hablas francés?, preguntó y Juliette asintió como pudo—. *¿Où sont les bijoux?* —¿Dónde están las joyas?, le preguntó al oído y Juliette apuntó con la mirada hacia arriba de las escaleras. El hombre la soltó dejándola caer y la joven exhaló hondo, tosiendo con fuerza, luego él se inclinó y acarició su cara, olió su cabellera y le pasó las manos por los hombros—. *Vous êtes exquisite.* —Eres exquisita, le susurró.

—*Et vous êtes dégoûtant.* —Y usted es repugnante, contestó, recibiendo a cambio una fuerte bofetada, tirándola otra vez al suelo.

Su compañero sujetaba a Isabel, que mórbidamente relamía su cuello, pero el jefe se la quitó de un tirón.

—*Vous êtes la dame de cette maison. ¿Droit?* —Tú eres la dama de la casa. ¿Verdad?, dijo arrancándole del cuello la esmeralda. La atrajo más cerca de él, mirándola descaradamente a los ojos, toqueteándola con sus sucias

manos y mancillándola con las pupilas y sus secuaces, que habían subido a las habitaciones, bajaron aventando maldiciones.

—*Il n'y a rien!* —¡No hay nada!, gruñeron y él la apretó con más fuerza.

—*¿Où est l'or?* —¿Dónde está el oro?, preguntó amenazante.

—*Elle ne pas parler français.* —Ella no habla francés, arguyó Juliette.

—*¡Espèce de menteuse, de traîtresse, sale petite pute! ¡Je vais te tuer, salope!* —¡Eres una mentirosa, una traidora, una putita sucia!, ¡te voy a matar perra! Exclamó uno, dirigiéndose a ella y añadió, te voy a chupar toda—: *Je vais te lécher partout.*

La levantó a la fuerza y Fernando gruñendo, ya despierto, se vio a sí mismo amarrado y amordazado, retorciéndose de coraje, mientras el que tenía a Isabel, encaminándola por las escaleras, mostraba claras intenciones de hacer más que buscar joyas.

—¡Suéltala! —gritaron desde la puerta... ¡Era el capitán Diego que había llegado con gran parte del ejército a salvar la villa!

El jefe sujetó a Isabel del cuello escudándose con ella, bajó lentamente las escaleras y sacó la espada sonriendo y desafiándolo; reto que el capitán aceptó desenfundando su propia espada y él, empujando a Isabel, por un lado, se enfrascaron los dos hombres en una disputa, mientras los soldados que lo acompañaban, aprehendían al resto de los delincuentes.

No tenía caso resistirse, pero el pirata no iba a rendirse así. Prefirió morir por la espalda y eso hizo el capitán, le atravesó el vientre y se desangró ahí mismo.

—Ya terminó. —dijo el capitán tranquilizando a Isabel que había corrido a abrazarlo, pero, se quejó... e Isabel se dio cuenta, que la sangre que tenía en su dorso no era de ella, ¡era de él! ¡Estaba herido!

Duelo de espadas

Los rumores de Salazar, en los que aseguraba que Hernando de Cortés había muerto, se fueron extendiendo por toda la región mexicana y Salazar, que deseaba sustituirlo a como diera lugar, ya no sabía siquiera si era cierto o no, porque muchos aseguraron haber visto su cadáver, y él por si acaso, quiso sacarle partido al chisme para reclutar gente y continuar con la rebelión que desde hacía tiempo fraguaban en contra de Hernando y de todos sus partidarios, que no se daban tregua en desmentir una y otra vez, que era falso, que Hernando iba por el sur con Pedro de Alvarado, Carlos Oquicin y otros jefes de Tlaxcallan, pero eran tantas las invenciones sobre la forma en que murió, que más de uno dudó y los rumores de que si fue quemado, flechado, empalado, ahogado y hasta los más inverosímiles, como el último que se escuchó y fue él colmo de todos los colmos: que se había vuelto loco y que saltó a un abismo... ¡No más!, eso terminó por atraerlo y ahora sí, la noticia corrió como pólvora causando mucha admiración: ¡Cómo, cuándo, dónde! ¿Cómo?, pues, como que estaba más vivo que cualquiera y no como andaba anunciando Salazar, ¿y cuándo? "En uno de estos días ya lo esperan", comenzó a decir la gente y, ¿a dónde iba a llegar? ¡A Villa Rica por supuesto!

Lorenzo no tuvo más remedio que recibirlo en su casa; no solamente a él, sino a los oficiales que lo acompañaban y con tanto por hacer y tan cansado que llegó, muy poco tiempo tuvo para relajarse y hacerla de casanova. Llamó urgente. ¡Urgente!, así hizo que su gente lo supiera, a una asamblea de emergencia y, la casa de Lorenzo se vio invadida por una noche y dos días por capitanes, alféreces y uno que otro teniente, cada uno con su respectivo mozo y/o escudero.

Si alguien merecía un elogio, ese alguien era sin duda Lucía por salir avante de tal predicamento, pues con apenas un par de días de anticipación,

organizó la casa y los servicios con una coordinación admirable: Desde la aldea de tablas, contrató mujeres y mozos, armó cuadrillas y mientras unos se dispusieron a matar pollos, otros los desplumaron y los frieron. Lorenzo le mandó vino del puerto y sus criadas, dos muchachas, muy trabajadoras; una de dieciocho y otra de dieciséis, lavaron fruta y prepararon catres que acomodaron en dos de los cuartos más grandes; también consiguió toallas, sábanas, jabón y dos tinas extras para los que quisieran refrescarse. A las niñas no las quiso exponer entre tanto hombre y doña Silvia, esposa del notario y mano derecha del capellán, las recibió muy gustosa. Era una mujer de avanzada edad y las niñas le traían alivio y alegría y junto con Mari Paz, estaba segura Lucía que estarían más a gusto, sin toda la agitación que había en su casa, que, si Lorenzo le aseguró que serían a lo mucho dos días, prefirió que Rebeca durmiera junto con ella y a Lorenzo lo acomodó en un catre en la misma habitación. También pensó en sus dos sirvientas y sin querer arriesgarse a que uno de esos oficiales les diera por pasar menos frío en la noche, las dejó en el cuartito donde guardaba la platería fina, porque tenía muy buena cerradura.

—Si ellas les abren la puerta, yo no respondo. —advirtió Lorenzo a Lucía acomodándose en el catre que por cierto le quedaba bastante chico.

—¿Cómo crees Lorenzo? Son muchachas decentes. —contradijo ella desde arriba de la cama.

—Pues he visto cantidad de muchachas decentes abrir la puerta en la noche... —dijo sonriendo y Lucía lo mandó callar, apuntando con el dedo a Rebeca que, acostada con ella, en camisón completo, estaba muy divertida con su discusión.

Desde muy temprano Lorenzo despertó a Lucía para que se dispusiera a organizar todo y en cuanto él salió, ellas se apuraron a cambiarse.

—Ponte un vestido cómodo y sencillo Rebeca, porque no sabemos lo que nos espera. —Ella revisó su guardarropa y lo más sencillo que encontró fue un bonito conjunto rojizo de falda con corsé con ajuste por el frente.

Bajaron directamente a la cocina, que ya había comenzado a trabajar con la cuadrilla de cocineras y Lucía como toda una capitana, pasó revista de vestimenta, supervisó que hubiera suficiente agua caliente, leche, huevo... ¿Y el brandy? Válgame Dios. ¡Más oficiales acababan de llegar atendiendo al llamado urgente de Hernando!, y, entre ellos, Juan de Xaramillo, acompañado de su hermano.

—Hay que verificar cuántos oficiales, escuderos y criados hay Urbano...

cuántos hay en el comedor que es donde se van a reunir y cuántos se van a quedar afuera. ¡Ah!, y hay que conseguir más sillas... —indicó Lucía al cajero de Lorenzo, que, por ser bien aguzado, quiso que la auxiliara en todo cuanto ella ordenara.

Prepararon atole de maíz con cocoa caliente, té de canela y arrimaron, cosa que no podía faltar, un botellón de brandy para los madrugadores; así, uno a uno, se fueron acomodando alrededor de la mesa en el comedor, dejando la cabecera para Hernando, Juan de Xaramillo a su derecha, a su izquierda Alonso de Suazo, —que era el que lo había hecho ir— y Lorenzo se sentó en el otro extremo de la cabecera por ser el anfitrión. Los demás fueron tomando su lugar conforme fueron llegando y Lucía, personalmente inspeccionó que todo fuera servido correctamente; platos, vasos, cucharas, agua, vino, leche, miel, mantequilla y pan.

—Lamento mucho invadir su hogar doña Lucía. —dijo Hernando.

—No tiene por qué señor, esta también es su casa y nos sentimos dignos que todos estén aquí. —contestó con una sonrisa, dejando que Rebeca, seguida por las dos muchachas, acomodaran las bandejas de fruta.

Alejandro estaba entre los presentes y la reconoció enseguida, pero no solo él la vio. A más de uno dejó boquiabierto.

—Pero que hermosa criatura. —alcanzó a decir Juan en voz alta cuando pasó por su lado.

—Es hijastra de don Diego de Rodríguez, tú lo conoces, el capitán de La Habana. —anunció Lorenzo para que todos lo escucharan, esperando que, con eso, ninguno se atreviera a hablarle ni a hacer otro comentario como ese y dicho y hecho, nadie dijo nada, excepto Alejandro dentro de su cabeza. "*¡Me lleva...!*", pensó. Aquella vez, no solamente había ofendido a una invitada del capitán Lorenzo, sino que, además, era la hija del capitán general de La Habana.

Después de la fruta, siguieron las bandejas repletas de huevo frito, filetes de carne y rebanadas de queso fresco. Los oficiales arremetieron a todo, oyéndose solamente un murmullo, mientras empacaban esas barrigas de por sí acostumbradas a comer a manos llenas. ¡Dos veces tuvieron que llenar los platones de huevo con más pan, más carne, más mantequilla y más queso!, y para rematar, las jarras de vino se sirvieron cuando las mesas quedaron limpias; entonces abrieron sesión y cerraron las puertas...

—Ya más o menos sabe su merced por la carta que le envié, cómo está de descontrolado don Gonzalo de Salazar y las penurias que le han hecho pasar a

mis visitantes. —abrió don Alonso de Suazo con un paño en la mano, porque valga mencionarlo, sufría de sudores cada que se ponía nervioso.

—Por eso estoy aquí señor licenciado, porque ahora resulta... ¡que es imparable el hijo de puta!, parece que no pueden con él, ¿eh Juan? —dijo Cortés conteniéndose.

—Por cierto, que tú les confiaste el cargo, a él y a Estrada... a mí nunca me dieron confianza y te lo dije, ahora ahí están los resultados y lo creas o no, lo hemos perseguido, pero tiene el cabrón mucha gente a su favor, ahí está Lorenzo que no me dejará mentir. —contestó Juan defendiéndose.

—Descubrimos su plan de escape... querían robarse barcos para irse a La Española, pero gracias a Juan, pudimos capturar al cabecilla y según mis fuentes, ya fue sentenciado en La Habana a la horca por el concilio... supongo que a estas alturas ya debió haber pasado a mejor vida. —explicó Lorenzo.

—Ahora todos quieren ser gobernadores... —exclamó Hernando en voz baja, pero de a poco fue levantando la voz... Se notaba a leguas que no le había hecho gracia el hecho que lo hubieran hecho ir—. ¡Quiero que anuncien a todos que no he muerto!, Sí, sí, que soy como Jesucristo si quieren, ¡pero que sigo siendo gobernador les guste o no! Y esa comemierda me va a comer los huevos por detrás... ¿Oíste Juan...? Tuve que dejarle *Truxillo* a mi primo y a Alvarado atascado en un lugar de mierda y, ustedes lo saben, no necesito contárselas, son muchos los trabajos y a todos nos ha costado adentrarnos al sur, ahora, es impensable, que por esta razón me hayan hecho venir... ¡Tengo a los putos visitantes gubernamentales hasta el cogote!, mandándole todo el chismerío de lo que pasa al rey, ¡y ustedes!, ¿qué están haciendo? ¿Se los digo? Qué más... ¡Embriagándose, metiendo la verga y engordándose como cerdos...! —Nadie se atrevía a decir algo, ni siquiera a respirar—. Así que ya oyeron... Juan, te dejo con esta responsabilidad y mira que son testigos los demás... Arregla este desorden, yo no puedo quedarme, me tengo que regresar, ¡Ah!, apropósito Lorenzo, voy a necesitar un barco más del que traigo y también gente, no mucha, unos cincuenta para no dejarte incompleto, también pólvora y si ahora hace buen tiempo, ahora mismo me regreso. Yo creo que con la gente que me vio por aquí basta, ya nada más esperemos que corran la voz.

—Hay otra cosa señor. —informó Lorenzo aclarándose la garganta—. Hace unos días el puerto de La Habana fue atacado por piratas franceses, pero sabemos que también iban portugueses; alcanzaron llegar hasta San Cristóbal y hubo pérdidas... ellos tienen una flotilla custodiando el paso de barcos que

vienen hacia acá, pero estamos desprovistos de algún ataque por el mar. — Hernando se quedó pensativo y dejó que Lorenzo terminara—. Ya antes se había sugerido un fuerte en la península donde podríamos resguardar el muelle.

—Sé que el ingeniero que reforzó el fuerte de Santiago todavía vive ahí. — comentó Ricardo de Santillán.

—Entonces encárguese Lorenzo, mándelo llamar y que de su veredicto.

En ese instante abrieron las puertas.

—¿Por qué tanto silencio, pues quién murió?

Era María de Estrada, la única mujer que Hernando tenía entre sus oficiales de confianza. Llegó acompañada de su esposo, el capitán Pedro de Sánchez.

—Al parecer yo. —respondió Hernando de mala gana.

María fue hasta él y le hizo una reverencia, posando la rodilla derecha en el suelo, acción que nadie había hecho y tranquilizó a Cortés, que estaba complacido por verla.

—Creí que no vendrías, por poco y no me alcanzas.

—Perdone mi señor, salimos desde ayer pero tuvimos dificultades en el camino... en fin, ya sé que no le gustan los pretextos. Aquí estamos, ofrendando nuestra completa lealtad.

Rápidamente un mozo acomodó dos sillas extras y entre todos se recorrieron para hacerles lugar.

—A buena hora llegaron, se perdieron las felicitaciones. —exclamó Juan burlonamente, pero hizo hasta reír a Hernando que, con una expresión más amable, añadió:

—Ustedes son mi gente y si hay indiferencias entre ustedes o en contra mía, necesito que lo arreglen... yo no quiero irme y después que me sigan llegando cartas de que uno de ustedes está en mi contra... No podemos seguir así, si queremos tener éxito tenemos que mantenernos unidos. —Todos asintieron y llenando las copas, brindaron, entrechocándolas entre sí.

Después que Hernando compartiera detalles de la conquista del sur, los dispensó para que cada uno tomara su camino. En la estancia fueron recibidos con ponche recién hecho, vino y fruta fresca y, el alboroto de los escuderos, que aburridos de tanto esperar, habían organizado ellos solos un duelo de espadas, con todo y apuestas, terminaron contagiando a los oficiales, que ya les zumbaba la cabeza con tanto regaño y aceptando el reto, decidieron unirse y viendo Lucía que hasta el patio se dirigían todos, mandó a las dos criadas a que repartieran el ponche afuera, sentándose la mayoría en el pavimento del

rededor y dejando libre el centro, cubierto de arena de mar. Ella misma se sentó junto a Rebeca para ver el espectáculo y pudieron divertirse un rato...

Cortés sonrió viendo a los contendientes y teniendo a Rebeca tan cerca, emocionada y aplaudiendo con tanta efusividad, se le ocurrió proponerle:

—¿Quiere intentarlo señorita? —Rebeca apenas se sonrió pensando que bromeaba, pero Hernando estirando la mano hacia su escudero, este le pasó una espada ropera—. Sopésela, es liviana.

—No lo creo conveniente Rebeca. —intervino inmediatamente Lucía.

—Déjela doña Lucía, estamos entre amigos. —dijo Hernando, acompañándola de la mano hasta el centro— ¿Quién se anima a enfrentar a esta doncella?

—¡Vamos güero! —gritó al instante Juan de Xaramillo y los demás lo animaron. Viéndose expuesto, no tuvo mas remedio y, con todo y pena se levantó.

Lucía rezaba con la mano sujetando su medalla de la Virgen de los Remedios esperando una caída o algo peor y las apuestas comenzaron a favor de Alejandro, pero cuando llegó Lorenzo, para sorpresa de Lucía que pensaba que los iba a detener, ¡apostó a la chica!

Rebeca no era tímida y se quitó el mandil poniéndose en guardia, provocando aullidos de lobos, mientras que Alejandro, dirigiendo sus oraciones al cielo, rogaba por que le cayera un rayo en seco, pero no sucedió. Suspiró y se acomodó en posición, dejando que ella diera el primer toque, luego siguió atacando y él solamente la esquivaba hacia atrás. Sus compañeros comenzaron a alentarle, ella también, burlona con la mano libre lo animaba para que atacara y todos se rieron. Le dio una respuesta, ella una contra-respuesta y así siguieron por minutos, desplazándose con algunos saltos para atrás o vuelta en guardia hacia adelante y en varias ocasiones, Rebeca se deslizaba suavemente, rompía y ¡fondo!, Alejandro la esquivaba moviendo hábilmente el cuerpo... En una ocasión la detuvo en arresto, pero ella levantó la hoja haciendo una acción ofensiva y desvió su ataque, tocando al fin su corazón. Ahí se acabó para gloria de Rebeca, que agradecía haciendo reverencias y para Alejandro, abucheos fue lo menos que recibió.

—¿Ve usted doña Lucía?, sana y salva. —señaló Hernando, pero ella sonrió muy apenas.

—Así que eres la hija de doña Isabel. —dijo María de Estrada acercándose a ellas.

—Sí señora, a su servicio.

—Los dos tienen los ojos de su madre.

—Siéntese doña María y acompañe a la niña. —La invitó Lucía levantándose de su lugar—. Ahora mismo iba a la cocina.

—¿Cómo conoce a mi madre señora y, a mi hermano?

—Aquí, mejor dicho, cerca; ella daba consuelo a los moribundos en el campo de batalla. —Rebeca sonrió.

—Definitivamente esa es mi madre. —observó Rebeca sonriendo sin dejar de admirar la espada que traía bien afianzada del cinturón—. Sé que usted es una gran guerrera... —María no contestó, seguía inexpresiva.

—Espero que le des mis saludos a tu madre cuando la veas... ¿Se casó con ese capitán? —Rebeca asintió sonriente—. Se lo merece, según recuerdo era muy bueno en batalla. —Ambas miraron a los nuevos contendientes en medio del patio y María añadió—: Sin duda eres buena con la espada, felicidades por eso... tal vez necesitas más práctica.

—Gracias señora, don Diego y Lorenzo me han enseñado a usarla, muy a pesar de mi madre y... de Lucía que no están de acuerdo. —contestó como en secreto e hizo que por fin María esbozara una sonrisa.

—Tengo que decirlo Rebeca y espero no te ofendas. Sí eres buena con la espada, pero no tanto como lo es Alejandro. —apuntó María y con la mirada lo señaló a él, sentado con otros escuderos—. En dos estocadas pudo haberte tirado y eso solo en la primera parada, pero cuando te arrestó, fácilmente te hubiera matado y rematado.

—¿Quiere decir que me dejó ganar?

—Quiero decir que le gustas. —dijo y se levantó.

—Doña María... —exclamó Lucía retomando su lugar—. Hay dos platos servidos para usted y don Pedro en el comedor y en cuanto a sus muchachos, ya les dimos de comer en la cocina.

Don Pedro ya iba en camino y María les sonrió como despedida, yéndose con él del brazo.

—¿Qué te dijo? —preguntó Lucía intrigada.

—Nada, simples comentarios. —contestó Rebeca pensativa.

—Es un poco extraña, ¿no lo crees? —murmuró Lucía y la joven casi no le puso atención, mirando con curiosidad al tal Alejandro que estaba muy atento al combate.

—¿Qué te parece Alejandro? —Se animó a preguntarle y Rebeca apuntó sutilmente con el dedo escondido en su regazo hasta donde él estaba.

—¿A ese...?, ¿al que le dicen güero? —preguntó riendo y Rebeca asintió—

Es apuesto sí, pero, ni siquiera es un oficial, además, ¡le ganó una doncella en un duelo!, no hay mucho que decir Rebeca. —Pero Lucía notando su cara sonrojada, llamó su atención, susurrándole al oído—. Mucho cuidado Rebeca, no te dejes llevar solamente por el exterior, mira, según sé, no es más que un peón en la hacienda de su hermano y una muchacha como tú debe aspirar mucho más alto.

La hora llegó y Hernando tuvo que despedirse.

Cada uno de los oficiales se fueron acercando a él para despedirlo con abrazos y junto con Lorenzo, partió con los que había llegado, más cincuenta soldados extras. Juan lo acompañó al muelle y los demás, se fueron recogiendo poco a poco, mientras criadas y mozos limpiaban el patio y Alejandro, esperando a su hermano, se dispuso a ayudar cuando el resto entraban a la sala. No se dio cuenta que Rebeca lo observaba en la entrada. Le pareció muy lindo y extrañamente conocido...

—¿Quiere sentarse?, adentro está atestado. —ofreció ella y él rápidamente acomodó dos sillas de frente al campo de arena que un mozo rastrillaba.

Lo encaró.

—Creo que usted me dejó ganar.

—No se subestime señora, que ya acepté mi triste derrota. —dijo y ella agradeció sonriendo—. Yo... nunca tuve la oportunidad de disculparme apropiadamente por la vez que vine, cuando la confundí... —Rebeca se rio. Apenas se había acordado—. En mi defensa era una carta muy urgente y fue un tramo muy largo el que recorrimos sin descanso.

—Y yo fui muy insolente, lo sé, no se preocupe. —contestó de forma tan dulce que Alejandro no podía creer que estuviera platicando con ella.

Las manos le comenzaron a sudar y se puso nervioso, por suerte a ella le sobraba conversación.

—¿Y cuáles son sus intereses?, sé que no es militar.

—Soy capataz señora, en la propiedad de mi hermano. ¿Le gusta el campo?

—Ahora que lo menciona, no sabría responderle, es curioso ahora que lo pienso. Siempre he estado cerca del mar, pero dígame, ¿cómo es la vida en el campo?

Alejandro se sentía más tranquilo, Rebeca era una joven agradable además de hermosa que fácilmente le calmó los nervios. Ya ni recordaba el sudor.

—Es pacífico. —contestó—. Las mañanas son frías pero agradables, las flores están cubiertas por el rocío y, en lluvias se forman arroyos de agua dulce entre los valles, entonces solemos pescar y a mí, que me gusta andar a

caballo, corro mucho con él. —Rebeca se rio y se sintió confiado— Hay además todo tipo de animales... toros, vacas, caballos, gallinas, cerdos.

—Eso también hay aquí. —agregó ella.

—Sí, pero allá hay cientos. —recalcó y ambos se rieron.

—De veraz que parece ser agradable. —contestó suspirando—. Solo he leído ese tipo de paisajes en los libros del *Caballero de la luna*... A propósito de eso, ¿a usted le gusta leer?

—Supongo que a usted sí. —respondió desviando su propia respuesta.

—¿Por qué, o acaso no cree conveniente que una mujer lea?

—No es eso, nunca me han llamado la atención los libros, prefiero que los más entendidos los lean, yo en cambio, siempre estoy ocupado haciendo otras diligencias, supongo que usted tiene mucho tiempo libre.

—Entonces cree que una persona lee por aburrimiento. —Él no supo que decir, era claro que la había molestado. —¿Sabe?, la lectura por supuesto puede ser reconfortante en un día lluvioso, sin mencionar el alimento que da al pensamiento, pero la sabiduría no tiene precio.

—No quise ofenderla señora, aunque creo que el mejor alimento al pensamiento es mantenerse ocupado. —Hubo una pausa incómoda y Rebeca se levantó de la silla. Alejandro sin quedarse callado, agregó—: Pero qué se yo, como le dije, soy un simple capataz.

—Creo que Lucía me necesita, disculpe por favor. —murmuró, dejando a Alejandro solo, molesto con él mismo. “*Siempre tengo que echarlo a perder*”, se dijo.

Primeras lluvias

Juan Carlos de Medina tenía bien planificada su ida a Indias y dejando de lado el carácter voluble de su esposa, había encontrado en el trigo una nueva forma de demostrar, sobre todo a sí mismo, que era capaz de ser buen empresario y qué mejor inversión que invertir en algo que la gente necesitaba. Fue algo tan personal, tan íntimo, que siendo Leonor como era, seguramente lo hubiera bajado del pedestal para subirse ella misma, si no es que lo hubiera desanimado rápidamente mostrándole —con evidencias—, los factores de riesgo, que harían dudar hasta al más puntiagudo. Por eso todo lo hizo a escondidas de ella y, después del arranque que tuvo al regalar toda la cosecha, pensó que su estado de negación era el mejor estado para su planeación y las múltiples ocupaciones que Leonor se buscaba para mantenerse ocupada, fueron el mejor escape para pasar desapercibido. A don Rodrigo sí tuvo que decírselo, no nada más porque ocupaba un inversor, sino que, queriendo o no, no tenía la suficiente experiencia en negociaciones de esa índole y el consejo de su suegro, había sido la mejor señal para seguir adelante. Él aceptó, pero no respondió muy bien a eso de ocultárselo a Leonor. “*En el viaje a Tenerife se lo contaré todo*”, le prometió y se sintió tranquilo cuando retornaron y supo, por Leonor todo lo que Juan Carlos anduvo haciendo. Él escuchó aparentando sorpresa y Leonor, ensimismada, ni cuenta se dio.

En la Casa de Contratación de Sevilla les interesó mucho su proyecto. Era un campo virgen y las reglamentaciones que involucraba a los productores como don Rubén, no aplicaban, por no haber una ley que contradijera eso en Indias. Solamente aplicaban impuestos a las semillas que procesaban para convertirlas en harina y con una merced del rey, hasta trabajadores era posible que le concedieran. Precisamente el buen nombre de don Rodrigo, le proveyó

a Juan Carlos el mejor contacto que pudo a bien conseguir: El oficial encargado de solventar los gastos de las parroquias de Indias y este le sugirió que le escribiera a un capellán que andaba organizando un nuevo asentamiento. Eso hizo y luego de describirle los detalles del proyecto, no hizo después más que esperar noticias de él...

No fue sencillo guardar la paciencia, pues los meses pasaban y sus planes, semillas y esperanzas, parecían empolvarse con la llegada del otoño. Leonor no dijo una sola palabra, aunque él sentía su mirada apesadumbrada por su desesperación, ¡pero cuando llegó la carta de fray Toribio de Benavente...!, quiso esperarla, para que fuera testigo de su felicidad o infortunio y hasta le permitió abrirla, pero al extenderla, ella se la entregó.

El inicio, como buen predicador, constó de un largo saludo:

“Por la gracia de Dios, Doña Juana, Reina de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Navarra, de Granada, De Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia de Xaén, Señora de Vizcaya y de Molina...

Pero siguiendo las líneas... ¡Efectivamente! Prometía conseguir una merced para sembrar, ¡y trescientos indios para comenzar! Dijo también que incluía la hechura de una casa familiar y un escuadrón de soldados para su protección. ¿Qué más podía pedir? Se lo estaban dando en la boca.

Eso no era lo más complicado en la gran empresa que estaba Juan Carlos por iniciar, lo más difícil venía enseguida... No quería cometer un error de juicio arriesgando a su familia yéndose otra vez a Indias y su idea primaria había sido irse solo, faltando que Leonor estuviera de acuerdo. No lo tomó bien. Ella releyó la carta recorriendo con los ojos, las floridas líneas de la extensa misiva y comprendió la premura de su presencia.

—Querías irte desde un principio solo... —dijo doblando cuidadosamente el fino papel genovés—. Me mentiste.

—No te mentí Leonor.

—¡Me ocultaste que es lo mismo! Tú pensabas irte y abandonarnos.

—Pero qué cosas dices Leonor... yo no quiero ponerte en peligro ni a ti ni a los niños.

—¡Mis narices!, si te vas, te vas con todos y te lo advierto Juan Carlos, que no acepto negociar eso. —Juan Carlos suspiró llevándose las manos al rostro

desesperado.

—Esto no es como en La Española Leonor, no sabemos nada. ¿De verdad piensas arriesgar a nuestros hijos? Yo, solo esperaba instalarme y entonces, si tu quisieras, reunirte conmigo.

—Debiste haber pensado eso antes. —volteó dramáticamente—. Te lo dije Juan Carlos, yo voy a donde tú vayas, ¿o me vas a hacer recitarte otra vez el verso de Ruth?

—Leonor, por favor... —suplicó, pero Leonor estalló en lágrimas.

—¡No te vas Juan Carlos! —exclamó abrazándolo—. Llévame contigo, te juro que esta vez me portaré bien...

La conocía y, apretándola a su pecho, sabía a ciencia cierta que Leonor no se detendría y que, como también se lo advirtió don Rodrigo, ella sería capaz de irse sola sin su consentimiento.

Lo más prudente que creyó fue llevársela con él, a ella y a sus retoños.

“*Que Dios me asista*”, rezo antes de embarcarse.

“*Que Dios nos proteja*”, insistió al cielo suspirando.



Cuetlaxcoapan tenía todo para la siembra de trigo y aprovechando el temporal de lluvias, podían utilizar la tierra una vez al año. Era ideal. Tenían a corta distancia, más precisamente, a siete leguas a Tlaxcallan y a cuarenta y cinco leguas a Villa Rica.

Sin heladas y abundante agua, todo era mejor de como esperaban y, gracias a fray Toribio de Benavente, pudo Juan Carlos obtener todo lo que Su Majestad tuvo a bien ofrecer. El único problema, si acaso lo había, era la soledad en la que se encontraban. Siendo Tlaxcallan una ciudad de indios, con un priorato franciscano como parte de la catequesis, fue el fray quien los asistió para establecerse en la casa que previamente mandaron hacer especialmente para ellos. Los doscientos indios, que no fueron trescientos,

llegaron en filas de tres, custodiados por el capitán Alonso de Martín a la cabeza, un portugués y militar condecorado, llegado recientemente de San Lucar de Barrameda.

Adaptarse a esas tierras fue lo más sorprendente, y los niños corrieron por los caminos como si ya los hubieran corrido cientos de veces y brincaron zanjas, charcos y treparon árboles, como cualquier chiquillo que hubiera crecido ahí. No así Magdalena, que tanto ella como don Rodrigo se extrañaron a mares, literalmente, con el Atlántico de por medio y Leonor, bueno, Leonor traía aires de caporal en la sangre. El caballo lo manejaba perfectamente bien y junto a Juan Carlos, recorrieron los campos verificando que el terreno estuviera bien preparado para el arado, que debía hacerse con las rejas que llevaron especialmente para eso y como los indios no estaban acostumbrados a manejarlas, ni los burros de carga para jalar los yugos de madera hechos con barzón de hierro, batallaron, solo al principio, porque sí eran diestros sembrando maíz y eso fue buen comienzo.

Fue entretenido lograr que las zanjas que marcaron con palas a quince centímetros aproximados, quedaran derechas y en ellas echaron todo el rastrojo que don Nicolás enseñó preparar a Juan Carlos. Las rellenaron haciendo un bulto y con esas labores tardaron varios días, para dejar la tierra, zanjas y bultos como ellos querían y con el favor de Dios, del temporal y bendiciones de fray Toribio, lo único que esperaron fue que cayeran las primeras lluvias para sembrar la semilla.

—Debería agregar la semilla de una vez, así como hacen ellos con el maíz. —insistió fray Toribio a Juan Carlos, pero Leonor llevándolo aparte, le aconsejó esperar, que no flaqueara y mantuviera su posición.

—Ten confianza mi amor, hazlo como querías hacerlo, así como don Rubén te enseñó. Ese hombre no sabe más de trigo que lo que se come de pan. —dijo y Juan Carlos asintió.

Fue una espera larga y desesperante... Los cielos lucían tan azules y limpios sin ninguna nube a lo lejos y la tierra, seca, extremadamente seca, pronosticaba un mal augurio. Pasaban los días y nada. Tuvieron que volver a marcar los surcos porque el aire deshacía su trabajo.

No fue hasta casi un mes de cuando formaron las primeras líneas, que un fuerte viento proveniente del norte hizo mover las cortinas de la casa y las nubes negras, como llamadas por un sortilegio, se fueron juntando oscurecieron el cielo de todo *Cuetlaxcoapan*.

—¡Va a llover padre! —gritó Rodrigo y Leonor bajó enseguida. ¡Era verdad!, el cielo ennegrecido anunciaba una muy buena lluvia.

Juan Carlos se unió a ellos y Leonor lo abrazó.

—¡Ahora sí mi amor, a sembrar! —exclamó Leonor al día siguiente.

¡Todos se conglomeraron en los campos!, y Juan Carlos abrió los almacenes que resguardaban los valiosos costales de semillas que don Nicolás consiguió de los productores de La Laguna de Tenerife y, cargándolas en carretas, el capataz Jiménez, junto a sus tres hermanos, ayudantes de capataz, dieron instrucciones para que todos tomaran una porción. Leonor puso la muestra y amarrándose el vestido entre las piernas, descalza, con la canastilla repleta de semillas bien sujeta en la cadera, caminó entre los surcos y roció generosamente, una buena cantidad de semillas, hasta que la vació y en donde se quedó, colocó un palo con un paño rojo como marca y regresó, ante los efusivos aplausos de los espectadores. ¡Qué bella imagen la que veía Juan Carlos! Sintió que por segunda vez se enamoraba de su mujer. La recibió con un beso y les hicieron bulla y en fila, todos dispensaron sus canastillas, hasta los soldados quisieron experimentar lo que Leonor inspiró y a lo lejos, fray Toribio llegó corriendo montado a caballo desde Tlaxcallan. ¡Estaba tan contento que se había olvidado que tenía que officiar misa el domingo!, pero la ofició allí, en los campos de pan recién plantados y cuando los costales se vaciaron, Juan Carlos mandó traer los barriles de agua miel y vino que había preparado para esa ocasión.

El fray sacó su armónica y todos brindaron por el inicio de las lluvias...

Con el mes de mayo, que fue el más lluvioso, Juan Carlos con regularidad se levantó por la noche para verificar que los campos no se inundaran y cuando regresaba escurriendo de agua, con las botas enlodadas, Leonor lo recibía cariñosa y lo tranquilizaba, susurrándole que todo saldría bien y así, poco a poco, comenzaron a dejarse ver los primeros retoños.

A principio parecían pequeños brotes, pero luego la ramita, muy tímidamente se fue enderezando y poniéndose de pie.

Siguió la labor de escarda para quitar cualquier maleza y de ahí, ¡hasta que se levantaron los tallos con las espigas de color dorado! Y sucedió, que casi a mitad de la temporada, les llegó una visita muy especial...

Avisó el capitán Alonso de Martín a Juan Carlos sobre los caballos que se avecinaban y siendo cosa rara, puso a su gente alerta, pero cuando llegaron los

jinetes y desmontaron, verificaron la identidad de esa tropa de diez, con una sola mujer entre ellos.

—Me dijeron que andaba una mujer por estos rumbos queriendo hacer crecer pan, que vestía olanes finos y que tenía muchos bríos para mandar a los propios soldados y yo dije, ¡esa no puede ser otra más que doña Leonor de Hernández! —exclamó María de Estrada desde encima de su caballo cuando Leonor salió a recibirlos. Hasta entonces desmontó.

—¡María! —dijo Leonor abrazándola—. Mírate como estas, tan hermosa como siempre.

—Esa es una palabra que poco se menciona cuando se habla de mí, pero te lo agradezco. —contestó sonriente.

—¡Por qué te tienen miedo! —señaló Leonor y Pedro su marido, se acercó a saludarlos, a ella, a Juan Carlos y al capitán Alonso.

—Señora, esperamos no importunar, venimos de Villa Rica y no nos pensamos quedarnos por mucho tiempo. —agregó don Pedro mirando de soslayo al capitán que lo miraba desconfiado.

—Por favor, no pueden irse sin comer con nosotros. —pidió Leonor con sus acostumbrados ojos inocentes y María se rio de ella—. Hemos estado tanto tiempo solos, que ustedes son como una brisa fresca en este calor sofocante.

—Ya pasamos por los campos de pan y no sabe la felicidad que sentí cuando los vi. ¡Me dio olor a nuestra patria! —dijo don Pedro antes de entrar a la casa.

¡Ya agarraron a Salazar!

*D*e Villa Rica salieron juntos, la tropa de Juan de Xaramillo y la de don Pedro de Sánchez y, con un Alejandro apesadumbrado, emprendieron la marcha rumbo a sus respectivos hogares. Unos a Tetela del Volcán y otros a Xilotepec y en el camino todos se fueron escuchando las pestes que Juan lanzaba a Salazar, maldiciendo de igual forma a Alonso de Estrada, el regente que el mismo Cortés había dejado antes de irse al sur y que muy poco le había servido.

Hicieron una breve parada en Xaltepec, pequeña población del señorío de Tecamachalco, administrado por una congregación franciscana con apenas una ermita levantada, resguardada por la aldea de indios y como eran aliados confiables de Cortés, no desconfiaron en llegar y como imaginaron, los recibieron bien, dándoles de comer borrego en caldo de garbanzos, cebolla y chiles rojos picantes. Esos frailes fueron los que les platicaron sobre los campos de pan recién sembrados y María convenció a su esposo para ir a verlos, más cuando dijeron que los patrones eran una familia de Toledo. No así Juan, que, tras la regañina y la clara advertencia de Cortés, no quiso desviarse de su camino. Estaba determinado a acabar con Salazar e iniciar su persecución cuanto antes y en la entrada de Tlaxcallan, los dos regimientos se despidieron.

Muy poco se detuvieron a descansar, siendo esa campaña la primera experiencia de Alejandro de marchar con una tropa de soldados y, por si fuera poco, tuvo que haber sido con Juan, uno de los capitanes más implacables, pero eso sí, sabía su gente que cuando daba, daba a manos llenas y nadie se quejaba. Él les prometió, que llegando a Tenochtitlan comerían y beberían hasta reventar.

—¿Qué no vamos a Xilotepec? —alcanzó a murmurar Alejandro

emparejándose a él.

—No. —Fue todo lo que le contestó, y con la mirada burlona de Sebastián su escudero, se hizo a un lado, volviéndose a su lugar.

Entraron a Azcapotzalco, nada más para encontrarse con la noticia que el jefe Carlos Oquicin no había vuelto de una expedición que Hernando le había encargado, porque él, como todos los jefes aliados, tenían puestos el ojo en la conquista del sur y hacía allá dirigían toda su atención, mientras ahí las rebeliones estaban a la orden del día y muchos de los mediadores, buscando paz, encontraron muerte y de un lado y del otro, se llamaban traidores, cada uno, según ellos con razón. Con desazón, salió Juan de Azcapotzalco y dirigió su tropa a Tepoztlán y aunque también el jefe andaba en la conquista del sur, sus gentes fueron de mucha ayuda. Los indios querían que se acabara el pleito entre los castellanos y, gracias a la amistad que estos tenían con el señorío de Texcoco, supieron que el tal Salazar era escondido por los frailes que custodiaban el Monasterio de San Francisco. “*¡Chupaostias traidores!*”, profirió Juan enfurecido. “*Después que Hernando les mandó edificar su convento, así le pagan...*” ¡Si fuera por Juan, no hubiera perdido tiempo en ahorcarlos a todos por igual!, él nunca se había distinguido por ser muy buen cristiano y no por nada le decían *diablo*, pero, ante todo, y eso nadie podía ponerlo en duda, honraba la amistad con Hernando y sabía que no le caería bien esa idea.

Alejandro lo vio alejarse y, entre el harem del regente de Azcapotzalco, Juan Mazacuatl, se perdió un largo rato, apareciéndose en la tarde con una resolución: Si él no podía hacer salir a Salazar del Monasterio, sí lo podría hacer el regente de Tenochtitlán y don Alonso de Estrada se llenaría de gloria al apresarlo. Se lo entregaría en bandeja de plata...

Aceptó doscientos hombres de Juan Mazacuatl y marcharon a Tenochtitlan, pero en la intersección, envió a Alejandro a Xilotepec. No quería ponerlo en peligro, pero eso no fue lo que le dijo, más bien alegó que no tenía caso que los acompañara, pues no querían estorbos y él nunca en la vida había estado en un enfrentamiento, ni mucho menos matado a alguien. Él en cambio, se dirigió a Tenochtitlan y con desconfianza de las dos partes, de Alonso de Estrada y de Juan de Xaramillo, se reunieron en zona neutral. Ahí le informó el lugar exacto donde Salazar estaba escondido y hasta le ofreció sus propios soldados para ir tras él. Alonso no comprendía de sus buenas intenciones, más porque el mismo Alonso, a quien Cortés había puesto como su representante, se había manifestado en contra de leyes que Hernando interpuesto y que él, con

la aprobación de Su Majestad, había votado en contra, pero Salazar ya era un dolor de cabeza para todos. Ya no solo estaba en contra de Cortés, ¡sino también de Alonso de Estrada! Y sus alegatos, que, si al principio habían sido del todo justos, ya rayaban en caprichos infantiles y mataba a diestra y siniestra, tanto a hombres como a mujeres, indios o castellanos. ¡Había que detenerlo! Así que sí, con todo y sus dudas, aceptó el ofrecimiento de Juan, saboreándose con esa captura la gubernatura.

Avanzaron y percibieron muy poca gente resguardando el monasterio.

Estrada tocó las puertas y llamó a Salazar a viva voz, dándole la oportunidad de entregarse por su propia cuenta, pero en respuesta, ¡fue recibido con una lluvia de disparos que por poco le atinan a la cabeza! Se salvó de milagro pasándole la bala por un lado y con la señal de Juan, sus hombres se formaron en posición defensiva, mientras cientos de disparos arremetían desde arriba de las torres y entre las paredes del convento. Juan, lo que menos quería era ser visto al frente, pero mandó la ofensiva a la izquierda para rodearlos y salirles por atrás, cosa que funcionó, porque los hombres de Salazar no eran gentes de armas o al menos no soldados experimentados como los de Juan y, a gritos de “*¡Viva Cortes!*”, embistieron a los defensores del convento y Estrada todavía por el frente, escuchó claramente el grito de guerra que aunque no le gustó, se llenó de gusto y orgullo cuando le llevaron ante él a Salazar y a todos sus compinches y ahora sí, con todo el poder de regente, lo arrestó.

Juan se hizo a un lado, pero Salazar alcanzó a verlo. Lo saludó con una sonrisa burlona y, sin despedirse de Alonso de Estrada, llamó a su tropa a retirada con rumbo a Xilotepec.

Lo siguiente que hizo fue enviar voceros para que pregonaran por todos los confines del reino una sola consigna: “*¡Cortés está vivo y ya agarraron a Salazar!*”.

Mal amor

*E*sa noche, a sabiendas de la llegada del licenciado Suazo de Santiago de Cuba, el capitán Lorenzo de Martínez no pudo dormir. No pudo rechazar el nombre del ingeniero que mencionaron en la reunión para que los asesorara en la construcción de un fuerte y tampoco pudo rehusarse a que el licenciado lo hiciera venir a Villa Rica. A esas horas, sabía que don Alonso de Rivadeneira estaba compartiendo el mismo aire que él...

Desde temprano ya lo estaban esperando afuera de la oficina principal del puerto y desde lejos lo reconoció en su pose acostumbrada: postura altiva, mano en la cintura, de pie y mirando hacia el mar con el mentón alto. Se podía oler desde lejos, su actitud condescendiente.

—Capitán... —exclamó encandilado el licenciado—. Permítame presentarle a don Alonso de Rivadeneira, el ingeniero de obra del fuerte de Santiago.

—Nos conocemos señor licenciado, estuve en Santiago en los tiempos de su reconstrucción.

—¿Capitán...?, vaya, que agradable sorpresa. Es gratificante ver que los grados militares se conceden tan rápidamente en estos lares, pero supongo que no se los dan a cualquiera. —dijo don Alonso falsamente sorprendido y el licenciado sonriendo, no supo identificar si ese comentario era halago o insulto. Lorenzo sí lo sabía y su amargo y ladino sabor aristócrata era inconfundible. En su lugar, no hizo caso a su acotación y los invitó a pasar. Desde los estantes sacó un rollo bastante amplio y haciendo lugar en el escritorio, extendió el mapa... Con ayuda de una daga que saco de su bota, señaló la ubicación de San Juan, un islote situado a un costado del muelle y que los pescadores utilizaban como lugar de descanso.

—Es aquí donde pretendemos construir una muralla para proteger el muelle y utilizarlo de barrera en caso de un ataque. —indicó y don Alonso se acercó, observándolo por encima.

—Como usted imaginará *capitán*, —remarcó adrede su grado militar—. Una muralla no se trata de una barda cualquiera. Tendré que revisar el terreno para ver si es apto, sobre todo por los cimientos que deben ser profundos, al igual que la piedra con la que contamos; luego, seguiría la hechura de planos, cálculos necesarios para la magnitud del proyecto, mano de obra y por supuesto, si aceptan construirlo, precisaré de dos asistentes y un secretario, una casa para ellos, otra para mí con todo lo necesario y, aún no hemos hablado de mis honorarios...

El licenciado se puso nervioso, sudando profusamente, pero Lorenzo con toda tranquilidad se sentó, colocó sus codos en el escritorio y entrelazando los dedos respondió:

—Necesitamos una muralla don Alonso, que rodee el muelle y la torre es indispensable para la vigía; en cuanto a los materiales, los hay de todos y de sobra y sino, los haremos traer. El terreno puede inspeccionarlo, pero yo le aseguro que es lo bastante apto para construir una muralla, aunque no muy larga. Tengo listo cincuenta hombres fuertes para trabajo duro, también puedo autorizarle un ayudante, pero en cuanto al secretario, lo tendrá que pagar por su cuenta y la casa, para usted sí, pero para el ayudante lo podemos acomodar en una habitación de una casa familiar... Su paga... —agregó mirándolo fijamente—, será la misma tarifa que se le pagaba en Santiago, pero no más y todos los gastos los tendrá que ver directamente conmigo, porque como verá, no gozamos de muchos lujos por acá, pero la construcción es urgente y, por su seguridad y la nuestra, sugiero que no lo piense mucho. —Ambos guardaron silencio y el licenciado no dejaba de sudar.

—¿Puedo al menos ver el terreno? —preguntó levantando la ceja.

—Será un placer señor. —contestó Lorenzo bajando los brazos.

Se dirigieron a caballo a San Juan, una pequeña isla adherida a la península y ahí le mostró Lorenzo, lo que quería construir.

Los tres la observaron detenidamente y caminaron por la orilla y don

Alonso reflexivo, le pidió prestada la daga a Lorenzo; raspó el piso de piedra y asomando la cabeza por la orilla, observó alrededor. No parecía convencido.

—Me preocupa lo cerca que está del nivel del mar y si quisiera hacer una barrera precisamente aquí, tendría que ser lo bastante alta para sostener las subidas de la marea. —dijo clavando el filo en la orilla.

—¿Y qué le parece el islote? —señaló estando de acuerdo—. Allá no llega el oleaje y el terreno es bastante firme.

Caminaron hacia el lugar y don Alonso, más amigable por la suave brisa del norte, sonrió complacido.

—Aquí sí podemos construir su muralla capitán. —dijo satisfecho y cerraron el trato.

Quedaron en que el licenciado se haría cargo de su traslado y ya que una de las casas de arriba, estaba vacía, convinieron que esa sería para don Alonso. Mejor para Lorenzo, porque estaba ubicada al otro extremo de la suya, pero lo que no se esperaba, era que el licenciado fuera a pedirle ayuda a Lucía para amueblar la casa, por caracterizarse por un gusto exquisito, según explicó.

—¿Quién viene a vivir a la casa que el licenciado Suazo supervisa con tanto empeño? —preguntó Lucía a Lorenzo en el almuerzo.

—El ingeniero que va a construir la muralla. —contestó aburrido de tanto hablar de él—. Solo espero que valga por todo lo que solicita y, no quiero que vayas a ayudarlo, es su trabajo no el tuyo. —dijo molesto y Lucía no quiso indagar más.

Con Rebeca de visita, Lucía estaba más desocupada que de costumbre y por esa razón quiso involucrarse más con las actividades que organizaba el capellán y ya que el número de niños era cada vez mayor, se unió a las catequistas y Rebeca, al igual que su madre, había desarrollado aborrecimiento por todo lo relacionado con la Santa Iglesia, más después de la última experiencia que Isabel tuvo con el obispo. Eso acrecentó su desprecio y aludiendo al amor por las niñas, pasaba mucho tiempo con ellas y animaba a Lucía a que hiciera sus cosas sin preocupación.

Así, en menos de treinta días, el licenciado Suazo quiso invitar a Lorenzo a que pasara revista de la casa, pero él no quiso ir; le transmitió su confianza en

esos menesteres y no supo otra vez de él, hasta que Suazo le mandó aviso que don Alonso había llegado a Villa Rica listo para comenzar y que había traído consigo, a un mozo, una doncella, un niño y a su mujer...

La casa de techo alto, con una sola planta, pero fresca con finos acabados, fue recorrida por don Alonso minuciosamente. Asintió cuando entró a la habitación principal que contaba con cuarto de baño y tina que Suazo logró conseguir y tenía la casa, además, otras dos habitaciones más pequeñas; sala, comedor cerrado, oficina con todo y escritorio con silla de cuero y un patio pequeño con letrina de porcelana. Las cortinas, alfombras y utensilios para la cocina y para el baño, habían sido proveídas por los grandes almacenes de Santiago y junto a las cosas que don Alonso había hecho llevar para su comodidad y sus herramientas de trabajo especializadas, ropa y objetos personales, así como adornos y sábanas de seda, don Alonso quedó instalado en su casa.

—No entiendo por qué tenía que traer a su familia. —murmuró Lorenzo con desdén cuando el licenciado hizo cuentas con él—. No es que vaya a construir un fuerte como en Santiago, es solamente una muralla...

—Según comentó, los traje para veranear, pues le comenté de las playas tan hermosas con las que contamos, le dije que las aguas son muy pacíficas, con agua tibia y poco oleaje.

—Entonces a usted debo agradecerse... —señaló Lorenzo y el licenciado sonrió nervioso, sacando su paño—. Como sea, a mí no me interesa, lo que sí me importa es que se ponga a trabajar cuanto antes, si no, a usted y a mí, nos va a ir mal con Hernando. Ahora voy al muelle, le encargo que le avise a don Alonso que la gente está lista para cuando él mande, y, si necesitaran algo, ya saben dónde encontrarme.

—Capitán Martínez, —agregó el licenciado—. ¿Cree que doña Lucía tenga tiempo de ir hasta la casa de don Alonso a darle la bienvenida a su esposa? —Lorenzo contuvo el aire.

—¿Su esposa...? —preguntó con ironía y al instante se arrepintió—. ¿Por qué no le pregunta a doña Silvia?, ella y las Hijas del Sagrado Corazón podrían ir a darle un buen recibimiento y si Lucía quiere ir, por mí no hay ningún problema. —dijo con mejor tono y eso tranquilizó al licenciado, que sonrió pareciéndole una magnífica idea. ¡Qué mejor que doña Silvia para organizar un pequeño convivio en el jardín de la parroquia! ¡Así se beneficiarían todas las mujeres de la comunidad! ¡Agradeció profusamente a Lorenzo!, y contándole su idea, se despidió. “*Seguro que Catalina disfrutará*

la bienvenida del cura y las Hijas del Sagrado Corazón”, se dijo Lorenzo esbozando una gran sonrisa.

Al anochecer que Lucía bajó, después que las niñas cenaron e hicieran sus oraciones de la noche, a la Virgen y a su angelito de la guarda, encontró solo a Lorenzo. Ni siquiera lo había escuchado llegar y parecía estar cansado.

—¿Todo está bien Lorenzo? —preguntó preocupada—, como no viniste a comer...

—No paran los problemas Lucía, un barco nos llegó de Sevilla y lo desviamos a La Habana y, por si fuera poco, perdimos un barco sin poder encontrar rastros en todo el día de él.

—Lo siento tanto Lorenzo... ¿Qué puedo hacer, te preparo un té? —dijo mirándolo mientras él se dejaba caer en el sofá.

—Prefiero relajarme un rato. —contestó y, a punto de cerrar los ojos, vio de reojo en la mesita una hoja enrollada—. ¿Qué es eso?

—Es de don Alonso de Rivadeneira, la envió con su mozo, dijo que era lo que necesita para comenzar a trabajar. —dijo pasándosela, pero él la hizo a un lado sin siquiera verla—. No te entiendo Lorenzo, ¿por qué estás tan molesto?, ¿es por mí o qué sucede?

—No estoy molesto Lucía... ya te lo dije.

—¿Tienes algo en contra de don Alonso?

—¿Qué tiene que ver? ¡Ya estoy harto de hablar de ese maldito presumido! He tenido que lidiar con otros como él que se creen mejores que cualquier militar solo porque portan ostentosos títulos y son de familias nobles. ¡Si no fuera por nosotros, no podría poner un pie en estas tierras ni construir sus fuertes, ni sus ingenios de azúcar! —Lucía suspiró.

—No sé si ese odio sea legítimo o es que te molesta que haya venido con Catalina.

—¿Qué... cómo...? —tartamudeó y recordó que se conocían. Se sintió descubierto, pero trató de parecer ofendido—. No sé qué me molesta más Lucía, si este terrible dolor de cabeza que traigo por la presión de mis superiores o tú, interrogándome con esas estupideces...

Se levantó dejándola parada hundida en sus pensamientos; inquieta, porque al día siguiente iría a un almuerzo que doña Silvia había organizado y temerosa, porque vería a Catalina.

Al otro día, Lorenzo se fue sin despedirse y se llevó la dichosa lista con él

y mientras Rebeca, también invitada al almuerzo, quedó lista en un santiamén, al entrar a la habitación de Lucía, la encontró con seis vestidos tendidos en la cama. La notó atribulada todavía con el camisón puesto y sus ojos hinchados demostraban que había estado llorando.

—Lucía... ¿qué sucede? —preguntó cariñosamente sentándose a su lado.

—Hay Rebeca, no debería compartir estas cosas contigo. —dijo sonándose la nariz.

—Pero somos amigas Lucía, puedes contarme lo que quieras.

—Es algo tan tonto... —arguyó, pero Rebeca la escuchaba atenta acariciando su espalda—. Es una mujer que conozco y creo que Lorenzo tuvo algo que ver con ella... ahora, ella está aquí y desde entonces Lorenzo a estado actuando extraño, no lo sé, creo que su presencia lo turba.

—¿Es la esposa del famoso ingeniero? —Lucía asintió.

—Esposa si es que quedó viudo... —dijo y Rebeca levantó las cejas divertida. ¡Lucía nunca hablaba con ironía de otro ser humano!

—No puedes mostrarte débil Lucía, ni ante ella ni mucho menos con Lorenzo. —La animó escogiendo ella misma un lindo y elegante traje ocre con verde—. Yo no conozco a esa mujer, pero sí te puedo asegurar que no hay dama con mejor porte que tú Lucía. No deberías subestimarte y menos por una buscona...

—¡Rebeca! —reprendió Lucía—. No debes hablar así.

—¿Vez?, eres mejor que ella. —dijo haciéndola sonreír—. Ven que te acomodo el peinado.

Lucía hizo lo que su joven aprendiz le aconsejó y se enfundó en ese vestido que mostraba su cuello largo y un escote redondo con pliegues traseros de la cadera hasta los pies. El cabello, Rebeca lo desató y solo lo trenzó al frente, dejando los bucles caer hasta la espalda. Un poco de polvo, color en los labios y aceite en las cejas y pestañas. ¡Perfecta y sin exagerar!, así como era Lucía: hermosa, sencilla y elegante.

Salieron juntas y caminaron por la única banqueta de la única calle. Pasando las casas, incluida la de don Alonso y, por la puerta contigua a la parroquia, entraron donde todas las damas ya disfrutaban de un delicioso té de hierbabuena.

El capellán que era amante de las plantas, había hecho un pequeño invernadero para sus orquídeas y justo en medio de su patio, había hecho instalar una fuente para alimentarlas de agua. Alrededor, macetas, grandes y pequeñas con todo tipo de flores y plantas, creaban un ambiente realmente

placentero y bajo la sombra del *ixcahuite* color mostaza, mandó colocar sillas y mesas. Rebeca apretó la mano de Lucía y entraron saludando a todos con una sonrisa. Ahí estaba el licenciado Suazo, ¡que en cuanto vio a Lucía, se levantó de un brinco para recibirla!

—Es usted una visión doña Lucía. —exclamó presuroso, acomodando dos sillas para ellas.

Tras los saludos, la presentó formalmente.

—Nos conocemos. —dijo Lucía sonriente.

—Su esposo, el capitán Lorenzo de Martínez, nos trajo a ambas desde Tenerife. —continuó Catalina.

—¡Pero que curiosa casualidad! —interrumpió doña Silvia divertida—. ¿Cómo es que llegaron juntas? Cuéntenos por favor doña Lucía. —La animaron los demás y sin tener más remedio, les contó a grandes rasgos los motivos que las llevaron a Indias, acompañadas con una veintena de doncellas, incluida Rebeca, a quien Catalina no logró recordar.

—Pero qué astucia del capitán... —observó el licenciado Suazo con sensiblería—, que tuvo la dicha y las primicias para elegir. Mire nada más que no andaba muy perdido... —dijo y todos se rieron de su comentario.

También les pareció muy dulce y romántico y todos coincidieron en que eran una magnífica pareja hecha sin duda en el cielo, pero Catalina se mantuvo seria, recorriéndola discretamente con la mirada.

—Doña Lucía es un alma de Dios. —siguió doña Carmen—, y sus niñas un encanto. Como verá doña Catalina, todas aquí tratamos de apoyarnos en todo y ayudamos al señor cura en la catequesis. ¡No sabe la cantidad de problemas que nos causan el alcohol y las mujeres de la mala vida! Gracias a Dios que el capitán Lorenzo es un hombre con principios que nos defiende de todas las vicisitudes, pero, con tanto hombre que desembarca a diario, sabrá Dios de dónde...

—Por eso nos mantenemos unidas. —dijo otra—. Aquí estamos solas, esa es la verdad.

Todas comentaron en murmullo y Catalina hacía por escuchar a una y a otra que, a la vez, trataba de dar su punto de vista sobre seguridad, higiene y educación.

—Sin embargo, tenemos buena relación con las indias. —agregó doña Silvia—. En la aldea de tablas hay una que otra familia legítimamente española, pero en su mayoría son indias amancebadas con soldados.

—Ya verá usted doña Catalina, ¡qué despliegue de cultura hay en este lugar!

Nada que ver con Santiago o San Cristóbal, aquí el mestizaje va en crecimiento. —aseguró el cura.

El almuerzo se alargó hasta la tarde y cada una se fue despidiendo con zalamería de Catalina quedando a sus órdenes. También Lucía se despidió.

—Espero no tenga dificultades aquí y si en algo puedo ayudarla, no dude en hacérmelo saber. —dijo Lucía.

—No tiene que ser tan formal Lucía, nos conocemos bien y podemos ser buenas amigas... tal vez tomar el té o platicar de nuestras vidas. —propuso sin dejar de sonreír.

—Por supuesto Catalina, será un placer. —contestó Lucía apenas sonriendo. No quiso decir más, desvió rápidamente su mirada y se despidió del capellán que tenía atosigada a la pobre de Rebeca, nombrándole las clases de orquídeas con las que contaba.

—Yo me quedo a acompañar a doña Catalina. —anunció el licenciado sin que nadie se lo preguntara y acercándose al cura, murmuró solo para él—: Ha de saber que don Alonso es un ferviente devoto de la Virgen de los Remedios y manda para usted y para la parroquia una muy generosa limosna... —El cura sonrió emocionado y Catalina quedó a merced del licenciado.

—Debo decirle que todas las damas quedaron complacidas de conocerla. —exclamó el capellán—. No tenemos muchas visitas por estos rumbos como podrá darse cuenta y por favor agradezca a don Alonso por sus amables regalos, sobre todo por ese cáliz de oro que es verdaderamente divino y el vino, lo guardaré para una ocasión especial. —sonrió sin poder encontrar más formas que demostraran su gratitud.

Habían llegado a las puertas de la casa cuando el Licenciado añadió:

—No cabe duda que fue buena idea del capitán.

—¿A qué se refiere señor Suazo? —preguntó Catalina intrigada.

—El sugirió que con el cura y las Hijas del Sagrado Corazón, usted se sentiría más en confianza.

—Así que fue idea del capitán... —exclamó con una sonrisa reservada—. Me encantaría agradecerle, ¿cree que sea posible?

—El capitán debe estar muy ocupado. —lamentó el licenciado recordando que él odiaba esos detalles—. Lo mejor será que hable con doña Lucía y ella le transmitirá su agradecimiento.

—Se que en este momento está en el muelle. —observó Catalina que no se iba a rendir—. ¿Por qué no me lleva o, prefiere que vaya sola en compañía de Cristina? —señaló observando a su dama de compañía.

El licenciado no pudo negarse y, con diminutas y copiosas gotas formándose en su frente calva, acomodó a Catalina y a Cristina en su carreta, sentándose él frente a ellas. Ordenó al cochero dirigirse al puerto y llegaron en cuestión de minutos hasta la entrada. Descendiendo de la mano de Suazo y, afuera de la oficina, esperaron, ante las miradas lascivas de marinos y cargadores, estando el muelle tan cerca.

Por fortuna la oficina estaba entreabierta y rápidamente las hizo entrar, no librándose sin embargo del sudor, que ya sentía resbalar por el cuello. Tampoco Lorenzo tardó y cuando entró, lo primero que vio fue a Catalina sentada plácidamente en su sillón, su doncella a un lado y el licenciado en pose, parado frente a ellas.

—Espero que sea importante señor, porque me han avisado de su presencia y he venido desde la península. —profirió Lorenzo sin despegar los ojos de Catalina y el licenciado como era su costumbre, comenzó nervioso a secarse el sudor.

—No lo reprenda capitán. —dijo Catalina pestañeando—. Yo lo persuadí para que me trajera, pues quise agradecerle personalmente por el almuerzo que gentilmente sugirió.

—Lamento mucho esta intromisión capitán, doña Catalina de Sánchez es esposa de don Alonso de Rivadeneira pero, ¿qué estoy diciendo...?, si doña Lucía ya nos platicó que se conocen de cuando usted las escoltó de Tenerife a Santiago. —comentó divertido el licenciado, pero a Lorenzo no le había causado gracia.

“*¿Qué tanto decía el licenciado... Lucía, Tenerife, Santiago...?*”, pensaba Lorenzo sin salir de su perturbación.

—Hace bastante calor aquí... —exclamó Catalina sacando su abanico.

—Aquí no hay agua señora, solo vino del corriente, no para una dama como usted. —dijo Lorenzo señalando un botellón a medio terminar en el escritorio.

—Señor Suazo, ¿podría acompañar a Cristina por un vaso de agua?, no me gustaría que fuera sola, usted sabe, los hombres afuera...

—¡Por supuesto doña Catalina!, venga Cristina, en el puesto de embarques encontraremos agua limpia. —respondió efusivo el licenciado.

Lorenzo llenó un vasito de cristal con el brandy y se lo bebió de un solo trago, luego, recargándose en su silla, suspiró sin perder de vista a la visión que tenía en frente. Debía ser una visión, pero la visión habló con esa voz suave y melodiosa que él recordaba.

—¿No me dices nada?, vengo hasta aquí para saludarte después de la

bromita que me gastaste y no me hablas...

—¿Qué esperabas? —contesto con su mano deteniendo su cabeza.

—Tal vez un recibimiento más cálido, no lo sé, a mí en cambio sí me da gusto verte, mírate... ya eres capitán. —murmuró acercándose lentamente al escritorio—. Me gusta, te queda bien el título y tú, también luces bien.

Estaba de frente a él, pero Lorenzo no hizo por moverse. Se perdió en sus ojos y Catalina mordió su labio inferior... Parecía increíble que después de tanto tiempo le transmitiera las ganas de tragar saliva. Lo conocía, ella percibía lo que había en su interior y, aún con lo violento de su comportamiento, sus ojos le revelaban algo más, algo que él no quiso aceptar. Catalina regresó a su asiento y a su abanico, escuchando en la puerta la voz del licenciado y junto con Cristina, sirvieron de una jarra, tres vasos de agua cristalina. Lorenzo no quiso.

—Es usted todo un caballero licenciado. —dijo Catalina—. Será mejor que regresemos y no molestemos al capitán.

Desde la puerta se despidió con una reverencia y sin decir mucho, Suazo las acompañó hasta que entraron a su casa.

Lorenzo se sintió más tranquilo. Ese momento que tanto lo agobiaba, había pasado y salió ileso. Prefirió ir a su casa a comer con Lucía y compensarla por los últimos días, que por culpa de él y de su mal humor había provocado que se pelearan, yéndose a dormir enojados, no una noche, sino varias y es que, la sola presencia de Catalina ahí, lo atormentaba; sabiéndola tan cerca, se desesperaba por sobremanera y ahora que la había visto, su recuerdo volvía a la vida... evocando tantas horas escondidos en ese cobertizo de vinos, donde tantas noches pasaron juntos. En la noche fue peor... repasó sus ojos y sus labios, ese labio inferior que acostumbraba morder. Seguía siendo ella, la misma que con solo un chasquido de sus dedos lo tenía a sus pies. Ahora, ante su hechicera mirada, reclamaba su cuerpo y él como inválido resistía, repitiendo el nombre de Lucía. Esperando que ese dulce nombre alejara y exorcizara a las sombras al demonio que lo consumía por dentro.

Lucía... Lucía. Todo por olvidar ese mal amor.

Cartas

*D*espués que Juan despidió a Alejandro para marchar con su tropa a Tenochtitlán, este llegó a Xilotepec molido. Se echó en la cama sin querer comer, de tan cansado que andaba y después de un rato salió a caminar, sabiendo que su madre estaría en la parroquia; quiso sorprenderla y acompañarla, sin embargo en su camino se le atravesó uno de los criados de doña Marina. Ella quería verlo y se le hizo extraño que quisiera dirigirle la palabra... Lo siguió hasta la sala y ahí, esperándolo, estaba ella sentada en un sillón. Su doncella, Ana María, una española fina y bonita, acabada de desempacar de España, lo miró como todas las mujeres de su categoría lo hacían, con desdén.

—Le agradezco que haya venido Alejandro. —dijo, extendiendo su mano para que se sentara.

—Dígame en qué puedo servirla señora.

—¿Puede darme razón de su hermano? ¿Por qué don Juan no regresó con usted? —preguntó y a Alejandro se le figuró preocupada.

—Se desvió en el camino señora, iba a Tenochtitlán, pero según sé, él está bien si eso le preocupa. —asintió ella y personalmente le sirvió una tacita de té que Alejandro tomó agradecido.

—¿Es verdad que el capitán Hernando de Cortés estuvo en Villa Rica? —curioso y él supo entonces que eso era lo que le preocupaba.

—Sí doña Marina, pasó una noche en la casa del capitán Lorenzo. —respondió haciendo a un lado la tacita de té, ella parecía aliviada. Los dos se quedaron callados y Alejandro prefirió retirarse. En Villa Rica, Alejandro había escuchado a Hernando preguntarle a Juan por su niño, pero eso no le dijo a ella, no quiso.

*A*l otro día, con Juan en casa, Alejandro pudo volver a sus labores

normales y Juan Pablo le contó todos los pormenores que habían sucedido en su ausencia. A él le daba gusto volver. Cada día en Xilotepec, se convencía a sí mismo que no estaba hecho para ser soldado. No le gustaba andar de un lado a otro como Juan y prefería una y mil veces pasear en los campos amaestrando caballos, que medio dormir a la intemperie con otros cien soldados alrededor, comiendo carne seca y lo que se encontraban a su paso, emborrachándose a diario, metiendo el carajo como desatrampado a cuanta puta encontraran turnándose a ratos. Él no era así y en esos días, solo pensaba en una mujer... en Rebeca, que le había robado el corazón y le molestaba no tener la astucia o la finura necesaria para atraer su atención.

Ella había mencionado *El Caballero de la luna* y él, sin saber lo que era, ni atreverse a confesar que era iletrado, que contra apenas leía, quiso buscar ayuda y el único que se le ocurrió que podía haber leído un libro, fue precisamente el que tenía su despacho atiborrado de ellos: Don Arturo, el administrador de Juan. Lo encontró revisando los libros contables, apuntando con la pluma números, puntos y comas, letras que Alejandro no encontraba sentido y estampando sellos aquí y allá, con los dedos manchados que por más que se lavaba, esas manchas ya se le habían tatuado, por años enteros en contacto con la tinta. Vio a Alejandro en la puerta sin atreverse a entrar y él hizo una pausa para recibirlo.

—Todavía no está completa la lista de raya si es lo que necesita...

—No se trata de eso don Arturo. —explicó nervioso—, es mas bien algo más personal, una duda, pero veo que está ocupado, así que mejor...

—Vamos muchacho, ven y siéntate, haber dime que dudas traes. —dijo don Arturo frunciendo el entrecejo.

—¿De casualidad sabe lo que es *El Caballero de la luna*?

—Sí, por supuesto Alejandro. —contestó extrañado acomodándose en su silla—. Son libros, varios creo, tal vez cuatro o cinco y habla de caballerías, de guerras, tártaros, turcos y persas y... cosas como esas. —Alejandro asintió suspirando. Si pensaba que Rebeca estaba lejos de su alcance, eso lo demostró. De seguro ella esperaba a un caballero parecido a esos.

—Don Arturo, ¿usted me ayudaría a escribir una carta? —Se atrevió a preguntar—. Pero me gustaría que fuera discreto, es... a una joven.

—Debe ser muy especial. —sonrió malicioso—. Si es capaz de leer esos libros.

Esa noche se mantuvo despierto, pensando lo que iba a decirle. En primer

lugar, quería disculparse y después, quería decirle tantas cosas que en persona no se atrevía. Una carta le pareció la forma ideal para expresarse...

*“Casa del Capitán Lorenzo de Martínez
Para, Rebeca de Estévez y Guzmán
Villa Rica de Santa Vera Cruz*

Muy estimada señorita,

Le envío esta carta con un atrevimiento que no me corresponde, pero con Dios de testigo, declaro que mis intenciones son puras y no es por otra razón, más que para disculparme con usted por cualquier ofensa que le haya causado, pues nunca fue mi propósito hacerle creer que una mujer no debía perder su tiempo en leer. ¿Y, cómo podría hacerlo?, si las más dulces palabras salen de las letras de nuestro evangelio. Aun sabiendo de que no podría estar a su alcance, debo confesarle la dicha que sentí cuando conversamos, que, al tener sus ojos tan cercanos, me hizo olvidar por un instante lo poco que soy y por eso, le reitero que nunca quise molestarla y declaro con vergüenza, que si usted viera los garabatos con los que escribo, se reiría sin dudar. Por eso esta carta la escribe don Arturo, el administrador donde trabajo y no yo. Confío en su bondad y espero en Dios me considere como su amigo.

*Sinceramente, servidor de Dios,
Alejandro de Xaramillo"*

La carta la revisaron tres veces, porque Alejandro hizo que don Arturo le quitara toda la parafernalia para que sonara como él y así quería que Rebeca la recibiera.

Se entretuvo en su trabajo, haciendo rondas completas por la hacienda y reanudo las carreras de caballo junto a Juan Pablo que tanto disfrutaba, envueltas en el drama que Juan Pablo diariamente revivía con sus historias amorosas. Otro de los pasatiempos que también le agarró amor, fue a la guitarra, gracias a que uno de los soldados más viejos le enseñó a tocar y que luego se la regaló. Le dijo que era peor verla, porque la artritis le arreciaba

cada que la agarraba y con ella se entretenía en la tarde, cuando acompañados, su madre y él en la terraza, ella bordaba, mientras él rasgaba las cuerdas.

A los pocos días, salió a pasear con Juan a caballo hasta los maizales y ahí le platico todo lo que había pasado entre Estrada y Salazar.

—Ahora está bien guardadito en una celda. —exclamó riendo tan fuerte como hacía.

—¿Y qué le van a hacer? —preguntó inocentemente.

—Yo nada más espero que el cabrón de Estrada guarde su promesa y espere a Hernando para enjuiciarlo. ¡Si fuera por mí, lo colgaría!

Anduvieron así un rato y regresaron a paso lento.

—Haber güero... ¡cómo no dijiste que la muchachita esa era hijastra de Diego de Rodríguez! —recordó de pronto, cerrándole el paso con el caballo —. Qué guapa está la condenada... ¡Que ojete eres güero!, ¿por qué cojones la dejaste ganar en el duelo de espadas?, yo la hubiera agarrado con un brazo alrededor del jubón y ya está... —Alejandro no dijo nada, solo sonrió.

—Yo no sabía que era hija del capitán general de La Habana... —dijo decepcionado—. Si hubiera sabido... —Juan otra vez lo detuvo atravesándose con el caballo.

—¿Y por qué no? ¿Tú sabes quién soy yo? A ti que te importa que Diego sea el mismo gobernador de Cuba. ¡Me cago en su título de hijodalgo...! Si te gusta la niña yo respondo por mi hermano ¡Anda ya! Nada más quiero ver que se niegue...

—Ya Juan, ni siquiera ha dicho algo, además yo respeto mucho a don Diego, él nos ayudó a saber de ti. Nada más digo que ella es tan...

—¿Tan qué...? —Se burló Juan aventándole el caballo.

—Pues tan bonita. —contestó riendo y, azuzando su potro arreció dejándolo muy atrás y Juan, tratando de darle alcance, lo siguió hasta el valle, pero no lo alcanzó.

Quince días después recibió la tan esperada respuesta. Tenía su nombre en manuscrito y no quería abrirla enseguida. Tampoco quiso enseñársela a Juan por lo alborotado que era. Prefirió que fuera don Arturo su confidente y él, que también estaba ansioso, esperó hasta que el muchacho tuviera el valor de abrirla. Don Arturo inspeccionó la carta, la olió... no estaba perfumada como le hubiera gustado, pero alabó las letras perfectamente escritas...

*“Alejandro de Xaramillo
Señorío de Xilotepec*

Deseo a V.M. perfecta salud y agradezco y acepto sus sinceras disculpas. Sobre todo, su franqueza al hacerme saber que sus palabras no fueron más que a causa de su nerviosismo.

Aún tengo en mi memoria la reseña que hizo del lugar donde vive y en más de una ocasión ha venido a mi mente la curiosidad por conocer los colores que describe al atardecer, los campos verdes inmensos y la lluvia cayendo en los pastizales... De mis saludos y gracias a don Arturo y espero recibir más noticias tuyas.

*Rebeca de Estévez y Guzmán
Villa Rica de la Vera Cruz”*

Alejandro sonrió cuando don Arturo terminó de leer y de igual manera hizo el administrador.

—Quiere que le respondas. —indicó entusiasmado—. Su letra es muy clara, precisa y con gracia; se nota que es una dama y, en cuanto a los *colores del atardecer*... —repitió travieso y los dos se rieron en complicidad.

La carta se la llevó a su cama, colocándola debajo de su almohada, tratando de recordar cada palabra y la imaginaba hablando, moviendo sus labios tan dulces y hermosos. Se sentía feliz, porque él también había interpretado lo mismo, que le había dado permiso de seguir escribiéndole...

*“Casa del Capitán Lorenzo de Martínez
Para, Rebeca de Estévez y Guzmán
Villa Rica de Santa Vera Cruz*

Estimada señorita,

Recibí con gran felicidad su carta y me encuentro con buen ánimo gracias a Dios. Con mucho gusto describiré los campos de Xilotepec que tanto disfrutó; su nombre, según me dijo un amigo nativo de aquí, quiere decir ‘mazorca tierna’ y es que aquí se siembra mucho maíz. Tenemos muy buena relación con los indios del lugar porque mi hermano Juan ayudó a derrotar a sus enemigos y cada año celebramos el día de buena cosecha con danzas y mucha comida.

A la gente le gusta salir a caminar cuando el sol cae en la tarde, pero yo prefiero cabalgar a caballo como se lo había platicado. Los campos son muy verdes y cerca de la hacienda hay un río con una hermosa cascada, fresca y clara con peces pequeños. Confieso a usted que solamente en el templo he sentido paz, porque afuera, su recuerdo me acompaña gran parte del día. Ojalá pudiera enviarle un manojo de las flores frescas que nacen en estos lares, aunque usted nada puede envidiarles; su candor, su belleza y frescura las avergonzaría y la adorarían al igual que yo lo hago al ver sus ojos y recordar su voz. Escriba sin falta señora, que yo estaré al alba esperando cualquier noticia suya por más pequeña que esta fuera. Con fe verdadera lo haré y rogaré a Dios porque usted tenga salud.

*Su fiel servidor,
Alejandro de Xaramillo
Hacienda de Xilotepec”*

*“Alejandro Xaramillo
Señorío de Xilotepec*

Disfruté mucho su relato que hizo de Xilotepec y sus habitantes y pude imaginar al cerrar los ojos la hermosa cascada de agua fresca que menciona.

Hace poco Lorenzo nos llevó de paseo a una playa muy bonita y todo el día la pasamos bajo el sol. Ahora sufrimos los estragos por las quemaduras. Probablemente crea que es una tontería porque vivimos cerca del mar, pero aquí solo hay barcos y la gran cantidad de marinos evita que nos acerquemos a la playa. A pesar que extraño a mi familia, disfruto mucho pasar los días con las niñas que considero como mis sobrinas, porque al capitán Lorenzo y a su esposa Lucía los creo como si fueran mis hermanos de sangre.

Debo confesarle que sus cartas me han traído regocijo y le agradezco la comparación que hace de mi humilde persona con las hermosas flores del campo. Reciba mis mejores deseos a V. M.

*Rebeca de Estévez y Guzmán
Villa Rica de la Vera Cruz”*

*“Casa del Capitán Lorenzo de Martínez
Para, Rebeca de Estévez y Guzmán
Villa Rica de Santa Vera Cruz*

Querida señorita,

Me apena saberla triste y créame que haría lo que fuera para evitarle un mínimo de sufrimiento. Le mando una eloxochitl que es una de las flores más bonitas que nacen por estos lares. Nacen solamente en el verano y huelen muy bonito. Cuando le llegue seguramente se habrá secado, pero su esencia espero que la reconforte porque con ella le mando mi cariño.

Cuídese mucho señorita, porque he sabido que ha habido fiebres altas por algunas partes de estas regiones y no quiero que la llegaran siquiera a tocar. Me preocupo por usted y espero que muy pronto mi hermano Juan me mande a una encomienda a Villa Rica, pues mi ansiedad es mucha por querer verla y saludarla. Dígame si soy bienvenido para visitarla o mis esperanzas son en vano. Le aseguro que no tendrá un solo reproche de mi parte y muy al contrario estaré eternamente agradecido por la bondad que hizo al escribirme.

*Su más ferviente servidor,
Alejandro de Xaramillo
Hacienda de Xilotepec”*

Por esos días doña Soledad cayó en cama y la bola que se le había formado desde hacía un año en el hueco de la axila, se le hinchó y se le llenó de un líquido viscoso y amarillento. El médico, al querer exprimirlo, se lo había empeorado y Alejandro la cuidó amorosamente y, como el médico indicó, trató en vano de aliviarle los dolores con compresas de agua fría. Sus quejas y lamentaciones le rompían el corazón. No tenía cabeza para nada y, por si fuera poco, Juan estuvo ausente.

Doña Soledad solamente pudo aguantar ocho días de dolores, hasta que un lunes por la mañana, negro y triste para Alejandro, tuvo la necesidad que el capellán fuera a darle los Santos Oleos y ya para la noche, doña Soledad había dejado de sufrir, falleciendo sin alcanzar a ver a su otro hijo. El pobre de Alejandro estaba muy afligido, no concebía vivir sin ella. Toda su vida habían estado juntos y no sabía qué hacer. No podían esperar a que Juan la viera, la herida donde estaba la bola apestaba y tenían miedo que la enfermedad fuera contagiosa, por eso aceptó que la enterraran y afuera de la capilla, acompañó a otros dos muertitos que tampoco contaron el año; un niño muerto de calentura y un caporal muerto por la cornada de un toro. Doña Marina asistió con su séquito atrás de ella y le dio el pésame, después regresó a la comodidad de su casa y Alejandro, así como se sentía, no le interesó que haya o no haya ido, a fin de cuentas, Juan no estaba y no tenía que quedar bien con nadie; en todo caso, quien sí se preocupó por él, fue Juan Pablo, el indio que siempre lo acompañaba, su mano derecha, su amigo. Él lo animó para que al menos se comiera una tortilla y media y como Alejandro no quería quedarse solo, se quedó en su casa y todos los días se la pasó tomando aguamiel. Lo dejaban dormir sin atreverse nadie a molestarlo, pero una mañana, Juan Pablo sí lo levantó muy tempranito. Preparó un par de caballos y se fueron a cabalgar hasta el cerro...

Alejandro sintió el viento fuerte en la cara con el caballo casi unido a su cuerpo. ¡Qué bien le hizo despertar de ese letargo en el que se encontraba desde hacía una semana! Cuando Juan regresó, él mismo lo llevó hasta la tumba de su madre y Juan, tirándose de rodillas, lloró.

Lo abrazó, pero Alejandro ya no lloró.

Luego que salió de la modorra, volvió a acordarse de Rebeca. Recordó que ya no había recibido contestación y sonrió para sí mismo, pensando en lo compasiva que era por no darle esperanzas. Le apenó no tener por lo menos la alegría de recibir noticias de ella y se dedicó a trabajar más de la cuenta, porque le entristecía llegar a una casa sola y, aunque Juan lo invitó a

cambiarse a la casa grande, él prefería quedarse dormido en el establo. Por esa razón don Arturo no lo encontró el domingo en misa, ni en su casa. Tampoco andaba con Juan Pablo en la aldea de indios. Hasta en la tarde salió de su escondite, dándose apenas cuenta que el administrador lo andaban buscando.

—Pero muchacho, dónde te metes por el amor de Dios... —Lo regañó el administrador—. ¡Mira lo que tengo en mis manos, por eso te andaba yo buscando...! —exclamó agitando una carta.

Alejandro lo miró incrédulo y la tomó con desconfianza. Las letras eran inconfundibles...

Alejandro, desanimado, la devolvió al administrador y este comenzó a leerla sin notar rastros de emoción del muchacho. Aun trataba de asimilar lo que decía.

—Tenemos que ir a hablar con don Juan. —declaró don Arturo.

—¿Con Juan...? ¿Por qué y para qué?

—Créame Alejandro, es preciso que vayamos a verlo, ya verá usted. —contestó ya encaminado sin poder quitarse la sonrisa de su cara.

Él lo siguió, pero no comprendía el lío.

—Así que por fin apareció... —dijo Juan enterado de la búsqueda.

—Con los caballos, donde su merced sugirió.

El administrador le entregó la carta abierta y Alejandro se quedó observándolos sin entender todavía lo que se proponían.

—No me dijiste que le escribías cartitas. —exclamó Juan mirándolo de reojo—. Eres más sinvergüenza de lo que quieres aparentar güerito...

—¿Pueden explicarme de qué se trata todo esto? —preguntó por fin.

—No voy a dejar que te hundas en la tristeza. —contestó Juan doblando cuidadosamente la carta—. Esta carta Alejandro, es nada menos que una invitación para que expongas seriamente tus intenciones y mira nada más... desde San Cristóbal ha venido su madre. No te preocupes güero, que yo voy a ir contigo. ¡Vamos a conseguirte una esposa!



Ese era un tema que tenía preocupada a Isabel y desde que Lucía le

escribió contándole que Rebeca se carteaba con un muchacho, se inquietó. Aseguró que ella personalmente había leído las primeras dos cartas y según su juicio, era una amistad inocente, pero la última la puso en alerta. Le prohibió a Rebeca contestarle hasta tener noticias de su madre y presurosamente esto fue lo que Lucía envió:

“...Dígame que hacer doña Isabel o si prefiere que la mande de regreso a San Cristóbal. Yo no conozco al joven en cuestión, por lo menos muy poco y, según referencias, han dicho que es honesto, soltero y muy trabajador, pero debo decirle que no es ningún oficial, ni soldado, ni marino, sino que trabaja en la hacienda de su hermano, don Juan de Xaramillo, que él sí es un capitán y sé por Lorenzo que don Hernando de Cortés le tiene mucha estima y es dueño de grandes y ricas tierras...”

Isabel no quería que Rebeca regresara porque don Octaviano de Mata seguía en la isla y parecía no querer moverse, por lo menos no pronto, pues al parecer ya tenía tratada una sociedad en un ingenio de azúcar y cada que lo veía los domingos en la iglesia, le preguntaba por Rebeca, insistiendo en que ella y su hijo José de Jesús, harían una magnífica pareja... ¡Por nada del mundo dejaría que su hija se quedara con ese mequetrefe!, pero tampoco quería arriesgarla con un oportunista.

Lo consultó con don Diego.

—Usted no quiere casarla. —expuso el capitán—. ¿Por qué no la mete a un convento? —dijo provocando que ella le lanzara el cepillo a la cama donde él cómodamente estaba acostado escuchándola—. A ver Isabel, ¿cuántos años tenía usted cuando se desposó con Andrés?

Isabel se enojó y prefirió no contestar.

—Isabel...

—Don Diego, si fuera su hija...

—Es mi hija Isabel y no deseo más que su felicidad. —respondió atrayéndola con los brazos y al oído le murmuró—: Podríamos mandarla a España si lo que usted desea es un noble. Yo puedo proveerle un buen partido.

—Isabel negó con la cabeza.

—¿Y González el alférez?, él es muy buen mozo, inteligente, trabajador y confiable... él me gusta y no es noble.

—Y vive con una mulata muy linda. —interrumpió e Isabel hizo un puchero.

—Sí, ya tiene casi un año con ella y está muy enamorado... Mire mi señora, le propongo algo, ¿por qué no va a Villa Rica?, hable con Rebeca, conozca al muchacho y ya hablaremos. —A ella no le pareció tan mala idea.

—Quiero que venga conmigo don Diego, por favor. No quiero dejarlo, se lo pido mi amor... —rogó ella.

—¿Cree que me gusta la idea de no verla? —dijo abrazándola con más fuerza—. Pero no puedo ausentarme, lo sabe bien. Usted vaya, ahora es el tiempo ideal para detener cualquier intento de romance y traerla de regreso si el muchacho no le gusta.

Una excursión a la playa

Quauhtemallan fue el último lugar dónde supo Lorenzo que Hernando había acampado. Al suroeste de Villa Rica, con diez días a caballo de distancia, las noticias tardaban más en llegar... Por lo menos el proyecto de la muralla seguía en marcha y don Alonso ya había comenzado a rehacer las zanjas para los cimientos, luego que las lluvias torrenciales que cayeron esos días taparan los socavones con piedras y arena. Pero, así como es el mar, días de después, el sol volvió a brillar y las nubes se disiparon, dejándoles tiempo para terminar los profundos cimientos. También en casa de Lorenzo, el encierro a causa de las lluvias había hecho sus estragos y esa mañana las mujeres que con él convivían lo emboscaron...

—Lorenzo... ¿sería acaso posible que nos llevaras de paseo un día de estos aprovechando que no llueve y hay mucho sol? — Lo sorprendió Lucía ante las miradas expectantes de Rebeca, Estela, Paulina y hasta de Mari Paz.

—Algo podemos hacer. —contestó tanteando el terreno—. No les prometo ir muy lejos porque el clima puede variar... ¿A dónde habían pensado?

—Río Banderas. —exclamó Lucía y él se sorprendió de la rapidez de su respuesta, notando que entre ellas ya lo habían planeado con anticipación—. Nos han dicho que es una playa que queda a medio día de camino y es muy bonita... Podríamos salir temprano y dormir en una tienda, así no sería muy cansado y sería divertido.

—Tú nunca has dormido en una tienda Lucía... —Se burló Lorenzo—. ¿Están seguras que quieren ir hasta allá?, aquí mismo puedo acordonar... — Comenzó a decir, pero las miradas de las mujeres lo hicieron desistir. Prefirió rendirse y complacerlas—. Que sea pues, preparen todo y yo les avisaré en esta misma semana.

Paulina y Estela aplaudieron emocionadas.

—Gracias querido.—dijo Lucía contenta.

Como dijeron, Río Banderas no estaba lejos y no fue difícil para Lorenzo ausentarse, dejando el puerto a cargo del primer teniente, pero mientras le daba las últimas instrucciones, llegó inesperadamente don Alonso y a Lorenzo le pareció extraño verlo a esas horas en el muelle.

—Perdone la intromisión capitán, pero me enteré que saldrá de paseo.

—El viernes estaré de vuelta don Alonso, cualquier cosa el teniente está comisionado a ayudarlo y si fuera demasiado importante, no tardaré en regresar.

—Oh, no es eso, realmente me preguntaba si no aceptaba más personas en su excursión. —Lorenzo no pudo evitar sorprenderse.

—Es un viaje de medio día con la familia. —aclaró.

—Precisamente por esa razón. Catalina me vuelve loco desde que el licenciado Suazo partió a Santiago, porque era él quien la entretenía y como no ha podido salir a ninguna parte y a mi Santiago le haría bien convivir con otros niños... —dijo extrañamente amable. A Lorenzo no se le pudo ocurrir un pretexto para negarse.

—Será bienvenido señor. Mañana a primera hora nos vamos.

—¡Excelente!

—Le recomiendo no vaya muy cargado. Yo llevaré la escolta, tiendas y mi mujer se hará cargo de la comida. En todo caso, lleve la bebida de su elección, como sabrá, nosotros solo sabemos beber brandy.

—Entendido capitán. —Ya se había dado la vuelta, cuando de repente se devolvió y agregó—: ¿Sabe usted?, el domingo tuve el placer de conocer a doña Lucía y debo confesarle que me sorprendió de buena manera conocer a una mujer tan extraordinaria. Se lo digo con mucho respeto, sobre todo porque anteriormente le tuve un poco de resentimiento por lo de Catalina. —Lorenzo sostuvo la respiración acatando a qué se refería exactamente—. Los dos sabemos que Catalina le atraía, pero ahora que lo veo a usted, a su bella esposa y a sus encantadoras niñas, creo que he sido injusto...

—Vaya tranquilo don Alonso, usted y yo estamos en paz. —dijo sin atreverse a verlo a los ojos y, fingiendo ver la bitácora que el teniente le había entregado, lo despidió con la mano.

Quien pensó que se molestaría, al final no dijo nada y Lucía al otro día, supervisando que las canastas de comida estuvieran bien cerradas, aceptó con tranquilidad a sus acompañantes. Don Alonso llegó temprano, demostrando

como siempre aires de grandeza, o así le parecía a Lorenzo. Catalina con escote revelador acompañada de su doncella y el pequeño de cuatro años, saludó a todos cortésmente de la mano de su padre.

—Qué jovencito tan bien educado. —exclamó Lucía, respondiendo a su saludo con una reverencia.

—Es lo menos que se puede esperar de un Rivadeneira doña Lucía.

—Ya está todo dispuesto don Alonso. —anunció Lorenzo—. Sugiero que suba a su carruaje y nosotros iremos por adelante. —señaló montándose en su caballo e incorporándose seis soldados, escoltaron los dos carruajes hacia la salida de Villa Rica.

Transitaron un buen rato por un sendero entre la vegetación selvática de *Las Bajadas*, con el olor húmedo del copal y cientos de encinos que resguardaban tucanes, ardillas, liebres, musarañas, mapaches y cacomixtles, que huían del sonido de los caballos, internándose en lo más profundo de la selva, junto a los venados y zorras grises que ahí abundaban... Antes de mediodía, los rayos del sol se descubrieron y pudieron ver otra vez la costa.

Lorenzo apuntó a una ensenada y ahí descendieron. Amarraron y desensillaron los caballos y los soldados, diestramente, armaron rápidamente tres tiendas. Las mujeres, los niños y don Alonso se quitaron los zapatos y corrieron hasta la orilla del mar a que el agua tocara sus pies... ¡Que divertidos estaban!, y, el pequeño Santiago hizo rápidamente amistad con las pequeñas, que corrían jugando cuando la espuma de las olas los alcanzaba. Rosaurita hizo sus primeras huellas en la arena mojada, engarruñando sus piecitos al sentir cómo se hundían y Rebeca con Lucía, extendieron dos mantas y sombrillas, para sentir la brisa.

—Acompáñenos doña Catalina. —ofreció Rebeca cuando ella y su doncella se acercaron y les hicieron lugar, sacando Catalina su propia sombrilla; un elegante modelo palo de rosa seguramente francés.

—Es maravilloso. —exclamó cerrando los ojos, dejando que el sol acariciara su cara y su pecho.

Lorenzo y don Alonso se les unieron.

—En las tiendas, lo más conveniente es que Lucía, Rebeca y Rosaura duerman en una; en otra pueden quedarse Mari Paz con las niñas y su doncella y en la tercera, usted puede dormir con su esposa.

—¿Y usted capitán? —preguntó Catalina entrometiéndose.

—Yo dormiré con mis hombres señora, nosotros estamos acostumbrados a la intemperie. —contestó apenas volteando a verla.

—No sé ustedes, pero yo tengo unas ganas tremendas de meterme al agua. —dijo Rebeca y los demás se rieron. Como correspondía, salió de la tienda enfundada en un camisón de algodón, al igual que Mari Paz y por su parte, Catalina animó a Cristina para que las acompañara, era de la misma edad que Rebeca y alegremente aceptó.

—Le sugiero don Alonso, que no pierda la oportunidad de disfrutar el agua. —señaló Lorenzo acostándose en la manta sobre las piernas de Lucía. Él no lo pensó mucho, le tomó la palabra y se quitó la chaquetilla, soltándose la fina camisa blanca. Se llevó a Santiaguito hasta la orilla de la playa y Catalina, viendo a la pareja recostada, prefirió caminar sola por la orilla.

Lorenzo se quedó dormido... Cuando despertó, observó cómo todos se regocijaban en el agua, pero no vio a Lucía ni a la pequeña Rosaura. Se habían metido a la tienda a dormir y para no despertarlo le había dejado acomodada su sombrilla detenida entre varias toallas dobladas para que le cubriera la cara del sol. Él la cerró y se recostó, se cubrió la cara con el brazo derecho y cerró los ojos. Sintió cómo una sombra lo cubría y pensando que pudiera ser alguna nube, se descubrió encontrando en su lugar a Catalina, parada a un costado de él, agarrada de su parasol francés.

—¿Puedo sentarme? —preguntó y él contestó extendiendo la mano para ayudarla—. ¿No vas a meterte a remojar?

—Prefiero estar alerta. —contestó fríamente.

—Parece que un capitán nunca descansa. —dijo irónica, pero él no le contestó—. Por cierto, debo felicitarte... Lucía es un estuche de monerías. —agregó acariciando las orillas de la manta bordada con flores azules, pero Lorenzo tampoco respondió a eso—. Ni siquiera me di cuenta cuándo regresaste a Santiago y hasta mucho después supe que te casaste, imagínate, ni siquiera tenía idea que la cortejabas...

—No éramos nada Catalina, no te debía explicaciones. —alegó, pero ella se rio con la vista fija en los niños jugando.

—Qué raro que lo menciones y créeme que me extraña la forma en la que me hablas tratándome como a una cualquiera, cuando antes no tenías ojos más que para mí.

—Catalina... —murmuró—. No teníamos ningún futuro, tú lo dijiste, nunca lo ibas a dejar, así que a ahora no veo lugar a tus reproches, yo no te hice ninguna promesa, así que no te debo nada.

—¿Cómo sabes? —suspiró mirándolo fijamente—. Cómo sabes que no lo

iba a dejar. —Pero Lorenzo contestó respirando hondamente.

—Más de una vez te pedí que te fueras conmigo Catalina... más de una vez. —dijo señalando con el dedo.

Sentía cómo la sangre se le iba calentando.

—Te dije que no era el momento, si tan solo...

—¿Si tan solo qué Catalina? —interrumpió Lorenzo molesto— ¿Acaso te hubieras ido conmigo? ¿Hubieras dejado a don Alonso y todo su dinero? No te entiendo, por Dios que no. En lo único que estoy seguro es que buscabas una buena vida y en ese entonces yo no tenía fortuna. —dijo enfrentándola y los dos se quedaron en silencio... Miró alrededor esperando que no fueran a ser escuchados y posó su vista en el pequeño Santiago—. Ahora que tienes un hijo y la vida que deseabas, deberías olvidar todo y dejar al pasado donde pertenece.

—El niño no es mío. —susurró en voz baja—. Es de Alonso y de otra de sus queridas que tiene *trabajando* en el ingenio de azúcar. Una india o taína, no lo se, no les encuentro diferencia... Me lo trajo cuando el niño tenía un año de edad y desde entonces vive en la casa, pero tú Lorenzo... —señaló con amargura—. Te llevaste a la princesita consentida de doña Águeda. Dime una cosa... ¿dice sus oraciones antes de irse a la cama?

—No inmiscuyas a Lucía, tu como yo sabemos que esto terminó hace mucho y todo este teatro me suena a que estas aburrida. ¿Por qué no vas al muelle?, allá encontrarás a más de uno que se desbocaría por darte gusto.

—¿Y tú? —lanzó Catalina acariciándose el cuello.

—Que Dios me libre... —remató poniéndose en pie y alejándose de ella.

Caminó hasta donde estaban sus soldados y la miró de reojo... Precisamente rogó a Dios no caer otra vez en esa maraña, porque otra y no sabría cómo escapar.

Días de tormenta

Las tormentas en La Habana eran cosa frecuente, pero las que daban miedo eran las que azotaban entre agosto y septiembre, porque la fuerza con la que llegaban hasta la playa era tal, que lograba dañar los barcos anclados en el muelle. No así el resto del año, y, sin contar esos meses, resultaban más bien refrescantes, pero cuando *Jurakán* los azotaba, estas tormentas tropicales no solo dañaban la bahía, también evitaban que la cadena de barcos vigías se mantuvieran en sus puestos, teniendo que regresar a puerto por seguridad y aun los barcos piratas, por excelentes marinos que fueran, con ese clima tampoco se atrevían a avanzar porque de plano no se divisaba nada. Aun así, el capitán Diego mantenía fuertemente vigilado el puerto por aquellas de que sus enemigos se volvían cada vez más diestros. Esos días, habían tenido tres días seguidos con lluvias torrenciales, cosa extraña en abril y tuvieron que desviar barcos, hasta La Española, porque el panorama en La Habana, seguía siendo nublado, con intensos vientos y fuerte oleaje provenientes del oeste, por esa razón y desde dos noches atrás, el capitán Diego quiso hacer guardia en la capitanía, al igual que el alférez González, que todas las mañanas supervisaba con su catalejo el nivel del mar. Mientras los soldados confinados, aburridos en el cuartel, pasaban gran parte del tiempo durmiendo o jugando naipes, las calles eran ríos, pero nada que alertara un peligro mayor de inundación.

Pánfilo de Narváez tenía muchos días perdido, nada se sabía de él ni de su flota. Había tenido contratiempos en Santiago pero, debía haber arribado a La Habana desde hacía días por suministros, ocasión que Fernando aprovecharía para unírsele. Nunca llegó.

El domingo en la tarde del tercer día de lluvia, avisaron corriendo al alférez González sobre un barco que apenas se podía divisar entre la lluvia y

que muy lentamente avanzaba y creyendo que se trataba de algún barco perdido de Pánfilo de Narváez, que sin perder la esperanza todavía esperaban, a pesar de que él y su flota había sido buscado y rebuscado por patrullas de Santiago, La Española y por ellos mismos, nada, ni rastros o vestigios habían encontrado de sus barcos ni de su cargamento en el mercado negro. ¡Realmente parecía una maldición de todo aquel que se lanzaban a la exploración de La Florida!

Efectivamente se trataba de un barco que se acercaba, pero le estaba costando tanto trabajo llegar, que el capitán hizo por alistar a su gente en caso que el barco encallara y por un par de horas, estuvieron esperando, hasta que lo tuvieron enfrente. No era Narváez, pero sí era una carabela española, con un visitante por demás inesperado... Toda la comitiva fue descendiendo y el equipo de marinería los auxiliaron hasta pisar tierra firme: Eran muchos los indios que transportaban, entre cincuenta y ochenta aproximadamente, algunos caballos y veinte o treinta españoles y entre ellos, ni más ni menos que, ¡el mismísimo Hernando de Cortes!

Caminó junto a su comitiva hasta los grandes tejabanos de la capitania para cubrirse de la lluvia, que aunque en ese momento no era tan fuerte, sí estaba muy tupida y era molesta.

—Nos topamos con una tromba. —indicó Hernando a don Diego con voz ronca—. No pudimos rodear la península y sabiéndote aquí, no dudé que nos recibirías.

—Hiciste bien, ya tenemos tres días contando este con un clima de igual a peor, pero, ¿desde dónde traes a toda esta gente? —preguntó señalando a los indios admirados y asustadizos que murmuraban entre ellos por los enormes barcos apostados a lo largo del muelle.

—Habitantes de las nuevas tierras conquistadas. —contestó mirándolos con preocupación—. Pero tuvimos un inconveniente en el camino... su jefe se nos murió de modorra y vomitó hasta las entrañas. Ahora su gente cree que es un mal agüero.

—Que se los lleven a todos al cuartel, ahí tengo a todos mis hombres acantonados. —dijo con González presente y hacia él se dirigió—: Pero tendrás que ir con ellos, no vaya a ser que se pongan nerviosos los muchachos y los maltraten.

Los soldados de Hernando siguieron al alférez y este los acomodó ante la desconfianza de sus iguales y, a Hernando, Diego se lo llevó a la capitania,

que era su segunda residencia: Fabricada toda de madera, fue levantada por encima de una base de troncos gruesos y fuertes, dejando una vista completa del puerto gracias a las amplias ventanas de cristal alrededor y su despacho, amueblado con dos sillones, cuatro sillas y un enorme escritorio, era una de las tres habitaciones con las que contaba el lugar. Otra era precisamente un dormitorio y el otro una cocineta.

—¿Estás seguro que el indio que se murió fue por mareo? —Hernando asintió muy seguro, pero Diego viéndolo en tan mal estado, se acercó a él para tocar su frente—. Estas ardiendo en calentura Hernando, deberíamos hacer que te vea un médico.

—Te confieso que ya me sentía maltrecho desde antes de embarcar. —contestó recostándose.

Diego hizo llamar al alférez y lo comisionó para que hicieran una inspección rápida que ameritara alarma, como fiebre, piquetes extraños o marcas de ampollas reventadas. No hubo nada fuera de lo normal y solo encontraron estragos de mareo en los indios.

—Sera mejor que te vengas a la capitanía. —indicó al alférez González—. Aloja a los oficiales aquí y yo llevo Cortés a San Cristóbal. ¡Ah!, y que nadie mencione su presencia...

Subió a Hernando y a su escudero en un carruaje y él mismo lo condujo. En su paso llegó a donde vivía el médico y lo subió con él.

Llegó empapado, pero justo a tiempo, porque Hernando estaba delirando e Isabel, que estaba en la sala con Juliette, aunque sorprendida, reaccionó rápidamente y fue a abrirles la puerta del cuarto que estaba en la parte de atrás, luego ordenó a Marcela que calentara agua y trajera toallas limpias para bajarle la fiebre, pero estaba tan caliente, que prefirieron sumergirlo dentro de la tina y con la ayuda de su mozo, lo llevaron hasta la cama para enfundarlo dentro de un camisón fresco de algodón.

—Lamento las condiciones de nuestro encuentro señora. —dijo más consiente, mientras le acomodaba la almohada.

—No hable don Hernando, guarde fuerzas. —respondió sonriendo y con el médico inspeccionándolo, Isabel quiso darles privacidad, pero afuera, arremetió con preguntas al capitán Diego.

—Por todos los cielos don Diego, ¿qué hace aquí este hombre?

En el salón esperaba Juliette con Fernando también a la expectativa, pero lo único que supieron, fue lo poco que el capitán sabía.

Callaron cuando el médico apareció.

—Su amigo no está bien capitán, padece de fiebre alta y su cuerpo está débil. Yo le sugiero que le den una buena friega de alcohol y sobre todo que coma. Un caldito de pollo lo va a componer, pero ante todo es descanso.

—Gracias don Javier. —agradeció Fernando sacando unas monedas y él mismo lo acompañó al carruaje. Mientras tanto, el capitán fue a ver a Hernando.

—Te vas a quedar unos días. —exclamó ante el gruñido molesto del otro—. Tienes fiebre y cansancio acumulado Hernando, deja que te cuidemos, el médico dice que estas muy débil y así no vas a llegar a ninguna parte.

Aceptó a regañadientes y cerró los ojos.

Lo despertó un aroma y sintió un trapo mojado en la cabeza.

—¿Qué es ese delicioso aroma? —preguntó a su cuidadora, que no era otra más que Isabel.

—Es manzanilla señor, lo va a hacer sentir mejor. —dijo recorriendo la toalla hasta el pecho y el aspiró profundamente, exhalando con alivio.

Con ayuda de Marcela acomodaron una bandeja e Isabel, acercándole una cuchara, lo animó a abrir la boca. Era caldo de pollo y él sonrió con satisfacción, sintiendo el agua tibia pasar por la garganta y su estómago despertando también, rugió agradecido.

—Es usted un ángel señora.

—*Shhh...* no hable y termine su plato, después descansará y estará como nuevo, se lo prometo. —aseguró Isabel y él, el general de generales, el conquistador de la Nueva España, obedeció.

Isabel tuvo razón. No despertó hasta el día siguiente y los aceites calientes que Isabel frotó en su pecho y en su espalda cambiaron, siendo a veces jengibre, lavanda o clavo. Después de una semana. también su apetito mejoró y con él, su humor.

—Te vez mejor. —exclamó don Diego desde la puerta.

—Tu mujer es una maravilla, si yo encontrara una como esa, me volvería a casar.

—Acepto el alago, pero hasta ahí que quede. —advirtió entre bromeando y en serio.

—Vives bien Diego... ¿Esta era la casa de Velázquez?

—Prefiero no hablar del tema.

—Supe que te atacaron hace poco. —comentó, recordando a Lorenzo.

—Nada que no podamos manejar. —dijo, recordando la herida que apenas le estaba comenzando a sanar.

—Lo sé Diego... es una bendición que estés aquí.

—Para que no te preocupes, acomodamos a toda tu gente en el puerto y los indios están a salvo. ¿Hacia dónde te dirigías, si se puede saber? —desvió la conversación. No le gustaba entrar en detalles con gente ajena.

—De Villa Rica hemos seguido el sur y hemos encontrado pueblos, aldeas... infinidad de tierra inexplorada. Todos estos indios pertenecen a los nuevos territorios y su jefe *Pizacura*, quería verificar por él mismo la aniquilación de los aztecas, pero mira, se me murió en el camino... Allá sigue Pedro de Alvarado y Carlos Oquicin. Me están esperando y si no saben noticias mías, se van a desesperar.

—¿Sí sabes que agarraron a Salazar? —preguntó sin imaginar su reacción. ¡Se levantó de un tirón!—. Hace dos semanas que lo tiene Alonso de Estrada en los calabozos, aunque por ahí dicen que el que lo agarró fue Juan de Xaramillo. —Hernando se rio volviéndose a acostar.

—Y lo creo Diego, Estrada no tenía los suficientes cojones para atraparlo.

—Nosotros capturamos en el mar a diez de sus hombres que intentaban pasar a La Española.

—Perros ingratos. ¿Y qué les hiciste? —preguntó mirándolo fijamente a los ojos.

—Como a todos y como se hace en Cuba, se les lleva a juicio. —explicó pero el otro volteó los ojos molesto—. El veredicto no soy quien lo dicta Hernando, Salazar tiene amigos poderosos en la corte y los de La Española pedían que se los entregara, hasta fueron a rogarle al obispo para que intercediera.

—Y tú...

—¿Crees que yo tampoco tengo cojones o qué...? Con las declaraciones que mandó Lorenzo de las atrocidades que hicieron a nuestros conciudadanos, los mandé presos a España antes que el obispo metiera las narices, pero Salazar sigue con Estrada.

—Que se pudra el cabrón... A ver cómo me recibe Estrada ahora que regrese... Vamos Diego, de aquí no vas a salir a más y allá te puedo nombrar regente y cuando sea virrey, hasta gobernador... ¿qué dices?

—Sabes que no me gusta la marrullería. Aquí estoy bien.

—Y mira, tan es así, que no sabes la confianza que me da que tú estés al frente, por eso no te insisto.

Los días posteriores, Hernando se sintió mejor, pudo comer en el comedor

y rápidamente su cuerpo mejoró. Se interesó mucho en la labor que estaba haciendo Fernando que, aunque él no podía decir nada sobre sus avances, llamó su atención las cartas de navegación que estaba elaborando de La Florida, pero Fernando le seguía teniendo recelo por lo que les hizo pasar en su ida con Narváez y todavía tenía fresca la pena por la reciente desaparición de la flota que lo llevaría a explorar La Florida. Ni siquiera lo quiso mencionar. En lugar de eso, se enfrascó en el despacho para no tener que lidiar con él. Para entonces, las lluvias se habían disipado y el cielo de San Cristóbal, entre medio nublado y en ratitos soleado, dejó salir a la gente y afuera se escuchaba por la calle a los niños brincando en los charcos, descalzos con barquitos de madera entre los arroyos de agua que se formaron por las orillas de la calle. Los grandes sacaron muebles y abrieron las puertas para que se orearan y ellos mismos salieron a ver jugar a los chavales.

En una ocasión, en la noche, en la sobremesa, después de una cena que Isabel quiso hacer en su honor por su recuperación, Hernando entretuvo a todos contando las penurias que pasó en su camino a la recién nombrada *Natividad* y la bendición que sintió cuando los naturales los recibieron mejor de lo que pensaba.

—Además doña Isabel, había olvidado comentarle, que tuve la fortuna de ver hace poco a su hija. —expresó Hernando e Isabel esbozó una gran sonrisa—. No tenía el honor, pero su belleza es solo un reflejo de su madre. —dijo ante la mirada de Diego que con un carraspeó provocó la risa de todos, menos de Fernando—. Había un duelo de espadas y nos hizo una demostración de su destreza.

—Esa niña... no entiendo por qué le gusta llamar la atención. —agregó Isabel reprochando su conducta.

Al otro día, un día antes de zarpar, Hernando acompañó a don Diego al puerto y llevaron vino y comida fresca. A sus hombres, como bien había dicho el capitán, estaban más que restablecidos y se mezclaron amigablemente con los habaneros.

—¿Dónde pusiste a los indios? —preguntó Hernando al alférez, al no verlos por ningún lado.

—Hay cuatro casitas que usan los pescadores y tuvimos que pasarlos para allá, porque andaban muy asustados. —contestó apuntando el norte del cuartel donde estaban—. Pero no los dejamos solos, mandé acordonar el lugar y les arrimamos comida.

Él se quedó satisfecho y ya estando ahí, rápidamente se puso en ambiente.

Pudo beber otra vez vino, porque doña Isabel se lo había prohibido y él, que había prometido ser obediente, siguió sus indicaciones al pie de la letra, pero ya recuperado y vuelto a la vida, susurró a don Diego en presencia del alférez.

—¿Por qué no les traes algunas mujercitas? No sabes la que hemos pasado en la selva... —El alférez vio de reojo al capitán y este asintió y, con un rechiflado atrajo a un cabo con la comisión que hiciera venir a un tal *chueco*, que era un andaluz que tenía, entre otras posesiones, la mayor cantidad de putas del lugar, en su mayoría mulatas y cuando hicieron su entrada, hasta valla les hicieron, tocando un redoble sobre las mesas y ellas, moviéndose cadenciosamente se fueron repartiendo, tocándoles, uno, dos, hasta tres y cuatro...

Hernando, don Diego y González se sentaron alrededor de una mesita y brindaron por la salud y la buena fortuna.

—Nunca en la vida me hubiera imaginado que alojaras en tu casa a un francés. —exclamó guardándose esa carta hasta que ya no pudo soportar más y Diego hizo una mueca.

—Tampoco es que me hayan pedido permiso. —Se quejó—. A propósito y, porque ya no quiero hablar de eso... —dijo y Hernando se carcajeó. Ya estaban los tres más que contentos.

—Haber dime...

—Quiero pedir tu consejo.

—Me sorprendes Diego, tú pidiendo mi consejo...

—Hay un muchacho, tú debes conocerlo, es hermano de Juan de Xaramillo. —Hernando asintió tomando con mucho ahínco de su copa que su escudero no dejaba que se le vaciara.

—El güero, sí, lo conozco, ¿qué hay con él?

—Anda pretendiendo a Rebeca,... —Apenas lo dijo y Hernando se carcajeó y sin querer, hasta escupió vino.

—Pues mira nada más, no tiene mal gusto el chaval. —carraspeó y se aclaró la garganta—. Qué te puedo decir, Juan y Alejandro son como el agua y el aceite... sé que le lleva el manejo de la hacienda y que nunca se enlistó porque se quedó cuidando de su madre. Juan lo quiere mucho y no dudaría que le diera casa, tierras y buen caudal. ¡Yo qué te puedo decir en contra de Juan! Y dime, cómo es que la pretende si están muy lejos y el güero apenas sale de Xilotepec... —El capitán tuvo que tomar de su trago para contestarle.

—Se escriben cartas.

¡En cuanto lo dijo los dos se quedaron viendo y soltaron la risa sin

pensarlo!

Semana Santa y otra no tan santa

Nada más zarpó Hernando y una semana después partió Isabel rumbo a Villa Rica, sin embargo, la falta de costumbre —porque ella odiaba navegar—, la puso mal. Los vientos en contra provocaron violentos movimientos del bergantín y los vómitos no se hicieron esperar, ni las ansias, transpiración fría, aceleración del pulso, irritabilidad y dolor de cabeza, en fin, todos esos síntomas que los marinos llamaban modorra o *mal de mar* y que Isabel calmó con hojitas de hierbabuena que se pasó masticando por todo el viaje. *"Si es posible, trate de tomar aire y preferiblemente manténgase en la popa"*, le recomendó don Diego conociéndola. Eso hizo cuando el viento amainó y se acompañó del alférez González, quien fue comisionado para escoltarla.

—Había olvidado por qué le tengo antipatía a los barcos. —exclamó sonriéndole—. Es irónico que no los soporte, al igual que es irónico el pavor que le tengo al océano.

—Es normal señora, cada persona tiene su propio carácter y no porque su esposo o su hijo lo amen, usted debería hacerlo, bueno, por lo menos es mi pensamiento. —respondió con esa voz suave y agradable que tenía. Era un joven de veinticinco años de edad y el capitán Diego lo había adoptado como su segundo al mando en la capitania, luego que Lorenzo decidió irse con Hernando. A todos les parecía una locura que se fuera, pero Lorenzo tenía ambiciones personales y el capitán Diego no se lo tomó a mal. Lo comprendió. Había crecido con muchas carencias y Hernando le hizo ofrecimientos que él no podía igualar. Por suerte tenía a González, quién rápidamente demostró su adiestramiento y habilidad en armas. No era tan alborotado como Lorenzo, al contrario, González se distinguía por ser muy serio y su forma de pensar, fue otra característica a su favor que Isabel encontró en él.

—Y su familia alférez, ¿son también militares? —preguntó Isabel tratando

de hacerle plática.

—No señora, tengo una hermana que vive en Madrid, mi padre, que en gloria esté, fue sastre y tanto mi madre como mi hermana son costureras. Eso se esperaba de mí, que siguiera el oficio de sastre, pero ya ve, me enlisté en el ejército.

—¿No le gustaba el oficio de sastre? —El alférez suspiró como si el horizonte le hiciera recordar los rollos interminables de seda, terciopelo, lino y algodón del pequeño taller de Galicia.

—Quería ver el mundo.

—Supongo que todos los jóvenes en algún momento quieren hacerlo. —Añadió Isabel también pensativa, recordando a Fernando—. ¿Y usted, está casado?

—No señora, aún no... —dijo nervioso. El alférez no estaba seguro si algo sabía de la mujer que vivía en su casa e Isabel prefirió no importunarlo.

Cuando arribaron al puerto y el barco se fue emparejando lentamente en el enorme muelle, una docena de marinos se acercaron para ayudar en el desembarco y el alférez como Isabel, vieron los trabajos que estaban haciendo en la isla del frente. El persistente ruido de los picos sobre una montaña de piedra y montones de arena que, en fila, una gran cantidad de indios seguían descargando, llamó su atención y no fue hasta que el capitán del barco los llamó para que se unieran con él en la oficina portuaria donde vieron a Lorenzo, que, sorprendido gratamente de verla, no hizo más que recibir el cariñoso abrazo de Isabel.

—¡Cuánto tiempo sin verte Lorenzo!, pero que galante luces de capitán querido.

—Doña Isabel, me siento contento de verla y gracias... —. contestó sobrecogido. Saludó también al alférez que, desde luego, ya conocía.

A su casa llegaron tan rápido que apenas Lorenzo alcanzó a contarles sobre la construcción que había llamado su atención cuando desembarcaron, porque solo se supo su presencia, las niñas le dieron a Isabel la bienvenida entre besos y abrazos y Rebeca, así como ellas, corrió a abrazarla entre lágrimas. Todos sabían el motivo de su visita, pero esperaron a que se refrescara y después que instalaron al alférez en una habitación y a Isabel con Rebeca, porque así lo quiso ella. Se reunieron las damas en el patio a tomar chocolate y Lucía y Rebeca pusieron al día a Isabel sobre el asunto que les competía.

—La primera carta, —comentó Lucía notablemente apenada—. Fue Lorenzo quien personalmente la abrió y la leyó porque se nos hizo extraño, pero

cuando Rebeca nos explicó lo que motivó al muchacho a escribirle, nos pareció más bien amable de su parte, por eso consintió en que le respondiera. Luego llegó una segunda carta y por último la tercera...

—No he ocultado nada mami, don Alejandro es muy amable y respetuoso. —exclamó Rebeca sin alcanzar a ver el problema.

—Seguramente Lucía te advirtió el peligro que conlleva enviar cartas a un hombre. Puede considerarse hasta inmoral.

—Léelas madre, juzga tú si son inmorales... —suspiró Rebeca fastidiada, haciéndole entrega de esas famosas cartas.

Isabel titubeo en cogerlas, pero Rebeca insistió. Las tomó y se sentó aparte en un silloncito. Leyó una, la dejó a un lado, luego otra, la dejó encima de la primera y con la tercera hizo un largo suspiró.

—¿Contestaste a esta última?

—No. —respondió encogiéndose de hombros.

—Le pedí que esperara. —intervino Lucía—. Como le comenté, me pareció muy comprometedor, pues en ella él muestra claramente su cariño y sus intenciones de venir y hasta le pide una respuesta.

—¿Y tú que piensas Rebeca? —preguntó Isabel.

—Sinceramente creo que exageran. Lo único que hemos expresado es nuestra intención de platicar. Solo eso. —dijo mirándolas a ambas—. Sé que no es un militar, ni tampoco rico, pero es muy agradable, cortés, gracioso y bien parecido, Lucía ya lo vio...

Guardaron silencio e Isabel tomó cuidadosamente la delicada flor seca. Acarició los suaves pétalos blancos y las tres hojas verdes que la acompañaban y que colgaban de un largo tallo.

—Me gustaría conocerlo, pero, esos atributos Rebeca, no dicen mucho de una persona y sabes perfectamente bien que, si nos interesara casarte con un hombre rico, no hubiera sido necesario salir de San Cristóbal. Yo... solo espero que seas cuidadosa. —Suspiró y añadió—: Don Diego aconsejó que ya que estas tan interesada en él, debería conocerlo.

Rebeca se emocionó y la abrazó, también a Lucía y a Isabel le sorprendió su reacción. Nunca se había entusiasmado por nadie. Por supuesto que, en San Cristóbal, ella y sus amigas intercambiaban impresiones de muchachos, pero claramente estaba encantada por este joven. Ese mismo día escribió la carta, la respuesta, la carta que Alejandro recibió y que don Arturo y Juan de Xaramillo leyeron. La guardó Lucía y se la entregó a Lorenzo, pero la carta fue enviada hasta el lunes, porque ese fin de semana no había correo. Era la

Semana Mayor.

*“Alejandro de Xaramillo
Señorío de Xilotepec*

Goce V. M. de buena salud. Le pido disculpas por la contestación tan tardía de su amable carta.

Recibí con mucho cariño la flor que me envió y ya puedo imaginar el olor que produce y cómo llena los campos en verano. Mi madre está de visita en Villa Rica y me llenaría de alegría que V. M. tuviera la oportunidad de pasar a saludarnos porque ella ha expresado interés en conocerlo. Reciba mi cariño incondicional.

*Rebeca de Estévez y Guzmán
Villa Rica de la Vera Cruz”*

A buena hora llegó Isabel a Villa Rica. Apenas un día antes, toda la comunidad se preparaba para las celebraciones de Semana Santa y ni siquiera ella había vaticinado que en ese lugar se conmemorara con tanto fervor el aniversario de la muerte de Jesucristo. Con la ansiedad que le causaba que su hija se fuera a casar sin su consentimiento como pasó con Fernando y la euforia por verla, olvido por completa la fecha en la que se encontraban... El día siguiente, el jueves en la noche, se congregaron todos en la parroquia para hacer un recorrido por las principales calles de la aldea de tablas, encabezada por el párroco y las Hijas del Sagrado Corazón, entre ellas Lucía, por supuesto como hija predilecta y el resto, las mujeres de la aldea, las siguieron ataviadas con velo negro, luego los soldados y marinos, aquellos que pudieron

asistir; enseguida indias y mestizas con sus niños, unos de la mano y otros en brazos y por últimos, todos los indios varones, hasta los que andaban trabajando en la construcción de la muralla. El párroco leía en latín y repetía en castellano el pasaje de Mateo: “*Salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre!*”. Así todo el capítulo alcanzó hasta que retornaron a la parroquia y el cura, junto con las Hijas del Sagrado Corazón, recitaron la oración del *Santo Cristo del Humilladero*. Ellas porque eran las únicas que se lo sabían de memoria y los demás optaron por bajar la cabeza en señal de recogimiento. Al terminar, los feligreses se fueron retirando, no sin antes atender a la recomendación del padre que en la salida les recordó... “*Estamos de luto. Guárdense de cometer pecado, fornicar y comer alimento y, oren, oren y oren...*”

Al otro día siguió otra procesión con menos hombres y los pocos se acompañaron del mujerío a recorrer la calle de las casas grandes, ahí donde estaba edificada la parroquia y, con el padre a la cabeza, cargando una cruz a lo alto, dos soldados lo acompañaron por detrás, llevando la figura de Nuestra Señora de los Dolores.

Hasta ahí quedó ese día, porque después de la procesión, hubo un silencio sepulcral en el puerto. Hasta don Alonso, que, como era muy devoto, así como lo eran todos los Rivadeneira, no permitió que sus trabajadores levantaran un solo grano de arena y Lorenzo, bajo la presión de Lucía y las Hijas del Sagrado Corazón, disminuyó los trabajos en el muelle.

En la casa de Lucía era lo mismo. Lorenzo sin saber qué hacer, porque rara era la vez que pasaba todo el día en casa, jugó con las niñas en el arenero, pero Lucía era tan estricta en que se guardara silencio que abortaron el juego y prefirió irse a dormir, mientras, ellas adornaron un altar a la Virgen de los Dolores con mantel y flores y hasta Isabel y Rebeca se vieron obligadas a rezarle cada que Lucía lo creía conveniente. De noche, con toda Villa Rica en silencio, Isabel no podía conciliar el sueño, era temprano, hora de cenar en San Cristóbal y con sed, se dirigió a la cocina a rellenar de agua su cántaro de barro, pero a medio camino se detuvo porque escuchó ruido, como de un silbido y justamente en la sala encontró sentado a Lorenzo con los pies encima de la mesa, ojos cerrados y con una copa de brandy colgándole de la mano.

—Lucía te va a regañar. —advirtió sorprendiéndolo y él al instante bajó las piernas, pero Isabel sonriendo, señaló la copa.

—Ya debería estar absuelto doña Isabel, tanto rezo de Lucía debería bastar para mí y para todos los de esta casa. —contestó ásperamente, haciéndole

lugar en el mismo sillón.

—No te molestes, es lo que se espera de ella, no lo puede evitar, ¿porque mejor no me invitas una copa y nos condenamos los dos? —Lorenzo inmediatamente sirvió un cuarto de copa y se la entregó al tiempo que la entrechocaba con suavidad—. Dime, ¿te gusta estar aquí, no extrañas hacerte a la mar?

—Sí doña Isabel. —contestó pensativo—. Bueno, solo a veces, pero estoy a gusto aquí, es agradable. —Sonrió, pero al momento recordó—: Seguramente el capitán Andrés se decepcionaría por tanto que le rogué para que me aceptara en su barco y ahora, heme aquí de nueva cuenta convertido en militar de tierra...

—De puerto. —corrigió Isabel conmovida—. No Lorenzo, sabes bien que Andrés siempre estuvo orgulloso de ti y con seguridad el día de hoy también lo estaría. Él te quería mucho, lo sabes.

—Hay doña Isabel... —murmuró sin quitarle los ojos a su copa y la botella junto a él le reveló a Isabel que ya había bebido bastante, quien sabe desde qué horas—. Ojalá hubiera estado con él ese día, es algo que... —Isabel se acercó y lo interrumpió.

—*Shhh*... Ya deja de recriminarte, porque si hubieras estado ese día con él, probablemente hubieras perecido igual... Ya Lorenzo, mira qué bonita familia tienes...

En ese momento se escuchó un ruido arriba y los dos se congelaron guardando silencio.

—Mañana hablamos. —susurró Isabel dándole un beso en la mejilla—. Ya vete a dormir y deja en paz esa botella.—señaló, acomodándola en la repisa. Lorenzo asintió y se recostó otra vez en el sillón.

El siguiente día que fue sábado, fue muy similar al viernes, con un poco más de movimiento por las calles, pero el sofocante calor obligó a la mayoría a permanecer en sus casas. El domingo estuvo más animado y los habitantes de Villa Rica, se congregaron en la parroquia, para cantar himnos más alegres y celebrar al Cristo Resucitado. Las Hijas del Sagrado Corazón, que eran las más ricas y las más devotas, organizaron una comida e incluso a los indios de don Alonso les llevaron comida y aguamiel.



Como premio, a Lorenzo se le ocurrió organizarles un festejo a sus hombres, después que el capellán había estado encima de ellos en toda la cuaresma... Les prohibió beber alcohol, y él, para poner la muestra y porque tanto el padre como las Hijas del Sagrado Corazón, insistieron en que los secundara; impidió también la entrada de cualquier mujer que no tuviera nada útil que hacer en el muelle, so pena de castigo... Él mismo lo sabía, sabía perfectamente lo que era eso, más de aquellos que vivían solos, lejos de sus casas y de su gente y que esos solo esperaban el día de raya para calmar toda una semana de fatiga y ansiedad con un poco de alcohol. Así que, cumplido el pacto con el padre, no aceptó más largas y concluyó oficialmente la Semana Mayor: Hizo sacar una decena de barriles de vino de la bodega y pronto se fue regando la noticia y, mientras contaba personalmente los barriles, acompañado del teniente Torres, llegó don Alonso de Rivadeneira, curioso por lo que se decía.

—Dicen que hoy se celebra el Día de San José...

—Pues lo celebraremos, no faltaba más. —indicó Lorenzo apuntando los barriles al teniente que, a su vez, los hizo subir a las carretas con ayuda de cuatro cabos—. Pero no es tanto una fiesta don Alonso, es más bien una juerga de borrachos. —contestó firmando el inventario—. Ya sabe que la plebe lo necesita de vez en cuando. —Siguió caminando con el teniente Torres hasta adentro de la bodega y señaló las pilas de carbón, dos cajas llenas con botellas de aceite, vinagre y... paró, apenas advirtiendo que don Alonso seguía detrás de ellos. Hizo a un lado la lista y se paró frente a él con el teniente también a la expectativa.

—¿Qué puedo hacer por usted don Alonso?

—Me preguntaba si usted asistirá... —Lorenzo frunció el cejo y entre él y el teniente, intercambiaron miradas sin saber a dónde iba con eso.

—Sí señor, pero habrá guardia si eso le preocupa.

—Me gustaría asistir, pero no sé si necesito una invitación, no conozco las costumbres militares. —Lo dijo tan en serio que Torres se esforzó por no reír.

—Teniente, —ordenó Lorenzo notando de inmediato su semblante—. Averigüe si ya mataron a los animales y dígales que de una vez los fileteen. —Luego, a solas con don Alonso, agregó—: No necesita invitación don Alonso, si usted desea venir puede hacerlo, pero debo advertirle que puede resultarle escandaloso. Mis hombres en estas situaciones, no tienen muchos miramientos

y su lenguaje o actos pueden ser indecorosos o vulgares para una persona noble como usted, además... habrá mujeres señor y no son decentes. —aclaró tan serio como pudo y don Alonso, al contrario, parecía más bien entusiasmado. ¡Cómo se sentirían los marinos y soldados!

Hasta la península que rodeaba al muelle fueron a dar todos los pecadores, teniendo como vista principal el iluminado muelle de Villa Rica. Lejos de la aldea y de la mirada inquisitiva de sus dignos habitantes, de sus niños, del párroco y de las Hijas del Sagrado Corazón. Los hombres del capitán Lorenzo de Martínez y todo aquél que hizo caso omiso a las advertencias del cura, se dieron cita ese Día de San José y con mucha algarabía, hicieron que el paso de las carretas, hasta entonces prohibidas, porque cargaban a esas mujeres de la mala vida que tanto repudiaban las mujeres de Villa Rica, entraran repletas de trenzas enlisonadas, de piernas carnosas y morenas, bocas rojas como pitayas y de ojos negros, grandes, alegres y pizpiretos.

Cuando Lorenzo llegó, luego de dejar lista la guardia, fue recibido con vítores y aplausos, pero él los calló con el brazo. Odiaba que lo agasajaran y sin que tuviera otro remedio, tuvo que aceptar a don Alonso y a su criado que llegarán junto con él. Se la pensó para ver en dónde diablos iba a acomodarlo y el único lugar que se le ocurrió, fue con el alférez González, quien lo recibió bien y observó más tarde, que rápidamente hizo amistad con los que estaban ahí, hasta se mezcló luego entre otros oficiales. Lorenzo apenas aceptó unos tragos, quería estar alerta de cualquier anomalía que surgiera y con la noche avanzando, les fue dando hambre. Prendieron los braceros y entre varios asaron la carne rociada con aceite y vinagre. ¡Qué platos o servilletas! Eran hombres y con las manos se arrebataban trozos de carne chamuscada. Las risas se convirtieron en burlas y carcajadas y entre traspiés y pasos atarantados, la música también fue cambiando de ritmo. Lorenzo, que de vez en vez hacía rondas, perdió de vista a don Alonso, e imaginando que se había retirado, sobre seguro por la incomodidad de ver a las indias encueradas bailando entre los carajos descubiertos y arrugados de sus hombres, le extrañó sin embargo ver a su mozo asomándose desde afuera de una tienda y, aunque muchos se turnaban para retozar un rato con las muchachas, no creyó que este fuera capaz de abandonar así a su patrón y, efectivamente, su incondicional sirviente resguardaba malamente la entrada, y empujado por el morbo, se sorprendió cuando el capitán Lorenzo lo hizo a un lado... Ahí estaba, el ilustre don Alonso de Rivadeneira, enredado con dos indias y como el resto de la plebe que ocupaba las demás tiendas, también estaba en cueros y borracho hasta las

manitas. ¡Ni siquiera advirtió su presencia! Lo dejó, y él prefirió sentarse a descansar un rato al lado del alférez González alrededor de una enorme fogata. Bebió un poco de brandy y escuchó coplas. Ya el frío de la noche se fue sintiendo y con la marea subiendo, los más ebrios se fueron quedando dormidos y los más desvelados siguieron alimentando la fogata. Ahí, con el capitán Lorenzo estaba la mayoría, y el alférez, señalando discretamente hacia los braceros humeantes, apuntó a don Alonso de Rivadeneira, cargado con trabajos por su mozo. Lorenzo suspiró y fue a verlo... Traía sin duda varias pruebas del amor que las indias de ahí solían marcar a chupetones: tres en el cuello y quién sabe dónde más. El pobre no podía mantenerse en pie y Lorenzo, molesto por su estado, prefirió llevárselo de ahí, a fin de cuentas, era su responsabilidad por haberlo invitado.

Susurraba incongruencias que nadie entendía y con fastidio lo subió a él y a su criado en su caballo. Anduvieron lento por el peso y para no hacer ruido por la aldea de tablas, subieron la colina hasta la parte superior de la calle. Llegaron a su casa y el criado fue el primero en apearse de un brinco, tocó suavemente la puerta mientras bajaba el bulto que era don Alonso y la sirvienta adormilada, entreabriendo la puerta, ¡Se despabiló en cuanto vio de quién se trataba! Ayudo al muchacho, pero se había hecho tan pesado, que Lorenzo tuvo que ayudarlos. Le hizo la seña a la mujer para que abriera la puerta de par en par pasando uno de sus brazos por sus hombros y se lo llevó hasta donde la mujer le fue indicando, iluminándose con una candela, adentro, como una aparición, Catalina le salió en bata y solo se miraron de pasada. Se hizo a un lado y dejaron a don Alonso acostado en una cama en una de las habitaciones vacías, acompañado de su criado, para que fuera él quien lidiara con su borrachera, le quitara las botas y le limpiara el vómito. Cerró lentamente la puerta y caminó por el oscuro pasillo delante de la criada, pero cuando llegaron a donde Catalina seguía inmóvil, esta fue despedida a su cuarto y los dos se quedaron parados, uno frente al otro sin decir nada... Miró hacia la salida, tan solo tenía que dar tres zancadas, pero no se movió, esperando que ella dijera algo.

—No te vayas. —susurró y, aunque él negó con la cabeza, o por su mente se le cruzó decir que no, su cuerpo decía lo contrario.

En medio de la oscuridad, percibió sus labios. Echó una mirada y apenas una pequeña candela iluminaba tenuemente la habitación detrás de ellos. Catalina recargó su cabeza en la pared y Lorenzo le rodeó la cintura, hundiendo la cara en su cabello... aun recordaba su aroma y con los ojos

cerrados acarició sus hombros descubiertos, recorriendo sus brazos y llevándose los tirantes entre los dedos. Besó sus labios, al principio suavemente, pero su deseo fue acrecentándose hasta llegar a la desesperación, como si los recuerdos de antaño afloraran en ese instante, pero no, Catalina lo apartó suavemente y él, embelesado, con la mirada suplicante, le rogó: "*Catalina...*", "*ven mi amor*", dijo ella empujando la puerta de atrás, puso el cerrojo y su respiración, la de los dos, retumbaba con el mismo ritmo. Instintivamente fueron atraídos a la cama y, sin decir nada, porque no hacía falta hacerlo, se abalanzó hacia él, besándose, él a ella y ella a él, acariciándose mutuamente. "*Ahhh...*", murmuraban sus cuerpos reconociéndose y Lorenzo, aferrándose a sus caderas, rodó hasta quedar encima, mientras ella se movía salvajemente y él, completamente extasiado, saboreaba con la lengua cada parte de su piel. "*Soy tuya Lorenzo, solo tuya... soy tu mujer, soy tuya...*", repetía Catalina con una vocecita en tanto su corazón marchaba desaforado, hasta que, se rindió... Exhaló sosteniéndose de sus brazos con su cabellera colgando y, levantando lentamente la mirada, encontró los ojos de Catalina...

Cerró sus ojos y ella, sosteniendo su cara entre las manos, lo obligó a que la mirara.

—¿Es culpa la que sientes? —preguntó molesta y como no contestó, ¡le soltó una bofetada! Se liberó de su cuerpo y se metió entre las sábanas cubriéndose hasta el cuello—. Eres un cobarde Lorenzo.

Tampoco respondió, pero se sentó en el borde del colchón alcanzando su ropa. Comenzó a vestirse y Catalina, completamente desnuda, abrazó su espalda.

—Perdóname Lorenzo, no te vayas por favor, yo te amo, te amo, quédate conmigo... —suplicó llorando y Lorenzo, aun sin camisa, solo pudo cerrar los ojos.

—¿Qué esperas que haga Catalina?, tú tenías razón, no puedo resistirme a ti... —dijo con voz tranquila, pero sí, estaba decepcionado de él mismo—. ¿Qué quieres?, ¿Que abandone a mi esposa, a mis hijas? ¿Que deserte a mi cargo? ¿Quieres qué cometa traición a mi patria y me escape contigo? ¿Qué será de mí entonces y de ti por pedírmelo? —suspiró y se levantó violentamente. Su tono de voz cambió de ser suave a seca y agregó—: Desde que te conocí quise estar contigo, lo sabes, hacer bien las cosas, pero tú, tú lo preferiste, tú fuiste la que decidió...

Catalina no podía hablar, un nudo en la garganta no la dejaban emitir

palabra y él terminó de vestirse...

—No entiendes Lorenzo, sin él no te hubiera conocido. —dijo entre sollozos, pero él meneó la cabeza sin saber de lo que hablaba, tampoco le interesaba.

—Entonces Catalina, culpa a la suerte, a Dios o al destino, qué se yo, no me importa. —Amarró fuertemente su cinto y acomodó su espada, luego remató —: Si es verdad lo que dices, que me amas... vete de Villa Rica.

Catalina entrecerró los ojos fuertemente, pero una lágrima logró escapar.

No detuvo a Lorenzo.

Escucho su caballo relinchar afuera y fuertes galopes se perdieron en la distancia.

Mi princesa

Antes de mediodía del martes, la misma semana de la gran embriaguez, llegó a Villa Rica desde Xilotepec Juan de Xaramillo con su hermano Alejandro y su comitiva, compuesta por diez de sus mejores soldados. No bajaron al muelle, si no que se desviaron a las casas de arriba y esperaron a que Lorenzo les diera recibimiento. Lo hizo, y ellos, que desde el principio que se conocieron se habían agradado mutuamente, se saludaron con un abrazo. Los pasó a su casa, a ellos dos, porque la comitiva se quedó afuera resguardándolos. Los esperaban y sabían que cualquier día de esa misma semana se aparecerían y mientras las mujeres hacían su entrada, se acompañaron también del alférez González y conversaron de lo que acontecía últimamente en cuanto a las reformas políticas y las acciones de seguridad que el regente, que seguía siendo Alonso de Estrada, había impuesto, para evitar más sublevaciones. Hablar de política encantaba a Juan y, Lorenzo le advirtió antes a González que tuviera cuidado de contradecirlo y si acaso le llegara a molestar las pestes que seguramente Juan proferiría, lo ignorara, al fin y al cabo, todos estaban de lado de Hernando. “*Yo no*”, había dicho el alférez que, a diferencia de muchos, le gustaba estar bien informado y según su juicio, Estrada era buen líder y poco valorado. Lorenzo le aconsejó: “*Por hoy sí alférez. Dejemos el protagonismo a quien lo merece, a Rebeca, que es por quien vienen*”, y el aceptó.

Después de casi dos horas desde su llegada, irrumpió en la sala un olor a jazmín que Alejandro reconoció y en fila entraron las tres damas: Lucía a la cabeza, enseguida Isabel y por último Rebeca. Las recibieron de pie y ellas respondieron con una ligera inclinación.

—Es un honor que nos visite señora, estas tierras guardan todavía el recuerdo de su bondad. —dijo Juan dirigiéndose a Isabel.

—Don Juan de Xaramillo... —contestó aceptando su mano que él gentilmente tomó—. ¿Por fin se terminó la guerra?

—Estamos en tiempos de paz señora. —respondió con un dejo de ironía y tanto Lorenzo como el alférez sonrieron.

Isabel saludó a Alejandro, que luego de las presentaciones se mantuvo en completo silencio y pudo ver porque Rebeca estaba encantada con él. Era precisamente muy apuesto, pero según su experiencia, eso no siempre resultaba de buen augurio. Disfrutaron de los aperitivos que Lucía ofreció y Juan, resaltando entre todos por ser el que más hablaba con esa voz grave y recia que tenía, alabó el trabajo de Lorenzo y la acertada construcción de la muralla, pero Isabel, aunque parecía muy interesada en su parecer, no lograba encontrar el tiempo para hablar a solas con su hermano, así que haciéndolo ella misma, sacó partido del instante en que Lucía ofrecía unos ricos montaditos de pan, queso y aceitunas.

—¿Haría favor de acompañarme don Alejandro? —exclamó abriendo su abanico—. Me gustaría tomar un poco de aire fresco si no les molesta.

Alejandro se levantó tímidamente, ante las miradas silenciosas de todos y esperaron hasta que dieron la vuelta con dirección al patio para reanudar con la plática y la degustación de los deliciosos calamares al ajillo que Lucía también había preparado. Afuera en el patio todo estaba cambiado de como él lo recordaba, sin el sillerío de la última reunión y las ramas extendidas de los dos árboles que parecían tomarse de las manos, brindaban una fresca y reconfortante sombra... Debajo sobre el suelo pavimentado, una sala de jardín con sillas entretejidas invitaban a sentarse y enfrente de ellos, el enorme arenero perfectamente rastrillado y húmedo, rodeado de verdes setos, brillaba por los rayos del sol que estaba en todo su esplendor con una sombra mínima en las paredes del costado.

Alejandro esperó que Isabel se sentara y también esperó de pie, a que una de las sirvientas, enviada por Lucía, sirviera aguamiel en jarritos de barro con fruta finamente picada al fondo. Se le hizo eterno ese momento y parecía que la muchacha tardaba demasiado en acomodar dos simples cucharillas entre las servilletas... El cielo azul de la tarde estaba totalmente despejado y una brisa fresca apenas se sentía provocando un suave murmullo entre las hojas de los árboles. Por fin la joven se retiró y él se sentó frente a Isabel, que no había dejado de mirarlo y hasta disfrutó el nerviosismo que a leguas se le notaba. Le pareció un punto a su favor y se preguntó cómo era posible que esos dos fueran hermanos.

—Seré directa don Alejandro. He leído lo que le ha escrito a mi hija. —dijo Isabel y hasta entonces los dos se miraron a los ojos—. No voy a negarle mi preocupación y le disculpo a Rebeca que, a causa de su inocencia, se le haya hecho fácil contestar a sus cartas, ¿pero usted?

—Nunca fue mi intención sacar oportunidad de la confianza del capitán Lorenzo señora.

—¿Y sus pretensiones?

—Le aseguro que son totalmente desinteresadas. —contestó con seriedad—. Doña Rebeca no ha pecado más que por su generosidad y en ningún momento he pretendido sacar provecho de ello.

—Sincérese conmigo don Alejandro y dejemos de lado la evidente belleza de Rebeca... ¿Por qué está usted aquí y qué espera obtener de todo esto? En su última carta decía que quería platicar con ella y eso no es correcto. Debíó pedir permiso a su tutor desde el principio.

—Sí... —murmuró—, me aventuré a pedirle que me recibiera y le pido perdón por eso, porque apenas veo mi insolencia y, sobre a lo que espero... pues, no me he atrevido a esperar nada. Su pensamiento, ingeniosidad y gracia no tienen límites y aunque es más joven que yo, tiene tales opiniones, que cuanto mucho pretendí el favor de su afecto.

Isabel suspiró sin quitarle la vista de los ojos, buscando un rastro de embuste, pero él parecía legítimamente apesadumbrado.

—¿Y no le temé?, —preguntó ella—. A una mujer pensante. No es una virtud que muchos hombres aprecien.

—Al contrario, señora, doña Rebeca ha contribuido desde que la conocí a mi sabiduría. Yo apenas sabía escribir mi nombre, pero con tal de intercambiar unas palabras con ella, me decidí a aprender y he practicado sin cesar mi lectura y escritura.

—¿Y cuál sería el caso de permitirle continuar con esta supuesta amistad?, sepa que Rebeca tiene muchos pretendientes en San Cristóbal esperando su regreso y eso que apenas se ha presentado en sociedad.

—Señora, —dijo Alejandro sosteniendo la respiración, luego, exhalando suavemente, agregó—: Su hija me ha cautivado. No encuentro otra manera de describírselo. Nunca en mi vida y se lo digo con el corazón en la mano, he sentido tanta ilusión por volver a ver a una mujer... bueno, usted ha leído mis cartas. No escondo nada, soy quien usted ve, ni más ni menos y sí, estoy consciente de lo que dice. ¡Por supuesto que San Cristóbal ha de estar a sus pies! ¿Quién no lo estaría?, pero yo doña Isabel, así como me ve, estoy

dispuesto a entrar en la contienda si es que ella me concede tan solo un mínimo de su cariño. —Isabel levantó la barbilla, pero él no paró, estaba muy seguro que debía aprovechar esa oportunidad y quiso arriesgarse—. Rebeca para mí es una princesa y yo, soy su humilde siervo.

—Princesa...

—Lo es señora y sería el hombre más feliz sobre la tierra si fuera mía, si fuera mi princesa.

Isabel trató de contenerse y Andrés de pronto se hizo presente en sus palabras... Era él quien la llamaba '*mi princesa*' y su silencio le hizo pensar a Alejandro que probablemente se había pasado de la raya, que tal vez la había ofendido. No supo qué decir y cuando Isabel se puso de pie, creyó que había cometido un error garrafal siendo tan sincero. A fin de cuentas, ¿quién se había creído él para merecer a una princesa como Rebeca? Caminó detrás de ella hasta la sala donde estaban los otros y cuando entraron todos guardaron silencio, expectantes... Lorenzo rompió y siguió con la conversación que tenían, sobre si era viable para el crecimiento del Imperio, la mezcla de razas y así como con el tema de Estrada, el alférez se guardó su opinión al respecto.

Cuando Lucía indicó, Lorenzo invitó a todos al comedor y de camino, Juan le hizo una seña a Alejandro para saber cómo le había ido, pero él se encogió de hombros, imaginando que regresarían más pronto de lo que habían pensado y en el umbral, cada uno esperó su turno para sentarse donde Lucía les iba indicando, dejando a Rebeca y a Alejandro, sentados uno frente al otro. Así lo hizo Lucía a petición de Isabel, porque quería ver qué sensación tenía al verlos. Si erraba en su juicio, su intuición, que muy poco le fallaba, le daría la respuesta. Probablemente el capitán Diego, siendo tan metódico se lo habría reprochado, pero lo que ella vio, la convenció. No hacía falta ser un adivino. Sus miradas fugaces, sonrisas ocultas y los ojos de Rebeca, gritaban un enamoramiento que parecía estar retoñando y, los ojos de su pequeña niña; ese brillo que alguna vez reservó solamente para su padre y para don Diego, ahora se reflejaban en el hombre que tenía al frente y ella lo vio a él envuelto en ilusiones, olor a jazmines, sueños eternos y suspiros que viajaban en cuestión de segundos desde Xilotepec hasta donde ella se encontraba.

Isabel estaba sentada al lado derecho de Lorenzo y antes que sirvieran el plato principal, le susurró algo al oído y este, asintiendo, golpeó delicadamente su copa con la cuchara.

—Estamos entre amigos. —Comenzó Isabel pasando con la vista a los comensales— Todos conocen la naturaleza de mi presencia y por eso no tengo

ningún remilgo en hacer pública ante ustedes mi resolución... —Juan, sentado al lado derecho de Lucía aguantó la respiración, cosa rara en él, que nunca se ponía nervioso—. Don Juan, —dijo Isabel dirigiéndose primero a él—. Estoy aquí solo por la merced de mi esposo, don Diego de Rodríguez y como supondrá, no hay nada más importante para nosotros que la seguridad y felicidad de Rebeca... Hasta ahora, don Alejandro fue imprudente, —volteó su mirada para posarse ahora en Alejandro y él espero lo peor—. Sin embargo, ha guardado buen decoro y no hay quien tenga algo en su contra, por eso doy mi bendición para que él la corteje *bajo supervisión*. —dijo remarcando estas palabras—, por un plazo de seis meses y solo entonces y únicamente don Diego será quién de la última palabra, que como usted comprenderá, —Volvió la vista de regreso a Juan—. Tiene solo él la potestad de otorgar.

Juan buscó la aprobación de Alejandro y este asintió con un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Estamos conformes señora, que sea como usted ordene. —contestó Juan levantando su copa y Lorenzo lo secundó.

Brindaron con la copa en lo alto y continuaron con el platillo principal: pescado al carbón acompañado con un delicioso aderezo, arroz y verduras al vapor. Al terminar, mientras disfrutaban el postre, Isabel les permitió un momento a solas a la feliz pareja y, con *a solas*, se refería a que los acompañaría en el patio, sentada a dos pasos de distancia de Rebeca.

A esa hora, los rayos del sol se habían recorrido hasta los muros, lejos del arenero y había más sombra. Isabel cerró los ojos dejando que la brisa fresca, proveniente del mar, la acariciara y se recargó por completo en la cómoda silla.

—¿Está conforme mí señora? ¿Puedo llamarla así, como mía? —susurró Alejandro acercándose a su oído, provocando con su cercanía que Rebeca se sonrojara. Ambos miraron a Isabel, pero ella seguía plácidamente con los ojos cerrados.

Los brazos de los sillones individuales chocando por la esquina los invitaron a tocarse y sus dedos caminaron encontrándose. Apenas se rozaron, pero la hizo estremecer. Sentía él desesperación por tocarla y cerciorarse si era real o solo una fantasía. ¡Le parecía mentira tenerla ahí tan cerca! Apenas unos días atrás se había sentido terriblemente triste y ahora, al ver a Rebeca, se le figuró que era aún más bella que la última vez.

—Todo sucedió tan rápido... —dijo ella—. ¿De qué hablaron? —señaló a

su madre inmóvil, desconcertada por su repentino cambio de parecer, pero él solo respondió con una sonrisa—. Está bien, no le insistiré, ¿cree que yo sea del agrado de su madre? —preguntó con inocencia y él, recordándola, bajó la mirada.

—Mi señora... mi madre murió hace unos días. —murmuró y Rebeca, asombrada, se llevó las manos a la boca. Isabel también había escuchado, pero no quiso interferir, quería saber más de él, más de su carácter—. Pero no, no se aflija por favor y le suplico no le diga a los demás; ahora me siento tan feliz que odiaría entristecerlos y si acaso se lo revelo a usted, es para no mentirle, pero si quiere saber la respuesta... sí. Antes le hablé a mi madre de usted y al principio pensó que estaba loco, que era producto de mi imaginación por la forma en que la describí. —Rebeca se sonrojó apenada y él intentó otra vez tomar su mano. La levantó con delicadeza y la acercó a su boca para besarla, tan suave y tan silenciosamente que provocó que Isabel abriera los ojos ante tanta quietud. No lo vio, pues fue tan solo un instante, pero suficiente para él, que, al sentir la suavidad y calidez de su piel, comprobó que era real.

—¿Me escribirá pronto? —preguntó Rebeca para distraer su propia agitación que le habían dejado sus labios.

—Vendré a visitarla Rebeca. Ahora que tengo el permiso de su madre, no quiero perder oportunidad de ver esos preciosos ojos. —susurró ante la sonrisa oculta de Isabel—. Encontraré la manera de acortar las distancias, se lo prometo Rebeca, nada me detendrá, se lo juro.

Grande es el hombre que inspira a otros

Isabel regresó a San Cristóbal con tristeza en el corazón por dejar otra vez a Rebeca y, a pesar que confiaba plenamente en Lorenzo y en Lucía, le hacía mucha falta platicar con ella. Extrañaba su risa, sus ocurrencias, hasta discutir de temas tan superfluos como lo eran el clima o una danza de moda. En su recorrido de regreso, más tranquilo que de ida, pensó en lo que don Diego le había dicho referente a la edad que tenía cuando se desposó de Andrés y sí, reconoció que había sido incluso seis meses más joven que la edad en la que se encontraba actualmente Rebeca, pero se lo guardó para ella sin querer mencionárselo. Había cosas que ella pensó que era mejor que don Diego ignorara y su vida anterior con Andrés era una de ellas. Su vida era otra en el Nuevo Mundo y en ese mundo que don Diego le había dado, solo estaba él. Así era ella, por eso lo extrañaba...

“Queda relevado de su puesto alférez”, le dijo don Diego cuándo arribaron a La Habana. *“Desde ahora yo me hago cargo de esta mujer”*. ¡Lo abrazó! Poco le importaron las murmuraciones. Sin embargo, las murmuraciones eran de admiración: *¡Qué bonita pareja hacen el capitán Rodríguez con tan bella dama!*, y, *¡Cuánto amor se profesan uno al otro!* De regreso a su vida cotidiana, notó rara a Juliette, demasiado cansada y a solas, lo consultó con Fernando.

—No lo había notado madre, pero ahora que lo dices, últimamente ha estado abochornada por este calor.

—Tal vez no sea el calor.— dijo Isabel, y él presintiendo que su madre algo tramaba con ese tono de voz, le contestó suspirando:

—Si lo que insinúas es que puede estar preñada, déjame sacarte esa duda, porque no es posible. —Fernando se recargó en la silla pensativo, buscando la manera de explicarse—. Ya sabes que se la robaron muy joven y... ella misma

me lo confesó que seguramente le estaba negada la gracia de concebir porque nunca pudo.

—No se Fernando, yo nunca me equivoco y si antes no pudo, probablemente ahora sí. —afirmó muy segura y Fernando esbozó una gran sonrisa que rápidamente apagó. No quería ilusionarse, pero cuando el médico lo confirmó... ¡Se pusieron los dos muy contentos!

Diez semanas aproximadas, dijo don Javier de Ibarra. Sin embargo, había un pero y es que notó demasiado débil a Juliette: "*Guarda reposo señora, buen sueño y mucha agua*", recomendó el médico y, "*pobre Juliette*", pensó Fernando atascado en su interminable trabajo.

A falta de Rebeca, Isabel encontró en Juliette una hija sustituta y la entretenía —y se entretenía—, con distintas actividades y ya que tenía prohibido asistir al hospital y ya que Juliette sabía hacer tan pocas cosas básicas para una joven de su edad por el encierro en el que vivió carente de cuidado y enseñanza, pensó Isabel que era buen tiempo para aprender y fue así como se convirtió en su tutora y aprendió a bordar, cocer, remendar, escribir y leer. Pasaban todo el día juntas y desaparecía cuando Fernando se hacía un tiempo para ir a verla. Así hicieron un montón de servilletas y pañuelos y poco a poco, los trazos torpes y mal-hechos, se fueron enderezando; tanto los de la pluma como los de la aguja. Practicaron su dicción y los ejercicios de Isabel la ayudaron a relajarse cuando estaba sola porque le avergonzaba mucho hablar tan mal el castellano y por eso Isabel la animó a repetir continuamente ciertas palabras en una misma oración. Trabalenguas, para que así se le fuera soltando la lengua.

*“Ni arrastrada un pastor llevar podía,
a una cabra infeliz que oía amante,
balar detrás al hijo, que, inconstante,
marchar junto a la madre no quería...”*

A Fernando le daba mucha risa escucharla, pero ella en cambio se lo tomaba en serio y con el tiempo pudo corregir la pronunciación de la *doble r*, harta hasta el cansancio de que la gente la mirara extraño cada que abría la boca y Fernando, envuelto en trabajo, seguía empaquetando y categorizando todo lo que tenía de La Florida para enviarlo a don Diego de Rivero. Con Pánfilo de Narváez perdido oficialmente en el mar, las exploraciones dejaban de nueva cuenta un interludio, mientras encontraban un nuevo capitán, juntaban

nuevos barcos y reclutaban más soldados. "*¿Ahora qué va a ser de mí?*", se preguntaba Fernando y, aun sin terminar de archivar, recibió inesperadamente respuesta a esa pregunta, por una carta relativa a una nueva misión... No decía gran cosa, solo se mencionaba en la misiva que su nuevo dirigente lo contactaría apenas llegara a Santiago de Cuba. Un tal Nuño de Beltrán, que tenía como comisión la gubernatura de la primera villa española en tierras mexicas, nombrada Santisteban del Puerto ubicada al norte de donde estaba Lorenzo.

—No te lleves a Juliette. —aconsejó Isabel—. Aunque la lleven en camillas, te lo digo por experiencia propia, es sumamente incómodo y puede caerse. Aquí se agota con solo subir las escaleras, imagina un viaje de esa magnitud... Si la dejas podrás concentrarte, además, yo la cuidaré por ti. —dijo cariñosamente, viendo la decepción que eso le producía a su hijo. Por otro lado, tenía sentimientos encontrados; por uno le apenaba dejar a Juliette y por otro, le emocionaba salir a explorar. Ya había tenido suficiente encerrado en el despacho y la oportunidad de recrear nuevos mapas nunca antes hechos, lo entusiasmaba sobremanera.

Hizo su equipaje, llevando todas las herramientas de trabajo que se le ocurrió podría necesitar: papeles de distintos tipos y tamaños, plumillas, tinta china y roja, brújulas, libros y diarios en blanco. Antes de irse, le dio al capitán un regalo que había preparado con anticipación y, queriendo expresar su cariño por tantas cosas que había recibido de él. Hizo un gran mapa de la isla de Cuba, de doscientos centímetros de ancho, por sesenta y cinco centímetros de largo, orientado con media lis y longitud occidental de Cádiz. En la esquina izquierda tenía la referencia de las poblaciones, caminos y tipos de tierras y al reverso una pequeña dedicatoria escrita con su mejor caligrafía:

*“Para el Gran Capitán Diego de Rodríguez,
‘Grande es el hombre que inspira
a otros a aprender y ser mejor’.
Espero algún día ser un líder como usted.
Fernando de Estévez”*

Arribó a Santiago con una profunda melancolía...
Su preciosa ninfa *Calixto*.
Su estrella, su constelación.

Ya la extrañaba.

Se le ocurrió visitar a doña María de Ibarra para distraerse y mientras le daban razón de su nuevo empleador, de camino, se enteró de ciertas novedades no tan buenas como quisiera y supo que don Alfredo de Osuna, el duque, había sido detenido. Resultando en un arresto domiciliario y tal como había vaticinado el almirante Sancho, la fortuna a la que ascendían sus deudas lo había por fin superado y su cargo, invalidado por Su Majestad, estaba vacío por el momento, siendo por lo pronto el capitán Enrique de la Cueva su sustituto, en lo que mandaban desde España un nuevo factor. Don Alfredo, totalmente en la ruina, había pedido que lo regresaran a la Madre Patria pero la reina no quería saber nada de él y no tenía respuesta alguna... ¡Con más razón quiso visitarlos! Pobre de doña María.

La casa, antes vestida y amueblada ricamente, la encontró semi-vacía, sin rastros de la comitiva que acompañaba a todas partes a don Alfredo, ni servidumbre, con apenas una criada que el capitán De la Cueva hizo en dejar, para que les cocinara y ayudara en los trabajos básicos de la casa. Los muebles importados y las alfombras chinas habían desaparecido, dejando en su lugar dos silloncitos de segunda y doña María de Ibarra, que ante toda vicisitud no perdía las buenas maneras, aceptó recibirlo y lo pasó a un pequeño salón en el que todavía tenía muebles. Le causó mucha pena verla con su cara demacrada, pero la admiró, porque seguía luciendo tan elegante y digna como siempre.

—Disculpe a don Alfredo por favor, no se ha sentido bien últimamente y prefiere no ver a nadie. —Se disculpó la señora—. Pero me da mucho gusto verlo. ¿Esta vez no vino doña Juliette? —preguntó mientras le servía té de una hermosa tetera que logró conservar por sus propios méritos. Se notaba verdaderamente contenta de tener visita, seguramente, pensó Fernando, hasta sus vecinos y amigas habían dejado de ir a verlos.

—Está en estado de preñez doña María y como imaginara, estamos muy felices.

—¡Pero que felicidad don Fernando, gracias a Dios por tan buenas noticias! Dele mis saludos cariñosos en cuanto tenga oportunidad.

—Gracias señora, es tan amable, ojalá pudiera hacer algo por ustedes... Dígame por favor doña María, si algo puedo hacer. —Trató de no ofenderla, sabiendo que en cualquier momento tendrían que mencionar el infortunio en el que vivían y la mujer sacándose un pañuelo que tenía insertado en el guante,

limpió sus lágrimas que brotaron instantáneamente.

—Gracias por su compasión don Fernando, pero no... estamos esperando a que Su Majestad nos de la venia para partir a España, pero no llega... ya nos embargaron todo lo que teníamos, ¡hasta las joyas de mi familia! No nos queda nada y para colmo aun no se ha pagado toda la deuda, así que, haber venido a vernos ya es un gran gesto de su parte. —dijo con una sonrisa forzada.

Fernando no se quedó mucho tiempo y se fue sin ver al duque, que nunca salió de su habitación.

En el cuartel le avisaron al otro día que don Nuño estaba listo para recibirlo y nervioso se arregló lo mejor que pudo, con las ropas del sastre de Lisboa. Salió rumbo a la casa del obispo donde se albergaba, sin querer demorar más la entrevista. En cuanto entró hizo una reverencia, yendo a besar en primer lugar la manga sagrada del cura y de paso la del capellán. Don Nuño fue inconfundible; de estatura promedio, con barba espesa y oscura y un porte algo exagerado, se presentó por sí solo. Fernando ya había conocido en la Casa de Contratación de Sevilla a gente proveniente de la corte de Madrid y su presuntuosidad se le hizo completamente normal. También estaba presente el almirante Sancho Pérez de Loyola y ellos se saludaron como hacían los militares: con la mano recta a la derecha de la sien.

—Don Diego de Rivero lo ha recomendado ampliamente y me place por fin conocerlo. —expuso don Nuño.

—Es mi placer servirlo señor gobernador. —contestó el muchacho y quiso agregar el título de gobernador, porque el capitán De la Cueva le informó que precisamente había sido nombrado gobernador de Santisteban del Puerto, donde sea que fuera eso y ese detalle le gustó a Nuño.

—El almirante Sancho, —agregó señalándolo con la palma de la mano—. Nos hará favor de escoltarnos con su ejército hasta Villa Rica y desde ahí a Santisteban del Puerto. —Fernando asintió.

—Don Diego de Rivero mencionó que estaba recién casado, ¿no viene su esposa don Fernando? —preguntó el obispo que también era nuevo.

—No su señoría, está en estado y como es joven y primeriza, no quise arriesgarla. —contestó y el otro convino estando de acuerdo.

—Ya mandara por ella. Santisteban es la primera villa española de la región y seguramente se sentirá como en su casa. —sonrió el obispo y Fernando no quiso ni mencionar su procedencia.

—Mañana salimos don Fernando, solamente quería conocerlo antes. —dijo acariciándose la frente. Todavía estaba pálido por la modorra que supo que

sufrió y Fernando salió tras una profunda reverencia. El almirante Sancho lo alcanzó y se encaminaron juntos al cuartel.

—¿Qué te parece he?, como en los viejos tiempos. —exclamó Sancho animado—. Vamos a ver qué tienen esas tierras que ha todos vuelven locos, pero, tú ya estuviste allá, ¿hay algo que necesito saber? —Fernando se detuvo reflexionando y dijo:

—Sé que las civilizaciones son mucho más avanzadas que estas islas, que hay grandes ciudades y por lo pronto los naturales convergen en armonía con los castellanos, pero de ahí a más, no sé. No sé hasta donde se extienden y según he escuchado, Cortés ha seguido la conquista por el sur.

—Don Nuño viene a restituir a Hernando. —reveló Sancho con una sonrisa burlona—. No muchos lo saben, pero el reinado de sus huestes se acabó. —dijo pasando su dedo pulgar por el cuello simulando un cuchillo.

Llegaron al cuartel y Sancho le invitó una bebida, que aceptó, solo para saber un poco más y, desde ya conocer sus verdaderos propósitos.

—A la gente la seleccionaron cuidadosamente y yo le conté a Beltrán que no le tienes afecto a Cortés... Eso le gustó. —exclamó como si fuera una virtud—. Ya lo conocerás, es muy desconfiado, todo lo investiga. ¡No en vano su padre es alguacil de la Santa Inquisición! —Fernando sintió como si un balde de agua fría le hubiera caído encima. Pretextó ir a empacar sus cosas que tenía todas regadas y se acostó pensativo en la cama.

Muy temprano, de mañana, se embarcó, juntándose con el resto de la compañía: el almirante Sancho, por supuesto alistando a sus soldados; don Nuño y otros cuatro licenciados que según fueron presentados como *oidores* del rey y que, así como Nuño venían de Madrid y como él, su florido y entonado lenguaje le hicieron los saludos correspondientes. En poco tiempo, por ser un bergantín exclusivo para ellos, partieron de Santiago. Casi al anochecer se toparon con dos barcos y don Nuño preguntó por qué razón estaban detenidos en medio de la nada y fue Fernando quien se adelantó para explicarle, señalándole el este.

—Son barcos vigía señor, resguardan la seguridad del paso por los corsarios que rondan La Habana... ya verá cuando pasemos cerca los saludos que nos hacen. —dijo y Nuño parecía muy interesado, con una infantil impaciencia—. El capitán elevará en lo alto la bandera como respuesta. —Efectivamente, a lo lejos uno de los barcos hizo tres disparos al aire y desde su bergantín ondearon la bandera española—. Ellos llevan un registro de los

barcos que pasan por esta vía, normalmente son los mismos que transitan de ida y vuelta, pero si un barco no se identifica, ellos descargan sus andanadas apreados para demostrar que no son hostiles y, si aun así no reciben contestación... los pueden atacar. Van bien pertrechados para cualquier embate.

Don Nuño y el licenciado que lo acompañaba, observaron detenidamente los barcos que poco a poco se fueron empequeñeciendo y Sancho, aburrido con la plática, se alejó.

—Me han dicho que el capitán Diego de Rodríguez ha hecho un extraordinario trabajo en la capitanía de La Habana. —comentó uno de los licenciados.

—Sí señor. —contestó Fernando lleno de orgullo—. Es un capitán de mar y tierra muy experimentado.

—Él responde a mi teoría. —argumentó Nuño—. La muestra que el capitán Diego sea tan efectivo en su trabajo es que es un hombre estudiado, con impecable carrera militar y según sé, un hijodalgo del Reino de Castilla... No está impulsado por las vulgaridades de la plebe, en cambio, no puede suponer que un advenedizo que solamente busca obtener un título, gobierne de manera apropiada una ciudad o, ¿usted qué opina Fernando? —Lo tanteó y el muchacho no quiso sacar a relucir a don Alfredo de Osuna para no darle la contra a su teoría, al parecer, la gente rica y estudiada también podía ser una vergüenza, pero él indudablemente se refería a Hernando de Cortés.

—Tiene razón señor, la calidad de una persona para gobernar debería estar muy por encima de los deseos propios por obtener beneficios personales de título o riqueza. —contestó con astucia y el licenciado Domínguez también estuvo de acuerdo.

—¿Qué opinión tiene de Cortés? —preguntó Nuño con ojos calculadores y Fernando pensó cuidadosamente su contestación.

—No me considero un simpatizante, aunque debo reconocer que ha logrado pacificar a miles de indios sin mayores tropas españolas. —Nuño hizo una mueca de descontento y el licenciado añadió:

—También hizo muchas promesas que ya no puede cumplir.

—Yo diría que ha tenido más que suerte y se vanagloria en vano. Ahora vea los resultados... una tierra ingobernable donde los nuestros se están asesinando. —concluyó Nuño.

Corrida de toros

Juan garantizó a Isabel que su hermano le aseguraría un buen futuro a su hija y que él lo haría dueño de una merced de grandes extensiones de tierra, animales y gente para trabajo. Se despidieron en buenos términos y cada uno partió satisfecho. Ella con la esperanza que esos seis meses le darían tiempo suficiente para encausar el destino de Rebeca y él, porque sentía que una mujer es lo que le hacía falta a su hermano.

Ya iban llegando a Tlaxcallan, cuando un guardia de Lorenzo los alcanzó a toda prisa. Les dijo que se desviarán a Cempoala, porque Hernando tenía poco de haber llegado y a Juan le dio tanto gusto, ¡que, sin pensarlo dos veces, apretó el paso y se regresaron!, doblando las diez horas que ya tenían recorridas. A su paso, ¡hicieron seis!, y tanto Alejandro como los caballos llegaron con la lengua de fuera. “*Qué necesidad...*”, lo amonestó Alejandro molestó. “*No es que Hernando se fuera a desaparecer de un día a otro*”.

En la pequeña comunidad, sintieron de golpe la fiesta, con la casa de Hernando atiborrada de gente que le llevaban regalos, entre lo que se contaba; guajolotes, plumas de muchos colores, pájaros enjaulados, cántaros de plata, cántaros con oro, cántaros de barro con pulque adentro y platillos y bandejones de fruta.

Los dos amigos se abrazaron de tanto gusto por verse de nuevo.

—Te noto flaco Hernando. —exclamó Juan, así como era de claridoso.

—Casi muero, si no fuera por un milagro, ya no me cuentas en este mundo. Nos perdimos por muchos días y por gracia de Dios hayamos camino. Mira los huesos en los que ando...

—Pero ya estás aquí amigo y gracias a Dios que mis ojos te ven otra vez. ¿Ya viste cómo te quieren los indios?, las calles están recubiertas de flores.

—Al parecer solamente los indios Juan, mis compatriotas me quieren

colgar. Ya veraz tú la fiesta que hacen si llevo a faltar. Dime, ¿dónde está Estrada y por qué no ha venido a verme? ¿Sabes tú cuántas quejas me han venido a dar desde que llegué? El muy cabrón rompió los tratados que hice con los jefes y ahora ya no sé si me debe dar gusto su alborozo o debo temer que me vayan a linchar y con lo malo que ando...

—Vamos a Tenochtitlan a buscarlo, yo voy contigo. —dijo con ganas de ponerle las manos encima, pero Hernando solo se rascó las barbas.

Esa noche se quedaron ahí a dormir, pero Alejandro prefirió quedarse en los establos a atender a los caballos. No le gustaba estar entre tanta gente y tampoco quería meterse en los asuntos privados que su hermano traía con Hernando. Lo perdonó, más por lo que había hecho por él, respondiendo como lo hizo con Isabel.

En la mañana, Hernando junto con Juan encabezaron la salida de Cempoala hacia Tenochtitlán. ¡A donde quiera que había gente, salían a saludarlos y les aventaban flores!, todos querían constatar que Hernando estaba vivo y que al fin había regresado. Casi llegando a Texcoco, Rodrigo de Albornoz fue a recibirlo, lo acogieron como un rey tanto por los españoles que ahí residían, como por los indios y se les fueron sumando a la comitiva, así que cuando entraron a Tenochtitlan, venían cientos de gentes atrás de ellos y Alonso de Estrada no tuvo más remedio que ir a recibirlo. Declararon día de fiesta en la ciudad y como Hernando era muy devoto, primeramente, quiso dar las gracias a Dios, besando el suelo del Convento de San Francisco antes de entrar. Ahí comieron y descansaron y como en la noche había fogatas por todas partes, a Alejandro le dio por salir a pasear. Nunca había estado en esa ciudad y le parecieron impresionantes los templos y construcciones, algunos todavía completos, pero la mayoría estaban totalmente destruidos, con marcas claras de la guerra que Juan tanto mencionaba y hasta algunas veces, hasta pensó Alejandro que exageraba al expresarse así de una ciudad, que, según él, resplandecía de tanto oro que tenía... Ahora comenzaba a creerle y aún con los despojos que quedaron de ella, se quedó anonadado por las enormes figuras amontonadas que figuraban serpientes, jaguares y seres fantásticos con rostros humanos y cuerpos de diversos tipos de animales. ¡Daba miedo caminar por ahí en la oscuridad!, y no supo él como fue que llegó tan lejos... Las paredes agujereadas descubrían túneles secretos y los tenebrosos callejones lo llamaban y Alejandro, como empujado por un encantamiento, se fue adentrando lejos de las fogatas y de la fiesta, de las antorchas y la música. En su andar se topó con enormes indios, que ocultos en la oscuridad, parecían

ser espíritus de otros tiempos y sus miradas perdidas, le provocaron tanto miedo, que en un momento se vio a sí mismo perdido. No supo cómo llegó ahí y, ni la luna que, según él había visto antes, no estaba en ninguna parte, solo sombras y una profunda oscuridad. Quiso gritar por ayuda, ¡alguien!, pero no, ni su garganta respondía. Hizo por caminar, pero las paredes se atravesaban, o acaso era él que no las percibía. El aire le faltaba y pensó que enloquecía, ¡pero escuchó sonidos!, ¡sí!, pensó en seguirlos y pudo distinguir que el ruido que escuchaba eran murmullos, ¿pero de dónde venían? Un sudor frío recorrió su cuerpo y se sintió observado, como si lo estuvieran guiando a un lugar específico y paredes inmensas parecían levantarse a su paso. Tuvo que detenerse para no caerse de lo mareado que se sentía y sí, se sentó en lo que parecía una plataforma... Cerró los ojos y comenzó a rezar... “*Santa María, madre de Dios... ¿qué sigue?*”, no recordaba nada y miró sus manos húmedas, ¿acaso era sangre?, ¿dónde carajo estaba? ¡Se levantó de un brinco! Vio sombras, Escuchó tambores. ¡Estaba aterrado al ver que un cuchillo, el más grande que él hubiera visto en su vida, apuntaba directo a su corazón hambriento de sangre, de su sangre! Recordó a Rebeca. No, no podía morir y menos en una pesadilla como esa. Algo debió haber comido, algo le debieron haber dado... Corrió como alma que lleva el diablo y logró salir por la calzada donde una tercia de indios tocaba caracoles, pero se callaron al verlo. No les dio miedo, más bien les pareció que probablemente andaría borracho y se burlaron en su lengua: “*¿Y este blanquito que trae?*”. Él sí les temió, porque no entendía de lo que hablaban y trastabillando, pudo meterse entre el gentío... “*Gracias Dios mío*”, dijo al ver un grupo de soldados y sin querer se tumbó con uno, pero también pensaron que estaba borracho y como no lo conocieron, porque eran soldados de la ciudad, no de Juan, lo aventaron a un lado... Un indio lo recogió, lo agarró de la camisa y lo empujó a la pared. Alejandro estaba desesperado sin saber qué es lo que le estaba sucediendo y el indio, que no hablaba castellano, trató de hacerse entender, le hizo señas para que respirara hondo, desde adentro y sí, pudo entenderle. Sus ojos se le llenaron de lágrimas; todavía no podía hablar, porque sentía la garganta cerrada.

—*¿Maui... onkan...?* —decía en náhuatl el muchacho, pero Alejandro no comprendía, hasta que más o menos supo que le preguntaba si lo habían asustado—. *¡Maustik!* —exclamó como una expresión de sorpresa.

El aguamiel que le dio, le suavizó la garganta y sintió cómo le recorría por las venas... No supo quién era ese muchacho e ignoraba en qué momento lo

dejó, pero cuando despertó en sus cinco sentidos, era ya de madrugada y le dio mucho frío. A esas horas, con poca gente en la calle, buscó un rincón para dormir. Al despertar en la mañana no supo si lo que le había sucedido había sido a causa de alguna alucinación, lo había soñado o, es que el ánima de los aztecas lo tocaron y reclamaban su sangre como sacrificio o por venganza por todo lo que les hicieron. ¡Nada más de pensarlo le dio escalofríos!

Buscó a Juan en la mañana y como no vio guardias en la puerta, se metió a la casa de Estrada, pero adentro, cuatro guardias se le fueron encima.

—¿Qué crees que haces muchacho? ¡Sal de aquí antes que te saque a patadas!

—¡Eh, momento! —ordenó Juan desde adentro—. Este es mi hermano, puede estar aquí si quiere. —Los guardias se encogieron escabulléndose.

Lo atrajo hacia él y sacudió sus ropas.

—¿Dónde carajo has estado güero?, te mande buscar desde anoche y Sebastián no pudo encontrarte. Sábetete que vamos a quedarnos unos días y no quiero que duermas en los corrales, además, apestas a perro. Con seguridad ni siquiera has comido, ¿verdad? —Revolvió su cabello sin esperar respuesta y se lo entregó a Sebastián.

Alejandro odiaba estar ahí. Siempre había gente adentro y afuera de la casa y la multitud del mercado lo molestaba. Ya no quería adentrarse a la ciudad ¡y menos de noche! El ruido irritante de los martillos y cinceles que desbarataban las figuras hermosamente labradas que en un tiempo adornaban la ciudad, lo tenían fastidiado y con cada golpe, sentía también una punzada aguda en la cabeza. Con Hernando ahí, Juan nunca estaba libre y no entendía por qué razón no lo dejaba ir. Hasta tuvo que dejarlo mientras que él, con su tropa de diez cabezudos, más veinte que Hernando le cedió, fue a llevarle un montón de presos que Estrada tenía en otro calabozo cerca de Texcoco acusados por sediciosos y para darle gusto a Hernando, consintió en que él mismo los juzgara y ajusticiara y, ya que muchos estaban acusados por meterse a las aldeas y llevarse mujeres a la fuerza, muchas incluso niñas que fueron violadas; según su juicio, castigo, perdonó o condenó. Los que fueron señalados por los propios jefes indios como causantes de turbas, los ahorcó sin miramientos y en su presencia. Por eso lo querían los indios y por eso era despreciado por muchos de los suyos. A otros sí los perdonó pero los mandó encarcelar con tal que revelaran el escondite del resto de bandidos que andaban haciendo desmanes en las aldeas de indios, porque según Estrada, sus reformas no habían sido la causa de las revueltas en los señoríos, sino que

muchos de los que habían sido compañeros de Salazar y anteriormente de él mismo, causaron los daños y el descontento de los indios aliados. Ahora que él estaba de vuelta, pretendía remediar todas las faltas cometidas por los castellanos deshonestos y nombró a Juan como responsable para ir tras ellos. Era *El Diablo*, así le decían y hacía honor a su nombre y con su caballo, los traía a rastras, con la soga amarrada al cuello, dejando en las calles y caminos, pellejos y rastros de sangre. Los aventaba en el patíbulo y si no querían enfrentarse a él, confesaban sus crímenes ante todos.

Días después de la purga, un mensajero de Villa Rica, que era teniente de Lorenzo, solicitó reunión urgente...

—Manda decir mi capitán, que ayer, (es decir antier), ancló una embarcación con una comisión a bordo compuesta de investigadores, jueces y frailes franciscanos, que al parecer vienen por su merced, —dijo levantando la vista hacia Hernando—, pero como uno de ellos llegó enfermo de modorra, doña Lucía, la esposa de mi capitán, lo ha estado curando en su casa. Empero señor, no tardaran en agarrar camino.

—Dile al capitán Lorenzo que haga por entretenerlo todavía un día más y que yo mismo enviaré a que los recojan. Mientras tanto... —susurró acercándose al oído del teniente—, que le saque toda la información que pueda. —El hombre confirmó la orden y salió en otro caballo a todo galope.

—Parece una comisión importante. —mencionó Juan.

—Hay que ir por él. —dijo Hernando pensativo—. Te lo dije Juan, esos cabrones me tienen hasta los cojones.

—¿Qué quieres que haga?

—Tráelos, pero... por el camino largo.—sonrió como ideando algo—, aunque lo siento por ti, porque te vas a perder el Día de San Juan.

—No jodas. —Se quejó, pero se hizo a un lado, porque en ese momento entraba Estrada.

—Como que ya hace falta un poco de diversión, ¿no cree Estrada?

—Ya me enteré que viene una comisión, ¿no está preocupado?

—De aquí a que lleguen prefiero pensar en otra cosa. ¡Vamos a festejar el Día de San Juan como en mi pueblo!

—¿Con toros? —preguntó Juan y Hernando asintió.

Juan salió a regañadientes.

Estrada se la pensó. ¿Festejar? ¿Qué había para festejar?, pero Hernando estaba empecinado y fue a pedir ayuda del señor cura para que lo ayudara a que entrara en razón... Con la Real Comisión de Madrid en camino, ¿cómo se

le ocurría hacer una corrida de toros?

—Por favor don Hernando, no les dé cuerda. —rogó el cura en vano—. Esos actos de barbarismo son más propios de demonios que de hombres.

Hernando los ignoró y como ya estaba más recuperado, estaba decidido a enfrentarse a uno de los toros más grandes...

Para malas de Alejandro, Juan lo dejó otra vez, pero ya para entonces había encontrado buen trabajo en los establos donde pasaba la mayor parte del tiempo.

—¿Por qué no dejas que me vaya a Xilotepec? —preguntó antes que se fuera—. Aquí yo no conozco a nadie.

—Espera a que regrese güero, ahora los caminos están muy peligrosos, además, te vas a entretener, ya veraz... —contestó apuntando con decepción, porque él no iba a estar, a donde estaban armando el ruedo.

El día siguiente se celebraba en Día de San Juan y los soldados andaban como gallinas culecas. Hasta los indios que nunca habían visto algo parecido, se entusiasmaron cuando vieron los toros que Hernando había escogido para torear y justo enfrente de la casa de Estrada, la única explanada lo bastante grande como para armar el redondel, hicieron cerrar calles con toneles, cadenas y talanqueras; entre los andamios acomodaron tablones para rodear la arena y desde temprano se fueron acomodando los espectadores. Las mujeres por supuesto ni se acercaron, pero desde los balcones se asomaron curiosas, al igual que el cura, que, con todo y su inconformidad, no quiso dejar pasar semejante zafarrancho.

Esperaron a medio día y cuando Hernando apareció, todos los de la plaza lo vitorearon y las damas desde los balcones le aventaron flores.

Dio la orden para que arrimaran a los bovinos y, acompañado de Estrada, se acomodaron en lo alto de una plataforma para poder ver en primera fila el espectáculo: El primer toro que sacaron parecía confundido por el griterío. “*Está asustado*”, murmuró Alejandro desde donde estaba. Se paseó por el plano y los soldados que estaban alrededor, le arrojaron piedras, no tan grandes, para no hacerle daño, pero sí para alborotarlo. Naturalmente, el toro se fue encrespando.

Con seiscientos kilos encima, el toro ya bufaba cuando Hernando quiso abrir y, a caballo, demostrando a todos lo extraordinario que era como jinete, hizo gala dándole una vuelta completa al redondel, mientras el toro lo observaba, raspando la pata en la terracería, listo para atacar. Dejó que se luciera y antes que él se alistara... ¡se le dejó ir en su contra! Para sorpresa de

todos, alcanzó a darle una cornada al pobre animal en los cuartos traseros y Hernando de un salto, se libró antes que el caballo azotara con él encima. Se salvó de otra embestida gracias a que entraron a auxiliarlo y arrastrando al pobre animal que sufría en el suelo, lo reemplazaron con otro, porque Hernando, con el orgullo totalmente enardecido, se negó a salir, declarándole la guerra con la espada al buey que resoplaba en un rincón y montándose en otro purasangre, arremetió a toda carrera, enfrentándose a él. Justo en el centro de la arena le insertó la espada de una mano entre los cuernos, matándolo de un solo golpe delante de todos... ¡El gentío estaba vuelto loco! Aullaban como lobos y los andamios temblaron ante su euforia y Hernando, apeándose del caballo, salió del ruedo con las manos arriba como todo un héroe.

Inmediatamente después soltaron a otro toro más pequeño que el anterior y tres cabos, queriendo demostrar la misma valentía que su capitán, probaron suerte toreándolo a pie, con chaquetas y capas. Aun los indios con los ojos como platos y bocas abiertas, seguían el coro con el resto de españoles que gritaban a una sola voz, cada que los animosos toreros daban un pase: “¡Ole!, ¡Ole!”. A ese lo acabaron rápidamente, pero el que siguió, ¡hizo temblar a todos! Un toro bravo de novecientos kilos, hizo su entrada sin muchos aspavientos. Ese toro no bromeaba, ni pensaba formar parte de sus burlas; se paseó alrededor de otros tres soldados vestidos con chaquetillas y mallas y sin darles tiempo de lucirse, impulsado de su pata delantera, ¡se lanzó enfurecido!, aventando con los cuernos a uno, que salió volando por los aires, el segundo saltó entre los tablones, librándose de una cornada y ante los gritos desesperantes porque uno había quedado a mitad del ruedo, él, se armó de valor, tragó saliva y animado por todos los espectadores, le clavó al toro una espada en el costado, pero no lo mató y el animal, bramando de dolor o en todo caso de furia; lo embistió, derrapó por la tierra suelta y zarandeándolo con fuerza, lo mató... enmudeciendo también a la multitud. “¡Sigue vivo!”, gritó un muchacho y las cabezas voltearon al mismo tiempo, buscando al que había volado primero por los aires y precisamente seguía vivo, pero tirado como trapo sucio... Le aplaudieron y el soldado, que era además sargento condecorado, alcanzó, arrastrándose por el suelo, una espada tirada, provocando más aplausos. Se puso de pie y la bestia, también lastimada y sangrando profusamente del costado, impulsó su pata contra la terracería para rematar al cristiano... Era inminente su muerte y muchos hasta cerraron los ojos. Por los balcones cayó una desmayada y el cura, en escandalosos gritos clamaba “¡Paren esta barbarie...!”, pero no, todos querían ver el final...

¡Nadie se lo esperaba!, y, Alejandro, saltando hacia adentro del redondel, se paró en medio, entre el toro y su presa. No se movió y sacándose el chaleco, lo sujetó en lo alto, llamando la atención del animal... Caminó con paso lento hacia atrás, lejos del sargento mientras el toro bufando, lo seguía con la vista sin querer moverse, pero Alejandro agitó el chaleco plateado con bies rojo y el animal, ante el desconcierto del público, le pasó por un lado... ¡La gente enloquecida gritó: “¡Ole!””, pero casi de inmediato sin afán de hacer teatro, Alejandro liberó la espada colgante de su cuerpo, ¡y la empujó con fuerza en el cuello del animal!, suscitando su muerte en cuestión de segundos y esos novecientos kilos hicieron levantar una polvareda, causándoles tos a los más próximos. Con toda calma se dirigió al sargento y lo sacó pasándose el brazo entre los hombros, en medio de palmadas y aplausos frenéticos de los aficionados. Él estaba molesto y aventó entre los tablones el chaleco, mientras arrastraban al toro hasta el matadero para destazarlo y hacerlo carnitas...

Cuatro días después llegó Juan con la famosa comitiva y Hernando hasta organizó un gran recibimiento, yendo él personalmente a recibirlos con toda y su caballería y con sus principales capitanes, que había hecho ir a propósito y como Alvarado acababa también de llegar, lo invitó, y junto a él, Sandoval, Albornoz y por supuesto Estrada, se dieron cita en el puente de la ciudad, escoltándolos hasta el convento de San Francisco.

—Pretenden hacerte juicio. —susurró Juan a Hernando cuando tuvo oportunidad de acercarse—. Quieren llamar a todos los que tengan algo en tu contra y están dispuestos a tomar la gubernatura a su cargo. —dijo ante la mirada inquisitiva de Hernando.

Entraron a santiguarse y oyeron la misa en latín con los cantos gregorianos que los indios habían aprendido.

Don Luis de Ponce, que era el nombre del juez inquisidor y representante del rey Fernando, no quiso asistir ni a la cena que Hernando mandó preparar en su honor e instó a sus acompañantes a que, al siguiente día muy temprano, se presentaran en el convento, que fue donde quiso quedarse, a una reunión de emergencia... Antes de despedirse uno de los jueces, —porque la compañía se retiró muy temprano—, le dio una pila de cartas a Hernando y una, especialmente puesta encima de todas, que traía el sello del mismo emperador. Dijo el juez que ahí encontraría la razón de su presencia y se las daba para que no lo tomaran desprevenido, dijo también que don Luis no se andaba con rodeos y por supuesto Hernando llamó en secreto a Juan y a Alvarado a otra

reunión, más privada. En secreto.

—Yo lo escuché Hernando, que dijo a uno de esos jueces, que venía a cortar tu cabeza. —explicó Juan—. Dice que cuenta con pruebas de las insurrecciones sucedidas desde los tiempos de Velázquez y hasta trae declaraciones del perro de Narváez.

—Narváez... —murmuró Hernando entre dientes— ¿Qué no me había ya librado de él? ¿Qué no lo hicieron gobernador de La Florida o algo así?

—Tendrán solamente su declaración, porque Narváez se perdió en el mar con toda y su flota. —agregó Alvarado y los tres se persignaron.

—Éste anda enfermo. —siguió Juan refiriéndose a don Luis—. Según doña Lucía no quiso quedarse a descansar... ya sabrás por qué.

—Porque ya le anda por cagarme encima.

—Como ordenaste, agarré el camino largo y nos quedamos todo un día en Tlaxcallan porque como aceptaron cabalgar, andaban todos rozados, pero sí noté que don Luis se la pasó todo el camino vomitando.

—Yo tampoco le veo buena cara. —agregó Alvarado—. A este sí que le afectó la modorra.

—Hay gente que se ha muerto de eso, ¿o no? Creo que los indios tienen una yerba muy eficaz para aliviar el mal del mar. —comentó Hernando con suspicacia—. Deberíamos mandarle un tecito...

En misa de ocho asistió don Luis de Ponce y precisamente todos notaron su palidez y la reunión que tenía planeada la tuvieron que suspender hasta nuevo aviso. No quiso tampoco atender a los presos que tenía Hernando acusados de traición y Salazar, flaco hasta los huesos, con piojos y llagas, clamaba su presencia ante el deleite de Hernando que ya lo había ido a visitar, pero el pobre hombre, don Luis, que devolvía todo lo que comía, no tenía ánimos de leer los tantos legajos de acusaciones que traía consigo desde España, al contrario, se la pasó en cama y ya no se levantó... Tres días supo de él después de encamarse y las fiebres acompañadas de dolores de panza, cada vez más intensos le auguraron que de ahí no iba a salir vivo. *“Oh José Bendito, —clamaba don Luis en su cama—. Tú que expiraste en el abrazo amoroso de Jesús y María, cuando el sello de la muerte se cierne sobre mi vida, ven en mi auxilio junto con el Señor Jesús y Santa María Inmaculada para salvaguardar la Santa Iglesia Católica de las trampas de mi enemigo...”* —, y, serían sus clamores y gran fe, pero San José le concedió que al menos pudiera llamar al licenciado Aguilar, uno que venía con él, para que diera juramento en su presencia. Se quedó más tranquilo y se dejó morir...

Don Luis había fallecido y tanto su compañía como capitanes, regidores y el mismo Hernando, escucharon consternados la noticia que el propio Aguilar, acompañado del cura y del médico, anunciaron a la hora del ángelus... “*Si ya se notaba mejor*”, decían unos y, sí, les pareció extraño que después de su llegada a Tenochtitlán, hubiera recaído de forma tan abrupta.

Juan sabía dónde encontrar a Alejandro y se dirigió a los establos, a la hora de los funerales, encontrándolo cepillando las crines de un hermoso caballo andaluz. Se abrazaron y Alejandro le insistió en lo mismo:

—Déjame ir Juan, la verdad este lugar me da escalofríos. ¿No dices que los caminos ya son más seguros?

—Esto va para largo. —suspiró Juan— A lo mejor sí sea buena idea que te regreses y, apropósito, ¿por qué no me dijiste que te luciste en la corrida de toros? Me lo tuvo que decir Hernando, dijo que salvaste al toreador, que eras arrojado y buen matador y, para que él diga algo bueno de alguien...

—No fue adrede, te lo aseguro... —contestó bajando la mirada y Juan, haciéndose para atrás, lo miró con el cejo entrecerrado.

—Cómo está eso.

—Es que no fue al toreador al que salí a defender. —confesó ante la carcajada de su hermano.

—Hay güero... mejor no digas nada. —dijo abrazándolo.

No podía estar más contento Alejandro por alejarse de esa ciudad maldita, que, según él, pensó seriamente que los aztecas la habían maldecido y, mientras preparaba su montura en las caballerizas, un paje de don Hernando, por demás misterioso, se le acercó pegándose por el costado.

—Se lo manda el patrón. —susurró mostrando un sobre sellado con laca roja y por el frente un nombre: *Doña Marina*.

Se la puso en el pecho y Alejandro, sosteniéndola con desconfianza, no dijo nada y el muchachito salió a toda prisa sin esperar respuesta. Suspiró y la guardó debajo de la silla. Juan no estaba. Quién sabe a dónde lo había mandado Hernando y él, sin querer esperarlo, se largó de esas tierras.

Ese mismo día entró a Xilotepec y se le hizo que el verde era más verde, los cerros más altos y los caminos más anchos... Saludó a los guardias que abrieron el portón y ellos respondieron a su saludo con gozo; los conocía y ellos lo conocían. ¡Qué bien se sentía regresar al hogar!, pero en la entrada, viendo la casa de Juan a la izquierda, quiso deshacerse de la pesada carga que

traía y aun montado se encaminó hasta la entrada. Hizo llamar a la doncella de doña Marina y Ana María, mirándolo desde abajo, recibió la carta.

—Es para tu ama, —dijo con desdén; sí, él fue quien la trató con desdén—, y dile de mi parte, que no esté con pendiente, que dejé a su marido Juan con buena salud. —dijo dando la vuelta a su caballo, dejándola con la boca abierta. ¿Qué le había pasado a ese muchacho tímido y amable?, pensó Ana María. Su actuar altivo y brusco se parecía mucho al de don Juan, aun así, entre ofendida y molesta, le pareció atractivo.

¿Quién entiende a las mujeres?

Carta confidencial

Tres noches pasaron en el barco y es que los fuertes vientos casi los hacen encallar en un islote y viéndose en la necesidad de desviarse, anclaron cerca de Yucatán. Esperaron dos noches a que los vientos amainaran y ya para el cuarto día, tras casi tres horas de maniobra, entraron al muelle de Villa Rica donde por fin pudieron desembarcar.

En el muelle los recibió Lorenzo y tanto él como Sancho se saludaron pero fríamente ante las miradas curiosas de los demás que lo notaron y, habiéndolo querido o no, no tuvo más remedio que ser él quien lo presentara ante don Nuño, porque Fernando parecía ocupado con el capitán del barco. Cuando llegó, se abrazaron y también, sin que diera lugar a dudas, lo hicieron de la forma más fraternal, para disgusto de Sancho.

—No sabía que se conocieran. —comentó Nuño.

—Es como mi hermano mayor señor. —contestó Fernando de tan feliz que estaba por verlo, olvidando por completo el incordio que éste tenía con Sancho—. Él y mi padre navegaron infinidad de veces.

—Pero teníamos años sin vernos. —agregó Lorenzo también feliz—. Sea bienvenido señor gobernador, espero que su viaje haya sido agradable.

—Este viaje estuvo bien si lo comparamos con el largo... ese sí fue malo. —contestó molesto por el sol— ¿Qué noticias hay de Santisteban, será posible llegar hoy mismo?

—No lo creo don Nuño, los agarraría la noche en poco tiempo y no sabemos cómo esté el paso. Es mejor que descansen hoy y mañana temprano a primera hora podrá salir. El teniente Torres, hombre de mi entera confianza, será quien los guíe. —respondió Lorenzo.

Los que los conocían, sabían que entre Sancho y Lorenzo había un pleito

casado desde hacía años y muy pocos, más que los más allegados conocían los detalles; el resto, desconocían la razón y solo rumores circulaban entre los cuarteles... Se sabía que los dos fueron almirantes en Santiago de Cuba al mismo tiempo, pero que Lorenzo se lanzó a unirse a las filas de Hernando en la conquista de Tenochtitlán y Sancho se quedó. Decían que había sido esa la causa de su rotura, porque hasta pelearon hombro con hombro y así, las opiniones se dividían y los bandos defendiendo a uno y a otro, provocaba peleas que terminaban en acuartelamientos. Lo cierto era que los dos eran líderes respetados por su gente, hechos a base de golpes, provenientes de hogares humildes, fuertes y curtido como pocos y solo él y el propio Lorenzo, conocían la verdad... "*Lorenzo es un ladrón*", habían escuchado decir una vez a Sancho, pero no sabían exactamente qué era lo que le había robado. Después de ocho años, volvían a reencontrarse.

Lorenzo llevó a la comitiva de don Nuño hasta su casa y su familia les dio la bienvenida. Por turnos presentó a Lucía, a Rebeca y a las tres niñas acompañadas de Mari Paz y Nuño les pasó revista complacido.

—Agradezco profundamente nos reciba en su casa señora. —exclamó Nuño que, tomándola de la mano, besó apenas rosando el encaje que le llegaba hasta los dedos, así como se hacía en la corte.

—A usted señor gobernador, por hacernos la bondad de servirlo. —contestó Lucía inclinándose ligeramente.

De todo se enteraba ella y siempre estaba preparada para las visitas de personas tan importantes, llámense gobernadores o jueces y es que todo el que entraba a tierras mexicas, necesitaba el consentimiento de su guardián y ese era su esposo: Lorenzo de Martínez.

—Don Nuño, —dijo Fernando adelantándose—. Permítame presentarle a mi hermana, de quien ya le había hablado antes.

—Sí, por supuesto. Vaya, es una muy agradable sorpresa. —respondió Nuño tomándola también de la mano para besarla, pero en lugar de besar la punta de la manga, Rebeca sintió su aliento en su piel e inclinándose agradecida, sintió también su mirada en el escote. Se hizo a un lado y el licenciado Domínguez añadió, dirigiéndose a Lorenzo:

—Sus hijas son encantadoras capitán.

Lucía no pudo evitar la sorpresa que le causó ver al almirante Sancho entre la compañía.

—Qué gusto verlo de nuevo almirante. —exclamó Lucía ofreciendo su mano

y él, tomándola con suavidad, besó su encaje con gran caballerosidad, sin un asomo de exageraciones como lo hacían los madrileños.

—Dichosos los ojos que la ven doña Lucía. —respondió haciéndola sonrojar, pero viendo la molestia de Lorenzo, agregó de inmediato a su invitado de honor:

—Todo está preparado para ustedes señor gobernador. A sus habitaciones les enviaremos té y si gusta un baño de tina, con gusto prepararemos agua caliente.

—Le tomaré la palabra doña Lucía, —dijo suspirando hondo y los cuatro oidores convinieron en lo mismo. Dejó para él la mejor habitación que tenía para sus huéspedes. La misma en la que había dormido Hernando de Cortés y don Luis de Ponce y a los cuatro licenciados, los llevó a las otras dos habitaciones que contenían camas dobles, pero suaves y finas sábanas y como prometió, envió té, fruta, miel y pan.

—Puedes quedarte aquí si gustas Sancho. —dijo Lorenzo de soslayo, a sabiendas que se negaría.

—Debo supervisar que todo esté listo para mañana, pero gracias por la oferta. —contestó.

Lorenzo y Lucía no dijeron nada, solo intercambiaron miradas. Lucía lo conocía. Sabía que le molestaba su presencia, al igual que sus cortesías.

Habiendo acomodado a sus invitados, se reunieron con Fernando en la sala, donde lo abrazaron con más familiaridad. Lo felicitaron por todo: por verlo de nuevo, por haber terminado como geógrafo real, por haberse desposado y por la buena nueva... ¡porque iba a ser padre! ¡Cuántos besos le dio Rebeca! ¡Y qué felicidad sentía Lorenzo de verlo de nuevo!

—Debemos hablar, pero más tarde y fuera de aquí. —susurró Fernando a Lorenzo por encima del hombro, luego, llamando a las mujeres dijo en voz baja—: Deben evitar el nombre de don Hernando en presencia de don Nuño, pues no lo tiene en buena estima. —Lucía y Rebeca asintieron.

Más tarde bajaron los viajeros y Lucía los acomodó en el comedor, sirviéndoles en primer lugar chocolate caliente y como sucedía con todos los que lo bebían por primera vez, fue una revelación... En seguida sirvió pan fresco, caldo de pollo y del fino vino que Lorenzo guardaba, sabiendo que era la mejor receta para un cuerpo cansado.

—Extrañaba una comida así doña Lucía. —exclamó Nuño genuinamente disfrutando su sabor—. No cabe duda que la presencia de una mujer hace la diferencia. ¡Hasta el adorno de las flores en la mesa es un detalle que muy

poca gente aprecia! Yo no lo paso desapercibido.

—Es muy generoso con sus palabras señor y esperamos verlo con más frecuencia ahora que estaremos tan cercanos. —contestó Lucía sonriendo.

—¿Se ha hecho algún censo en Santisteban del Puerto capitán? —preguntó el licenciado Gómez, devorando su cuarta pieza de pan recién horneado. No solo él, todos estaban verdaderamente hambrientos.

—Según tengo entendido hay aproximadamente veinte familias venidas principalmente de Sevilla y Madrid y a últimas fechas han llegado obreros y... retomando lo que dijo señor, creo de igual manera que las mujeres son las que provocan cambios positivos y el florecimiento de una villa. —reconoció Lorenzo admirando el trabajo que hacía Lucía. Todos estuvieron de acuerdo.

—Se que el capellán mantiene el orden del lugar después de la partida penosa y obligada de Cortés. —comentó Nuño bebiendo de su copa; metiendo hilo, para sacar hebra.

—Sí señor, es eso correcto. —respondió Lorenzo inalterable.

—¿Y qué noticias me tiene de don Alonso de Estrada? —siguió Nuño contemplando su copa y Lorenzo carraspeó incómodo. "*¿Qué sabría él?*", pensó intrigado—. ¿Me haría favor de enviarle aviso de mi presencia?, dígame que vaya a verme a Santisteban, me interesa saber dónde están esos cuatro mil indios que vendieron a un peso de *tepuzque*...

—Con todo gusto enviaré su petición. —Fue todo lo que contestó Lorenzo, extrañado e inquieto a la vez de lo informado que estaba el hombre de algo tan reciente.

Con la panza llena, los bostezos no se hicieron esperar y prefirieron retirarse a dormir para despertar frescos, porque según dijo Lorenzo, Santisteban no estaba pegado al mar y los esperaba un largo camino por tierra.

Fernando esperó a que ni un solo ruido se escuchara en la casa, entonces, sigilosamente salió esperando una señal de Lorenzo. No tardó en aparecer un guardia que lo llevó a la vuelta de la esquina, donde estaba su establo.

Lo recibió mostrándole una botella de brandy.

—No estoy seguro qué pretende hacer don Nuño, pero con seguridad no es Santisteban su principal objetivo. —murmuró Fernando con preocupación extendiéndole una carta.

—Es el sello real. —exclamó Lorenzo.

—Es una carta confidencial que mi superior, don Diego de Rivero me envió con Nuño. —Lorenzo sabía lo que Fernando arriesgaba con eso, pero

acercándose a una candela, leyó detenidamente lo que tanto preocupaba al muchacho...

—Así que Nuño tiene como misión reducir el poder de Hernando, hacerle juicio y despojarlo a él y a sus seguidores de las encomiendas...

—Sí Lorenzo. —suspiró Fernando—. Mis instrucciones son asistirlo en las nuevas expediciones y eso, —apuntó con el dedo índice al escrito—, solo es lo que me han informado... Ve tú a saber las ordenes que traiga él de forma personal.

—Esto es un problema gordo. —respondió pensativo.

—Tal vez se pueda arreglar si llegan a un acuerdo. ¿Dónde está Hernando?

—Presiento que será una larga noche... Será mejor que te pongas cómodo. —murmuró llenando hasta el tope dos copitas de cristal.

—¿Qué sucede Lorenzo?

—Hernando se acaba de ir a España. —reveló ante su desconcierto.

—Entonces por eso Nuño habló sobre su partida penosa y obligada...

—Parece estar muy bien informado.

—No lo había entendido hasta ahora, pero... ¿no andaba en el sur?

—Se tomó un descanso y partió a Tenochtitlán. El problema se vino por una comisión que llegó de Madrid para enjuiciarlo y que al parecer el juez principal murió de modorra, luego su sucesor, un tal Aguilar también murió.

—¿Se murieron o los mataron?

—Fallecieron... como haya sido. —contestó encogiéndose de hombros—. El resto de los comisionados culparon a Cortés y dejaron toda la potestad a Alonso de Estrada, con la única consigna de que corriera a Hernando y a toda su caballería de Tenochtitlán.

—Y él...

—Lo hizo. Se amarró los huevos y lo desterró, pero ya imaginaras que con eso le declaró la guerra a Hernando y ahora hay más de dos bandos... Yo me salvo porque me necesitan, pero todos saben que apoyo a Cortés.

—Se me hace difícil de creer que haya sido tan obediente como para irse así sin más.

—No se fue solo, se llevó una cuadrilla de guerreros tlaxcaltecas, princesas, animales terrestres y voladores, plantas, flores, oro, piedras preciosas... Se llevó de todo. Había tantas quejas en su contra, que pensó que esa sería la única forma de convencer al emperador y callar los ladridos de todos los perros que lo han estado jodiendo.

—Supongo que es verdad, si no enfrenta al emperador van a seguir

enviando más comisiones y le quitarán la gubernatura. —comentó Fernando, pero Lorenzo sonrió.

—No espera obtener la gubernatura. Va decidido a que lo nombren virrey...

—¿Y qué pintas crees que tiene Nuño en todo esto?

—Se me hace raro que luego que Hernando anunciara su salida a España, se aparezca este mono.

—¿Qué quieres que haga?

—Tú no hagas nada, no te arriesgues ni tomes partido y si acaso te vieras en peligro... solo encuentra la forma de llegar hasta acá. Tenemos muchos aliados y eso no nos acojona. ¿Lo harás? ¿Dedicarte a tu trabajo?

—Lo haré...

Se quedaron en silencio y las olas del mar chocando con el muelle llenaron el vacío.

—Mírate chaval, se te quitó lo enlenque. —apuntó Lorenzo palmoteando la espalda de Fernando y ambos se rieron—. ¿Cómo está eso que te casaste con una francesa? No quiero ni pensar en la cara que puso el capitán cuando se enteró.

—No fue apropósito. —contestó sonriendo.

Se quedaron platicando hasta que amaneció y cuando entraron a la casa, la servidumbre y Rebeca, bajo las órdenes de Lucía, preparaban afanosamente el almuerzo.

—Mírense las caras. —Los regañó Lucía—. Vayan a lavarse mientras les preparo un chocolate bien cargado.

La obedecieron y mientras bajaba don Nuño y los licenciados, Fernando los puso al tanto de lo acontecido en Santiago de Cuba y su factor, que, por vividor y apostador, había perdido el cargo, llevando a la ruina a toda su familia, incluida la fortuna de su esposa.

—Pobre mujer. —Se compadeció Lucía.

—Verdaderamente me dio mucha pena verla, doña María de Ibarra se ha mantenido firme y aun conserva su integridad. Todos culpan a su marido el duque, pero ella sufre las consecuencias. —opinó Fernando disfrutando a sorbitos su chocolate caliente, pero la repentina turbación de Lucía, lo hicieron a él y a Rebeca levantarse al instante para asistirle.

Lorenzo acercó una silla y ella, con lágrimas y como deteniendo la agitación de su corazón, exclamó:

—¿Doña María de Ibarra? ¿Hija de don Pedro de Ibarra?

—Creo que sí Lucía. Yo... no sabía que la conocían.

—Fue bienhechora de Lucía cuando llegó de Tenerife. —indicó Lorenzo consolándola.

—Lo último que sabía de ella es que había regresado a España. ¡Pero qué pena Lorenzo!

Escucharon ruido en el pasillo y Lucía corrió a la cocina. Lo último que quería era dar explicaciones a unos extraños de algo tan personal.

—He dormido como un crío. —exclamó sonriente uno de los licenciados.

—¿Qué les ha parecido el chocolate?, venga acompañeme, yo ya voy en mi segunda taza. —exhortó Fernando y los hombres se sentaron animosos.

—¡Exquisito!, qué bebida tan deliciosa. —expresó exageradamente el licenciado Delgadillo.

—¿Cuándo cree que podemos salir capitán? —preguntó don Nuño ansioso, incorporándose a la plática.

—Cuando usted desee señor. Lucía les tiene listo el almuerzo.

—¿Mandó avisó a Estrada de mi llegada? ¿Le indicó que quiero verlo en Santisteban?

—Le he enviado aviso como ordenó.

—¿A dado aviso a alguien más? —curioseó un tanto afilado.

—Solamente a los jefes de los señoríos don Nuño. Creí indicado que supieran que ha llegado el nuevo gobernador de Santisteban.

—Bien. —contestó escuetamente, pero como resorte, se puso de pie cuando apareció Rebeca.

—Buen día tengan sus mercedes. Les manda decir Lucía que el almuerzo está listo.

—Permítame acompañarla. —dijo cambiando rápidamente de tono, dejando ver una sonrisa.

La llevó de su brazo sin despegarle los ojos de perfil y Lorenzo le lanzó una mirada a Fernando, haciéndoselo notar.

—¿De qué parte de España le viene su apellido señorita? —preguntó solo para ella en el comedor—. Porque ha de saber que también llevo el apellido Guzmán.

—De Castilla señor. —contestó la joven modestamente.

—Mi familia también es proveniente de Castilla, más precisamente de la provincia de Guadalajara. —comentó casual y dirigiéndose a todos los de la mesa, exclamó—: Tal vez después puedan trasladar a otras familias a Santisteban capitán, incluyendo la suya... Ya vi la gran cantidad de mestizos que hay a su alrededor y usted, más que otro, debería cuidar eso. No querrá

que sus hijas se mezclen con la plebe.

—No es mala idea don Nuño, aunque aquí Lucía hace un trabajo evangélico bastante meritorio con otras damas españolas y Rebeca seguramente regresará a San Cristóbal con su familia. —explicó Lorenzo sin querer explayarse demasiado.

—¿Es cierto señorita? —lamentó Nuño— ¿Desea regresar a San Cristóbal?

—Sí señor, mi madre me echa de menos... pero estoy muy agradecida con su merced por permitirme ver a mi querido hermano antes de partir. —contestó inteligentemente ante la sonrisa oculta de Fernando.

Más tarde, aún en la sobremesa, llegó aviso del almirante Sancho. Todo estaba dispuesto para partir y Fernando abrazando tiernamente a Rebeca, la besó en las manos y le habló en susurro:

—Espero conocer pronto a mi futuro cuñado.

—Cuidate mucho hermano. —musitó, pero al oído le dijo—: Ese hombre me da desconfianza... Ya comienzo a sentir los escalofríos de los que habla mi madre. —Se rieron instintivamente.

—Te escribiré. —prometió antes de subirse al carruaje.

Cuando llegaron al muelle, el barco estaba listo y el clima era muy favorecedor. Antes de despedirse, Nuño le hizo una petición inesperada a Lorenzo:

—Capitán, espero no le moleste, pero me gustaría que el almirante Sancho se quedara en el puerto unos días... Estamos esperando otra embarcación y quiero que él la lleve personalmente.

Lorenzo le echó una mirada a Sancho, presente entre ellos. No le agradaba, pero no tenía por qué desconfiar.

—No hay problema, con gusto le daremos albergue a él y a su tropa.

—No te molestaremos. —agregó Sancho—. Mi gente puede armar campamento en la salida y en cuanto a mí, encontré un conocido de Santiago que me invitó a quedarme en su casa.

—No es molestia Sancho, pero si estás más cómodo... —Los dos convinieron delante de Nuño en completa cordialidad y cuando la comitiva se embarcó, Lorenzo y Sancho solos, se miraron como retándose, luego Sancho se sonrió y bajando por el andén, exclamó:

—Voy a dar una vuelta... —Lorenzo no le contestó, de hecho, Sancho no esperaba su respuesta.

Lorenzo regresó a su casa y crudo y desvelado como andaba, subió a su habitación a descansar, sintiendo cómo su espalda crujía relajándose contra el colchón. Gimió de placer y bajó los párpados.

Abrió los ojos cuando escuchó entrar a Lucía.

—¿Qué sucede? —preguntó con pesadez.

—Doña María de Ibarra. Tenemos que hacer algo Lorenzo, según Fernando, la pobre está desamparada.

—¿Qué puedo hacer Lucía? —preguntó cerrando los ojos—. Escuchaste a Fernando, su esposo es un vividor y debe una fortuna; ya vez, ni siquiera el rey quiere respaldarlo... No te preocupes, a doña María nada le va a faltar.

Lorenzo entreabrió los ojos por el silencio, pero Lucía seguía sentada mirándolo fijamente.

—Por favor, paga su deuda. Al menos lo que le falta.

Lorenzo respondió meneando con enfado la cabeza.

—¿Por qué no?

—Por favor Lucía... ¡Qué tan rico crees que soy! Ni siquiera sabes cuánto debe... Esa gente compra todo de importación y a él ya lo embargaron. Oíste. ¡Ni siquiera las joyas de doña María alcanzaron para pagar! ¡Deja ya por favor! —rebatió alzando la voz.

Nunca le alzaba la voz.

Suspiró al ver las lágrimas de Lucía.

—No creo que don Hernando te haya dado solamente la capitania del puerto y que te hayas conformado.

—¿A dónde vas con eso? —preguntó mirándola con suspicacia. Hasta el cansancio se le había olvidado.

—Que sí tienes dinero y que tienes lo suficiente para salvarla si tú quisieras. —Lorenzo suspiró, pero esta vez lo hizo profundamente—. Yo nunca te he pedido nada Lorenzo... —murmuró Lucía recostándose junto a él y metiendo sus manos entre la camisa, acarició su pecho, quiso besarlo... ¡Él estaba por completo extrañado de su actitud!

—Lucía, te comportas como... —masculló levantándose de la cama, dejándola tendida. Sola.

—¿Cómo qué? —preguntó retadora—. ¿No es por eso que te gusta Catalina, por osada y atrevida?

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto? —inquirió exasperado y eso la embraveció aún más, por sentirse aparte de todo humillada.

—Tú dime Lorenzo... ¿Crees que no he notado cómo la miras? Todas esas

rabietas desde que llegó... no sé, eres diferente. ¿Es que acaso ya no me quieres? —Era su momento. De desahogar ese resentimiento que sentía y no le daba siquiera tregua a defenderse—. Ya no estás aquí y cuando vienes pareces perdido, pensando Dios sabe qué... ¡La odio tanto y tú tienes la culpa! Yo... yo... —balbuceó, pero no alcanzó a terminar la frase. Hundió su cara en una almohada y soltó en llanto.

Lorenzo se acercó conmovido y se puso de rodillas buscando su cara.

—Lucía por favor... yo te adoro. Haré lo que quieras, ayudaré a doña María, pagaré la deuda de ese hijo de puta, pero no llores por favor, te lo suplico, que no soporto verte así.

—¿Con tal que no te hable de Catalina? —alcanzó a decir—. Tu nunca me has mirado así como la miras a ella y lo peor de todo es que ya sabía, pero me había hecho a la idea... pensé que... pensé que todo había terminado. ¡Hasta que llegó! Ahora me consume la duda... ¿qué hubo entre ustedes Lorenzo?, me amas o...

—Lucía... —interrumpió Lorenzo de golpe tomando su rostro entre sus manos—. Nada tengo con ella y nunca he pensado en dejarte. Yo te amo Lucía.

La besó tiernamente y la envolvió en un abrazo.

Lucía le correspondió, mientras su respiración, la de él en su cuello, lentamente se fue haciendo más profunda, al igual que sus besos. Sus dulces y tibios besos inundaron los sentimientos de dolor por el profundo amor que le tenía. "*¿Cómo pude dudar de él?*", pensaba Lucía entre caricias. Ya no le importaba Catalina.

Él era suyo. Suyo.



Algo sucedió antes que Nuño se embarcara: Una conspiración...

—¿Qué opina del muchacho almirante? ¿Será de fiar?

—No tengo nada en contra de él, pero usted lo oyó, son como hermanos...

—Eso no me lo esperaba.

—Lorenzo en cambio sí es peligroso. Le tiene lealtad a Cortés y controla la entrada y salida de barcos desde aquí... —Nuño miró de lejos a Lorenzo, maquinando una respuesta para deshacerse de él.

—Como quedamos, usted se queda aquí y cuando me vaya... tiene completa libertad de liberarlo de su cargo. No quiero saber, ni quiero decirle cómo hacer su trabajo, pero si logra hacerlo, puede quedarse capitaneando el puerto. Yo mantendré retenido a su teniente, pero le advierto almirante, que solo nos interesa Lorenzo; no quiero bajas. Sin él, sus hombres lo seguirán a usted.

—¿Y su familia? —preguntó Sancho ansioso—. ¿Puedo quedarme con su esposa? —agregó sonriendo maliciosamente.

—Como guste. —dijo para beneplácito del otro—, pero mande al resto de la gente a Santisteban, incluyendo a Rebeca. Cuando usted tome el control, quiero este lugar funcionando como base militar y nada más.

—¿Piensa desposarse con Rebeca?

—¿Quién hablo de desposarla? —señaló con perversidad—. Es mitad portuguesa. Apostaría un ojo de la cara a que su sangre también ha de estar sucia al igual que todos los de su raza. No... mientras mando medir las tierras a su hermano, bien puede servirme para calentar mi cama...

TERCERA PARTE

*“Si el amor que por mí sientes
no procede del apetito
ni ha sido engendrado por el deseo,
ni por el ocio y la lascivia humana,
dame a conocer quién lo ha causado.”*

*Sofía en “Diálogos de amor”
de León Hebreo
(1464-1530)*

*Día de perros**I*

Cayó una lluvia inesperada en Xilotepec, tan fuerte como las de junio. Una de esas con cielos relampagueantes y retumbos que oscurecieron el cielo, iluminándolo de pronto con estruendosos estallidos y, fue tan repentina, que corriendo se apresuraron todos los capataces a meter a resguardo a los animales.

—¡Hostias! —exclamó Alejandro viendo cómo partía un rayo el tronco de un árbol a lo lejos.

—Ésta es señal de mal agüero. —advirtió Juan Pablo muy serio.

—¿Por la lluvia o por el rayo? —preguntó Alejandro—. Por lo menos un susto sí me sacó. —Juan Pablo quedó pensativo y se quedaron un rato en silencio escuchando los fuertes tronidos que salían del cielo.

Aunque se burló Alejandro al principio, después le dio por querer irse y en cuanto la lluvia amainó, corrió a la casa grande buscando a Juan, que desde que se había ido Hernando a España, no salía de la hacienda.

—Tengo un mal presentimiento Juan, déjame ir a Villa Rica a ver a Rebeca. —dijo preocupado.

No había cumplido la promesa que le había hecho, pues según él, iba a encontrar la manera de ir a verla a como diera lugar y hasta ahora apenas se habían escritos una que otra carta; además, las palabras de Juan Pablo sí lo escamaron y aunque Juan había preferido que nadie saliera del señorío por lo menos hasta que se calmaran las cosas con Estrada, lo vio ansioso y lo dejó ir, con la única condición que se llevara a Orso de la Cruz, uno de sus mejores hombres, que como dato curioso, había liberado del trabajo forzoso que le impusieron en las minas por algún delito cometido que él ni siquiera había

querido averiguar y, a pesar que en ese momento estaba muy flaco y estropeado, reconoció uno de sus tatuajes... Ese soldado era el tipo de hombre que a él le gustaba patrocinar. Desde entonces Orso le juró lealtad y por eso lo escogió para que cuidara de su hermano.

"Está bien Juan, como tú digas". Aceptó Alejandro, pero con tanto lodo y agua estancada que había bajado de los cerros por la tormenta, tardaron lo mismo que si se hubieran esperado como Juan recomendó; este contradijo con su, *"para luego es tarde"*, y lo dejó que hiciera lo que quisiera...

Pasando lo mojado, arreciaron el paso y por el camino de Tepoztlán, se toparon con dos jinetes que iban corriendo precipitadamente. ¡Casi chocan y tuvieron que frenar con los estribos!

—Dios te salve amigo, soy Alejandro de Xaramillo ¿A quién andan siguiendo o de quien huyen?

—¿Xaramillo de Xilotepec? —preguntó uno de ellos.

—Hermano de don Juan, señor de Xilotepec.

—Qué casualidad, porque traemos un mensaje a viva voz de parte del capitán Lorenzo para don Juan.

—¿Hay algo que debemos saber?, porque nosotros vamos para Villa Rica. —dijo Alejandro con resquemor.

—No tanto y el mensaje es para todos los aliados de Cortés; ya pasamos a Tlaxcallan, Tetela, Tenochtitlan y Texcoco.

—¿Se puede saber cuál es el mensaje?

—Dice el capitán que llegó a puerto don Nuño de Beltrán, nuevo gobernador de Santisteban, mandado por el rey y viene a iniciar un juicio de infidencia contra don Hernando. Les avisa que estén alertas y cuiden de su autoridad. Este aviso, como comprenderá es extraoficial... —expuso el hombre mayor.

—Entonces no los entretengo, sigan su camino y lleven el recado a Juan.

Los dos jinetes arrancaron y Alejandro impulsó a su acompañante para que también hicieran lo mismo...



II

Esa noche de la gran tormenta, un escalofrío despertó a Catalina y al ver las cortinas ondulando quiso ir a cerrar las ventanas que dejaba abiertas a propósito del calor sofocante que hacía ahí, pero esa noche no; esa noche estaba haciendo frío y a oscuras bajó sus pies desnudos al suelo, caminando a tientas hasta llegar a ellas. De regreso estiró la mano para alcanzar el cobertor y se percató que estaba sola, que a su lado no estaba Alonso.

—¿Alonso? —susurró en medio de la oscuridad, pero nada se escuchó, no estaba y encendió la candela que descansaba en la mesita junto a ella. Estaba sola y viendo la puerta entreabierta, tomó el candelero por el asidero para observar afuera. Se le hizo extraño porque Alonso era muy desconfiado, más teniendo como invitado a un militar en casa; en consecuencia, era más raro aún, si contaba la poca estima que tenía hacia los soldados.

Escuchó un murmullo proveniente de su despacho y para no ser vista, se lamió las yemas de los dedos y apagó con estas la luz de la candela.

—...podría hacerlo llamar con algún pretexto, pero eso es todo, entienda que no tengo experiencia en esos menesteres. —dijo una voz y Catalina reconoció de inmediato a Alonso. Pensó que era sospechoso que se escondiera para hablar a esas horas de la noche y pegando la oreja detrás de la puerta, puso atención...

—Es todo lo que necesito de usted don Alonso, es preciso alejarlo de su gente y de usted no sospecharía. —contestó la segunda voz que no podía ser otra más que la de su invitado, el almirante Sancho Pérez de Loyola.

—Entienda que me arriesgo y si lo deja vivo...

—Tranquilo señor, muerto el perro se acabó la rabia.

—¿Y qué pasara después?

—Por seguro habrá mucho caos entre los residentes, así que los moveremos a la parroquia. Usted hágase el desentendido y váyase con sus gentes. Le doy mi palabra que estarán a salvo y nadie de enterará de nada. Cuando lleguen a Santisteban se encontrará con don Nuño y él lo recompensará con las mercedes de tierras como habíamos quedado.

—Entonces cuando amanezca hago llamar al capitán y... a ver qué se me ocurre. —confirmó Alonso y Catalina casi suelta el pequeño candelero.

—Necesito que me ayude a guardar el orden, sobre todo cuando declare la muerte de Lorenzo. —reafirmó el almirante y escuchando copas entrechocando, prefirió huir, que no la vieran y lentamente caminó hasta la habitación. Se cubrió hasta la cabeza con una sábana y esperó en suspenso algún movimiento de la puerta. Por fin Alonso apareció y escuchó que con todo cuidado, cerraba la pesada puerta de madera, colocando, ahora sí, una tranca atravesada.

No pasó mucho para que empezara a roncar, pero ella estaba totalmente turbada. Se preguntaba cuánto faltaría para el amanecer y cómo haría para avisarle a Lorenzo... Lo único que se le ocurrió fue salir después que don Alonso, así no podría detenerla, pero, ¿a dónde exactamente? Debía ser en la muralla, sí, la muralla. Allá querían que fuera, porque era el único lugar a donde Alonso podría hacerlo ir y que Lorenzo no sospechara... Se quedó despierta esperando cualquier movimiento, pero los ojos, como dos sacos de arena se le fueron cerrando y, lo que sintió como un cabeceo, fue un sueño de tres horas y si no fuera porque Alonso dejó caer una de las botas al suelo, probablemente no se hubiera despertado a tiempo.

—¿A dónde vas tan temprano Alonso? Creí que ya habías terminado. —preguntó Catalina despabilándose.

—No tardo, voy a hacer una diligencia y regreso. —contestó nervioso—. No vayas a salir porque tengo algo importante que decirte.

—Bueno. —contestó tapándose de nuevo con la sábana como si fuera a dormirse, pero en cuanto cerró la puerta... ¡corrió a vestirse! Se enfundó en un vestido verde de una sola pieza y para no perder tiempo calzándose las apretadas botas, cogió las primeras zapatillas que encontró... En la casa no había señales del almirante y afuera solo estaba el guardia de siempre.

—¿A dónde se fue el señor? —preguntó apurada y el guardia extrañado, señaló la izquierda, por la casa de Lorenzo. —¡Traiga un caballo, pero ya! —ordenó con firmeza, tanto así, que el guardia corrió sin saber lo que ocurría. Ella lo siguió y con mucha pericia montó una yegua pinta.

Suspiró para agarrar fuerzas, porque no tenía idea qué iba a hacer y, golpeando las costillas del animal con los tacones, la hizo relinchar, galopando hacia donde le había indicado el guardia, por las casas, pero no vio nada fuera de lo normal y presintiendo que los podía alcanzar por otra vía, se encaminó hasta la aldea de tablas para llegar del otro lado del puerto hasta la

pequeña isla.

Catalina casi nunca rezaba, pero rogó a quien fuera que la escuchara para llegar a tiempo: a Dios, a Jesús, a la Santa Virgen, Santa Catalina, Santa Martha, San Lorenzo, San Santiago... quién fuera... ¡Imploraba encontrárselos en el camino! Nada le importaba y, si Alonso se encabritaba, que lo hiciera, con tal de salvar a Lorenzo.

La gente de la aldea ya estaba levantada y la miraron pasar admirados, no por la hora tan temprana, sino por tratarse de ella, que una mujer de su categoría anduviera en esos trotes.



III

Lorenzo como todas las mañanas, se levantaba muy temprano. Le gustaba desperezarse con agua fría sobre su cuerpo y silbaba mientras se cambiaba y este silbido, que le recordaba su época de marinero, también le servía de despertador a Lucía, que se placía en ver cómo se preparaba su capitán para enfrentar el día. Él le daba un beso en la frente y salía de su casa, donde el soldado en turno le tenía preparado y listo para montar, su purasangre color miel.

Esa mañana, bajó a paso lento por la colina y sí notó que estaba más fresco que lo habitual con un cielo totalmente despejado. Antes de desmontar, justo afuera de la oficina portuaria, le llegó don Alonso a caballo.

—¡Capitán! Es urgente que me acompañe a la muralla, necesito que vea algo, pero tiene que ser ahora... —exclamó moviendo nervioso las riendas de su caballo.

—¿Qué sucede don Alonso?

—Hay una falla en el suelo y me urge su opinión antes que un soporte colapse. —contestó verdaderamente angustiado.

Lorenzo se le emparejó y avanzaron a la península.

En la entrada del túnel para llegar al puente que daba a San Juan había dos guardias, pero no eran de él... No tuvo tiempo de preguntarles qué andaban haciendo tan lejos del puerto; pensó en hacerlo de regreso pues don Alonso, apeándose, le llevaba la delantera caminando, casi corriendo por el pasillo del túnel. Él también desmontó y lo siguió y señalando don Alonso, adentro la dichosa falla, hizo entrar a Lorenzo, que le pasó por la izquierda, encontrándose dentro de una galería sin salida y, entre la gruesa muralla de piedra ya terminada, estaba ni más ni menos que Sancho esperándolo, apuntándole directo con un arcabuz...

Lorenzo miró a don Alonso y al instante supo que había sido traicionado, más al verlo salir despavorido.

—¿Así piensas arreglar las cosas Sancho?, ¿cómo un cobarde? No pensé que fuera tanto tu ardor.

—Sácate la espada y tirlala al suelo... ¡Ahora... hazlo ya! —ordenó y Lorenzo, viéndose sin salida, resopló, aventando la espada.

Llegó a la mitad del espacio entre los dos. Vio la salida, la única que había y Sancho se movió hacia ella.

—Se te acabó la suerte Lorenzo, a ti y a Cortés les llegó la hora de pagar sus perjurios.

—¿Y por qué mejor no me llevas a una corte? —desafió Lorenzo, pero Sancho escupió de lado como respuesta.

—Te voy a decir lo que va a suceder... Don Nuño será virrey y ahora yo seré el nuevo capitán del puerto. ¡Me quedo con lo que por derecho era mío y tú me quitaste! —advirtió con rabia.

Lorenzo sabía a lo que se refería y solamente apretó los puños.

—Eres un perro Sancho. ¿Por qué no me lo quitas como hombre? —vociferó con el cuerpo temblándole de coraje.

—¡En tu puta vida me verás cabrón! ¡Ahora mismo te voy a mandar al infierno! —rugió Sancho apuntando el arma directo a su pecho...

¡Se oyó el relincho de un caballo!

Sancho se distrajo y Lorenzo quiso moverse, pero no alcanzó... El disparo estalló y la bala, viendo los dos su trayectoria como si el tiempo se hubiera ralentizado... fue a dar al pecho de su objetivo, lanzando a Lorenzo hacia atrás en un gran impulso.

Un guardia de los suyos, de los que Lorenzo había visto en la entrada de los túneles entró corriendo y, sin ningún espanto por ver a Lorenzo tirado, se acercó a él.

—¿Está muerto? —preguntó curioso y Sancho, pateándolo por el costado lo confirmó.

—¿Que diablos fue lo que sucedió?

—Nada almirante, un caballo suelto nada más.

—Hay que seguir con los planes... Comiencen a llevar a toda la gente a la iglesia, pero no les digan nada, mientras, yo me hago cargo de las tropas. —Miró a Lorenzo y, cogiéndolo por el brazo, lo llevó arrastrando pasando por el puente y desde ahí aventó su pesado cuerpo al agua. Lanzó su espada y salieron por el túnel...

Enfrentarse a la gente civil fue el menor de los problemas de Sancho, lo difícil era convencer a los soldados; aun así, decidido a confrontarlos y montado en su caballo, se subió hasta el andén del muelle, ordenando a uno de los suyos a

que resoplara la corneta entonando el toque militar y, con papel en mano, mostrando en lo alto el sello real, voceó a todos los que se fueron congregando por el llamado:

—¡Por orden del Emperador Carlos Primero de España!, ¡Don Nuño de Beltrán ha sido nombrado gobernador! ¡A su nombre y autoridad tomo el control de este puerto y aquel que se resista que sea tomado por traición!

Todos escuchaban atónitos y viendo que la multitud comenzaba a inquietarse, hizo una seña a sus soldados para que se fuesen distribuyendo, especialmente donde se encontraban los oficiales.

—¡Mentira! —gritaban en la turba.

—¿Dónde está el capitán Martínez? —gritó un teniente y Sancho ya esperando esa reacción, bajó hábilmente el caballo por las escaleras y se le puso enfrente.

—El capitán está muerto y todos ustedes están a mis ordenes. —respondió esperando que lo retará y tal cual, hizo lo que esperaba.

—¡Traición! —prorrumpió alzando el rostro sin moverse de su lugar, aunque Sancho casi le echa encima el caballo.

—¡Apréndalos! —ordenó a sus oficiales y al instante, los tenientes, sargentos, alféreces y maestros de Lorenzo, fueron apresados, ante el desconcierto de la muchedumbre.

—Guarden calma... Llevaremos a las familias a la parroquia para refugiarlas. —exclamó Sancho—. Nos viene un ataque y tenemos que protegerlos...

¿Ataque?, ¿acaso dijo ataque?, preguntaban sin cesar y la zozobra de la multitud se incrementó. Estaban asustados, no conocían a esos soldados, no sabían qué estaba sucediendo y... *¿cómo es que el capitán estaba muerto?* No todos eran soldados, había marinos, obreros, pescadores e indios, pero a Sancho los que le preocupaban eran los militares. A esos los desarmaron y los encerraron en el almacén más grande, mientras controlaban al resto de la concurrencia, encaminándolos como procesión hasta la parroquia, por la aldea de tablas, llevándose de paso a quien encontraran de camino. Todos parejos como ordenó Sancho, fueran indios o no. Al cabo Nuño los separaría a su gusto.

—¡El puerto está cerrado! —anunció a los contramaestres que habían quedado a cargo—. No entran ni salen barcos y si uno quisiera entrar, hay que desviarlos a Tampico, allá los van a recibir por lo pronto.

Dejó a uno de sus subalternos con pocos guardias y tomó camino hacia las

casas grandes, seguido por su tropa. Remontó y subieron la colina y, mientras sus gentes vaciaban las casas, él entró solamente a una...

—¿Qué está sucediendo almirante, por qué nadie nos dice nada? —inquirió Lucía desesperada—. ¿Por qué no podemos salir?

—Señora... —murmuró agachando la cabeza—. Lamento informarle que hemos sufrido un motín.

—¿Y Lorenzo? —preguntó temerosa.

—Muerto señora... Lorenzo ha muerto. —contestó haciendo gala de su mendacidad—. No hemos podido salvarlo, fue el primero en caer. —suspiró mientras Lucía movía negativamente la cabeza de un lado a otro—. Lo siento doña Lucía. —remató su acto el sinvergüenza.

—¡No, no, no! —clamó Lucía escurriéndose en sus brazos y Rebeca que se había quedado muda con la boca abierta, reaccionó al ver a Lucía en el piso, mientras Sancho hacía por alzarla.

Entre los dos la levantaron y las niñas, viendo a Lucía desconsolada, lloraban sin comprender bien qué sucedía y más bien estaban asustadas por ver a su madre en ese estado.

—Señora... —murmuró Sancho falsamente acongojado—. No deben salir de aquí por su bien, hasta que contremos la situación afuera. —Pero Lucía no escuchaba, estaba destrozada y Rebeca, con lágrimas escurriendo por sus mejillas, fue la que atendió.

—No saldremos hasta que usted lo ordene almirante.

—Lorenzo... no... no... Lorenzo no... —repetía Lucía sin poder controlar el llanto entre gemidos y lamentos.

—Al resto de la gente la resguardaremos en la parroquia, pero yo, —dijo Sancho acercándose a Lucía—. Yo personalmente las tomaré a mi cuidado... es lo menos que puedo hacer por Lorenzo.

Rebeca asintió entre suspiros y Sancho salió de la casa con una sonrisa de satisfacción dibujada en la cara. Afuera ordenó que cuatro guardias la custodiaran: *“Está casa está sellada”*, y montando su caballo, se dirigió otra vez al puerto para preparar el galeón en el que transportaría a las más de doscientas personas de Villa Rica, incluidos los indios tlaxcaltecas que habían trabajado en la construcción de la muralla. ¡Todos tenían las mismas falsas noticias que Sancho había hecho correr!, y todos, por temor de que realmente fueran a ser atacados, se pusieron en su entera disposición, mientras los soldados seguían encerrados, amenazados y los oficiales, amarrados y amordazados. Sancho les advirtió que, si no acataban sus órdenes y si acaso se

les ocurriera revelarse, sus familias sufrirían las consecuencias, porque las detendría como garantía...



IV

Catalina llegó a la península apenas unos minutos después que Alonso. La conocía. Ya antes había estado en el islote de San Juan cuando Alonso la llevó para enseñarle la muralla terminada y ahora, lucía inusualmente vacía... Ni un indio o soldado se observaba alrededor y astutamente entró por las casitas de los indios que habían dispuesto para ellos; unos cuchitriles malolientes a orines y excremento que muy apenas cubrían la intemperie, pero de igual forma, al igual que los alrededores, estaban desocupados. Avanzó despacio, con mucha prudencia, cuidando que nadie la descubriera y acariciando el copete de la yegua, la calmó para que tampoco ella hiciera ruido "*Shhh...*", susurró en su oreja y siguió entre las casitas, escondiéndose entre los tablones hasta cerca de la torre. Entonces se apeó y tomando las riendas con la mano derecha, caminó con cautela, deteniéndose al escuchar voces que salían del islote por dentro del túnel. ¿Cómo entrar? ¿Quién estaría ahí? Adentro vio solamente a dos soldados. ¡Lo único que se le ocurrió fue desviar su atención!, y, con perdón anticipado de la yegua, la golpeó por el trasero tan fuerte, que ésta molesta, relinchó adolorida corriendo irritada en dirección a ellos por dentro del túnel.

Su chillido hizo eco...

¡*Pum!* Se escuchó una detonación en el interior y Catalina corrió a esconderse adentro, pegada a la pared de piedra húmeda. Desde ahí vio que los dos guardias cruzaban el puente y ella se deslizó hasta una de las columnas soportes del corredor, pero como estaba tan oscuro no la vieron, solo encontraron a una yegua molesta andando sin rumbo. Volvieron a entrar y antes que ella pensara en moverse del sitio, apareció uno de los dos guardias, luego el segundo y más atrás... el almirante Sancho, ¡pero traía arrastrando a Lorenzo! Respiró. Respiró profundo. Se calmó a sí misma y se tapó la boca con las dos manos dejando escapar apenas un chillido al tiempo que el almirante dejaba caer al agua el cuerpo de su querido Lorenzo. Luego caminaron los tres a toda prisa a través del túnel y cruzaron el puente y Catalina, pegándose a la columna como si fuera parte de ella, pasó

inadvertida. Estaban demasiado ocupados hablando entre sí y sus pasos se fueron difuminando hasta afuera. Ella sin pensarlo dos veces, se sacó el vestido y zapatos con rapidez quedando solamente en enaguas con corpiño y, ¡se lanzó al agua!

Esa mañana había hecho especialmente más frío que otros días y lo resintió. Ahí, en ese lugar, era como un filtro y, aunque no era profundo, ¡Estaba helado! Fue precisamente Alonso el que le había platicado que esa parte no era profunda y por eso quiso hacer ahí los cimientos y también, gracias a él, es que Catalina supiera nadar, porque en el ingenio de azúcar había un río muy caudaloso y muy seguido iban a pasear.

Desde arriba se podía ver el cuerpo de Lorenzo y aguantando la respiración, se sumergió por completo, abrazándolo por el dorso, pero con trabajos pudo moverlo. Se impulsó con fuerza utilizando las piernas, de tan pesado que era, se le iba de las manos... Lo intentó de nuevo, esta vez buscando los brazos y desesperada se impulsó sacando fuerzas de Dios sabe dónde y logró levantarlo... Respiró copiosamente afuera, pero ahora la pregunta era: ¿Cómo demonios iba a sacarlo? Miró de un lado a otro y pudo ver una pendiente más baja por el lado derecho del túnel... Avanzó trabajosamente sosteniéndose del borde hasta que por fin pudo llegar. ¡Su cuerpo le pesaba cada vez más!, y tuvo que agarrar aire, para, por tercera ocasión sumergirse, con tal de poder empujarlo desde adentro. ¡Pero sí!, pudo arrojar su tronco hacia afuera. Salió del agua sin aliento y subió por un lado de la pendiente rasgándose el cuerpo entero y la poca ropa que traía. Estando arriba fue más fácil arrastrarlo hasta sacarlo por completo del agua. Le sacó la chaqueta y abrió su camisa para que su cuerpo respirara con mas libertad. Hasta entonces vio el agujero de su pecho...

—Lorenzo, háblame por Dios. —suplicaba sentada de rodillas.

Chequeó su respiración... nada.

Extendió su cabeza levantando la barbilla y apretó su nariz, sellando sus labios con la suya, dándole dos exhalaciones... Nada.

Solo un hilo de sangre, mezclada con agua.

—No te me mueras Lorenzo... —sollozaba.

Volvió a intentarlo, pero esta vez comprimió su abdomen montándose sobre sus piernas y justo arriba del ombligo, empujó una, dos, tres, cuatro veces—. Lorenzo... —Cinco, seis, siete...

Volvió a levantar su cabeza exhalando en su boca. ¡Esta vez Lorenzo tosió!, dejando salir un poco de agua por la boca. Catalina se hizo a un lado y más

agua le escurrió por su pecho.

Entreabrió los ojos lastimosamente.

—Catalina... —balbuceó al verla.

—*Shhh...*, no digas nada mi amor.

Observó y localizó el hangar que Alonso utilizaba para descansar cuando se quedaba todo el día varado en el trabajo, pero estaba a casi cincuenta pasos de donde estaban ellos.

—Lorenzo, ¿podrás levantarte? —dijo al tiempo que este le pasaba el brazo entre los hombros, apalancándose y muy apenas se puso de pie. Sentía mucho dolor y trabajosamente caminaron hasta la puerta que tenía cerrojo. Sin embargo, la madera estaba húmeda y parecía débil.

—Aviéntame en contra. —dijo él jadeando y Catalina obedeció.

Retrocedió un paso y, con los ojos cerrados, colisionó en contra de la madera el hombro bueno de Lorenzo y pese al inmenso dolor, la puerta se resquebrajó, acabándola él de abrir con una patada de bota. Adentro había un catre y ahí lo sentó, yendo rápidamente a cerrar la puerta, acomodando las maderas quebradas lo mejor que pudo. Miró a Lorenzo de reojo... sudaba, tenía fiebre y aun brotaba sangre de su herida.

—Tienes que sacar la bala. —murmuró con un hilo de voz.

—Dime que hacer. —contestó afligida.

—Busca algo con filo... en mi bota, busca en mi bota una daga. —gimió temblando y ella presta, sacó la daga que Lorenzo escondía—. Abre... para sacar la bala... es... —resoplaba—. Es como una pelotita...

Catalina buscó. Alonso tenía una semana de haber terminado y había recogido casi todas sus cosas, pero conociéndolo, debía tener alguna botella de alcohol escondida. Encontró. ¡Sí!, encontró media botella de whisky escoces envuelta en una servilleta de lino. Le dio un trago y le dio otro a Lorenzo, luego remojó la daga y sus propias manos.

—¿Listo? —preguntó tragando saliva. Él asintió jalando la faja alrededor de la cintura, la desenredó y se la puso en la boca como una mordaza. Catalina respiró profundo y él la animó con los ojos rojos y vidriosos.

El agujero era del tamaño de tres dedos juntos, apenas abajo del pecho y empapando Catalina la servilleta de lino con el fino whisky, la exprimió en el hoyo, haciendo chillar a Lorenzo. Aun así, asintió alentándola para que abriera... "*Vamos linda*", murmuró. Tragó saliva y aspiró aire por la boca, exhalando con fuerza y con la punta en la orilla del agujero, la fue deslizando transversalmente, haciendo una incisión lo bastante grande como para meter la

mano... ¡Más sangre salió!, e impulsada por Lorenzo, con los labios apretados; metió los dedos, tocando, palpando, ¡tratando de encontrar la bala que debía tener forma de esfera, canica o pelota! "*Dios mío*", rogaba Catalina mirando a Lorenzo al borde de la desesperación; retorciéndose, hasta que, su cuerpo se rindió y perdió el conocimiento.

Catalina no cesó y percatándose que aun respiraba, hincada en el suelo, abrió un poco más, decidida a introducir la mano entera. Sintió sus músculos, ligamentos y entre dos costillas, atorada, pudo sentir algo que se movía y que al querer agarrarla se resbalaba por el exceso de sangre que había adentro. Respiró y cerrando los ojos, suavemente la tomó entre sus dedos, sacándola. Más sangre le brotó y volvió a remojar la servilleta y volvió a exprimírle el whisky por dentro del agujero. Le quitó la mordaza de la boca y la hizo tiras, amarrando el ceñidor de seda que Lucía le había cariñosamente bordado con sus iniciales y que le sirvió como venda. Apretó, amarrando las puntas y, ajustándolo entre el hombro y el pecho, cerró superficialmente la herida.

Terminó cubierta de sangre y se abrazó desahogándose en lágrimas sobre él.

—Me salvaste Catalina. —susurró Lorenzo respirando dificultosamente.

—Hay Lorenzo... pensé que te me habías muerto...

—Tenemos que salir de aquí.

—Hace rato se oyeron disparos, pero ahora está muy callado afuera, quien sabe que esté pasando. —dijo Catalina limpiándose las lágrimas.

—No tardarán en hacer un reconocimiento.

—Tú no puedes moverte, dime qué hago...

—No puedes andar así. —apunto a su corpiño.

Su piel moreteada, manchada de sangre y lodo, cubrían los raspones que se había hecho en el pozo.

—El túnel está enseguida, voy a buscar mi ropa y... —agregó mordiéndose el labio inferior—. Veré qué puedo encontrar para ayudarnos. —Lorenzo asintió y la miró alejarse. Realmente apenas se podía mover.

Afuera estaba desierto. Catalina corrió hasta el túnel y el único ruido que se escuchó en el pasillo, fue el de sus pies descalzos que pisaban los charquitos de agua que había adentro. Sí, ahí seguía su ropa donde la había dejado y así como se la había sacado, con la misma rapidez se la volvió a poner, calzándose también las zapatillas. Luego corrió de regreso por el túnel, pero esta vez dobló a la izquierda... discretamente entró otra vez a las casitas de indios escondiéndose en una de ellas, espiando detrás de la cortinilla que

servía de puerta y, cerca, demasiado cerca, vio pasar a un soldado a caballo... Contuvo el aliento y se asomó cuando sus pisadas las escuchó más lejanas. Siguió zigzagueando entre los cuartitos apestosos y las cortinas ondulantes y pudo tener la vista completa del muelle, dándose una idea de lo que sucedía. Vio marinos y soldados armados desperdigados por todas partes; en la oficina, por el muelle y a las afueras de la aldea de tablas. No encontró salida, pero escuchó el paso de otro caballo. Se escondió en otro cuartito y recorriéndolo con la vista, solo vio trapos hediondos tirados por doquier, un bracerito, carbón, trozos de madera y una pala. La pala... eso podría servir, pero... necesitaba ayuda. “*Martha*”, se dijo a sí misma. “*Si Catalina no, Martha podría...*”.

Cerró los ojos y respiró profundo. Salió al agujero que servía de entrada y silbó, llamando la atención del soldado que le había pasado de largo... ¡Sin duda se sorprendió de ver a una mujer recargada en la pared de tablas!, y más encandilado quedó cuando recibió de ella una sonrisita ladina y traviesa.

—¿Tienes un poquito de brandy guapo? —preguntó y el otro señaló con la palma de la mano la alforja amarrada al cincho.

Martha y/o Catalina, se levantó el vestido hasta las rodillas y, a pesar que estaban todas raspadas, el soldado se saboreó pensando en lo que habría más arriba—. Tú me das y yo te doy... —ofreció al tiempo que se metía entre la cortinilla.

¡No se la pensó!, el hombre desmontó con rapidez y como embelesado, caminó hasta el cuartucho, pero en cuanto hizo a un lado la tira de tela... ¡fue recibido por el impacto de una pala en la cabeza!, cayendo instantáneamente de espaldas. Un segundo golpe le quitó el aturdimiento y Martha o Catalina o, las dos a la vez, salieron, no sin antes arrebatarse el arcabuz que colgaba de su pecho. “*¿Estará muerto?*”, preguntó Catalina. “*Qué te importa. ¡Corre!*”, respondió Martita.

Llegó hasta el cobertizo.

Lorenzo había conseguido levantarse y colocarse las botas, pero no podía mantenerse mucho en pie.

—Traigo un caballo y, esto. —dijo mostrando el arma.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó asombrado.

—Mejor no preguntes, pero si el cristiano al que se lo quité se despierta, va a venir a buscarme y nos matará a los dos antes que lo haga el almirante.

—Dime cómo están las cosas afuera.

Con la ayuda de una vara, hizo líneas en la tierra.

—Se puede salir por las casitas de indios y de ahí, todo derecho está descampado. Yendo a la izquierda damos al muelle, pero está lleno de soldados; no sé qué hacen, pero los marinos están sacando cosas de un galeón. Alrededor no se ve salida Lorenzo.

—¿Qué tanta vigilancia viste por allí? —señaló Lorenzo el lado contrario del muelle—. Debiste haber visto arpones y redes. —dijo haciendo una línea entre las casitas de indios y el puesto de pescadores.

—Sí, no vi vigilancia, más bien se han concentrado en la aldea de tablas.

—Desde ahí podríamos salir por la orilla sin ser vistos y con suerte, llegar a las casas de arriba. ¿Estas lista? —Ella meneó la cabeza, pero, aun así, con todo cuidado lo ayudó a ponerse la chaqueta; por lo menos de un brazo, la otra manga quedó suelta colgándole en el pecho.

Catalina arrimó el caballo, sujetando los estribos, mientras él ponía lentamente el pie. Luego con esfuerzos trepó, se acomodó arriba hasta quedar a gusto, aguantando todavía el dolor punzante que ya le había entumecido el brazo, pero del otro lado se acomodó el arcabuz. Atrajo a Catalina de un jalón y quedó montada por delante de él. Avanzaron por las casitas de indios y como planearon, caminaron por la orilla hasta el descampado. Ahí Lorenzo apretó a Catalina y ella se aferró a él. A lo lejos se miraba el muelle, arreando al potro con las botas, lo presionó para que los llevara a medio galope, pasando por suerte desapercibidos por el campo travieso. Catalina se dejó caer en la melena del caballo abrazándolo para no resbalarse y se ocultaron en el puesto de pescadores, en un enorme tejaban donde había más que nada, redes para pescar. Cerca de ellos había palmeras y del lado izquierdo, por arriba, comenzaba la aldea de tablas, donde, como dijo Catalina, había muchos soldados rondando.

Lorenzo asomó la nariz del animal, luego la cabeza entera y galopó, pero esta vez azuzó al caballo con las riendas y botas, corriendo con todas sus fuerzas hasta llegar a las palmeras sin detenerse, avanzando por la orilla de la playa hasta el despeñadero y desde ahí subieron por la colina. Por la derecha, llegarían a las casas grandes, y por la izquierda... alcanzarían la salida.

—Es peligroso. —observó Catalina viendo que Lorenzo se detenía titubeante, viendo a lo lejos su casa, la más grande de todas, resguardada.

Continuó cabalgando a paso rápido por la izquierda hasta que llegaron a la entrada del camino, pero como ya imaginaban, estaba custodiada; sin embargo, no esperaban a nadie, por lo menos de ese lado y, viendo distraídos a los guardias, ¡les pasaron tan rápido, que apenas alcanzaron a treparse a los

caballos! Los siguieron por el camino de terracería internándose en la selva, pero Lorenzo tenía la ventaja que conocía perfectamente esos caminos, a diferencia de los recién llegados y saliendo por la vía principal, despistó a sus perseguidores ocultándose entre los cientos de árboles que escondían veredas secretas... Así anduvieron galopando por horas pasando los manglares y el pobre potro, cansado y sediento fue menguando en su andar, al igual que Lorenzo...

—¡Lorenzo! —exclamó Catalina pensando que se estaba quedando dormido, pero él no atendió, no escuchaba y ladeándose por su derecha, ¡se la llevó entre las riendas!, cayéndose ambos en las patas del animal.

Hasta entonces pudo ver que la sangre le traspasaba el improvisado vendaje y hervía de fiebre... No sabía Catalina cuanto tiempo tenían andando, pero tenía miedo que los agarrara la noche solos. Se paró buscando las alforjas y encontró el brandy del soldado, mismo que ofreció a Lorenzo, pero era en vano, pues todo lo devolvía y Catalina aterrada porque ya no le respondía, sollozó encima de él.

Un ruido la hizo callar y su oído se agudizó. Escuchó ruidos entre los árboles y, quitándole el arcabuz a Lorenzo, —que no sabía siquiera cómo funcionaba—, se lo acomodó apuntando a dónde provenía el ruido...



Los jinetes asombrados por tal estampa, fueron aminorando el trote a escasos diez pasos de donde Catalina defendía su sitio aferrada al cuerpo de madera y, con los ojos desencajados, apretaba temblando con el índice el gatillo.

—Señora, somos gente de paz. —dijo el de adelante con voz suave.

—Le juro por Dios que si se acerca le vuelo la cabeza. —apuntó amenazante.

—¿Acaso es el capitán Lorenzo? —preguntó inquieto, viendo el cuerpo tirado y, sin pensarlo, se apeó cuando Orso señaló haciéndole un ademán por la falta de mecha en el arcabuz de la mujer.

Corrió hasta el herido y tirándose al suelo, golpeó suavemente su rostro con las palmas. Acercó su oído al pecho y verificó su respiración. Estaba afiebrado y notó que sangraba del costado.

—¿Usted lo conoce? —preguntó Catalina esperanzada.

—Pero que... —balbuceó—. ¿Qué sucedió?

—Tiene que ayudarlo, ya no sé qué hacer, se está muriendo.

—¿A dónde se dirigían? —preguntó cargando el pesado cuerpo a su propio caballo con ayuda de Orso, pero Catalina se encogió de hombros.

—El puerto fue tomado por un almirante, es todo lo que sé y, que al capitán lo han dado por muerto. —explicó sin poder quitar los ojos de Lorenzo.

—¿Y su familia? Su esposa, sus hijas... —preguntó inquieto.

—No lo sé. —contestó cansada—. Creo que los llevaron a la parroquia — Él muchacho suspiró y reflexionó por un instante.

—Creo saber su destino... cerca de aquí hay un mesón en medio de la selva. ¿Puede cabalgar señora? —Ella asintió con la cabeza y Orso, tomándola por la cintura, la acomodó por delante con las piernas juntas—. Por cierto, mi nombre es Alejandro de Xaramillo y mi compañero es el sargento Orso de la Cruz.

Remontaron por el camino escampado abandonando al extenuado potro y Catalina pudo ver, precisamente, ¡un parador en medio de la nada!, y donde probablemente hacía ahí pretendía ir Lorenzo.

Se pararon frente al portón de madera y dos empistolados los recibieron por encima de la barda.

—¡Traemos un herido! ¿Hay algún médico que nos ayude? —gritó Alejandro desde abajo.

—Un sangrador... —contestaron los guardias.

Uno de ellos descendió y abrió la enorme compuerta de madera para darles paso y los jinetes entraron a través de un ancho pasillo de terracería sin techar hasta un zaguán. Adentro, un indio muy mal encarado tomó las riendas del caballo y ayudó a bajar al herido, haciéndolos entrar hasta una estancia con piso de piedra lavada, paredes altas con techo de palma y bancas y sillas alrededor. Más adelante, yendo por enfrente, otra puerta de madera se abrió y el dueño, un hombretón, un gigante, ancho y cabezón salió a recibirlos, presentándose como *Pedrote*.

A Lorenzo lo llevaron directo al sanatorio del sangrador y en lo que se deshacía de sus ropas con ayuda de una navaja, desenrolló la venda que le había hecho Catalina con la faja que Lucía le había bordado.

—¿Qué pasó?

Catalina les contó, al sangrador y a Alejandro, que le dispararon y que le sacó la bala abriéndolo con una daga. Que lo vendó como pudo y nada más...

—*Mhhh...* —masculló el sangrador inspeccionando el agujero y dirigiéndose a Catalina, señaló una vasija de agua—. Hay que bajar la fiebre... no está tan mal, al menos la carne no se ha gangrenado. ¡Ande mujer! —ordenó molesto, porque no había adivinado que al mostrarle la vasija de agua, esperaba su asistencia.

Ella al instante mojó una toalla y la acomodó en la frente del enfermo. Alejandro seguía expectante sin moverse. “¿*Quién es esta mujer?*”, se preguntaba. El sangrador sacó de un frasco de alcohol una aguja más grande de lo normal, como la que usaban los sastres y pasándola a fuego de candela, cosió la rajadura que Catalina le había hecho, mientras Lorenzo se retorció delirante y Alejandro, viendo que batallaban, se decidió a intervenir y detuvo su cuerpo para que el sangrador pudiera terminar. Al final, solo aplicó una compresa con un unguento de *tepezcohuite* que los indios le enseñaron a usar. Limpió su cuerpo y reemplazó las vendas.

—Siga mojando los paños y páselos también por el cuello, hombros y sobaco. —indicó el sangrador con severidad y dejándolos, caminó pesadamente hasta su *jacal* de adobe y techo de paja a continuar el sueño interrumpido, mientras Alejandro seguía observando a Catalina.

—Mandaré pedir ayuda. —anunció, viendo desde hacía rato, sus vestiduras y piel claramente dañadas—. Vaya a descansar, yo me quedo a cuidarlo. —dijo remojando otra toalla y ella aceptó.

Confiaba en él, su rostro amable y sus ojos la convencieron. Una india la acompañó a su cuarto y se dejó quitar los zapatos, acurrucándose en la cama. Quedándose profundamente dormida...

Despertó sobresaltada con la luz de la mañana y como escuchó movimiento afuera, quiso saber qué pasaba, ver cómo seguía Lorenzo y como no vio en ninguna parte sus zapatos, porque la india, —que resultó ser mujer del sangrador—, se los había llevado para limpiarlos, salió descalza, encontrándolo, no en su cuarto, si no en un patio con arcos... Ahí estaba su querido Lorenzo, sentado en una banca en uno de los pasillos con sombra y Alejandro estaba con él.

—¿Cómo sigues, te duele? —preguntó impresionada de verlo levantado. El sangrado le había colocado un cabestrillo.

—Estoy mejor. —sonrió débil y aun adolorido, pero se recargó en el respaldo, atrayéndola hacia su pecho del lado sano.

Alejandro pensó que no era de su incumbencia y prefirió darles privacidad. Lo que le interesaba era lo que Lorenzo le había contado hasta entonces: de la emboscada y de don Nuño. ¡Era imperativo regresar a Villa Rica! Toda su familia corría peligro y Lorenzo estaba angustiado también por Fernando... Si tan solo pudiera moverse, habría partido cuanto antes, pero no, ya había tentado demasiado a su buena suerte y, además, la idea de Alejandro era mejor: Esperarían a que llegara la ayuda que solicitó, retomarían el puerto y rescatarían a sus habitantes.

Fue hasta la noche cuando se escucharon cascos de caballos llegar y Alejandro presuroso, salió a recibir a la tropa de cuarenta soldados armados que encontró desmontando en el portal.

—¡Bendita sea señora! —exclamó Alejandro.

—Bendito Dios que nos dejó llegar. —contestó la mujer montada en uno de los mejores caballos.

Desmontó y Alejandro le hizo una reverencia, pero ella en cambio lo abrazó con sobrada familiaridad. No era común con ella, pero como a Juan lo quería como un hermano, a Alejandro, por consiguiente, lo consideraba su hermano menor.

—Don Pedro está afuera saludando a su tocayo *Pedrote*. No hemos parado desde que recibimos tu mensaje.

—Doña María de Estrada... —saludó Lorenzo de la mano de Catalina.

Santisteban del Puerto

*E*l teniente Torres, responsable de guiar la comitiva de Nuño hasta Santisteban, organizó su escuadrón con diez soldados a caballo, veinte a pie, cinco mulas, dos carretas de ruedas grandes, con repuestos de ruedas gruesas para el camino agreste, cinco camillas para transportar al gobernador y a los cuatro oidores y diez indios para su equipaje y, aunque el lugar dónde desembarcaron no había muelle y se vieron en la necesidad de anclar lejos, disfrutaron complacidos la belleza de la playa, que probablemente no era tan hermosa como las que había en el sur, sobre todo en Yucatán, pero la extensión de la rivera hasta por dos leguas de largo y oleaje suave, con poca profundidad, les hizo ver a los licenciados, incluyendo a Nuño, la valía que tenían esas playas de Indias. Tanto de la playa, como del terreno que pisaban, fue tomando nota Fernando y él tanteando que estaban a diez metros aproximadamente sobre el nivel del mar, al norte, a lo lejos, divisó un cerro. En su mayoría comprobó que casi todo el terreno era una planicie y el teniente lo confirmó.

Cuando Torres organizó a la compañía, marcharon al suroeste, batallando por la falta de caminos, si bien, había brechas ya formadas y arboles cortados, pero las carretas apenas alcanzaban a pasar. Avanzaron cerca de un río muy caudaloso y a su derecha, adentro en la selva espesa, lo que Fernando notó fue que sobresalían los manglares... Grandes piedras salidas dificultaban el camino de las carretas y los madrileños, —así les decían por su forma de hablar—, caminaron a ratos, cansados de los brincos y zarandeos y por todo lo que veían, se admiraban; si no era el paisaje, eran los árboles o el agua verdosa pero limpia y refrescante del río o, otras, preferían encaramarse a las literas, asustados y cansados por ver tanto árbol, o cuando el camino se hacía más estrecho y los sonidos de animales daban de qué pensar. Entonces el

teniente Torres recomendaba caminar con extrema cautela, sin hablar y hasta los soldados miraban avispados entre los árboles, esperando que en cualquier momento un animal salvaje les saltara encima... Así pasaron casi tres horas y no tanto porque quedara tan lejos, sino por la lentitud de ir a paso de carreta. Literalmente, a vuelta de rueda.

Cuando por fin salieron de los caminos estrechos, se encontraron otra vez al río de frente y fue más rápido. Solamente había un ligero contratiempo: tenían que cruzar. Santisteban estaba del otro lado y no había otra solución. Por fortuna sus habitantes contaban con una lancha para esos menesteres y desde el otro lado, los lancharos los saludaron.

—Dios les salve. —saludó Torres—. Traemos al gobernador y su acompañamiento. ¿Nos pueden ayudar a cruzar? —Ellos contestaron que sí y viendo cómo lentamente llegaba hasta ellos la lancha, la recibieron y acomodaron un tablón para que fuera él; Nuño, Fernando y los licenciados, quienes pasaran en primer lugar. Después y con más tardanza, pasaron soldados, indios, caballos, mulas, carretas y baúles.

—Ya lo estábamos esperando señor gobernador. —dijo uno de los hombres muy sonriente y Nuño agradeció con la cabeza.

A una hora quedaba la villa y desde ahí, a un lado de Torres, erguido con la cabeza en lo alto, entró Nuño a caballo, mientras toda la gente saliendo de sus casas, lo saludaban efusivamente. Torres hasta retrocedió más allá de los oidores, dejándolo disfrutar del recibimiento y agasajo de sus gentes y Fernando recordó cuando llegó a Santiago por primera vez... Las calles de Santisteban aún eran de terracería y a los costados, algunas casas altas de piedra resaltaban con las de adobe. Sus bellas puertas de madera talladas, daban muestra que había buenos artesanos y las ventanas en segundo piso con balcones con herrajes, demostraban sin duda la presencia de los castellanos. Aun así, mostraba más austeridad que Santiago de Cuba y sus hombres en chaleco y sus mujeres ataviadas con sevillanas y mandiles de encaje, los vitorearon; los niños, ondeando listones de colores lo siguieron hasta que paró en las puertas de la capilla, donde cuatro frailes franciscanos le dieron la bienvenida y él, como todo buen cristiano, descendió e hincándose frente a ellos, besó el borde de su túnica, haciendo, además, una profunda reverencia.

—Bienaventurada sea su presencia en estas tierras don Nuño. —exclamó el señor cura, dándole su bendición.

Se ofició una misa por su llegada y todos los recién llegados comulgaron y fueron rociados con agua bendita, de igual manera los indios a un lado de los

animales y como ya era tarde, dejaron el festejo para el día siguiente, pero Nuño quiso quedarse un rato más en la iglesia, para dar gracias a Dios por llegar con bien a su destino y esto agradó mucho a los frailes que lo vieron hincado frente al altar...

Al día siguiente, desde la mañana, después de misa, hubo un almuerzo colectivo y todas las familias llevaron comida muy variada, como pescado frito, sopa, caldo, frutas, verduras, panes, queso, vino y budines como postre que acomodaron en una sola mesa.

Nuño desde lo alto del escaño, recibió a los habitantes, que por familias fueron presentándose ante él y ahí percibió, que no había tanta gente como había imaginado; a lo sumo unas quince mujeres, algunas doncellas, otros veinte hombres, chiquitos de brazos y niños a lo mucho hasta los quince años, de esos eran una veintena y casi un centenar de soldados apostados alrededor del atrio y, diez de los cuales, pertenecían al escuadrón de Torres. Después de mediodía, Nuño descansó y apareció hasta la hora de comida, pero el calor era tan devastador, que prefirió pausar la fiesta hasta la noche, hora en que Nuño dio su discurso. Había permanecido muy callado hasta entonces y esperó hasta que dio la sombra y la gente se congregara en el atrio, que según le dijo el cura... era toda.

Se subió a un atril para ser escuchado y comenzó agradeciendo a Dios y a la Virgen de la Merced por haber llegado con bien, después de todo el sufrimiento y la enfermedad que pasó en el barco y que lo obligaron a retardar su llegada...

—Pero nada importa la enfermedad, cuando Dios nuestro Señor quiere que se cumpla su voluntad. Yo la acepto y ustedes como cristianos tienen la obligación también de aceptarla y, en nombre del Rey Carlos Primero de España y Quinto del Sacro Imperio Romano Germánico, Emperador impuesto por Dios y la Santa Iglesia, declaro... que se me ha encomendado estas tierras y yo, siendo su ferviente servidor, acepto su mandato. —Hizo una pausa y todos aplaudieron con entusiasmo—. Nuestro rey escuchó y falló en favor de la unidad y armonía de todos aquellos que están formando la nueva sociedad española en el Nuevo Mundo, pero el demonio... ¡el demonio es astuto! ¡Hizo de las suyas!, y, mientras nuestro rey abogaba por que no hubiera diferencias ni competencias por razones de los límites de las gobernaciones... sus enemigos, ustedes saben quiénes son esos enemigos... y ellos, alegando tener su favor, han hecho su voluntad. ¡La voluntad egoísta y mezquina de ellos mismos!, por eso, es mi deber dar voz como representante en esta tierra del

rey y declaro: ¡Declaro firmemente!, que ninguna encomienda entregada con anterioridad, quedara sin revisión y de ser necesario, serán devueltas para ser repartidas con verdadera justicia. —finalizó y los aplausos, al principio, intensos y hasta afectuosos, se fueron haciendo más escasos y desganados.

Torres y Fernando se miraron con sutileza, sabían bien de quién estaba hablando...

Pasaron varios días cuando Fernando pudo hablar con Nuño, luego de los almuerzos de bienvenida y ya cuando estaba bien instalado en su nueva residencia. Entonces, las diferencias de Santiago de Cuba se fueron haciendo cada vez más evidentes... La vida de Santisteban era sumamente sencilla y es que no había minas que explotar y los terrenos estaban rodeados por una selva tropical bastante húmeda, que no dejaba mucho por sembrar y, los indios apenas sobrevivían con la pesca, mientras los castellanos hacendados, que tenían las mejores tierras, sembraban gracias a las mercedes que, precisamente Hernando de Cortés les había concedido.

—¿Por qué tanto afán por pelear este lugar? —preguntó Nuño cuando Fernando cruzó la puerta de su oficina—. Siempre imaginé que Santisteban era más próspero y que había minas que no reportaron. Esto, no me lo esperaba. —aceptó decepcionado.

—Supongo señor que el único afán de sus predecesores era el orgullo de fundar la primera villa española. —contestó pensativo, pero Nuño contestó haciendo una mueca de disgusto.

—¿Y por qué no ha llegado Estrada, que tanto se hace de aquí a Tenochtitlan? —Fernando no quiso decirle que, si no había llegado Estrada era porque realmente no le interesaba conocerlo, pero prefirió mostrarle un mapa con su ubicación actual con puntos marcados que Francisco de Garay había manifestado a la Corona y que los cartógrafos habían armado con trabajos.

—Por esta parte hay una sierra muy pronunciada. —explicó Fernando mostrándole una franja verde que atravesaba el noroeste hasta el sureste—. No sé si hay paso libre por estos cerros, pero desde donde estamos, Tenochtitlan queda a un poco más de cien leguas al suroeste, así que podría ser que... dos o tres días se tarde uno en llegar. —apuntó Fernando y, viendo más tranquilo a Nuño, se atrevió a preguntar—: Señor, el capellán me ha proveído de algunos mapas y escritos interesantes, aun así, supongo que a este mapa que le muestro podemos agregarle más información y ellos han dispuesto un lugar en el

claustro para mi uso; solamente me gustaría, si fuera posible, me pueda dotar de un asistente.

—No tenemos mucho presupuesto don Fernando, como puede ver...

—En ese caso, si lo permite, lo solventaré yo mismo. —propuso y Nuño asintió suspirando. Él mismo llevaba mucho dinero gastado de sus propios bolsillos desde que arribó a La Española.

—Estoy cansado don Fernando, vaya a trabajar. Yo... debo planificar, calcular... para cumplir nuestra encomienda. —dijo reflexionando.

Fernando salió preocupado por la actitud del gobernador. Notó que el discurso que dio en la calle no había sido bien recibido por los habitantes y cuando salió a caminar, se dio cuenta que no era el único que tenía preguntas en relación a don Nuño. Algunos encomenderos, platicando con el teniente Torres, bebían en lo que era un puesto de soldados, cerca de los establos.

—¿Hasta cuándo se regresa a Villa Rica teniente? —preguntó Fernando inquieto.

—Don Nuño quiere que me quede por más tiempo. Por lo menos hasta la llegada de Sancho. —contestó un tanto molesto. Molesto por el embravecido sol de esos lares y molesto con Nuño.

—¿Cómo es que quiere quitar las encomiendas? —exclamó el herrero sacándolo de sus pensamientos. Traía consigo cuatro herraduras para el caballo de Torres y escuchando que hablaban del nuevo gobernador, quiso opinar al respecto, como si hubiera esperado el momento de hacerlo con alguien—. Luego ha suspendido el servicio de indios. ¡Eso es escandaloso!

—Eso no es todo... —siguió su compañero, un encomendero de Tampa y seguidor jurado de Cortés, pero se interrumpió solo porque dos de a caballo con guardia de seis soldados llamaron su atención y dirigiéndose a ellos, exclamó—: ¡He! ¡Ahí van los Diegos de perros! ¿Por qué la prisa? ¿Acaso es cierto que van a traer a los indios caciques?

—Eso nos ordenaron. —contestaron los dos de a caballo—. ¿Y qué hacen ustedes par de zánganos?

—Tú, comemierda... no vez que estoy trabajando. —contestó el herrero señalando a Torres y a Fernando que divertidos, presenciaban el alegato.

—Hablo del *huevo*n ese de Padierna. —respondió uno de los Diegos.

—Este *huevo*n que se defiende solo. —murmuró el herrero.

—Tú, cabrón. Me vas a comer los huevos por detrás si no te callas... mejor ve a lamerle las bolas a tu gobernador, que ya te vi de lameculos desde que llegó. —Los otros prefirieron ignorarlo y siguieron su camino, pero este, que

había agarrado vuelo, siguió de boca floja, gritándoles impropiedades—. ¡Ya verás cómo llega Cortés y te da por el culo, cabrón!

—¿Por qué dice que va a venir Cortés? —preguntó Torres a Padierna con curiosidad.

—Esos madrileños no aguantan esta vida teniente. Lo mismo pasó con Garay. Ya verá como corre...

Fernando con esto se dio cuenta que entre los habitantes todavía había muchos simpatizantes de Hernando y ese hombre seguramente no era el único. Comprendió el malestar de Nuño. Aunado a la decepcionante villa que después de todo le había resultado Santisteban del Puerto —¿Cuál puerto?—, y, como había comentado el herrero, los cambios no se hicieron esperar: Nuño recibió, —por decirlo así, porque realmente lo ordenó—, a todos los encomenderos de la región y todos, sin excepción, debían presentar sus títulos de propiedad y los oidores, que lo acompañaban en todas las audiencias, anotaban santo y seña de lo que pasaba.

Nuño identificó inmediatamente los que estaban a favor de Cortés; eran los que tenían las encomiendas más grandes y muchos llegaron sin papeles alegando que los habían enviado a que Estrada los sellara.

—Cortés nunca tuvo la autoridad de dar indios ni tierras a nadie. —alegó colérico en las reuniones privadas—. Así que, según mi juicio, esas encomiendas no valen.

Los primeros lo aceptaron con los dientes apretados y aceptaron también lo que él quiso darles y otros, de puro miedo, huyeron a mitad de la noche, dejando casas y tierras solas, cosa que enfureció a Nuño y para demostrar que sí hablaba en serio, advirtió a los oidores, que comenzaría a llevar a cabo juicios y castigos...

Al primero que llevaron fue a Padierna, el amigo del herrero, denunciado por los tales Diegos a quienes Nuño había encomendado vigilar. Él era perfecto para que Nuño demostrara su autoridad ante todos los que aun dudaban de su pacto. Esta primera audiencia se llevó a cabo ante todos los habitantes de la villa que se dieron cita esa tarde para presenciar el primer juicio que se hacía en Santisteban del Puerto.

—¿Niega haber hecho esas declaraciones? ¿De correr la voz y de asegurar que Cortés se acercaba con un ejército? ¿Niega ser uno de los beneficiados de esas encomiendas ilegítimas? —inquirió con voz grave, arriba del estrado que había mandado hacer a propósito.

—No señor, no niego que don Hernando me haya otorgado las tierras que

habito y como estuvimos con la zozobra de que había muerto, apenas hace poco supimos que estaba con vida y tal vez fui muy profuso en mis comentarios... Le pido perdón señor gobernador, pero solamente dije lo que muchos habían estado diciendo, que usted se iría a Tenochtitlán y dejaría Santisteban.

Nuño le dio la espalda y, para sorpresa de todos, ordenó que lo desnudaran y lo llevaran a la *picota* como castigo.

—¿No lo cree excesivo señor? —susurró turbado el oidor Domínguez, pero Nuño en respuesta le lanzó una mirada que bien pudo derretir un copo de hielo. El oidor retrocedió con miedo y con protestas del pobre de Padierna y el llanto de sus familiares, lo llevaron al atrio a la *picota*, que consistía en una columna de madera, atravesada de una base por encima. Sujetaban al castigado en forma de cruz y en los extremos de la base, dentro de dos agujeros, introducían sus manos, así que la cabeza descansaba encima y sobre esta, la inmovilizaban con otra base, quedando completamente aprisionado... ¡Así lo dejaron por cuatro horas! Y los niños se divirtieron aventándole agua y tomates maduros a la cara. Al día siguiente, la familia de Padierna había abandonado Santisteban...

Nuño, como era de esperarse, se justificó, especialmente con los frailes que le reprocharon su castigo por demás exagerado y dentro del convento, con oidores y Fernando presentes, comenzó su exculpación, mostrando cada día, sus negras intenciones.

—Deben saber santos señores por qué lo hice... Siento sus miradas que gritan y eso me desconsuela. —dijo Nuño a los frailes.

—Solamente creemos que puede despertar pasiones no muy favorables señor. Sus acciones han provocado miedo e incertidumbre. Aquí todavía hay muchos admiradores de don Hernando y debería afianzar primero su confianza. —recomendó preocupado el capellán y los demás lo secundaron.

—Así que todos piensan igual... —exclamó Nuño recorriendo la mesa con la mirada—. Pues bien, contestaré a su recomendación... ¡No vine a hacer amigos! ¡Vine a gobernar! Vine a quitar la mala hierba y a restablecer el derecho soberano del rey y, si en el camino tengo que eliminar a sus enemigos, ¡tengan por seguro que voy a destruir a cualquier ominoso que se cruce!

—Nadie está en contra del rey... —intervino el cura mayor.

—Señores... —siguió Nuño—, así es como mi padre me enseñó y él, siendo guardián de la orden de la Santa Inquisición me adoctrinó sabiamente... ¡Al enemigo, al demonio, al repulsivo, vil, execrable, solamente se elimina

desde la raíz! —dijo golpeando la mesa con su puño y su voz retumbó por la habitación.

—Perdónenos don Nuño. —expuso con miedo uno de los frailes con la cabeza baja—. No queremos ofenderlo, también estamos a la orden de la Santa Iglesia y de la Santa Inquisición.

—Don Fernando... —exclamó Nuño, sentido todavía con los frailes—. Creo que es buena hora para que vaya haciendo un reconocimiento del lugar. Quiero que ese mapa que me mostró hace días, tenga las encomiendas y aldeas de rededor.

—Sí señor, mañana comienzo a hacer las primeras medidas y, por cierto, señor cura, —agregó Fernando tratando de suavizar el ambiente—. ¿Cada cuándo envían correspondencia a Villa Rica?

—Cada mes don Fernando, a menos por supuesto que sea urgente... —explicó el cura, pero Nuño le quitó la palabra.

—No se aflija don Fernando, que dentro de poco llegará el almirante Sancho y ya veremos qué noticias nos trae.

—No sabía que esperábamos a más gente señor. —preguntó el cura extrañado.

—El almirante trae algunas familias de Villa Rica que nos servirán para enriquecer Santisteban. —dijo sospechosamente ante el cuchicheo de los oidores que se notaban inquietos por las nuevas noticias y Fernando pensó, que, si ellos tampoco sabían nada de esas supuestas familias, ¿qué más escondía don Nuño y por qué evitaba la correspondencia?

Un amor condenado

Sancho había logrado mantener Villa Rica a su merced con su tropa, pero estuvo más aliviado cuando reforzó su ejército con otros ochenta soldados enviados por don Diego de Colón desde La Española; coludido por supuesto con Nuño para apropiarse del reino y sacar a Cortés de la jugada. Tuvo sin embargo tardanza en desalojar el galeón que Lorenzo utilizaba de almacén, donde encontró un gran botín que satisfactoriamente adoptó para él, compuesto por cacao, azúcar, harina y varios, muchos baúles llenos de figurillas doradas y plateadas, adornadas con piedras brillantes de color rojo, verde y amatista... Por eso demoró el traslado de los civiles a Santisteban y él, que odiaba lidiar con los chillidos de las mujeres y reclamos del capellán, tuvo que calmar los ánimos porque la gente exigía explicaciones de lo que sucedía en el puerto y no era para menos, pues la desinformación estaba a la orden del día y mientras muchos murmuraban que el capitán Lorenzo había muerto por pronunciarse en contra de don Nuño, otros decían que no estaba muerto y que pronto vendría a salvarlos de la tiranía que a leguas mostraba el ayudante del gobernador...

—¡Hasta cuando nos van a dejar aquí! —gritaban desesperadas las Hijas del Sagrado Corazón.

—¡Queremos ver a nuestros hombres! —exclamaban las esposas de los soldados. *¡Tenemos calor! ¡Tenemos hambre! ¡Tenga piedad por Dios! ¡Mi hijo se está deshidratando! ¡Usted no sabe quién soy yo! ¡Mi mujer, almirante!* —Eran los reclamos que le hicieron en cuanto traspasó las puertas de la atestada iglesia. El ayudante de Sancho no se daba abasto en guardar el orden.

—Calma a todos... —repetía desde la entrada—. Si guardan el orden podré atender a sus preguntas...

Poco a poco, la gente le fue dando espacio hasta que llegó al altar y desde ahí se dirigió al gentío.

—Gracias a Dios no hemos tenido bajas de los nuestros, más que como ustedes ya sabrán, del capitán... —Se oyó el bisbiseo entre la multitud y continuó—: Haré que les traigan más comida y los sacaremos del encierro en cuanto sea seguro. —concluyó y salió en medio de ruegos y demandas, incluyendo a don Alonso, que no encontraba a nadie que le diera razón de Catalina.

Salió de mal humor y ordenó a uno de sus subordinados que apresurasen el descargo del galeón, mientras él se dirigía a la casa de Lorenzo, no sin antes modificar su cara de traidor por la de salvador, sacudirse las ropas y limpiarse las barbas.

Encontró a Lucía más tranquila, pero parecía como ida de sí misma.

—Tendrán que aguantar un poco más. Espero que mañana o, a más tardar pasado mañana volvamos a la normalidad. —indicó a Rebeca que era la única que atendía y pensando que al día siguiente se desharía de la chusma, no vio de qué manera desprender a Rebeca de Lucía sin desobedecer a Nuño, que claramente ordenó, le enviara a la joven para su propio provecho.

—¿Cuál normalidad? —pregunto Lucía de pronto, con los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar—. No ve que sin Lorenzo ya no hay normalidad... —agregó suspirando y Sancho, enfadado de oírsele nombrar, volteó los ojos en blanco sin que lo vieran y caminó a la salida con las manos empuñadas.

—Con su vida guardan esta puerta. —aseguró Sancho a los guardas.

“Es cuestión de tiempo”, se dijo. *“Lucía me querrá tarde o temprano”*, se convenció él mismo, desbaratando afuera los puños de sus manos. Pensó que, sin los parroquianos, tendría tiempo suficiente para suavizarla y lograr deshacerse de Rebeca... Hasta pensó en jugar la carta de Fernando. Sí, le diría que estaba enfermo y ella aceptaría irse por su propia voluntad y lo que Nuño quisiera hacer con ellos, aunque el chaval fuera de su agrado, ya no era de su incumbencia. Además, con más gente de su lado, don Diego de Colón favoreciéndolos y con los soldados de Lorenzo encerrados y cabizbajos, su triunfo estaba casi completo. Ya hasta imaginaba la encomienda que don Nuño le había prometido y, aunque nunca hablaron de leguas, esperaba que el gobernador fuese generoso y reconociera su valía. ¡Tal vez llegaría a obtener algún título! ¿Quién se lo hubiera imaginado? Él, hijo de un pobre carbonero de Almería, podría llegar a convertir esa sustancia espesa, viscosa y roja que le recorría por las arterias, en la esencia clara y victoriosa de una sangre

noble de conquistador que heredaría más tarde a sus futuros vástagos. "Ahhh...". Qué placer ver el muelle, su muelle iluminado y qué regocijo saber que el puerto sería de él...

Caminó hasta la oficina portuaria y respiró hinchando su pecho, como si con eso eliminara cualquier vestigio del aliento de Lorenzo, luego se sentó en su sitio y comenzó a revolver los cajones sin encontrar algo de su interés, hasta que, ¡Ajá!, brandy de excelente calidad que Lorenzo escondía solo para él. "Confieso que malos gustos no tenías...", dijo empuñándose un buen trago y tras expulsar un eructo de satisfacción, añadió, levantando la botella: "Ojalá te pudras en el infierno". Luego se acomodó en un sillón bastante cómodo, donde imaginó que Lorenzo se echaba sus siestas de media tarde y tomando también posesión de él, se recostó deleitándose con el brandy de Lorenzo y fantaseó con la mujer de Lorenzo... Lucía, la dulce y hermosa Lucía... ¿Cómo se sentirá besar sus labios?, y, acariciándose por dentro del braguero, imaginó las suaves caderas de Lucía, su piel y su estrecho cuerpo... La vida que siempre anheló la tenía en la palma de la mano y esa noche, durmió feliz, acariciando su miembro, moviendo la mano enérgicamente de arriba hacia abajo, finalizando en una placentera exhalación... "Ahhh...". Imaginó agradeciéndole con grandes muestras de devoción por haberla salvado a ella y a sus hijas y sus hijas, las hijas de Lorenzo lo llamarían padre y él enterraría el recuerdo de Lorenzo para siempre...



Explicó Alejandro a Lorenzo antes que la caballería llegara que eran los aliados más cercanos. Su aparición lo complació mucho y la presencia de don Pedro de Sánchez y de doña María de Estrada, aminoró su preocupación e impaciencia. Ahora la pregunta era... ¿cómo recuperarían el puerto?

Lorenzo les informó detalladamente lo que, según Sancho, Nuño pensaba hacer. No quiso mencionar a Fernando y en su interior, rogaba a Dios por su seguridad.

—Así que el tal Nuño quiere arrebatarse el poder a Estrada. —dilucidó Pedro—. El mismo poder que Su Majestad le otorgó.

—Al parecer ni el rey don Carlos, don Fernando, ni su majestad doña Juana se han puesto de acuerdo a quién dar la potestad de gobernar estos reinos... — exclamó María suspirando.

—Lo que sí es claro María, es que todos los enviados quieren quitarnos de en medio y como ya no les servimos... —convino Pedro con molestia, pero interrumpió su razonamiento por la entrada de Catalina, que seguía vestida con el despojo de lo que fue su hermoso vestido verde esmeralda y, por lo menos le quitó las manchas de sangre, pero la delicada tela quedó totalmente arruinada; el fino encaje italiano con olanes estaba roto y las orillas de la falda y los adornos del frente del pecho, se veían rasgados y descosidos. ¡Ni hablar de sus zapatos de tela de seda!, que, aunque fueron tallados, lucían totalmente raídos. Llegó tarde a la reunión y es que su propio cuerpo, irritado y raspado fue lavado con la deliciosa agua caliente que la india, la mujer del sangrador, le hizo favor de llevarle. Le pasó una esponja jabonosa y la limpió con suavidad, curándole además las heridas; con la misma agua, sumergió sus cabellos enmarañados y los peinó con aceite de aguacate, dejándolo no solamente limpio, sino brillante, resaltando las formas quebradizas y su color natural rojizo y si bien, no era para nada una mujer tímida, las miradas en la sala, alcanzaron a ruborizarla.

—Les presento a doña Catalina de Sánchez. —exclamó Lorenzo, yendo personalmente por ella.

Todos vieron cómo la llevaba de la mano a sentarla junto a él, al igual que notaron que Lorenzo no retiró su mano.

—Entonces... —carraspeó Pedro, tratando de volver a donde se había quedado—. ¿Deberíamos pedir ayuda a Tlaxcallan o a Texcoco?

—*Mmmhhh...* —caviló María sosteniendo su cara con las dos manos, queriéndose quitar también de la mente la pregunta de, ¿quién era esa mujer y de qué se había perdido?, pero agregó—: No creo que sea conveniente que involucremos a los indios querido y puede ser muy arriesgados si no sabemos las intenciones que tenga ese Nuño. ¡Capaz que se agarra de eso para terminar con la paz! No... deberíamos tomar al toro por los cuernos, pero eso sí, avisar a todos los señoríos que se cuiden, para que estén prevenidos.

—Recuperemos entonces el puerto y, si no lo hacen por la buena. —añadió Pedro acariciando su espada.

—Que sea por la mala. —terminó la frase Lorenzo, besando la mano de Catalina.

“*Qué demonios...*”, pensó María al verlo y no porque se escandalizara de

eso. Ya estaba muy acostumbrada de las aventuras de los soldados. ¡Ni que no lo supiera ella! Había algo que le resultaba curioso y es que Lorenzo siempre había sido muy serio en esos menesteres, y, en viceversa, Catalina también sintió curiosidad de María. ¡Le pareció fascinante!, y escucharla hablar y ver que su voz era escuchada como el resto de los hombres... No solo eso, ¡era respetada por los hombres! La miró y la otra también la miró interrogante.

—Atacaremos antes del amanecer. —siguió Lorenzo—. Así los agarramos en desventaja porque no nos esperan. —Todos estuvieron de acuerdo y Alejandro, que por ser el más joven y sin experiencia, solamente agregó: "*Yo haré lo que me indiquen*".

A partir de entonces, Pedro se hizo cargo de la tropa y enviaron a descansar a Lorenzo, que seguía débil y adolorido y él, sin que le importara lo que pensarán de la mujer que lo acompañaba, no dio ninguna explicación y ni ellos se la pidieron, pero sí aceptó irse a la cama y se fue, por supuesto, acompañado de Catalina que se acomodó bajo su hombro bueno y lo abrazó cariñosamente y, sin hablar, permanecieron así abrazados hasta que Catalina se quedó dormida. ¡Cuántas veces había soñado él en esa imagen!, antes, cuando era almirante, cuando pensó que ella podría conformarse con él y ahora al tenerla ahí, al ver su rostro, la comisura de sus labios y al sentir su suave respiración, se dio cuenta que todavía la amaba. La amaba, pero la odiaba. Era como verse a sí mismo reflejado en un espejo, como si fuesen dos gotas de agua del vasto océano, pero una del sur y otra del norte y la abrazó y besó la comisura de su boca, provocando que sus ojos se abrieran. "*Duerme*", susurró mientras él también cerraba los ojos. "*Te amo*", musitó ella y él solo sonrió. Catalina estaba feliz y se conformaba con sentirlo cerca, porque ignoraba cuánto tiempo duraría ese idilio, así que estaba dispuesta a disfrutarlo, mientras él, despierto, pero con los ojos cerrados, rogaba a Dios porque su familia estuviera a salvo y en cuanto a Lucía... para que Sancho no le pusiera la mano encima.

Le gustó a Lorenzo ver los gestos de Catalina al desperezarse y aunque trató de disuadirla para que se quedara en la posada, prometiéndole que volvería por ella, Catalina se negó y se la llevó, sin querer entrar en discusiones, menos en ese momento cuando todos se preparaban para marchar y aunque ningún ejército andaba de noche por el peligro de los animales salvajes que en esos rumbos abundaban; la sorpresa era su mejor táctica y eso los estimulaba a seguir y, con antorchas proporcionadas por *Pedrote*, marcharon formados a medio paso en filas de dos: Lorenzo a la cabeza, Pedro con Goyo, que era su

teniente de guardia en Tetela; María con Catalina; Alejandro con Orso, el guardaespaldas que Juan le había impuesto y por último, la escuadra de Tetela.

Catalina miraba constantemente la espada que María portaba en su costado. Le parecía hermosa.

—¿A cargado una espada alguna vez? —preguntó enfadada María, que ya se había percatado de sus miradas.

—Solamente de estoque, pero nunca había visto a una mujer con una espada de mano y media...

—Esta espada es de mucho aprecio para mí, me la regaló Cortés. —aclaró con orgullo— ¿Le gustaría cargarla? —ofreció pasándosela y Catalina la recibió sorprendida de su peso.

—¿Acaso piensa combatir junto a ellos? —curioseó incrédula.

—No es la primera vez que lo hago —respondió María con un dejo de arrogancia y Catalina observándola regresar su espada a su sitio, agregó para ella:

—No sabía que se pudiera hacer eso...

Tres horas después, a paso rápido, descansaron en un claro donde había servido de campamento con anterioridad. Ahí montaron guardia por otras tres horas y continuaron el camino hasta que Lorenzo indicó detenerse. Ya era de madrugada y estaban cerca de Villa Rica, así que repasaron el plan que desde antes habían argüido: María y Alejandro, sacarían a su familia de Villa Rica, mientras que Lorenzo y Pedro, atacarían a Sancho. Él confiaba en que su gente al verlo, se pasaría a su bando, no imaginando que estaban encerrados y que Sancho tenía refuerzos, así que en la alborada, el ejército preparó sus armas, acomodaron sus cotas de malla, cascos y escudos y a María, que le gustaba usar solo un chaleco acolchado, porque le daba más libertad de movimiento, ayudó a Lorenzo a ponerse una media armadura en el pecho.

—¿Está seguro? —preguntó viendo la herida fresca.

—Es mi gente. —contestó con seriedad.

María no era gente que tuviera contemplaciones por nadie, así que no hizo nada por convencerlo.

—¿Qué vamos a hacer con doña Catalina? —preguntó y Lorenzo, tras pensarlo un momento, murmuró:

—Hay que dejarla en la iglesia con el resto de la gente, lo primordial es sacar a Lucía y a las demás... estoy seguro que Sancho ha de tenerlas en mi casa.

—Lo que ordene el capitán. —exclamó arqueando la ceja.

—Tú no sabes lo retorcido que es Sancho. —explicó Lorenzo tratando de justificarse—. Catalina sabrá qué hacer, además, en la iglesia debe estar su esposo.

—Su esposo. —repitió María con una sonrisa sarcástica y, apretando más de la cuenta los cinchos del costado, le sacó un quejido de dolor.

—María... —dijo con molestia.

—No, nada, no me incumbe y si quiere que la deje ahí después que puso su vida y su honor en riesgo, yo haré lo que ordene.

—Eso quiero. —confirmó mirándola fijamente.

Enviaron un espía y este informó que pudo ver guardias a la entrada del camino; cuatro en total y que en el puerto se divisaba un galeón en el muelle y cuatro bergantines. También comprobó que había más soldados que los que Lorenzo había prevenido, aproximadamente ciento cincuenta entre todos, pero eso no los amedrentó; se persignaron y se formaron para incorporarse al camino que llevaba al puesto de control.

—Cuando entremos, es posible que encontremos resistencia y se ponga violento. —advirtió María a Catalina—. Habrá disparos y sangre, pero yo la voy a proteger, así que tiene que quedarse detrás mío bien agarrada. Yo... la llevaré hasta la iglesia.

Catalina no hizo otra cosa más que acomodarse en la montura y empujando la cabeza hacia atrás, solo respondió:

—Trataré de no estorbar.

—Si cree estar en peligro, tiene que decirme. Lorenzo dijo que tenía esposo. —murmuró viéndolo de lejos.

—No es mi esposo... —contestó suspirando, pero María no se inmutó por esa revelación—. No, está bien doña María, no tiene por qué preocuparse.

María estaba molesta. Catalina le había simpatizado. Había algo en Catalina que le recordaba a ella misma, probablemente era su personalidad salvaje y jactanciosa y que, a la vez, la sentía tan sola e indefensa, bajo esa coraza de piedra.

El ejército se alistó y se aproximaron a la entrada para encontrarse con la primera guardia del día y haciéndose notar a propósito en el camino, Pedro llegó por el frente con cuatro detrás de él.

—Dios le salve. —saludó Pedro amigablemente.

—¿Quién pasa? —preguntaron con voz golpeada.

—Don Pedro Sánchez de Tetela. Quiero hablar con el que esté a cargo. —

declaró y se miraron entre sí y, como eran pocos, no le vieron problema, así que bajaron la guardia, sin notar que uno de los que lo acompañaba, era ni más ni menos que Lorenzo. Apenas les pasaron de lado, ¡Lorenzo sacó la espada y la puso en el cuello de uno!, urgiendo al otro a que se moviera, pero como el otro hizo por sacar la espada, Pedro le echó el caballo encima y uno de sus soldados le clavó la espada y al que tenía Lorenzo, lo dejó ir, esperando precisamente que fuera a alertar a Sancho...

Con el paso abierto, María y Alejandro se deslizaron con diez soldados a las casas grandes y los soldados que guardaban la calle principal se confundieron al ver los jinetes avanzar a todo galope y tras hacerles señas para que se detuvieran, estos no acataron órdenes y los otros abrieron fuego en dirección a María, pero ella se desvió hábilmente por el lado derecho y desenfundando la espada, la empuñó con las dos manos, aferrándose con las piernas al cuerpo del caballo, mientras Catalina la abrazaba firmemente por detrás, pero, cuando María se lanzó con furia al que traía el arcabuz, Catalina escondió la cabeza, sin ver que de un solo golpe tiró al fulano rasgándole todo el largo del brazo... Por su lado, Alejandro levantó también la espada, al igual que sus compañeros y Orso, más diestro con el arcabuz, de un solo tiro tumbó a dos y aproximándose a las primeras casas, Alejandro señaló la de Lorenzo, pero Orso con un chiflido apuntó a los guardias que la resguardaban y que, según órdenes de su patrón, debían defenderla a costa de su propia vida... No quedó de otra y repeliéndose las balas con escudos, rebasaron a los primeros, mientras Orso cubría a Alejandro con el arma y estando a unos cuantos pasos, de un salto desmontó y aferrándose a la empuñadura con la mano derecha, con la izquierda empuñó el pomo atacando ferozmente a su contrincante y, empujándolo fuertemente, lo tuvo a su merced y clavó la hoja en su estómago, atravesándosela hasta la espalda... ¡Nunca había tenido esa sensación!, salvo la vez que mató al toro en Tenochtitlán pero esta vez, había sido a un hombre... ¡Lo despertó el arcabuz de Orso que se había desecho del tercero! Solo les quedaba uno y Alejandro, decidido a entrar, apuntó amenazante la espada, confrontándolo, pero en ese momento escucharon un llamado a replegarse y el soldado, al verse rodeado, no tuvo otro remedio más que rendirse...

Rebeca, Lucía y las niñas estaban aterradas encerradas en el comedor cuando escucharon los primeros disparos. ¡No sabían qué estaba sucediendo!, y lo único que se les ocurrió pensar era que los rebeldes que amotinaron el puerto intentaban entrar para hacerles daño y Lucía, olvidando por un instante

su pena, volvió en sí para proteger a sus hijas, que temblaban atemorizadas y sin poder hacer mucho, las abrazó, ella y Rebeca, oyendo afuera, más disparos, gritos y quejidos.

—Dios te salve María, llena eres de gracia... —rezaba Lucía y las niñas la imitaron—. ¡Dios mío! —exclamó cuando los golpes, fuertes y ensordecedores se oyeron en las puertas del comedor.

Las cinco se abrazaron como si fueran una sola y solo exclamó: "*Estamos perdidas...*"

Las puertas se abrieron. Primero una y después la otra, rompiendo el trinquete y recorriendo la mesa y las sillas que habían amontonado para fortalecerla...

¡Fue una verdadera sorpresa lo que vieron detrás!

—¿Don Alejandro...? —exclamó Rebeca aturdida.

—¿Están bien? —preguntó inquieto viendo a las niñas llorar.

—Sí señor, espantadas. —contestó Lucía sin salir de su asombro, más cuando apareció doña María de Estrada en la entrada.

—¡Vamos a prisa! ¡Afuera! —ordenó con apuro y Alejandro y Orso ayudaron a las mujeres a cruzar entre el sillerío amontonado.

—¿El almirante Sancho los mandó llamar? —preguntó Lucía agitada corriendo por el pasillo.

—El capitán señora. —contestó María impávida apresurándolas a donde estaban cuatro caballos esperándolos.

—¿Cuál capitán? —preguntó confundida.

—Su esposo señora. —respondió Alejandro.

Un soldado atrajo rápidamente a Paulina, Orso a Estela, pero Lucía, que tenía bien abrazada a Rosaura, se detuvo incrédula.

—Lorenzo... está muerto. —declaró Lucía con voz temblorosa aun sin acostumbrarse a pronunciar esas palabras, pero viendo a Alejandro intercambiar miradas con doña María, explicó viendo su desconcierto—: El almirante dijo que... estaba muerto.

—Sancho es el traidor doña Lucía, el capitán Lorenzo está vivo y ahora está peleando en el muelle. —refutó doña María arriba del caballo, urgiendo a Lucía para que se montara.

—¡Júrelo por Dios, jure que Lorenzo está vivo! —prorrumpió desesperada.

—Lo juro. ¡Ahora venga ya, joder! —contestó María irritada y aceptando su mano, se subió con ella.

—Venga Rebeca. —ofreció Alejandro, a quien le había tocado la mejor

parte... Ella puso su pie en el cincho y se trepó delante de él.

Tres soldados los cubrieron por delante abriéndoles paso y otros dos por la retaguardia y desde donde estaban, alcanzaron a ver a la multitud de gente, entre ellos Catalina, salir de la parroquia entre aliviada y confundida, pero los cuatro jinetes, cumpliendo el deber que les habían encomendado, salieron finalmente de Villa Rica y de pasada, a lo lejos el muelle, pudieron darse cuenta, del caos que acababa de formarse...



Cuando se separó el primer grupo, el segundo irrumpió bruscamente en dirección al muelle... Era muy temprano y el que fue a dar la alerta, sorprendió principalmente a los marinos que habían empezado a lavar el muelle y una que otra alumbrada, con leños todavía vivos, habían sido recién apagadas.

—¡Ataque, ataque! —voceó el soldado seguido por el ejército que se acercaba en una tremenda galopada.

Los soldados del primer turno de día estaban desprevenidos y muchos limpiaban sus armas, sin portar todavía cotas, mucho menos armaduras o cascos; otros, los del turno de noche, apenas recogían el campamento y los caballos paseaban sin monturas. ¡Ante los gritos del soldado, todos corrieron por sus armas!, y Sancho salió a toda prisa de la oficina ya armado. Rápidamente, llamó a posición de defensa y aún los marinos, recibieron un arma, que sin tener otra alternativa más que obedecerlos, cargaron prontamente los cañones con balas que sacaron, precisamente del galeón que les tocó defender. El destacamento de Tetela, comandado por su capitán, don Pedro de Sánchez, avanzó hasta la capitanía arremetiendo con espadas y, ante la primera descarga de cañones, los daños fueron inmediatos, lesionando a los primeros caballos que entre sus patas se llevaron a sus jinetes a mejor vida...

—¡Bajen armas! —ordenó Lorenzo que había alcanzado llegar hasta ellos, hasta los marinos que velozmente cargaban los cañones con nuevas municiones — ¡Bajen armas! —repitió y estos, reconociéndolo, titubearon por un momento y alzaron las manos.

—Capitán... —balbuceó un contra maestre.

—¿Dónde están mis hombres? ¿Dónde están mis soldados? —preguntó con urgencia y él señaló el bodegón—. Regresen esas balas a su lugar y... vayan a ayudar a la gente de la iglesia. —ordenó al contra maestre que no salía de su

asombro y él, se unió a la lucha, arremetiendo contra quien se le cruzara en el camino, hasta llegar con el teniente de Pedro.

—¡Goyo... la bodega! —exclamó señalando el portón encadenado y Goyo, alcanzando desde su caballo un machete de hoja curva de un caído, se apresuró a llegar hasta la unión de las puertas y desmontó, golpeando con fuerza los candados, pero una espada lo atravesó antes que lograra romperlos... Era Sancho que le había llegado por detrás y Lorenzo, que hasta ese momento lo había visto, corrió ante el desconcierto del otro que, sorprendido, ¡qué va! ¡Pasmado como quien ve visiones!, creyó haberlo visto, pero montándose rápidamente en un caballo, lo perdió de vista y sacudiéndose la cabeza, pensó que deliraba y que realmente había visto su fantasma... Mató ese pensamiento, rajándole la cabeza a un fulano y viendo que el puesto de cañones había sido abandonado, corrió hacia el galeón, no sin antes prender una caja de pólvora por atrás de la bodega, ayudado con uno de los troncos ardientes que quedaban de las alumbradas...

¡Bum!, estalló la pólvora, captando la atención de todos y sabiendo Lorenzo que ahí estaban aprisionados sus hombres, avanzó a toda prisa, mientras Sancho en la plataforma del muelle llamaba a retirada y la gente de Pedro hacía por apagar el fuego en medio de gritos y súplicas que desde adentro se escuchaban. Lorenzo desesperado y viendo que el ejército de Sancho se replegaba en la plataforma tratando de escapar en los bergantines, apretó las riendas y volteando su caballo con ferocidad, arreció su carrera aferrando con su brazo bueno un arcabuz que disparó encolerizado, pero, era muy tarde y la bala, que iba directo a la cabeza de Sancho, cayó sin fuerza suficiente al agua y Sancho, saludándolo con una sonrisa retorcida, agitó su mano desde la toldilla, mientras Lorenzo enfurecido, sin poder hacer nada, se tragó su coraje viendo cómo los cuatro bergantines se alejaban a toda velocidad...

En tierra los que no lograron llegar a tiempo, fueron aprehendidos por Pedro y Lorenzo, temblando de coraje, se apeó para recibir a sus hombres que, si bien estaban contentos de verlo vivo, otros requirieron de auxilio médico porque habían sido alcanzados por la explosión...

Treinta y siete fueron los que apresaron al final.

—Métanlos en las celdas. —ordenó Lorenzo.

—¡Esta es una afrenta! —vociferó un teniente venido de La Española—. ¡Cumplimos ordenes de don Diego de Colón! —Pero Lorenzo irritado, lo calló de un golpe con el puño.

Recorrieron el lugar haciendo un rápido recuento de los daños y liberaron a

los indios y a los oficiales que tenían en las cárceles, estas cárceles fueron ocupadas por nuevos inquilinos. Luego se dirigieron a la parroquia y los soldados que los custodiaban, presentaron a sus presos e informaron lo que aconteció en ese lugar:

—Doña María desalojó su casa capitán y salieron desde hace mucho de Villa Rica. —dijo el soldado a cargo y eso mantuvo más tranquilo y concentrado a Lorenzo.

Los parroquianos, aunque hartos de tanto encierro, con sed y hambrientos, en general se encontraban bien y su experiencia quedó en chascarrillos al ver a salvo a sus esposos, hermanos e hijos y a su capitán Lorenzo tan vivo como cualquiera. Él aceptó agradecido sus muestras de cariño, pero quiso entrar personalmente a la parroquia... Adentro, olía a orines y a excremento y todas las bancas habían sido movidas a los extremos de las paredes, con una gran cantidad de trapos y mantas cubriendo los pisos de ladrillo rojo... Él buscaba a alguien en específico y por supuesto, escondido en la sacristía, lo encontró abrazado de Santiaguito.

—No podía ser más cobarde don Alonso. —murmuró Lorenzo y llamando a los soldados de afuera, exclamó—: ¡Aprehendan a este hombre por traición!

Los que vieron de quién se trataba se acercaron curiosos, sin comprender la razón y hasta el capellán afligido quiso intervenir.

—Por piedad capitán, ¿por qué se llevan a don Alonso?

—Conspiración y traición para empezar —contestó sin quitarle la vista y mientras un soldado le arrebatava al niño, una voz hizo que se parara en seco...

—¡Lorenzo, espera!

—No... —susurró él.

—No lo apreses. Déjanos regresar a Santiago.

—¡He! ¡Se acabó el circo, todos afuera! —intervino Pedro, viendo el predicamento en el que se encontraba y, llamando la atención de los fisgones que se fueron juntando, se llevó a don Alonso, dejando solos a Lorenzo con Catalina...

Lorenzo camino hasta el rincón, fuera de la vista de los curiosos, más precisamente donde estaba la pila del agua bendita. Respiraba agitadamente y Catalina acarició su cara, solo para ver en sus ojos la furia que lo consumía.

—¿Te quieres ir con él? —preguntó con desprecio.

—Es todo lo que tengo.

—No... no puedo dejarlo ir Catalina.

—¿Y qué importa? Él me quiere y yo... también lo quiero. —dijo ante la mirada burlona de Lorenzo. ¡Odiaba que se fuera con él!, y, él mismo quería pedirle que se quedara, pero no podía.

—No puedo negarte, no a ti y si tú te quieres ir... —susurró rindiéndose. Sentía cómo le dolía la herida, no la de la bala, más bien la herida que ella le había abierto hacía años.

—Entonces es la despedida. Me pediste que si te amaba, ya no volviera y eso haré, solo te pido que me dejes llevarme a Alonso.

Dejó Lorenzo que lo besara en los labios y él, reteniéndola de la cintura, la besó apasionadamente, quedándose abrazados sin atreverse ninguno de los dos a romper ese instante, esperando que el tiempo se detuviera solo para ellos.

—Existes. ¿Cómo voy a vivir sabiéndote con él?

—Tendrás que hacerlo Lorenzo, tú tenías razón, nuestro amor está condenado; simplemente nunca podría ser y si tú supieras quien soy realmente, ni siquiera me mirarías.

—Se quién eres Catalina... una parte mía. —susurró a su oído, aferrándose a su cuerpo—. Tantos años, tantas vidas... ¡Vámonos Catalina! Vayámonos muy lejos a donde nadie nos conozca.

—Quien sabe... —murmuró Catalina soltándose con todo el dolor de su corazón y con la mirada suplicante de Lorenzo, añadió—: Tal vez en otra vida podamos lograrlo y, tal vez en otra vida yo no sea una puta y tú no estés casado...

—Por favor Catalina...

—¿Ves esto? —suspiró Catalina limpiándose con las manos las lágrimas que le llegaban hasta el cuello y le mostró la pequeña esfera de metal que tenía guardada en su corpiño—. Siempre te recordaré.

Lorenzo suspiró profundamente y asintió con un nudo en la garganta y, viéndola alejarse, la siguió, dando vuelta hasta el atrio donde esperaba Pedro de Sánchez.

—Suéltelo. —indicó Lorenzo sin fuerzas—. Queda arrestado en su casa hasta la próxima llegada de un barco que lo lleve de regreso a Santiago de Cuba.

Prefirió marcharse para no ver cómo Catalina se unía a él abrazándolo y, juntos; don Alonso, Catalina, Cristina, el criado y el pequeño Santiago, fueron escoltados hasta su casa.

—No sé tú Lorenzo, pero yo creo que merecemos al menos una copa rebosante de brandy. —exclamó Pedro tratando de animarlo.

—Por cierto... —recordó Lorenzo, pasando por su casa—. ¿A dónde se llevó María a Lucía?

—¿Has visto los campos de trigo que hay cerca de Tlaxcallan? —contestó Pedro sonriendo y Lorenzo lo miró confundido—. No te preocupes, ahí estarán a salvo. ¡Yo te voy a ayudar a componer este lugar!

Camino a Tenochtitlán

Mientras el gobernador de Santisteban seguía empeñado en declararle la guerra a los aliados de Cortés. Fernando prefirió encauzar su atención al trabajo para lo que había sido contratado y para comenzar, así como quedó con Nuño la noche anterior y, para no darle motivo a más reprimendas, elaboró un recorrido por el río, Xihcoac que lo llevara a inspeccionar las dimensiones y limitaciones de Santisteban y a ubicar las encomiendas que tanto preocupaban a Nuño, acompañado solamente de un muchacho panoteca que se compró en el tianguis de Tamazunchale, una aldea que Nuño permitió que conservara su autonomía, siempre y cuando pagaran su diezmo, compuesto principalmente de aguacate, maíz, cacahuete y madera y como parte del trato, solo los frailes tuvieron permitido ingresar, a menos que se tratase del domingo, día de tianguis, día en que los naturales ofrecían pescado fresco, pero día que también los hacendados podían hacerse de muchachos fuertes para completar sus cuadrillas. Así que el río fue su punto de referencia y de esta manera pudo verificar que la mayor actividad económica de esas regiones era precisamente la pesca. Las abundantes canoas los transportaban a las aldeas cercanas para intercambiar todo tipo de productos y, lejos del río, solo encontró un par de ojos de agua que apenas daban abasto a abastecer el maizal y las aguacateras que exigían los castellanos, pero en general, era todo... Solamente yendo hacia el sur y el sudoeste por las montañas, existía otro río que alimentaba una encomienda, la de Padierna, o de lo que fue, porque Nuño la estaba guardando para entregarla a los que mejor se la mereciesen y Fernando, junto a su asistente, *José Cuachalotl*, pudo adentrarse entre las montañas, a sus valles, llanuras y aldeas y caminar entre los pescadores, deteniéndose a veces en alguna sombra a comer de lo que la gente pobremente les ofrecía y que según José Cuachalotl, que además de criado, era su

intérprete y, que al igual que los demás, le causaba curiosidad los extraños instrumentos que servían para medir distancias, debía Fernando aceptar sus ofrendas para que no se sintieran desairados y, al tercer día, con material en mano, estuvo listo para darle a Nuño los primeros avances, con un mapa que mostraba las principales encomiendas y aldeas y al menos una parte del río hasta ese momento recorrido.

—Exactamente eso es lo que esperaba don Fernando—. Indico Nuño satisfecho y Fernando respiró aliviado—. Siga trabajando y que no se le escape un solo rincón por reportar, porque quiero saber santo y seña de todo árbol, río y parcela de esta comarca y si en alguna parte no lo dejaran entrar, sólo hágame saber...

—Todos han colaborado señor.

—Así me gusta, ya el licenciado Domínguez ordenó los libros de cuentas y pronto haremos llamar a los moroso.

—¿Los indios? —preguntó Fernando mortificado, pues él en persona pudo darse cuenta de cómo batallaban los pobres.

—No, que va, los ingratos que siguen endiosando a Cortés y que se creen exculpados del pago de impuestos.

Y como Nuño estaba decidido a transformar Santisteban en una villa prolifera, no tardó en hacer nuevas audiencias, ayudado del nuevo mapa de Fernando y de los libros de cuentas de Domínguez y a voz de don Gregorio, otro de los licenciados, que fue nombrado procurador, iniciaron los nuevos juicios y los nuevos castigos...

—Que pase al frente Juan de Castaño. —indicó Nuño ante el miedo constante de frailes y oidores que no dejaban de asombrarse de las ideas de su nuevo gobernador—. Quiero saber lo que cuenta en sus reuniones... Me han llegado rumores que de propia mano ha sido testigo de las grandes proezas realizadas por Cortés en estas tierras.

—No es que haga reuniones señoría, son historias de conquista y nada más. —respondió Castaño de pie en medio de la sala.

—Pero parece conocer muy bien esas historias.

—Serví al capitán en tiempos de pacificación, por eso las cuento, para que mis hijos y los hijos de mis hijos se enteren que su padre colaboró en la conquista. —contestó el hombre de más de sesenta años de edad.

—Bueno, entonces si no tiene nada de malo... cuente hombre, que a mí también me gusta aprender de historia. —dijo con una falsa sonrisa y Fernando desde su lugar, suplicaba en su interior que el hombre se quedara callado, que

no dijera nada, que se exculpara, pero no, Juan de Castaño cayó en la trampa.

—Pues señoría, como sabrá, los indios de estas partes eran guerreros encarnizados y muchos de los nuestros cayeron en las primeras luchas, pero don Hernando, que nunca se rendía, hizo hartos esfuerzos de valor y de inteligencia para contenerlos en sus templos, que era donde estos infieles adoraban a animales y por eso cuento, porque vi, con estos ojos que se han de comer los gusanos, que los cuerpos y cabezas de nuestros hermanos cristianos fueron quemados y comidos... ¡Fueron imágenes espantosas, señor gobernador!, pero don Hernando logró vencerlos y por eso nuestra fe y nuestras personas prevalecen hoy y pues, es todo señor, es todo lo que seguramente me han oído decir, porque como le repito, yo lo viví en carne propia.

—¿Está seguro? —preguntó Nuño burlón y dándole permiso a don Gregorio para que leyera una declaración, se adelantó por un lado del acusado.

—Aquí dice, —comenzó el procurador aclarando su voz, sonrojado por lo iba a decir y que Nuño ya había leído con anticipación— Y lo cito tal cual: *“Ese hijo de su reputa madre de Nuño, ya verá cuando venga Cortés y ojalá que Dios me permita ser testigo de la metida que le va a poner al maricón ese”*.

La concurrencia guardó completo silencio y Juan de Castaño, caminando lentamente hacia atrás, para desconcierto de todos... ¡partió carrera para afuera!

—¡Agárrenlo! —gritó frenético Nuño a los guardias.

¡Corrieron todos afuera!, tanto espectadores, licenciados, Nuño y frailes para no perder detalle de la captura, porque, ¿qué tan lejos podía huir? El único lugar a donde se le ocurrió fue la parroquia que quedaba justo enfrente y ahí se encerró.

—¡Abran! —vociferó Nuño encolerizado a los guardias y ellos hicieron por tocar, esperando hacerlo entrar en razón, pero no, no quiso salir y Nuño adelantándose, golpeó fuertemente las puertas con las palmas de las manos—. ¡Salga cobarde! ¡Empaña la santidad de la Iglesia!

—¡Eres una mierda Nuño, un abusivo y más puto que la puta!

Los espectadores hacían oídos sordos como si no escucharan, viendo cómo el gobernador cambiaba de color de rojo furia, a rojo rabia y hasta rojo cólera y dirigiéndose a los militares, ordenó tiraran abajo las puertas y el teniente Torres, acompañado de tres soldados, sacaron del trigal del convento, un *ariete* que permanecía ahí desde los tiempos de Cortés y fuertes golpes

hicieron eco en la silenciosa villa de Santisteban y tras uno, dos, tres impactos, las puertas se abrieron, resquebrajando las hojas de la hermosa madera tallada al estilo gótico con las esculturas de Jesús de Nazaret entrando en un burro a Jerusalén.

Nuño se dio la vuelta y regresó extrañamente tranquilo a continuar con las audiencias, pero no quiso ver a Castaño, si no que prefirió que lo guardaran en prisión mientras pensaba qué hacer con él y el público, decepcionado de que la rabieta del gobernador quedara así, se conformó con ser testigo de multas por delitos menores...

Don Juan de Castaño no iba a terminar sin castigo. Eso lo sabían todos y esa noche en su celda, se develó su penitencia, pero muy pocos fueron honrados para presenciarla y a mitad de la noche lo dirigieron hasta un pequeño patio de la misma prisión preparado con antelación para él y bajo las ordenes de Nuño, en un poste colocado especialmente para él, encadenaron sus tobillos por arriba y su cabeza quedó colgando abajo, mientras que Nuño, paseándose de un lado a otro a propósito, sonreía maliciosamente y Castaño, observándolo volteado de cabeza, sentía que la sangre que bajaba desde los dedos de los pies, pasando por las piernas, su esternón, hasta sus cuello, orejas y ojos, ¡le hervía de coraje!

—¡Maldito! ¿Crees que te tengo miedo? ¡Lo que me quites, Cortés me lo recompensará...! —vociferó Castaño, escupiéndole las botas y como respuesta, Nuño tomó su bastón, ¡y le propinó tremendo golpe en la boca del estómago!, tan fuerte que el otro ahogó un grito de dolor.

—*Ahhh...* Señor Castaño, qué pena que no tengo a la mano uno de esos instrumentos maravillosos de la Inquisición, pero, descuide, que soy persona práctica... —dijo quitándose lentamente los guantes y luego de sobarse las manos, añadió—: Usted me ha sacado de quicio y eso me molesta señor Castaño. Odio perder los estribos delante de mi gente.

Frente a él y agachándose para verlo a los ojos, sonrió con una mueca y Castaño otra vez lo escupió, pero esta vez en la cara, a lo que Nuño, limpiándose calmadamente con un pañuelo de seda, arremetió con el bastón, pero lo descargó en su rostro.

—¡Mierda! —gritó el hombre con la boca sangrante.

—Usted y su asquerosa boca solo pueden decir sandeces.

Nuño sentía un temblor que le recorría el cuerpo, por la satisfacción y, con los ojos brillantes, levantó el bastón con vigor, apaleando la espalda del

colgado y, ¡era tanta la fuerza!, que logró partirlo en dos; el bastón, no el cuerpo, porque el cuerpo siguió siendo aporreado con una tabla del ancho de su cabeza y no solo lo golpeó, sino que también lo pateó, rebotando su cabeza en contra el tronco, una y otra vez...

El tronco se tiñó de rojo sangre y los lastimosos quejidos de Castaño apenas se oían, pues la sangre le chorreaba de la nariz y de la boca y, cuando un par de dientes rebotaron entre las botas de los guardias, que atónitos miraban el espectáculo, uno, el que sintió profunda lástima, porque Castaño no era cualquier persona y sí, había sido uno de los conquistadores de esos territorios, intervino, al ver que el pobre había perdido el conocimiento.

—Señor, creo que ya no respira.

—Sáquenlo y llévenlo a su celda. —dijo exhalando.

Después de una semana, fue presentado otra vez ante la audiencia y el hombre ya no era el mismo. Ya no hablaba, parecía enfermo y apenas se pudo mantener en pie... Aceptó todos los cargos y las nuevas acusaciones y aceptó haber proferido palabras vulgares y descortesas y también aceptó no haber pagado los impuestos y por supuesto, aceptó que le confiscaran sus propiedades, esclavos, caballos y cerdos como pago y, al igual que Padierna, al otro día, él y su familia desaparecieron, huyendo Dios sabía a dónde...

Fernando seguía sin comunicación y poco podía hacer porque el gobernador seguía sin autorizar envíos de cartas, así que, aprovechándose de su venia, continuó con los mapas, excursiones, mediciones y trazos. Rehuendo de Nuño tanto como podía y, las pocas cenas en las que coincidía con él, se daba cuenta de que tanto como Nuño y los licenciados, planeaban la manera de obtener el control total de las licencias de indios, gracias al permiso especial que les había concedido el rey y que por eso habían cancelado todas las mercedes a los encomenderos, restringiéndoles la mano de obra y así, fueron recuperando más indios, incluyendo a los del tianguis. Luego, a los mismos encomenderos, les vendieron esos mismos indios, cambiándolos por caballos; así que, quince indios valían lo que un caballo o yegua, cuando antes, por un caballo, podían obtener hasta cien indios y, echando por tierra los tratados de paz, comenzó a cazar indios de los alrededores de Santisteban, sacándolos incluso de las pacíficas aldeas y donde hasta entonces habían sido protegidos por los frailes. Luego, envió un comunicado a Alonso de Estrada ofreciéndole, que, si quería indios, él podía conseguirle los que quisiera, pero Estrada no respondió y Fernando temió por su vida. Pensó en huir, pero lo detenía el pensamiento de... ¿qué razones le daría a don Diego de Rivero por abandonar el trabajo?

Sin buscarlo, una mañana que, por sentirse resfriado, quiso quedarse a descansar, escuchó a Nuño hablar con el procurador y esa misma mañana se decidió...

—Cuando Sancho confirme haber tomado Villa Rica, —exclamó Nuño—, podré disponer de todos los barcos, solo hay que darle tiempo, un poco más para que se deshaga del capitán...

—¿Y el muchacho? —preguntó su interlocutor.

—Ya me desharé de él, solo espero que termine antes que Sancho aparezca.

¡Hasta olvido el resfriado! Era seguro que *el muchacho* era él y rápidamente se respondió a la pregunta que se había formulado antes. ¡Él no había regresado al Nuevo Mundo a esclavizar indios!, quería hacer lo que Magallanes hizo y ahora tenía de dos, o servir a Nuño que no era más que un loco inquisidor de indios o, dar cuentas de sus actos a su propia alma. Así que, con esta reflexión, ordenó a su criado que sacara dos buenos caballos para el día siguiente, llenara a tope las cantimploras y pusiera doble mantilla en las sillas, mientras él, discretamente, sacó de la cocina carne seca, pan, alcohol, vendas y un ungüento para heridas. Se vistió con dos pares de camisa, doble mallón, calzas, sobretodo con manga y cuello y sombrero de ala ancha. Escondió su daga entre las dos bragueras y se llevó consigo su diario y el mapa que le había mostrado a Nuño, que era el más reciente.

Puso cuidado en que su equipaje quedara intacto y hasta dejó dinero y evidencias de cartas a medio escribir para no causar sospechas y así, en la madrugada, salió sigilosamente del monasterio, encontrándose con José Cuachalotl en la entrada.

Como sus salidas eran habituales, salieron de la villa sin causar mayores preguntas en los puestos de vigilancia.

Caminaron hasta que comenzó a clarear, y sin que Fernando diera ninguna explicación a José Cuachalotl de lo que se proponía hacer, ni a donde se dirigía, confió en el muchacho y después de recorrer un buen trecho hasta llegar a Guauhtla, donde los árboles se hacían cada vez más densos y las subidas de la montaña más inclinadas, se detuvieron a descansar. Desde más arriba, le indicó José Cuachalotl que al otro lado estaban los límites de Santisteban y viendo que Fernando no iba a regresar, le sugirió apretar más el paso, para que no los agarrara la noche en la punta; porque según dijo, la noche y el frío podían ser abrumadores. Anduvieron tres horas sin parar, entre subidas y bajadas hasta encontrarse un precipicio bastante peligroso y... a Fernando se le ocurrió una idea: Viendo una rama saliente del despeñadero,

colgó un paño que llevaba en el cuello. José Cuachalotl, sonrió sin hacer comentarios, y tampoco preguntó por qué huían y cuál era la razón que colgaba eso y aunque imaginó a dónde se dirigían, tampoco preguntó a dónde.

—Busquemos agua. —exclamó Fernando con el sol calando en todo su esplendor.

Por ahí habían visto un río pasar y tardaron un rato en dar con él y entre la tierra resbaladiza, supieron que iban por buen camino porque estaba húmeda y sí, al encontrarlo, descargaron y comieron carne seca. Rellenaron las cantimploras y dormitaron, pero por propia experiencia, Fernando se negaba a pegar ojo y de reojo estudió a José Cuachalotl... Ahí solos, en medio de la nada, el indio bien podría irse y abandonarlo, o peor aún, matarlo y nadie se enteraría. No tenía más remedio que confiar, porque esos territorios eran completamente desconocidos para él.

—¿Dónde podemos pasar la noche? —pregunto a José Cuachalotl y este observando el mapa de Fernando, bastante incompleto para él, señaló al noreste. Al norte estaba Guauhtla, al sureste debía estar Villa Rica; pero a donde Fernando se dirigía quedaba en el sur. Al oeste se levantaba la sierra y ahí, a donde observara, solo podía ver matorrales, suelo seco y pinos piñoneros.

—Xochiatipan está cerca, con descanso y comida. —indicó, pero Fernando negó con la cabeza.

—Ni gente ni aldea, debemos dormir afuera.

José Cuachalotl comprendió que quería atravesar la sierra sin ser visto, entonces le mostró un punto más arriba de la aldea y Fernando asintió sonriendo. Para la tarde se comenzó a sentir el frío del que el muchacho había mencionado, pero como el terreno era muy inestable, bajaron la vereda con lentitud con las mantas sobre la espalda, luego, subiendo por una zona montañosa, anduvieron con la noche pisándoles los talones.

—*ái*. —señaló el indio la vegetación espesa y piedras blancas en círculo que daban muestras de haberse prendido una fogata y para reavivarla, juntaron pedazos de madera y ramas secas. Amarraron cerca los caballos y se calentaron alrededor del fuego con las mantas bien envueltas en sus cuerpos y en cuestión de segundos, quedó completamente a oscuras a excepción de ese pequeño punto donde ellos estaban y entonces, el frío caló y entre más anochecía, más frío se sentía. Fernando poco pudo conciliar el sueño. Lo despertaban ruidos de lechuzas y aullidos a lo lejos...

De vuelta al camino, con largos tramos en los que nada más podía andar

de a uno, con paredes de piedra enzacatadas del lado derecho y pronunciadas barrancas del lado izquierdo, alcanzaron terreno más amplio y parejo y pudieron caminar juntos, acompañados de la tonadita de José Cuachalotl que traía desde que habían salido de Santisteban; un silbidito que hasta Fernando se aprendió y a media mañana, en lo alto, justo arriba de la línea montañosa, disfrutaron ambos las maravillosas vistas de la sierra y, ya sin mucha comida, compartieron el último trozo de carne y dos bizcochos duros, rellenando las barrigas con agua.

En la madrugada los despertó el intenso frío. ¡Más frío que antes!, y con paso muy, pero muy lento por la densa neblina, descendieron de la sierra dificultosamente hasta un arroyo, donde los caballos y ellos mismos saciaron su sed. José Cuachalotl cazó una tuza parda de buen tamaño que parecía rata, pero igual se la devoraron completita. Caminaron a pie sobre el suelo negruzco y rojizo entre infinitos pinos, encinos y álamos y siguieron el mismo arroyo hasta que dieron con un camino que los llevó otra vez a la cima, al que ascendieron y cuando pensaron que ya habían librado lo más difícil... ¡Seis indios con rostros pintados le salieron a su paso!

Los rodearon y vieron con espanto los caballos. Era claro que era la primera vez que los veían y su acento confundió hasta a José Cuachalotl, que rápidamente se tiró al suelo con las manos extendidas. Revolvieron lo que traían y tiraron todos sus papeles, hasta su diario que fue deshojado, su chaqueta se la arrancaron, los botines ¡y casi le sacan los ojos!, porque su color verde se les hizo curioso. Sin embargo, la brújula, el sombrero y los caballos fueron lo que más les gustó y cortando silla y alforjas, se montaron a pelo. Ahora estaban indefensos, bueno, comentaron entre sí... *“al menos nos perdonaron la vida”* y es que José Cuachalotl les rogó que no lo hicieran y más por él los perdonaron.

Pasaron un templo abandonado, dedicado a la diosa del maíz y durmieron adentro. Yendo por el suroeste, ahora descalzos, en medio del atosigante calor, vislumbraron un camino y ahora Fernando, sin brújula, con hambre y sed, esperaba encontrar una aldea, lo que fuera, solo por refrescar sus labios secos en un poco de agua y, aun en su estado, de acuerdo a la guía que vieron desde lo alto de la montaña, retomaron su camino hacia el sur. Un camino que parecía infinito... todo derecho sin árboles ni un solo arbusto para guarecerse y, casi a rastras llegaron al final, pero lo que encontraron fue impresionante... Ese camino era parte de una intersección para entrar, no a una aldea, sino a una ciudad y mezclándose entre la muchedumbre del camino contrario,

entraron por una calle empedrada hasta un mercado con intenso movimiento y, ¡grandes, enormes y asombrosos monumentos! Los templos piramidales parecían un espejismo ante sus ojos que se habían acostumbrado al suelo seco, agaves, nopales y a tres zopilotes que los sobrevolaron un buen rato en vano y así, con la boca abierta, embelesado con la vista fija en la colosal escalinata, apenas se dio cuenta que le hablaban ¡y no solo eso!, le hablaban en castellano.

José Cuachalotl tuvo que empujarlo.

—¡He tú! —gritaron dos soldados desde lejos—. ¡Tú, muchacho!

—Nos perdimos desde hace días. —dijo aliviado caminando hacia ellos—. Íbamos a Tenochtitlán, pero hemos sido robados en el camino. —explicó, pero los soldados parecían desconfiados por las fachas en las que andaban—. Yo... soy obrero y este es mi ayudante. —explicó señalando a José Cuachalotl que permanecía con la cabeza baja y los soldados, haciéndose a un lado para murmurar entre ellos, pidieron la opinión de un tercero, pero al igual que los primeros, se les quedó viendo con escepticismo.

—Conque van a Tenochtitlán... pues qué casualidad, andan de suerte, porque nosotros llevamos una comitiva para allá. —exclamó uno de los soldados y Fernando pensó: “*¡Qué buena suerte haberlos encontrado!*”.

Los juntaron con el gentío formado en filas de cuatro custodiados por una decena de soldados a caballo y otros treinta a pie, pero, no era una comitiva corriente. Traían más de cien indios, entre niños, mujeres y hombres, todos amarrados entre sí con gruesas sogas que apenas los dejaba caminar.

—¡Perdidos mis cojones! —arguyó uno de los soldados dirigiéndose a su compañero—. Ese es uno de los desertores y el otro, uno de los esclavos que se escaparon hace días.

—¡Aquí hay un error! —exclamó Fernando—. ¡Nos perdimos...! —clamaba inútilmente y fueron incorporados a las filas.

A José Cuachalotl lo aventaron con el resto de indios y a Fernando, a empujones lo amarraron al principio de las filas con otros desertores y delincuentes que poco caso le hicieron. Sonaron las trompetas para llamar a salida y fueron arreados como ganado, caminando a tropezones entre el sonido zumbante de los látigos que descargaban cruelmente principalmente en los indios y el oír el llantos de los niños, le partió el corazón... Aún faltaban horas para que se ocultara el sol y ese día, le pareció que quizá había sido el día más largo de toda su existencia y caminando como sonámbulo, pararon en seco, chocando entre ellos cuando las trompetas anunciaron la noche, que fue

como un parpadeo...

De nueva cuenta, las trompetas volvieron a escucharse y almorzaron pedazos de pan secos con sorbitos de agua cuando los soldados se dignaron descansar. Reiniciaron la marcha y a media tarde se incorporaron a una avenida pavimentada que llevaba directo al puente y que era la puerta de entrada de la gran *Tenochtitlán*, pero como coincidieron con una legión de soldados en el mismo camino: treinta caballos, dos abanderados, cincuenta lanceros con escudos relucientes; la comitiva de esclavos y delincuentes, fueron empujados para dar paso al contingente y quizá porque les pasaron tan cerca, Fernando pudo distinguir algo que llamó su atención...

Parpadeó enfocando su vista a uno de los jinetes que cabalgaba sin armadura y noto que traía algo colgando en su cuello que brillaba y, reconociendo los pequeños brillantes que formaban una media luna... cayó de rodillas en el suelo. “*Rebeca...*”, murmuró con lágrimas en los ojos, luego hundió la cara entre sus manos.

El dije de plata

María era impasible y si no fuera porque Rosaurita lloraba y sus berridos no la hubieran hartado, no se hubiera parado siquiera a descansar un momento. “¡*Tal para cual!*”, pensó Alejandro encontrándola muy parecida a su hermano. ¡No en balde eran tan buenos amigos! Él por su parte iba soñado con Rebeca en sus brazos. Le gustaba su risa, el aroma que despedía su cabello y las manos tan suaves que acariciaba cuando a veces la dejaba guiar. Qué ganas de llevársela sola a pasear y perderse en la selva. Bien pudo hacerlo cuando se adentraron a los dominios de Tlaxcallan y pasaron por sus sendos sembradíos de maíz con milpa muy alta a punto de dar elotes y Rebeca, también emocionada por todo cuanto veía, parecía ir de paseo y le señalaba cada cosa que le llamaba la atención, como si nunca hubiera salido y ciertamente así era, esas tierras eran otro mundo para ella.

—¡Trigo! —exclamó Lucía apuntando a lo lejos y María, apresurando aún más el paso, murmuró:

—Aguante doña Lucía, ese es nuestro destino.

Avanzaron todavía una hora más cabalgando en paralelo a los campos dorados y al otro lado, la espesa vegetación de árboles verdes parecía no tener fin. Era época de la siega y mientras centenares de gentes se miraban trabajar con ayuda de una guadaña, otros conducían las carretas y otros cientos apartaban trigo, hacían amarres y levantaban las gavillas.

Esa última hora les pareció eterna.

Un puesto de guardias los obligó a detenerse a tan solo media legua de llegar.

—Soy María de Estrada, amiga de doña Leonor. Venimos de lejos y estamos cansados. Hagan favor de darnos paso o de avisar al capitán Martín. —expuso María, pero los guardias sin responder, pasaron revista y señalaron las

espadas y el arcabuz que portaban.

—Si quieren pasar, deberán dejar sus armas.

María estaba tan cansada que no quiso discutir y ella en primer lugar, sacó su espada, no sin antes advertirle amenazante:

—Quiero esa espada de regreso, sino vendré por usted.

Quitaron la barrera y les dieron entrada libre.

Su cansancio, hasta entonces intolerable, se volvió soportable al pasar por los almacenes abiertos y María se detuvo, liberando a las niñas que terminaron desesperadas, adoloridas y resentidas por los constantes regaños de María. ¡Y por supuesto que fueron recibidos con la mayor alegría!, Leonor dispuso cuanto antes, comida caliente, bebidas, vino, habitaciones ¡y, mucha agua!, para baños de asiento que ellas acogieron con mucho placer. Nunca en la vida habían montado y con esa experiencia dudó Lucía volver a intentarlo. Los menos afectados, fueron por supuesto Orso y Antonio y ellos se conformaron con estirar el cuerpo, comer los filetes que Leonor les sirvió en bandeja, acompañados de pan, guayabas, higos y duraznos y con el brandy que Juan Carlos les surtió. ¡Bueno!, ni los mosquitos de la noche los movieron. Ellos decidieron instalarse afuera en las mecedoras tejidas del portal de la casa, mientras adentro, Juan Carlos, el capitán Alonso de Martín y Leonor esperaban entre ansiosos y preocupados a alguien que les contara el porqué de su presencia. María no había sido clara y su mal humor previno a Leonor en dejarla en paz. Las múltiples quejas y lloriqueos de las niñas le habían provocado un intenso dolor de cabeza y quiso darse una ducha antes de comer. Ya estaba oscureciendo y el primero en bajar fue Alejandro, luego María de Estrada con la cara lavada y renovada en un vestido de flores amarillas de Leonor.

—Así que usted es hermano de don Juan de Xaramillo... —repitió el capitán con desconfianza cuando lo presentaron—. Lo conocí en Tlaxcallan y me pareció interesante que el jefe indio lo recibiera con tanto agrado.

—¿Le pareció interesante? —reiteró a su vez María, pero este no contestó, en cambio, le devolvió su espada que traía consigo.

—Creo que esta espada le pertenece.

—Gracias capitán. —respondió María y tomándola por la empuñadura, besó la hoja resplandeciente.

—¡Por todos los cielos! No besarías de igual forma la cruz de nuestro Señor Jesucristo si te la pusieran enfrente. —exclamó Leonor y los demás rieron.

Cuando Rebeca y Lucía hicieron su entrada, vestidas también con ropa de Leonor, relumbraron la estancia y Juan Carlos, adelantándose, por ser el anfitrión les hizo una reverencia en señal de bienvenida.

—Señora, señorita. Espero que sus hijas se encuentren bien doña Lucía.

—Perfectamente don Juan Carlos, un poco doloridas, pero gracias a su merced y a doña Leonor ya están descansando... No tengo manera de agradecerles su bondad por recibirnos. —expresó Lucía con esa finura y delicadeza que la caracterizaba—, y a usted por soportarnos. —agregó, dirigiéndose a María, que aceptó sus palabras asintiendo con la cabeza.

Leonor sirvió vino en hermosas copas de cristal cortado hasta entonces nuevas y Juan Carlos las repartió. Cuando todos estuvieron cómodos, María abrió para explicar el misterio de su repentina llegada...

—Hace dos noches, llegaron a Tetela dos mensajeros enviados por don Alejandro, aquí presente...

Él se aclaró la voz y reflexionó unos segundos, pero María asintió, haciéndole entender o, en este caso dándole permiso para que hablara.

—Cuatro días atrás salí temprano de Xilotepec con el propósito de ir a verla... —dijo observando a Rebeca y esta se sonrojó—, y, ya teníamos horas cabalgando, cuando, en medio del camino, encontramos ni más ni menos que al mismísimo capitán Lorenzo herido de muerte. —agregó notando a Lucía con los ojos llenos de lágrimas y omitió por respeto a ella y del propio capitán, la mención de su acompañante—. Deliraba por un tiro de arcabuz en el costado, y gracias a Dios lo pudimos llevar a salvo a una posada cerca... Ahí nos contó que fue tomado por muerto y que el puerto lo había tomado un almirante que había llegado con el nuevo gobernador y que su plan era sacar a todas las familias del puerto para llevárselas a otro lugar, por eso y, porque doña María y su esposo son gente de mi entera confianza, mandé pedir ayuda, luego todos nos dirigimos a Villa Rica y como el capitán temía por su familia, nos pidió que las pusiéramos a salvo, mientras él junto a don Pedro recuperaban el puerto...

Todos escucharon boquiabiertos y Leonor, saliendo de su aturdimiento, le tendió un pañuelo a Lucía que trataba de contener las lágrimas.

—¡Pero qué barbaridad! Hay Dios mío, pero que gran hombre es su esposo doña Lucía. No se acongoje, que, si ha sobrevivido el feroz ataque de un arcabuz, no dudo que pueda vencer a ese ruin traidor. Ustedes pueden estar aquí el tiempo que sea necesario. ¿No es así querido? ¿Verdad que sí capitán? —exclamó Leonor apesadumbrada de tan horripilante historia.

—Por supuesto que sí doña Lucía, no tiene nada qué temer y le prometo que mañana a primera hora enviaremos un comisionado para saber las nuevas noticias de Villa Rica. —secundó Juan Carlos conmovido.

—Aquí nadie le hará daño. —confirmó el capitán.

—Fernando... —murmuró Rebeca de pronto.

—Tranquila Rebeca, Lorenzo le sugirió a don Fernando que guardara las apariencias. No le conviene hacerle daño. ¡Por algo dejó a su perro a que hiciera el trabajo sucio! —exclamó María tratando de reconfortarla.

Explicaron a los demás qué hacía Fernando con Nuño y todos en silencio, pensaron que sí era preocupante, pero estaba de más incrementar el desasosiego de Rebeca y se guardaron para ellos sus pensamientos.

Para distraerlos del caos que habían vivido, Leonor quiso desviar la conversación y, ya que estaban más tranquilos, compartió con lujo de detalle, la buena temporada de lluvias que habían tenido y que la cosecha de trigo que toda la semana habían estado haciendo, había resultado muy beneficiosa y fructífera.

—Al ver los campos de pan, me han traído dulces recuerdos de mi Tenerife doña Leonor.

—¡De ahí mismo es la semilla señora! —confesó Juan Carlos—. Puede usted admirar ahora mismo trigo de Tenerife y si Dios quiere, pronto lo saborearemos en la mesa.

Alejandro no había dejado de ver a Rebeca desde que cruzó el umbral y después de un rato, viendo María a todos entretenidos: Al capitán hablando con Juan Carlos en relación a los capataces que tenía repartidos en los campos y a Leonor describiendo minuciosamente los campos de trigo que vio en Tenerife a Lucía, le dijo al oído: “*Vamos güero*” y él se animó...

Se sentó a un lado de ella y Rebeca sonrió como si ya lo estuviera esperando.

—Señora, si tan solo me diera oportunidad de hablarle... —murmuró echando una mirada hacia afuera.

—Lucía... —interrumpió enseguida Rebeca—. Disculpe doña Leonor, pero Lucía, ¿me darías permiso de salir un momento? —dijo con una mirada suplicante e inmediatamente Lucía volteó a ver a Alejandro, indecisa de acompañarlos o no.

—No se preocupe doña Lucía, aquí afuera están los muchachos y si acaso este chaval se atreviera a algo, tenga por seguro que lo pondrán en su lugar. —bromeó María interviniendo, yéndose a sentar con ellas.

—Solo a la entrada Rebeca y no te alejes más allá. —aceptó Lucía—. Y solo un rato. —observó con severidad.

—Que bella pareja hacen. —suspiró Leonor—. ¿Se acuerda doña Lucía lo que es estar a esa edad enamorada? *Ahhh...* que lindo y qué corto es el tiempo cuando una está con el ser amado. —Lucía asintió, recordando ella misma a su Lorenzo y cómo pasaba las noches pensándolo y soñándolo. Ahora solo lágrimas brotaban de sus ojos. ¡Ansiaba tanto verlo después de saberlo muerto!, que Leonor adivinándolo, solo hizo por tomar su mano. María también estaba preocupada. Se preguntaba si Pedro estaba bien.

El pórtico de tejaban inclinado era bastante amplio, tan amplio como lo eran los diez pasos que medía la casa de frente y los soldados, sentados en las mecedoras de lado izquierdo del zaguán, quedaban del otro extremo de donde ellos se acomodaron, por el lado derecho y tres pasos, largos y preciosos para Alejandro, los separaban y prefiriendo ellos quedarse de pie, se recargaron en el hermoso barandal que Leonor había mandado esculpir y que simulaba un enramado de flores y si bien era de noche, no estaba completamente oscuro, porque las candelas repartidas en los escalones y en la mesa de los soldados daban un ambiente por demás romántico.

La noche estaba fresca, pero era ese tipo de frescor que no producía frío, más al contrario, se sentía placentero y el sonido de los tantos árboles que resguardaban la casa por detrás, se mecían con un suave ulular y que según hubiera comentado Juan Pablo, era para espantar a los malos espíritus...

—Lo extrañé. —murmuró Rebeca con la vista puesta en las espigas de los trigales y que solo se distinguían por el reflejo de la luna.

Alejandro se acercó muy cauteloso a ella, viendo de reojo a los soldados, pero Orso, en completa complicidad, hasta movió su silla para darles la espalda y pudieran tener un poco de privacidad.

—Rebeca...

—Pasaron los días esperándolo y no vino a verme como lo prometió. —continuó entristecida—. Pero hoy, cuando lo vi... —exclamó con los ojos brillantes—. Nos salvó la vida, le salvó la vida a Lorenzo. ¿Cómo podría reprocharle algo?

Alejandro tomó delicadamente su mano posada en el barandal y la llevó hasta sus labios, rozando apenas su piel. Se aproximó y quedó muy cerca de ella. Eso si la estremeció, pero culpó al viento por erizar su piel.

—Rebeca, si supiera... si tan solo imaginara lo mucho que pienso en usted desde el momento que la conocí.—susurró tan cerca de ella, que sus labios

tocaron por debajo del lóbulo de su oreja y, ya que estaba tan cerca, esos mismos labios buscaron los suyos, bastando una justa y precisa inclinación de su barbilla para acomodarse y sus bocas se encontraran.

Se besaron muy suavemente y Rebeca se separó con rapidez.

—Don Alejandro...

—Cásese conmigo Rebeca, sea mi esposa. —musitó volviendo a recuperar el espacio perdido y ella lo dejó, sintiendo al igual que él su corazón precipitarse—. Ya no soporto tenerla lejos de mí, pienso en usted constantemente y cada vez me cuesta más seguir enviándole cartas... Me estoy muriendo Rebeca, por Dios que me muero por tocar su piel. —Sus palabras vibraban en su mejilla y con suavidad pasó sus manos hasta su pequeña cintura, abrazándola, rodeándola por completo por la espalda y ella también lo dejó, porque estaba por completo extasiada—. Nada... ni el sol, ni el cielo, ni al campo les encuentro sentido y no, no quiero dejarla. No sé qué hacer Rebeca, no quiero morirme sin tenerla.

Se estremeció nerviosa pero no pudo contestar, en lugar de eso, acarició su rostro y cerró los ojos para que la besara. Él lo adivinó. La besó tan ardientemente, que ella pudo saborear el ligero sabor a vino amargo en su boca, tan delicioso le supo que quiso probar más... Sus labios dulces contrastaron con el sabor a uva y Alejandro, sujeto a su cintura, la apretó más, al sentir que Rebeca le correspondía, pasando sus manos alrededor de sus hombros totalmente embelesada.

¡Estaban tan absortos!, que se separaron de un sobresalto cuando Orso movió ruidosamente su silla, con clara intención de avisarles que alguien se aproximaba. En ese instante, mientras el picaporte de la puerta se movía, los dos recuperaron el aliento y salieron de su encantamiento.

—Es hora de ir a dormir querida. —exclamó Lucía con la mirada cansada. Esta doblo ligeramente la rodilla para despedirse y ni siquiera fue capaz de mirarlo a los ojos. Lucía en cambio, sí se despidió apropiadamente—: Que pase buena noche don Alejandro y... gracias por todo. —dijo Lucía mirándolo con otros ojos. Aun no alcanzaba a formular las palabras adecuadas para demostrarle su gratitud.

—Es un placer servirla señora. —contestó.

Él mismo les abrió la puerta y cerrándola luego, suspiró ante las miradas burlonas de los soldados.

—¿Una copita? —ofreció Orso y Alejandro aceptó.

—Te dejaron alelado güerito. —dijo el otro con guasa.

—Gracias por avisar... —contestó avergonzado.

—Cúidale las espaldas, me advirtió don Juan. —agregó Orso, tratando de animarlo y sí, se quedó con ellos hasta que el líquido de la botella se agotó.

A la mañana siguiente, Leonor y Juan Carlos llevaron a Lucía y a Rebeca de paseo por los campos de trigo y los desenfrenados niños de Leonor conocieron a las bien portaditas niñas de Lucía y las invitaron a corretearse y a perderse entre las espigas y las gavillas. Hasta las niñas chiquitas encontraron su par y se divertieron a lo lindo.

María de Estrada prefirió verificar el estado de sus caballos y monturas y de camino a la caballeriza, el capitán Alonso de Martín la alcanzó y lo saludó como acostumbraba: solamente con un ademán de cabeza.

—¿Qué sucede capitán?, lo noto nervioso.

—Me pregunto, ante estas circunstancias, cuáles serán sus verdaderas intenciones. —contestó a bocajarro.

—Caray capitán, qué sinceridad.

—Me interesa saber lo que esconden.

—Escondemos... —repitió María con una sonrisa sarcástica.

—Usted y sus afamados aliados y no entiendo por qué. Usted aprecia a los señores o por lo menos eso aparenta y si hay algo...

—Mire capitán, —interrumpió María molesta—. Yo no tengo que darle explicaciones y, entiendo que no está acostumbrado a pedir las, supongo que mucho menos a una mujer, así que, si quiere saber qué pasa, podría al menos cuidar sus palabras y dejar de estar a la defensiva. A fin de cuentas, todos somos amigos.

—Amigos... no lo sé. Ustedes obedecen a Cortés.

—Cuidado capitán, que percibo un tanto afiladas sus palabras.

El capitán no se disculpó y recargándose en una carreta donde descargaban paja, con un solo chasquido, los dejaron solos. Acción que hizo reír a María, demostrando con eso su punto, sobre que estaba acostumbrado a que lo obedecieran.

—Escuche, —apuntó María a su oreja—. No sabemos el poder que tenga el tal Nuño de Beltrán, pero, si le tiene tanta aversión a Cortés, también se lo tendrá a Estrada y no dudaría que comience una guerra por los territorios.

—Y usted, es decir, don Pedro y usted, ¿piensan defender Tetela?

—¿Por qué, usted no piensa hacer nada? ¿Tiene bastante gente para defender estos territorios? —señaló los campos—. Porque, así como yo lo veo, esto es una mina de oro, más en cosecha.

—Señora, mi defensa es lo que menos debe preocuparle. Nosotros no tenemos el mismo problema que ustedes y a don Juan Carlos no le tocó ninguna repartición ni nada por el estilo; ésta fue una merced dada directamente por Su Majestad. —dijo sonriendo con ironía y ella, terminando con la charla, acercó su rostro al suyo.

—No estamos en España capitán, así que hágame caso y haga a un lado su orgullo. Tome las precauciones necesarias porque aquí las normas cambian... —María, acercándose aún más, tanto que sus mejillas se rozaban y disfrutando haberlo puesto nervioso, susurró como si fuera un secreto lo que estaba a punto de revelar—: No hay honor entre ladrones capitán, porque eso es lo que somos... ¿No se lo habían dicho?

Lo dejó tragando saliva y ni siquiera fue al banquete campestre que Leonor había mandado hacer en honor de sus invitados y hasta a fray Toribio que había ido de visita le tocó, recibido por Leonor con todo el cariño, porque se había hecho muy amigo de la familia y, ya que era protector de los indios que había llevado a ese lugar a trabajar, porque eran pobres recogidos, entre esclavos y huérfanos, hasta los indios lo recibían bien. Lo presentó ante sus visitantes y él los saludó efusivamente, y, si no fuera porque Lucía seguía absorta pensando en Lorenzo, hubiera disfrutado mucho la organización de la comida, que eran las cosas que a ella más le agradaban, pero, no tenía cabeza para nada y en la tarde, todos se juntaron en la mesa de manteles blancos bajo los árboles de nogal y comieron pollo asado, conejo, tejón, piernas de cerdo, cabeza, fruta, vino y pan.

—¿Usted qué opina padre? —preguntó Leonor en referencia a la llegada del nuevo gobernador de Santisteban—. ¿Será cierto que su intención es substituir a don Alonso de Estrada?

Todos guardaron silencio para escucharlo y él se limpió la boca, viendo lo interesados que estaban todos por conocer su opinión. En esos casos, los de la clerecía eran los mejor informados.

—Según se, ese es su cometido doña Leonor, pero no veo porque debamos preocuparnos, tengo entendido que iba a llegar antes, precisamente en el mismo viaje de don Luis de Ponce, que Dios lo tenga en su gloria y, que juntos, iban a crear una audiencia para todos lo que la solicitaran. Ya sabe cómo está la situación últimamente... —declaró más efusivo por su chuleta de carne recién servida—. Vamos a ver a lo que llegan, pero insisto en que no debería de preocuparse.

—¿Una audiencia dice? —preguntó María interesada desde el otro lado de

la mesa y el padre asintió masticando y saboreando su pedazo de carne.

—Sí, ya sabe, hay inconformidades por la repartición de mercedes que les entregó don... —Se interrumpió. ¡Cayó en cuenta con quien estaba hablando!

—Sí, señor, don Hernando, no se preocupe padre que no me ofendo. Pero como vemos que llega uno y otro y solo se arrebatan el puesto...

El padre suspiró dándole la razón y, ya enganchado en la plática, siguió:

—De eso se tratan las audiencias, de investigar asuntos pendientes que, por ser tan turbios, han quedado pendientes y sin castigo, por ejemplo, se cree que don Hernando mandó envenenar a don Luis de Ponce y que también ha favorecido a sí mismo y a sus amigos. Con perdón de los presentes... —dijo refiriéndose a, bueno, todos sabían a quién y María y Alejandro intercambiaron miradas—. Pero no hay de qué inquietarse, lo que menos quiere Su Majestad es crear una guerra entre nuestra gente.

Leonor no encontraba la forma de parar la conversación que ella misma inició y cuando sirvieron el pato, ¡Leonor agradeció el sabor del pato!

—¿No les parece delicioso?

—Exquisita carne doña Leonor, exquisita. —exclamó el cura.

—Pronto terminaremos la cosecha y Juan Carlos nos prometió otro banquete padre. Solo esperemos que la gente aprenda a cortar bien, porque como cortan los tallos de forma irregular, los destruyen, pero eso se arregla con práctica, ¿verdad querido?

—Sí querida. Luego a los molinos les han metido paja. —agregó Juan Carlos desde el otro lado—. Agustín aquí presente. —señaló al capataz sentado a un lado de Alejandro—. No ha tenido tregua reparándolos, por eso mandé pedir dos molinos grandes a Madrid, pero los tendremos hasta el próximo año... A ver cómo salimos con los que tenemos. Esperemos no haya mucho desperdicio.

—¿Y cómo le ha resultado la mano de obra? —preguntó fray Toribio—. Los indios de estos lugares son muy trabajadores y aguantadores.

—Muy trabajadores en efecto señor mío. —contestó Leonor— Estos indios que nos trajo son muy nobles, limpios y agradecidos. No tenemos queja de ellos, ¿verdad querido? —Juan Carlos asentía a todo lo que Leonor decía, dándole la razón en todo.

—No entiendo algo. —exclamó repentinamente Rebeca—. Y disculparán mi ignorancia... ¿Cómo se hace para conseguir tantos indios?, o, en todo caso, ¿cómo deciden disponer de ellos?

María de Estrada sonrió divertida mirando de soslayo al fray.

—¡Hay mi niña!, son cosas muy complicadas para una linda joven, pero, si te inquieta saberlo, simplemente voy a decir que, todos estos pobres, más favor les hacemos en darles un trabajo aquí en el campo y no que anden rondando a merced de algún gañán que los explote como ya se ha visto. —contestó el fray enternecido—. Es nuestro cristiano trabajo protegerlos.

—Después de la guerra, —explicó María con más rudeza—. Todos los indios que perdieron fueron repartidos y ahora al parecer, nadie respeta los tratados de paz porque entran sin permiso a las aldeas protegidas.

—María, por favor, estamos comiendo.

—Es la verdad Leonor, ella preguntó, tiene derecho a saberlo.

—En Santiago se acabaron los indios. —observó Rebeca—, luego llevaron africanos, pero, no sé hasta donde hay límites para disponer de la vida de un ser humano.

—¡Es digna hija de su madre! —exclamó María—. Es todo lo que puedo decir.

—Doña Leonor. Perdone la intromisión, —intervino Lucía volviendo en sí al rescate de la anfitriona—. Ojalá pudiera pasarme la receta del pato. Nunca lo había probado con naranja y supongo que por eso resulta la carne tan suave y jugosa.

Todos comprendieron la indirecta.

Después de la comida, Lucía les permitió a Rebeca y a Alejandro conversar donde los pudiera observar y ella escogió la sombra de un nogal joven para extender una manta, cerca de los niños que jugaban divertidos rodándose por las bajadas inclinadas tapizadas de pasto verde.

—¿Le preocupa verdaderamente la suerte de estos indios? —preguntó Alejandro sin poder dejar de admirarla.

—Más me preocupa el rumbo de nuestras almas. —suspiró mirando a los niños—. Que no alcancemos a distinguir nuestra propia maldad, pero, como dice el fray, que se yo...

—Usted es un ángel, qué más. —contestó Alejandro haciéndola sonreír.

—El capitán Diego, que como sabe, es mi segundo padre y que adoro con todo mi corazón, es militar y él lo explica de una forma muy sencilla... que en la guerra se gana y se pierde y el ganador dispone de todo, así ha sido siempre y así será.

—Señora... hay algo que debo decirle. —dijo cambiando abruptamente de tema.

—Parece preocupado.

Él suspiró.

—Bueno...

—Ahora me preocupa.

—Tendré que partir. —confesó con tristeza—. Doña María está preocupada por las afirmaciones del fray y quiere que Juan esté enterado, porque sin Hernando y la mayoría de sus aliados en el sur, ellos no confían en mucha gente, como puede ver.

—Comprendo... hay muchas envidias y la envidia, de acuerdo con don Diego, es martillo destructor. —agregó pensativa.

—¡Hay Rebeca!, —suspiró Alejandro—. Dígame antes de irme si pensó en la propuesta que le hice anoche...

—No me recuerde por favor, que me muero de la vergüenza.

—No por favor, por cada aliento y cada palabra que sale de su boca, me enamoro más de usted, no me diga que se arrepiente.

—Yo también lo pienso don Alejandro, pero ya sabe lo que dijo mi madre y ella fue muy clara con eso, dijo que esperaríamos seis meses y no me gusta darle la contraria. Todavía nos quedan cuatro.

—Iré a San Cristóbal, —insistió con desesperación—. imploraré, haré lo que sea, pero ya no quiero esperar más tiempo Rebeca. Estoy enfermo de amor y desde que amanece hasta que anochece su dulce recuerdo me hace añorarla más y más y más...

—¿Iría a San Cristóbal? —preguntó conmovida.

—No haré nada sin su consentimiento y si usted manda que espere, esperaré... solo le suplico que tenga compasión de mí.

Rebeca se quitó una cadenita que tenía colgada en el cuello con un dije de luna en cuarto creciente de plata con pequeñísimos brillantes.

—Es un regalo de mi madre... —dijo con ternura—. Es un tesoro muy apreciado para mí, porque es la luna, mi astro favorito y la representación de la mujer en el cielo. —La besó y la puso delicadamente entre sus manos, en seguida añadió—: Esta es mi respuesta don Alejandro y es ante todo una muestra de mi amor hacia usted. Mi alma ya le pertenece y si mis padres aceptan, yo seré su esposa y le entregaré entonces mi cuerpo.

Él la miró con tremendas ganas de tomarla entre sus brazos, de besar sus labios, sus manos, sus dedos y sus pies, pero resistió hacerlo, había muchos ojos que los cuidaba desde lejos y en su lugar, apretó el dije y lo besó con los ojos cerrados. Luego se colocó la cadenita alrededor de su cuello y con Orso, que tenía, ante todo, la tácita responsabilidad de devolverlo completo, partió

hacia Xilotepec.

Cuatro noches eternas

Cartas fueron de un lado a otro por todo el Reino mexicana y propició a una gran movilización entre los bandos que se fueron formando y, la necesidad de conocer las contestaciones lo más rápido posible, provocó que hicieran algo al respecto... Regresaron a lo básico y levantaron puestos de control para que las cartas llegaran rápidamente a su destino; así que al momento de enviar alguna, esta llegaba a los puestos y ahí mismo se intercambiaban una, dos o hasta tres contestaciones de distintas partes.

Todo inició cuando Lorenzo notificó detalladamente al actual regente, don Alonso de Estrada, todo lo que había sucedido en Villa Rica. Denunció la participación de La Española al enviar soldados para el asalto que sufrieron y por supuesto, la conspiración del almirante Sancho Pérez de Loyola. No pudo comprobar la participación directa del gobernador Nuño, pero sí resaltó la colaboración por parte de Tetela del Volcán, al mando de don Pedro de Sánchez y doña María de Estrada y señaló, que sin su ayuda no hubieran logrado recuperar el puerto. Estrada respondió a Lorenzo que lamentaba saber del suceso y le reiteró su apoyo incondicional y hasta escribió al gobernador de La Española, pero como era de esperarse, este contestó que ignoraba las intenciones de Sancho cuando le solicitaron ayuda y alegó haber mandado la tropa exclusivamente al gobernador Nuño que era su amigo. Nuño también negó haber tenido algo que ver con el asalto al puerto, pero exigió la devolución de soldados y, como Alonso de Estrada no se los quiso devolver, esto desembocó que Nuño enviara a su vez, otra carta al rey quejándose del regente, arguyendo que no lo dejaba trabajar y que hasta ese momento se negaba a cumplir su voluntad al entorpecer los planes por pacificar y unir a los españoles.

Nuño envió decenas de cartas y las repartió entre los señoríos, incluyendo

una a Estrada, solo para informarle que Su Majestad le había delegado la misión de supervisar las encomiendas que existían y el repartimiento desmedido de indios en los señoríos, aun en las ciudades de los indios aliados y de la falta de pago de impuestos de los encomenderos. Se quejó de la ausencia de castigos y le advirtió, a los caciques y al propio regente, que lo investigaría y lo sometería a audiencia.

Estrada no respondió.

Nadie supo tampoco del paradero de Sancho.

Solamente una carta se dignó Nuño a escribirle a Lorenzo y fue para dar parte de la misteriosa desaparición de Fernando de Estévez y que según él, explicó que el muchacho había salido una madrugada a la sierra y ya no regresó y que tras cinco días de exhaustiva búsqueda, no habían encontrado rastros de él ni de los caballos... Enviaron sus pertenencias a Villa Rica y unas cartas que escribió y que no habían sido enviadas, donde describía las características de la villa, dirigida a su superior en Sevilla y una más para Juliette, con profundas palabras de amor. Lorenzo no lo podía creer, eso no podía ser posible... “*¡Algo debió haberle hecho Nuño!*”, exclamó Lorenzo desesperado... ¡Quería ir a buscarlo!, no confiaba en él, pero Pedro de Sánchez lo convenció para esperar y le sugirió que no actuara impulsivamente y ya que el teniente Torres seguía en Santisteban, le envió una misiva en secreto, para que enviara sus propias impresiones en la supuesta desaparición.

Esas cuatro noches antes de la llegada de Lucía, le parecieron eternas.

Por cosa curiosa y, porque el mundo no se iba a detener solo por ellos, esos días, el puerto de Villa Rica había vuelto a su habitual movimiento y el suceso más relevante fue quizá, el arribo de un galeón proveniente del puerto de Huelva, colmado de un ejército muy peculiar: Una horda de frailes franciscanos venían a ponerse a la orden directa del *Fray Protector de indios* que recién se había instalado en Tenochtitlán, con una carga que valiosamente custodiaban, compuesta de imágenes de vírgenes, principalmente de *La Candelaria*, *La Merced* y de *Los Remedios*.

Más vale diablo conocido...

*M*aría de Estrada tenía razón; sin Hernando, Alvarado y más de la mitad de sus aliados fuera, Juan de Xaramillo tenía la última palabra. No por nada Hernando le tenía entera confianza y cuando Alejandro le contó, a él sí, con lujo de detalles sobre Nuño, el ataque y lo que oyó decir al fray, este reflexionó detenidamente la estrategia que debían seguir y, haciendo a un lado su violento carácter, pensó en cómo actuaría Hernando ante esa situación...

—Vamos a ver al regente. —dijo al fin después de pensarlo—. No lo trago, pero no nos queda de otra. Si el tal Nuño quiere entrar a la contienda del poder, más vale diablo conocido que bueno por conocer.

—Te acompaño. —exclamó Alejandro.

—No esperaba otra cosa güero. —contestó con una sonrisa de satisfacción—. Y a todo esto, ¿cómo te fue con tu adorado tormento? —preguntó dejándose caer pesadamente en el sillón de terciopelo de su habitación y como respuesta, Alejandro le mostró el dije de plata.

—Conque ya cayó la prenda... —dijo Juan observándola con cuidado, pero luego, volviéndose a acostar, añadió—: Lo que te prometí lo sostengo güero, nada te va a faltar. Ya es tiempo que hagas vida.

Alejandro se conmovió de sus palabras, porque eran pocas las veces que Juan dejaba ver sus sentimientos.

Muy temprano al otro día, Juan ya estaba levantado vestido hasta el topete en su armadura de gala con aplicaciones de oro y plata, que formaban el escudo familiar de los Xaramillo: escudo cuartelado con un castillo de gules, cinco veneras de plata, un árbol de sinople y tronco de gules. El casco, con penacho colorado, al igual que su capa y sus soldados, hasta Orso, habían sacado brillo a sus petos, rodilleras y escarpes, luciendo relucientes sobre los caballos ataviados con grupera, flanquera, arzón, capizana, testera y pechera,

hacían juego con colores plateados y tintos.

—¿Me cambio? —preguntó Alejandro impresionado.

¡Cualquiera diría que Juan estaba listo para ir a la guerra!, él en cambio y cuando mucho, su camisa blanca de manga larga de algodón, bien almidonada, era parecida a la de los tercios de Flandes.

—No eres soldado güero, puedes ir como te dé la gana. —contestó dándole una palmada en la espalda y Alejandro no supo si debía sentirse ofendido o no, pero le dio gusto ir más cómodo que el resto.

Yendo a Villa Rica con doña María se había puesto una cota de malla y comprobó que eran bastante incómodas, ¡cuánto más las armaduras con ese calor!, así que, encabezando la tropa, iba Juan junto al capitán Beltrán, luego cuatro abanderados; uno traía la bandera real española, otro el estandarte de la Santa Cruz con la Virgen de la Merced Coronada, el tercero el escudo de Cortés y el cuarto el escudo Xaramillo. Detrás, su caballería portando lanzas y espadas de una y de dos manos. Y, como no quedaba tan lejos de la ciudad, para la tarde ya habían llegado, luego que un centenar de soldados que llevaban una comitiva de esclavos de Teotihuacan le hicieran saludos, abriéndoles el paso, pudieron entrar a sus anchas por la calzada y es que Juan era muy conocido y las opiniones sobre él estaban muy divididas al igual que con Cortés, porque si para algunos era un capitán admirable, para otros era un verdadero diablo e igual lo respetaban, porque su fuerza y brutalidad había sido comprobada infinidad de ocasiones y sabían todos que con él no se jugaba.

Pararon frente a la abadía y él, así como acostumbraba hacer Cortés, desmontó de su caballo para hincar una rodilla en el suelo y se persignó. En seguida sus hombres, con una coordinación extraordinaria, hicieron exactamente lo mismo cuando él se puso de pie. De ahí remontaron hasta la casa de Estrada y a él, solamente acompañado del capitán Beltrán, los dejaron entrar a audiencia privada. Era bien sabido que entre Juan y Estrada existía un resquemor mutuo y se acrecentó cuando este desterró a Cortés del reino y a sus aliados de la ciudad. Pero ahora, ante el peligro que Nuño presagiaba, tanto Juan como Estrada se necesitaban, porque si Estrada quería seguir conservando su cargo de regente, más le valía tener un guerrero como Juan de su lado, con experiencia en batalla, suficientes soldados, caballos e influencias con los jefes indios y a Juan, le convenía tener de regente a Estrada, porque si bien no estaba de acuerdo con sus propuestas, por lo menos respetó las encomiendas dadas a los primeros conquistadores y conservó los

tratados de paz de los mayores caciques con los que Cortés había hecho alianzas, como los de Tlaxcallan y Michhuaque.

De vuelta a Tenochtitlán, Alejandro recordó la última vez que estuvo ahí y esta vez no quiso salir del área donde la caballería de Juan había hecho su campamento. ¡Ya no quería otra experiencia espiritual!, o como sea que Juan Pablo le había nombrado. ¿Qué no había forma de decirles a esos espíritus que muchos españoles eran pacifistas? Él no quería ser quien les informara que se habían equivocado de Xaramillo, así que se quedó adentro del área acordonada, pero como la reunión iba para largo y toda la tarde había estado bebiendo, quiso caminar en las cercanías, apenas a unos pasos del campamento para desaguar y, antes que soltara el primer chisguete...

—Muévete y te corto el cuello. —susurró una voz detrás de él, acomodándole una hoja afilada a lo largo de la garganta.

Se quedó quieto y el otro lo desarmó hábilmente de su espada de una mano, empujándolo hacia adentro del callejón oscuro, haciéndolo caer de rodillas. Era sin duda un delincuente, aunque su facha era la de un indigente: flaco, descalzo, con ropas de harapos, cara ennegrecida y cabello casi blanco lleno de tierra.

—No tengo nada y mejor lárgate porque no sabes quién soy yo.

El otro no se inmutó con su amenaza y apuntándolo con su propia espada, recorrió su pecho con el filo hasta llegar a su garganta, levantando con la punta la cadenita que colgaba de su cuello. ¡Alejandro la envolvió con su puño!, pero el otro clavó su pie en la boca de su estómago sofocándolo.

—¿Qué le hiciste, hijo de puta? —vociferaba el muchacho queriéndosela quitar, pero ya no pudo hacer nada... Un fuerte golpe en la cabeza lo hizo caer y quedó desmayado encima de él.

—¿Estás herido güero? —preguntó Orso, que no había sido relevado de su puesto de guardaespaldas—. ¡Perros mendigos, son parias! —exclamó quitándose de encima—. De seguro se escapó de la comitiva que llegó esta mañana. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —asintió todavía azorado.

Entre los dos lo devolvieron a donde pertenecía y ahí los guardias le dieron un escarmiento por haberse escapado, ya cuando Alejandro pudo componerse del susto, fue a merodear hasta la comitiva que esperaba que amaneciera para entregar los delincuentes a los calabozos y a los indios al tianguis para ponerlos a la venta, pero esta vez no fue solo, Orso lo acompañó, porque había algo que el asaltante dijo, que le había dado curiosidad... Recorrieron

las filas y lo alcanzó a ver enjaulado con los labios reventados por los golpes que le habían propinado los guardias.

—¿Quién eres? —preguntó desde afuera, pero el otro lo ignoró, entonces mostró el dije en su mano y el muchacho, un poco más joven que él, apenas miró la cadenita.

Alejandro suspiró y se dio la vuelta.

—No es tuya. —exclamó el preso y Alejandro paró en seco, luego añadió —: Solo quiero saber si está viva...

¡Alejandro agarró fuertemente los barrotes y miró sus ojos...!

—¿Quién eres, de quién hablas? —preguntó desconcertado.

—Rebeca... ¿está viva? —dijo mirándolo suplicante.

Alejandro se quedó boquiabierto.

—¿Co... cómo sabes...? —tartamudeó.

—¡Guardia! —ordenó Orso a su cuidador—. Saque a ese.

—Ustedes lo acaban de traer. —contestó malhumorado.

—Sacalo. —exigió amenazante y como el guardia sabía quién era, o por lo menos con quién venía, por el escudo que portaba, abrió sin más réplicas la jaula y a jalones lo aventó hacia afuera. Entonces pudo comprobar Alejandro el color de sus ojos... eran verdes, como los de Rebeca.

—¡Jesús María y José! —exclamó tremendamente sorprendido dándose cuenta de su identidad—. ¿Fernando?

—¿Fernando de Estévez? —repitió Orso incrédulo.

—Soy Alejandro de Xaramillo... —dijo ante la confusión del propio Fernando que observaba a uno y a otro.

—Usted es... entonces Rebeca...

—¡Rebeca está en perfecta salud! ¡Ella me dio el dije!

—Gracias Dios mio. —murmuró Fernando exhausto.

—Pero... ¿cómo es que está usted aquí?

Estaba aturdido, solo alcanzó a decir:

—Necesito ver a don Alonso de Estrada.

Lo llevó a lavarse, le dio ropa limpia; camisa, gregüescos, mallas y calzas. Le dio de comer y aunque estaba muy intrigado, no se atrevió a preguntar más, porque Fernando apenas le dirigía la mirada. Lo intimidaba su actitud y como pidió, lo llevó ante Juan y este, luego de intercambiar unas palabras en privado con él, lo acompañó a ver a Alonso de Estrada...

Estrada lo recibió en un pequeño salón donde solo había una mesita en medio y cuatro sillas y viendo Fernando a dos guardias en la puerta, Estrada

les ordenó salir, notándolo nervioso.

—Me dice Juan que usted es Fernando de Estévez y que ansiaba verme por un asunto urgente...

—Sí señor, hace días, ya no sé cuántos... me enteré de un posible ataque al puerto de Villa Rica...—explicó confundido, al ver que no les causaba ninguna impresión.

—¿Cómo supo del ataque don Fernando? —pregunto Estrada.

—Yo... soy geógrafo señor, bajo las órdenes de don Diego de Rivero, cosmógrafo real y hasta hace poco estuve con don Nuño de Beltrán, gobernador de Santisteban.

—¿Usted escuchó a Nuño planearlo? —cuestionó Estrada con un brillo en los ojos.

—Escuché mencionar que decía que esperaba noticias del puerto del almirante Sancho luego que se deshiciera del capitán Lorenzo de Martínez y, creo que también pensaba deshacerse de mí, pero el ataque... ¿sucedió?

—Lo tomaron, sí. —respondió Estrada decepcionado, pues le hubiera gustado escuchar que tal vez tuviera pruebas irrefutables en contra de Nuño—. Pero descuide don Fernando, que pudimos recuperarlo y salvo algunas bajas de soldados, los civiles salieron ilesos, al igual que el capitán.

—Gracias a Dios. —respiró Fernando con alivio.

—Ahora, me gustaría saber si estuvo tan cerca de don Nuño como para declarar en su contra, haciéndolo responsable de la conspiración.

—Señor, con su dispensa... —dijo mirando a Estrada y a Juan y luego de regreso—. Ignoran quién es don Nuño de Beltrán...

—Tenemos más cargos en su contra y hemos pensado hacerle audiencia aquí mismo. De hecho, tenemos habitantes de Santisteban que están dispuestos a declarar.

—¿De Santisteban dice? —preguntó Fernando interesado.

—Son varios a los que les quitó sus propiedades sin ningún procedimiento legal y dos en especial llamaron mi atención, porque según cuentan, los ha vejado gravemente en público.

—Sí...

—Uno apellida Padierna y el otro...

—Juan de Castaño. —completó Fernando bajando su cabeza afligido. Aun lo recordaba de esa última vez.

—¿Usted fue testigo? —Se interesó Estrada.

—No solo fui testigo señor, el gobernador ha invadido las aldeas gracias al

mapa que elaboré. —explicó terriblemente acongojado—. Y sí, a Padierna lo humilló públicamente en la picota en paños menores, de eso sí me consta y a Castaño... bueno, todos fuimos testigos de un pleito de palabras que tuvieron porque Castaño ensalzaba demasiado a Cortés y eso ante sus ojos fue su mayor pecado. Realmente nadie vio la manera en que lo castigó, pero si Castaño ya declaró, lo más seguro es que todo sea cierto.

—Esto es valioso. —aseveró Estrada, pero Fernando negó con la cabeza—. ¿No cree en la justicia?

—Como no señor, pero, aun así, tampoco le servirá. Don Nuño tiene apoyo de gente muy poderosa y el cargo de Santisteban, creo que solo es un trampolín. Supongo que recibió una misiva donde le ofrece indios.

—Diez indios a precio de un caballo... ¡Jáh! —exclamó Estrada entre ofendido y burlándose de la ridícula oferta.

—Pronto le llegará más gente. Ignoro si de España o de La Española... eso no lo tuve claro, pero su verdadera intención es concentrar a todos los indios posibles en un solo sitio y tiene permiso de Su Majestad de quebrar los acuerdos y Santisteban ha sido el primero... Así que, con todo respeto, no lo tome a la ligera. Otra de sus ideas es cancelar las mercedes y repartirlas a su antojo y, para empezar, todas las encomiendas que don Hernando tenía en Santisteban, ya se las adjudicó. —dijo viendo directamente a Juan, que parecía un animal enjaulado.

—Así que ese perro marrullero quiere monopolizar la mano de obra de los indios y las encomiendas a su antojo. —aclaró Juan y Fernando asintió encogiéndose de hombros.

—Probablemente Su Majestad no esté enterado de sus métodos por traer paz al reino. —agregó Estrada esperanzado—. Si nosotros contraatacamos como personas civilizadas y enviamos pruebas, realmente tengo la seguridad que podríamos hacerle audiencia, además, contamos con el favor del nuevo obispo.

—¿El *Protector de indios*? —inquirió Juan pensativo.

—Él también tiene poder y creo que podría ser capaz de contener sus avariciosas ansias de controlar el reino.

—Yo solo vine aquí por una razón don Alonso.

—Usted está a salvo aquí don Fernando. —aseguró Estrada.

—No podía confiar en don Nuño y tampoco sabía si Villa Rica estaba ocupada, por eso quise venir... a entregarme.

Ambos lo miraron desconcertados.

—Soy un desertor señor, falté a mi juramento y estoy dispuesto a sufrir las consecuencias, pero creo merecer un juicio justo, por eso vine a entregarme por mi propia voluntad, porque si me hubiera pronunciado en contra de don Nuño en Santisteban, él me habría juzgado y por castigo me hubiera condenado a muerte.

—No veo razón de retenerlo don Fernando. —arguyó Estrada reflexivo—. No tengo potestad de hablar en nombre del cosmógrafo real, ni conozco los detalles de su contrato, pero, si usted hace la declaración que le pido, podrá marcharse o quedarse y yo con gusto le entregaré una carta justificando el abandono de su puesto y exculpándolo de cualquier imputación que Nuño haga en su contra.

—Gracias señor. —aceptó Fernando, sabiendo de antemano que se estaba echando una soga al cuello.

—Una cosa más don Fernando. —Agregó Estrada—. ¿Qué es lo que dice don Nuño de mí?

—Cree que retornará pronto a España y... también cree que Cortés no volverá. —declaró ante el resoplido de Juan.

Sin duda les dejó algo en qué pensar cuando salió.

Sobre todo, a Estrada.

Afuera en el corredor, Alejandro esperaba impaciente y se puso de pie cuando lo vio salir solo. Fernando se le puso enfrente y miró el dije de plata.

—Entonces Rebeca se ha comprometido con usted, porque no le hubiera entregado esa joya en caso contrario. —dijo con molestia, sin esperar un comentario.

Era bastante tarde y como esa noche había toque de queda, se quedó a dormir en el convento y ya no lo vieron hasta otro día. Por la mañana, después de misa de ocho, hizo una declaración formal ante la audiencia de don Alonso, relatando los sucesos principales que fue testigo y de los vejámenes en contra de los ofendidos Padierna y Castaño; habló de la conversación que escuchó en boca de Nuño con el procurador donde aceptaba tener conocimiento del ataque a Villa Rica y declaró sobre la invasión de aldeas y la toma ilegal de las encomiendas... Fue extenuante.

Cuando salió y se dirigió a la comitiva de esclavos, ya no los encontró donde acampaban y corrió preocupado hacia el mercado donde los estaban subastando.

—¡José! —gritaba entre el mar de gente que se arremolinaba en torno al estrado—. ¡José Cuachalotl!

—*¡Señor, señor!* —contestaron en algún lado.

Lo buscó en el corral donde los tenían y a empujones logró dar con él. Se sonrieron en cuanto se vieron y el guardia, de mala gana lo desamarró cuando Fernando le entregó una orden de libertad firmada por el mismísimo Alonso de Estrada. Alejandro lo vio venir de regreso y lo llevó al campamento de su hermano, donde les dieron de comer y también al indio, Alejandro le consiguió algo de ropa y calzas.

—Es inhumano. —murmuró Fernando viendo comer como desesperado al pobre de José Cuachalotl—. Los tratan peor que a los animales... —dijo con molestia y eso hizo sonreír a Alejandro y Fernando ofendido exclamó—: ¡Veo que le causa gracia su desdicha!

—¡No don Fernando! —expuso Alejandro rápidamente, dándose cuenta de su confusión—. Es que me ha recordado a su hermana que tiene la misma opinión que usted, por eso me pareció curioso, no quise en ningún momento menospreciar a los indios.

—Está bien... —suspiró viendo en dirección al puente donde había entrado.

—¿Quiere ir a verla? Porque yo puedo llevarlo si me deja.

Reencuentros y despedidas

La respuesta del teniente Torres con los detalles de la desaparición de Fernando, llegó antes de lo esperado a Villa Rica y Lorenzo imaginó lo peor con solo ver al comisionado enviado... Tomás de Gutiérrez, notario con más de treinta años de experiencia y persona enteramente confiable, esposo de doña Silvia, aceptó sin ningún remilgo hacerle ese favor personal, aunque sufriera de gota.

—Lo siento mucho capitán. —dijo al tiempo que le entregaba una carta de doble hoja, cerrada y sellada.

—¿Pudo hablar a solas con el teniente Torres? —preguntó quebrantando el sello.

—Sí señor, tal como lo solicitó y primeramente me presenté con el gobernador, explicándole que iba a tomar nota de los hechos.

—¿Y...?

—Me recibió bien, sin ningún tipo de recelo. Luego me entrevisté con el teniente Torres a solas y, aunque aceptó que estaba harto de Santisteban, al menos su presencia podría confirmarle a usted que efectivamente, don Fernando...

—Solo han dicho que está desaparecido.

—Me temo que es algo peor capitán. —confirmó don Tomás, atribulado por el dolor que le causaría—. El teniente dijo que apenas había habido ligeras diferencias con lo que se informó y como imaginará, él se notaba acongojado, porque me explicó que él personalmente había liderado la búsqueda de don Fernando y luego de los tres primeros días no pudieron dar con él... nada señor, ni en las aldeas cercanas donde había andado, ni en el río ni nada, pero que para el día cuatro, al llegar a un despeñadero, encontraron un pañuelo y el teniente jura habérselo visto puesto. ¡Hasta me llevó a verlo!, y capitán...

sinceramente le digo, que, si algo cayera en esas barrancas, no creo que sobreviva. Las empinadas son tan hondas y sus piedras son tan afiladas que nadie ha podido descender y según cuentan, no es la primera vez que sucede, ya se han caído mulas, lugareños... —continuó aun cuando todo venía explicado en la carta que Torres envió, porque quiso decírselo en persona. Realmente parecía muy afectado—. También hablé con un fraile y él me confirmó que fue el primero en abrir el cuarto y que las cartas abiertas él las había encontrado, que nadie más entro, ni guardia ni nadie, solo él.

—Le agradezco mucho don Tomas, supongo que no hay lugar a dudas. Ahora, sigue lo más difícil. —dijo refiriéndose a su familia.

Prefería ser él quien fuera y diera la cara y por segunda vez sintió una profunda impotencia. ¿Qué tenían los Estévez que no podía salvar? Se encerró en la oficina portuaria y hundió su cara entre sus manos, condoleciéndose amargamente. Recordaba al capitán Andrés y eso le dolía.

A mediodía el bergantín con destino a La Habana estaba listo para zarpar con la carta que escribió Torres y otra de él, dirigidas las dos al capitán Diego... Pensó que él sabría qué hacer y sabría cómo decírselo a Isabel e Isabel encontraría las fuerzas para darle la noticia a Juliette y Juliette en algún momento, cuando su hijo fuera entendido, buscaría la forma de explicarle, el por qué su padre, un joven sobresaliente, inteligente y prometedor, había ido a parar a la orilla de un despeñadero...

Con profunda pena vio partir la embarcación, acompañado de Pedro de Sánchez, que así como había prometido, lo había estado ayudando a poner en orden el puerto y en funcionamiento la nueva muralla, las nuevas guardias y los nuevos controles de seguridad y, afuera de la capitanía, a media tarde, con el cielo nublado, Lorenzo se levantó de pronto de su lugar... A lo lejos, a la entrada del camino, pudo distinguir varios caballos e imaginando que podría ser Lucía, a quien tanto extrañaba, porque sentía que solo ella sería capaz de consolarlo, quiso verificarlo y sacó su catalejo de adentro de la oficina. Subió hasta lo alto del poste con salientes donde ondeaba la bandera española y enfocó el lente. Precisamente divisó a diez jinetes que se acercaban, pero sus ojos no daban crédito a lo que veía... Pedro se alarmó al notar su turbación y antes que le preguntara...

—¡Contramaestre! —voceó desde arriba con dirección al muelle, captando la atención de algunos marinos

Saltó por un lado y corrió a toda velocidad hasta la plataforma.

—Capitán...

—¡Tome un bergantín! —apuró al contraмаestre que estaba alarmado porque creyó que les sobreveníа otro ataque, pero no, Lorenzo completamente excitado, ordenó—: ¡Alcance al *Quarterol* y dígalos que regresen en seguida!

—Capitán... —contestó el oficial confundido—. Nos llevan cuatro horas de ventaja.

—Aventájelos como sea posible, así sea hasta La Habana, pero que no entreguen las cartas y si así fuera, dígalos que el muerto no está muerto, porque lo acabo de ver con mis propios ojos.

El Contraмаestre lo repitió y salió con otros tres marinos que se treparon con él en otro barco, mientras que Pedro, desconcertado por su actitud, no supo qué estaba sucediendo. Sí imaginó que Lucía estaba de regreso, pero él no conocía a Fernando, por eso no supo que el muerto no estaba muerto. Ambos salieron al encuentro de los recién llegados, subiendo por la derecha de la colina y las niñas, al ver a su padre, se le dejaron ir enseguida.

—¡Papito, papito! —exclamaban alborozadas y él, sosteniéndolas a las tres juntas, sin importarle su herida, las besó y las abrazó.

También recibió a Lucía plantándole tremendo beso en la boca, pero tuvo que bajar a las niñas, porque Lucía no podía dejar de llorar y se aferraba a él sin que le importara el resto del mundo ni las buenas maneras. Todos estaban conmovidos y él más que todos sin saber el motivo real de su llanto y cuando por fin pudo calmarse, recordó Lucía las buenas maneras y se disculpó apenada, pero solo recibió abrazos y besos, de Rebeca, de las niñas y por supuesto de Lorenzo.

—Pensé que habías muerto. —dijo Lorenzo a Fernando cuando tuvo oportunidad de saludarlo. Se le puso enfrente y lo tomó de la cara contemplándolo.

—¿También vas a llorar? —Se burló de él, sabiendo que Lucía no lo escuchaba.

—Qué cabrón...

—Parece que dos muertos han vuelto a la vida. —exclamó María de Estrada y aunque pocos entendieron lo que dijo, más tarde se lo explicaron a Lorenzo y Lorenzo les explicó sobre la supuesta muerte de Fernando.

¡Era momento de celebrar!

Una llovizna inesperada cayó ese día, pero fue tan suave y deliciosa, que se sentía como una bendición caída del cielo, como un regalo para los habitantes de Villa Rica, anunciando que todo había vuelto a la normalidad y

que todo lo malo que había sucedido en el transcurso de esos larguísimos, intensos y agotadores quince días, parecían los rezagos de un mal sueño. La tranquilidad reinaba otra vez en el puerto y en la casa del capitán había fiesta, que primero comenzó como una pequeña reunión entre amigos, pero que se fue agrandando conforme transcurría la tarde y luego la noche, extendiéndose hasta la *aldea de tablas*. ¡Todos querían saludar a Lucía! ¡Platicarle sus experiencias personales!, y hasta las *Hijas del Sagrado Corazón*, brindaron con vino rojo y cantaron y bailaron porque ese día se sentían vivas y porque mañana sería un nuevo día. Ya mañana se confesarían. Lorenzo mandó repartir vino de las reservas a la aldea, donde se congregaron la mayor parte de soldados y marinos, pero por ningún motivo quiso mover la guardia nocturna del muelle, ni de la muralla y mucho menos de las entradas. Un ataque había sido suficiente para él y esperaba no volver a repetir el mismo episodio. El cielo se despejó en la noche dejando un cielo totalmente despejado y estrellado y, el aire fresco del mar, sereno y tranquilo, cerraba con broche de oro ese bendito día.

Hasta los dos bergantines que habían partido rumbo a La Habana acababan de llegar y el contramaestre y el capitán del *Quarterol* y el resto de marino se unieron a la celebración. Lorenzo estaba muy cariñoso con Lucía y viceversa. Para ella, su amor había renacido y a pesar de estar lejos uno del otro en la misma habitación, sus miradas se encontraban eventualmente, luego él la miraba sin que ella se percatara y sintió de repente culpa, por haber pensado un instante en abandonarlas...

Afuera estaban la mayoría de los hombres que habían hecho una alumbrada para amanecerse y Lorenzo se juntó con Fernando, que miraba como hechizado, las cenizas encendidas que sobrevolaban a su alrededor, como si fueran pequeñas luciérnagas.

—¿Recuerdas...? —preguntó Fernando, saliendo de pronto de sus pensamientos, notando apenas la presencia de su amigo—. Cuando recién llegué a Santiago y me llevaste un botellón de brandy para los dos solos. ¿Te acuerdas?

—Cómo no lo voy a recordar, eras un chaval y acababas de regresar como todo un héroe. —recordó Lorenzo sonriendo.

—Ya no quiero ser héroe, ni ir a cazar indios. Me costó mucho trabajo poder dormir en las noches y reconciliarme con Dios por todo lo que hice... —dijo suspirando y agregó—: ¿Qué crees que pase conmigo?

—El capitán sabrá qué hacer, ten fe. En Cuba nadie te va a tocar.

—Es que me preocupa Juliette... —murmuró y Lorenzo le dio una palmada para animarlo—. ¿Por qué no te regresas conmigo? ¿No estás cansado de tanta política? —dijo haciendo una mueca de enfado, pero solo consiguió sacarle una carcajada, luego, Lorenzo haciendo también una reflexión, se enserió.

—Estas tierras mexicas son ahora mi hogar Fernando. El hogar de mis hijas y no me voy a largar solo porque un fulano se cree virrey del reino... Esperaré por Cortés, pero si no llega, no estoy solo. —señaló a Pedro de Sánchez que bebía alegremente con María de Estrada y esta, tenía del brazo a Alejandro de Xaramillo, que, a su vez, conversaba alegremente con Orso.

—¿Sabías que el tal Alejandro se va con nosotros a Cuba?

—A pedir la mano de Rebeca supongo. —comentó Lorenzo riéndose.

—Creo que es, ¿no es así? Igual que Cortés y todos los de su prole. —exclamó viéndolo con recelo.

—¡No pensé que fueras tan pedante Fernando! —exclamó burlándose—. Es un buen muchacho, te lo aseguro y, si eso te hace sentir mejor, no es soldado, o sea que es más como tú. —agregó arqueando la ceja—. Ven, que te voy a dar un empujón...

Caminaron al otro lado de la fogata juntándose con el animado grupo que rememoraba su éxito.

—Nosotros nos retiramos mañana Lorenzo. —exclamó Pedro cuando Lorenzo y Fernando se acercaron.

—No tengo palabras para agradecerles a todos lo que han hecho por mí, por nosotros. Estoy en deuda. —dijo Lorenzo extendiendo los brazos.

Pedro aceptó gustoso un abrazo, luego Alejandro, Orso y hasta María, que, aunque odiaba el contacto cariñoso, lo aceptó de buena gana.

—Hoy por ti, mañana por mí. —contestó Pedro señalando con el dedo.

Una esposa virgen

*I*sabel siempre tuvo una sensibilidad especial que muy pocos podían comprender y sus hijos, siendo de esos pocos, tenían cada presentimiento que tenía y que tanto Andrés como Diego, siendo ambos igual de escépticos, achacaron esos supuestos augurios a una preocupación constante y bastante normal por la propia sensibilidad de ella que se afectaba de todo lo que sucedía a su alrededor. Ellos creían solamente en lo que sus ojos veían y por esa misma razón, don Diego arguyo, que la falta de sueño de Isabel y su inquietud de esos días, se debía solamente por tener lejos a sus hijos. ¡Pobre Isabel!, que no sabía por qué sentía ese hueco en el estómago, ni comprendía por qué no podía conciliar el sueño y por qué su mente se trasladaba instantáneamente hacia sus hijos...

Por si fuera poco, había algo más, se aproximaba el cumpleaños de Andrés y eso no lo quiso compartir con don Diego, porque soñó algo perturbador y eso la angustiaba. En su sueño vio a Andrés caminar descalzo dentro de la casa, desde el pasillo de la entrada hasta la estancia, dejando huellas de pasos húmedos y cuando él quiso hablarle, solo agua salía de su boca. ¡Isabel se despertó aterrada sin saber qué significaba! ¿Acaso Andrés trataba de prevenirla? Definitivamente pensó que trataba de decir algo, pero no sabía dilucidar qué era. A casi un mes de la partida de Fernando, Juliette había cumplido cuatro meses de preñez y hasta apenas se le estaba notando una pancita mínima y su cansado confinamiento la ponía más triste por no recibir ninguna carta de él. Sin embargo, ayudó a que formara lazos más cercanos con Isabel y casi de manera obligada hasta con el capitán Diego, porque cuando él estaba en casa, cada noche después de la cena, pasaban el rato en la sala, conversando sobre los sucesos del día y había aprendido a disfrutar incluso de los temas relacionados al puerto y, como su acento mejoraba rápidamente, el

capitán se notaba más relajado en su presencia.

Ese día que llegó el bergantín de Villa Rica, el alférez González avisó inmediatamente a su capitán que a esas horas apenas estaba comiendo. ¡Nadie esperaba esa tripulación! Efectivamente era Fernando, pero, no venía solo... ¡Rebeca descendió también!, de la mano de un hombre que al capitán se le hizo bastante conocido y es que él tenía una gran habilidad para recordar los rostros y una vez que veía uno, muy rara vez lo olvidaba. No tenía duda, era Alejandro de Xaramillo, con ocho años de más de cuando lo vio la última vez que se presentó en su casa y el rapaz que fue, el muchacho tímido, ahora más fuerte, con su piel quemada por el sol, se le notaba más parecido a Juan. Probablemente eran los gestos que eran más pronunciados o era quizás su actitud.

—¡Pero mira lo que nos trajo el viento! —anunció don Diego subiendo por la plataforma del muelle y al instante, Rebeca corrió a echarse a sus brazos...

Saludó a los jóvenes pero no pudo evitar notarle cara de preocupación a Fernando. También saludó a Alejandro y a él lo percibió nervioso, pero respecto a él, dejó que así siguiera. Ya se imaginaba la razón de su presencia y quiso hacerlo sufrir un poco. Prefirió adelantarse con Rebeca que llevaba del brazo mientras Fernando intercambiaba saludos con el alférez González y Alejandro, acompañado de Orso, quedó sin saber qué hacer.

Al llegar a la casa, Fernando quiso ir a sorprender a Juliette escurriéndose en su habitación y las encontró a las dos, a su madre y a su amada, tejiendo juntas chambritas para su futuro hijo.

—¡Por todos los cielos...! ¡Fernando! —exclamó Isabel tirando de lado el tejido y, antes que Juliette hiciera por levantarse, Fernando corrió hacia ella.

—No te levantes mi amor, que yo vengo a ti. —dijo besándola tiernamente en la frente.

—*Mon cheri*... —respondió Juliette con lágrimas.

Isabel que estaba de pie aún pasmada, ¡se sorprendió el doble, cuando vio pasar a Rebeca!

—¡Mi niña! ¡Mi Rebeca! ¿Pero qué...?

—Mami... te advierto que alguien más vino con nosotros. —anunció Rebeca con una vocecita e Isabel, buscando una respuesta en Fernando, este se encogió de hombros, entonces Rebeca confesó—: Es Alejandro mami, no lo tomes a mal ni lo maltrates, te lo suplico...

Pasada la conmoción, el capitán pudo leer con tranquilidad las cartas que

Lorenzo le había enviado. ¡No de la desaparición de Fernando! De esas se enteraron después. Más bien eran tres páginas que en síntesis encerraba todos los sucesos de esos quince días bajo su perspectiva y que más tarde escucharon todos a voz de Fernando, lo que le sobrevino en Santisteban, omitiendo, sobre todo por su madre y bueno, también por Juliette, el mal gusto que tuvo que pasar al ser apresado, confundido por delincuente, pero a causa de eso, tampoco contó el episodio en el que conoció a su cuñado.

—Tuviste buen ingenio de ir a presentarte con Estrada, porque tu declaración puede ser de ayuda para levantarle cargos a Nuño, sin embargo, para evitarte problemas futuros, es preciso que te presentes en Sevilla para delimitar el número de cartas que con seguridad comenzaran a llover. —expresó el capitán Diego, ante la angustiada mirada de Isabel—. Pero descuida Fernando, que no pasara a mayores. Todos comprenderán que huiste porque te sentiste en peligro y ese es tu mayor argumento en el juicio que yo auguro no será largo.

—¿Cómo que juicio, no dice que no es grave? —argumentó Isabel, que entonces comprendió a qué se debía ese vuelco en el corazón que con anterioridad había sentido.

—No dije que no fuera grave y hasta que se demuestre que no hubo deserción, Fernando estará bajo sospecha. —contestó don Diego viendo a Isabel a punto de alterarse—. Le prometo mi señora que ni siquiera llegarán a encarcelarlo, además, le voy a contratar el mejor despacho de abogados para que lo representen.

—Hay Fernando... —exclamó Isabel con pesadumbre.

—La carta de Estrada ayudará. —siguió el capitán—. Al igual que la audiencia que le hagan a Nuño en Tenochtitlán. Lo que todavía me parece difícil de creer es lo que hizo Sancho...

—Ya presentía que algo malo estaba pasando. —añadió Isabel después de la larga pausa y cambiando de actitud, se dirigió a todos—: Vayan a recostarse y a descansar. Usted también don Alejandro... ya encontraremos el tiempo para averiguar el motivo de su visita.

Nadie objetó a eso y Fernando se fue de la mano de Juliette.

—Tú no querida. —exclamó Isabel a Rebeca y esperando que la sala se vaciara, caminó hasta su madre y el capitán, que estaban sentados juntos.

Parecía que Fernando no era el único que se enfrentaba a un tribunal, sin embargo ella no tenía miedo y estaba dispuesta a defender el amor que le había promulgado a Alejandro.

—¿Hay algo que quieras decir antes que don Alejandro nos caiga con la sorpresa? —dijo Isabel con seriedad.

Rebeca estaba inusualmente tranquila. Sentada muy derecha con una mano posada en la otra, con el cabello recogido de lado, daba la impresión que ya tenía las palabras escogidas y solo esperaba su turno para pronunciarlas. El capitán lo adivinó, pero no dijo nada. Su preocupación era la reacción de Isabel.

—Deseo desposarme con él, por eso está aquí, porque yo se lo pedí. —admitió mirándolos a ambos e Isabel no pudo evitar emitir un sonido de admiración—. Lo amo mami...

—Retírate Rebeca... —interrumpió Isabel verdaderamente molesta. Ni siquiera le dirigió la mirada y ella aceptó la mano de don Diego para llevarla a la puerta. Al oído le susurró: “*Bienvenida pequeña*”, y cerró, quedando solamente Isabel y don Diego.

—No dice nada don Diego, pero su silencio me aturde.

—Creo que está usted menospreciando al muchacho.

—Y yo creo que usted lo sobrevalora.

—Fernando no sabe todo ni tampoco contó ciertos detalles, pero yo, que he leído el reporte de Lorenzo, se refiere a Alejandro como un hombre de mucha valía y lo nombra como su salvador. Por si fuera poco, junto a doña María de Estrada puso a Rebeca a salvo, así que, con perdón suyo querida mía, mi respeto lo tiene y su modestia al permanecer callado y no mencionar nada aun cuando Fernando ha ignorado estos detalles en su narración, me hace apreciarlo todavía más.

Isabel reflexionó porque precisamente como él dijo, no conocía los detalles y no podía opinar. Aún así, hubo algo que sí aceptó: el aplomo de su hija al declarar sin una gota de vacilación su amor. Supo que ya se habían hecho promesas y eso le daba temor. Lo supo al instante que vio el dije de plata en posesión de Alejandro.

Esa noche en la cena, siguieron escuchando las aventuras gracias a Rebeca, e Isabel se sorprendió mucho al notarla como una gran contadora de historias, muy similar a su padre y a todos los tenía conmocionados, especialmente a Alejandro que la miraba embobado desde su lugar y como no quería Isabel dejarlos solos un solo instante, ni un minuto, ni nada, utilizó todas sus artimañas para ocuparla, con el pretexto de querer conocer todos los detalles referentes a los campos de pan, de doña Leonor, de don Juan Carlos y sus hijos y, “¿cómo dijo Lucía que se preparaba el chocolate...?”, y, “haber

Rebeca, cuenta lo del paseo a la playa...”, y, “deja que te muestre todas las chambritas que Juliette y yo hemos tejido”. Así y más, sin encontrar los jóvenes un momento para hablarse palabras de amor o ponerse de acuerdo.

Al menos el capitán hizo por atender a Alejandro y a su compañero y los llevó a que vieran los caballos andaluces que había hecho traer, porque él también era un aficionado. En los establos acariciaron esos hermosos animales que todavía andaban indispuestos por la larga travesía y, en un ademán por arremangarse las mangas de su camisa, pudo ver el símbolo de dos espas cruzadas en el brazo derecho de Orso, con una línea atravesándola en horizontal. Orso lo notó y se cubrió disimuladamente y, ya que no dejaban a Alejandro acercarse a Rebeca, prefirió salir a pasear por la ciudad y se llevó consigo a Orso, que lo quisiera o no, no lo dejaría solo y puesto que no conocía San Cristóbal, le gustó ser él quien se lo mostrara, porque se habían hecho buenos amigos por tanto tiempo que habían pasado juntos.

Esperaba encontrar al menos a algún conocido, porque el lugar lo encontró prácticamente igual, con apenas algunas diferencias en las fachadas, pero básicamente todo estaba como él lo recordaba; las calles, la iglesia, las mismas casas y el edificio del ayuntamiento.

Entraron en un taller de mármol y reconoció a uno de los artesanos con él que se quedaron el resto del día y juntos visitaron a otros en sus casas. ¡Ellos parecían sorprendidos de verlo vivo!, pues se había corrido el rumor que había enfermado y había muerto de escorbuto en La Española. Nunca supieron quién había corrido el rumor, pero les dio gusto brindar por su salud. Ahora que era invitado en la casa del capitán general y traía un guardaespaldas, un nuevo rumor comenzó a correr: ¡Que se había convertido en un rico hacendero en los nuevos Reinos mexicas!

Hasta el día siguiente después del almuerzo, Isabel le informó a Alejandro que ella y el capitán lo iban a recibir y como era de esperarse, se puso muy nervioso... Hubiera preferido que Juan lo hubiera acompañado, pero respiró profundamente armándose de valor, animado por Orso que lo exhortó para que levantara su mentón, empujara los hombros hacia atrás y sacara el pecho. *“Demuestra quién eres güero, saca el Xaramillo que traes dentro”*, le dijo en su habitación antes de salir. Así que, con esa confianza se presentó ante ellos, vestido con sus mejores ropas, nada elegante pues no tenía algo así, nunca lo había necesitado, pero se presentó como era; naturalmente apuesto, cabello ligeramente largo con reflejos dorados y su barba escasa bien recortada con ligeras tonalidades rojizas, hacían que su rostro resplandeciera.

—Tenga la bondad de tomar asiento don Alejandro. —ofreció Isabel, con un tono más afable que antes y no como el día anterior que lo había tratado con suma frialdad, tal cual como Fernando, con notable indiferencia y disgusto.

—Señora y, capitán... temo ser violento con mis palabras después de que usted, doña Isabel, ha sido tan benévola con mi persona.

—Ciertamente don Alejandro, creía que teníamos un convenio y no entiendo qué ha cambiado. Cuando platicamos, usted se mostró de acuerdo con esperar por lo menos seis meses para que Rebeca y usted se conocieran mejor, por esa razón permití que se quedara en Villa Rica, por el bien de los dos y ahora me temo que cometí un error por pecar de permisiva.

—Muchas cosas han cambiado señora...

—¿Qué ha cambiado Alejandro? —preguntó el capitán hasta entonces en silencio.

—Inseguridad en el reino. —contestó con franqueza, sin desviar la mirada del capitán—. Vivo en constante angustia por saber en peligro a Rebeca y las distancias, no son cortas señor.

—Si Rebeca está en peligro en Villa Rica, es aún mejor que se quede con nosotros, así los dos podrán cumplir el tiempo establecido por doña Isabel. —contemplo el capitán con calma.

Alejandro no se iba a rendir tan fácil.

—Ustedes también se han visto en peligro capitán. —arremetió Alejandro sin que el capitán esperara ese golpe bajo, pero dejó que continuara—. Si sus mercedes conocieran Xilotepec, verían que es todavía más segura que cualquiera de los dos puertos... Es una hacienda con fortaleza, custodiada por más de trescientos soldados avezados en la guerra y los territorios, si usted los viera doña Isabel, son tan extensos que ni siquiera la vista alcanza a ver los confines de esos campos tan verdes y floridos, con siembra de maíz, ríos, arroyos y montañas. A comparación de muchos lugares, nosotros vivimos en concordia con los naturales del lugar, lejos del mar, de arribo de barcos, de piratas y gente desconocida. —explicó e hizo una pausa para agarrar aire, entonces agregó, posicionándose de pie frente a ellos—: Rebeca no podría estar en lugar más seguro que ese. Por eso les pido, les suplico... concédanme su mano y yo les doy mi palabra que nada le faltará y cada día intentaré hacerla feliz.

Isabel miró al capitán porque ella se había quedado sin palabras, por fortuna a él rara vez lo conmovían y caminando hacia la puerta de entrada del salón, abrió la puerta y Rebeca entró, acompañada de Marcela. Ella miró a

Alejandro parado en medio de la habitación y le pareció tan guapo, tan gallardo, que aguantó por no sonreírle. Aguantó incluso la respiración cuando pasó a un lado de con él.

—Tiene nuestra bendición Alejandro. —declaró el capitán ante el desconcierto de los jóvenes.

La noche anterior, Rebeca había hablado con su madre llegando a un acuerdo e Isabel permitió que don Diego diera su consentimiento. Solo faltaba que Alejandro aceptara las condiciones de Rebeca...

Los dejaron envueltos en su felicidad, vigilados por Marcela, quien desde ese instante había retomado el cargo de acompañante oficial y, cuando Isabel y don Diego salieron, Alejandro fue a besar las manos de Rebeca, de rodillas en medio de los carraspeos de Marcela.

—Rebeca... —suspiró emocionado—. ¡No puedo creer todavía esta felicidad! ¿Qué me dice Rebeca? ¿No se arrepiente aun? ¿Está dispuesta a irse conmigo?

—Espero con ansias don Alejandro, pero espere, que quiero pedirle algo y no sé si sea posible que pueda concedérmelo.

—Lo que sea Rebeca, usted sabe que haré lo que me pida. —contestó todavía hincado de una rodilla.

Rebeca lo miró preocupada, pero se animó:

—Esperaba que... como me iré con usted a Xilotepec, tal vez pudiera dejarme una temporada con mi familia. ¡Un mes cuando mucho! Lo digo porque de antemano sé que su hermano lo necesita y debe irse cuanto antes.

Alejandro no pudo evitar sentir tristeza. ¿Cómo podría negarle algo así? Bastante hacía con alejarla y, sentándose a un lado de con ella, sin soltar un instante sus manos, asintió.

—Si eso le preocupa señora mía, puede usted hacerlo. Yo me iré satisfecho sabiéndola mía y un mes lo contaré con sus horas y minutos hasta recibirla en su casa.

—Eso no es todo don Alejandro... —continuó y, hasta Marcela, sentada en otro sillón, la miró intrigada—. Yo deseo entregarme a usted, no le quepa duda, pero, no aquí... sino en Xilotepec, donde será nuestro hogar.

Silencio.

Alejandro tardó en comprender lo que le pedía.

—Acepta casarse, pero no...

—Es una petición personal.

Silencio.

Y más silencio.

Marcela estaba en suspenso.

¿Cómo decirle Alejandro que había estado esperando ese momento desde la primera vez que platicó con ella?, y que su recuerdo lo hacía temblar en las noches solo en su cama... Cómo explicarle que pedirle eso a un hombre a punto de desposarse, era como pedirle a un gorrión que no cantara en la mañana o a un caballo que hiciera lo posible por no relinchar y, más aun, cómo negárselo cuando infinidad de veces había proclamado ser su más ferviente servidor. Cómo negarle una petición a una princesa como ella. Cómo decirle que hacía años, en busca de informes de su hermano Juan, la conoció y los aromas de San Cristóbal evocaron esos recuerdos, cuando conoció a la Rebeca niña, la Rebeca linda y gentil de ojos brillantes y avispados, la Rebeca que lo recibió en las puertas de la casa de don Álvaro que se escondió entre las faldas de su cuidadora Marcela, una Marcela más joven, pero igual de severa. ¡Le pareció un recuerdo tan divino que se lo quedó para él! ¡Qué ganas tenía de hacerla suya! Todo su cuerpo estaba anhelante, pero, se aguantaría. La esperaría hasta que ella estuviera lista. ¿Qué podría pasar? Un mes pasaba con rapidez.

—Como dije... haré lo que ordene, y con tal que esté feliz, acataré lo que me pida.

—¡Gracias! —exclamó Rebeca abrazándolo y Marcela atónita todavía, tardó en carraspear. Lo hizo y Rebeca volvió a su sitio.

—Será mi esposa virgen hasta entonces. —suspiró Alejandro afligido—. Hasta entonces, si no le importa, le devolveré esto. —dijo levantando el dije de plata.

—Consérvelo, que no será por mucho tiempo. —dijo tratando de consolarlo y como recompensa, lo besó dulcemente en los labios.

Marcela la dejó. ¡Pensó que lo merecía!

El Domingo doce de noviembre se presentaron en la iglesia y otra vez Isabel sacó la platería del almacén; las mesas, sillas y manteles, pero en esta ocasión no se repartió una sola invitación, ¡porque la noticia corrió como pólvora! Todos murmuraban los mismo: Rebeca de Estévez, la hija de doña Isabel y del capitán Diego de Rodríguez, se casaba con un rico hacendado y ni tardos ni perezosos, fueron llegando hasta la casa de Isabel las damas de sociedad para que ella confirmara el rumor y ella lo hizo dándose gusto. Más cuando don Octaviano se apersonó, notoriamente decepcionado.

Ante la sociedad de San Cristóbal, él era como un caballero andante, airoso, apuesto y galante y nadie dudaba de su palabra. También Fernando, ya hecho a la idea que su hermanita se casaba y bajo el consejo de Juliette que lo animaba constantemente a aceptarlo al ver cómo lo desairaba, le regaló, como símbolo de paz, dos cambios completos de ropa que traía de Lisboa y la costurera de Isabel ayudó haciéndole algunos arreglos. Descosiendo por aquí y cosiendo por allá, ajustando y aflojando y entre docenas de alfileres y sin poderse mover, tuvo la primera conversación con su cuñado, que inspeccionaba que el traje estuviera perfecto, tal como había aprendido de su tío Daniel.

—¿Tiene hermanas Alejandro? —abrió Fernando, pero Alejandro negó con la cabeza mirándolo de soslayo, ante la mirada burlona de Orso por el traje tan refinado—. Aun así, espero comprenda mi recelo por haberlo tratado con tanta indiferencia. No es fácil aceptar a quien sea que pretenda a Rebeca y mucho menos cuando sucedió con tanta rapidez...

—No tiene que dar explicaciones don Fernando, entiendo lo mucho que la quiere y sepa que no es mi intención separarlos.

Los dos quedaron conformes con eso y dejaron terminar el trabajo a la costurera en silencio. Al menos Fernando pudo ver un aspecto de él y también pudo darse cuenta el por qué Rebeca estaba encantada. Alejandro era sin duda un hombre simpático, agradable y nada pretencioso y seguramente también era cariñoso y atento. Hasta ese momento, comprendió un poco más a su madre cuando llegó casado. Rebeca ya no era una niña, pero para él seguía siendo su pequeña hermanita, esa que corría desenfrenada y a la que tenían que amarrarle un estambre para que no se alejara. Solo esperaba que Alejandro fuera suficiente para ella.

Ahora, solamente faltaba a qué acuerdos llegaría con el capitán Diego respecto a su matrimonio...

Se vieron con un notario después de la cena, dos días antes de la boda, cuando las mujeres se retiraron a dormir y Fernando no quiso estar presente sabiendo de antemano la razón de su reunión. Confiaba plenamente en su padrino y puesto que Alejandro no tenía cerca a Juan para que lo aconsejara y como no quería que él sintiera que se aprovechaban, sugirió que Orso estuviera presente, para que tuviera a alguien de su lado y, en su oficina, con los cuatro reunidos, don Diego les ofreció una copa de su mejor brandy en hermosas copas plateadas. Su oficina, vuelta a la normalidad de cuando Fernando la utilizaba, sobresalía una biblioteca revestida en madera color

violeta perfectamente ordenada y el resto de muebles, constaban de una cómoda sala de cuatro sillones individuales con fondo rojo, escritorio de caoba y dos sillas de bronce acojinadas en el asiento y como única decoración, se podían observar dos candelabros de cuatro brazos de bronce patinado y en el fondo, una bandera, de los tercios españoles...

Alejandro quedó intimidado solamente al sentarse, imaginando a Rebeca pasar las hojas de todos esos libros que en su vida él podría comprender, pero Orso, lo primero que vio fue esa bandera. Desde ahí se desacopló. Por su parte, el licenciado que los acompañó, se acomodó con papel y tinta con su copa de lado, adelantándose a escribir el inicio del documento, como era la fecha, los nombres y el motivo del oficio que estaba por expedir.

—Dígame Alejandro con franqueza, ¿qué tan ciertas son las propuestas que le hizo su hermano Juan? —preguntó el capitán sin rodeos—. Sé lo extensas que son las tierras de Xilotepec y no alcanzo a dimensionar la cuantiosa renta en oro que Hernando le haya repartido, pero sé también que don Nuño les tiene el ojo puesto y entonces, ¿cómo podríamos asegurar que las tierras que usted ofrece no le serán arrebatadas?

Alejandro que ya esperaba eso, se adelantó.

—Tan fácil como le explicaré capitán. La encomienda de mi hermano Juan está bien protegida y los documentos que avalan su propiedad como pago de la conquista, está firmada y sellada por Su Majestad, a diferencia de muchos que ignoraron esos detalles por desidia y es que mi padre nos enseñó a proteger nuestros bienes conforme a ley y no dejar nada a la deriva.

—Juan me envió una misiva. —agregó don Diego y Alejandro enterado, asintió—. Y dice que ha dispuesto una gran extensión de terreno para usted.

—Sí capitán, tengo previsto hacer mi casa y echar a andar un criadero de la mejor caballada y Juan, que ha sido mi albacea de los dineros que mi padre me heredó, solventara el gasto de inicio con cinco mil monedas de oro para la compra de animales.

—También dice que le traspasará cien naturales de Xilotepec.

—Estoy seguro que Juan se aseguró que estuviera todo en regla.

Don Diego pasó la carta al notario y este revisándola cuidadosamente, anotó las dimensiones del terreno y la cantidad de dinero que se prometía.

—Rebeca tiene una fortuna. —lanzó de pronto don Diego, sirviendo la segunda ronda de brandy. —Por parte de su padre y por supuesto parte mía y, aunque no serviría de nada entregarle tierras, se lo pensaba permutar por oro, para que ella tenga las comodidades a las que está acostumbrada.

—No es mi intención tomar de ese dinero. —aclaró presto Alejandro y el notario, que parecía, solo parecía distraído, porque realmente estaba muy atento de todo lo que se decía, brincó acomodando sus lentillas:

—Entonces, don Alejandro, ¿está usted de acuerdo en que se realice un fideicomiso para doña Rebeca y que sea el capitán Diego su fiduciario?

—Puede usted hacer lo que sea necesario por proteger los intereses de Rebeca, yo me doy por bien servido con casarme con ella. —contestó y él hombre, que más le importaba marcar los puntos en las *íes*, que su romanticismo, prosiguió anotando con su pluma.

—...y aceptan de mutuo acuerdo... —anotó el hombre.

—No sé si usted esté enterado capitán, —prosiguió Alejandro, dándole tiempo al notario—, que después de la boda partiré... Juan me quiere de regreso cuanto antes porque no ha podido despegarse de Tenochtitlán y Rebeca me ha pedido quedarse un mes entero con ustedes. —reveló para sorpresa de don Diego que nada sabía de su acuerdo y Orso se aguzó pues hasta entonces había estado extrañamente distraído.

—Es... muy loable que lo haya aceptado. —respondió el capitán, pero el otro suspiró, demostrando que no tenía más remedio.

En lo que Alejandro firmaba todo el documento y a donde el notario señalaba, Orso quedó solo con el capitán y entre los dos, aunque sabían ambos que había algo que no se decía, se hicieron los disimulados, sin embargo, Alejandro, que se había propuesto leer esos puntos con sus *íes* que había redactado el licenciado, porque a fin de cuentas era de su legado del que estaban hablando, el capitán tuvo que sacar a relucir lo que tanto evitaban...

—Supongo que no tiene mucho de haber llegado a estas tierras.

—No señor, dos años van apenas. —contestó Orso con la copa vacía.

—¿Prefirió huir de la guerra? —preguntó a bocajarro.

—No lo preferí, pero cuando no alcanzaron a mandar militares, vaciaron las cárceles.

—Entonces, usted llegó...

—En las galeras y de ahí de vuelta a la cárcel, a otra, de donde me sacó don Juan. —confesó sin muchos aspavientos—. Para que le miento, usted lo sabe, lo supo desde que vio la marca.

—He sabido de muchos que se la quitan con sebo ardiente. —agregó, rellenándole la copa a tope.

—Lo prefiero así, eso me recuerda que siempre hay esperanza y por más bajo que uno haya caído, Dios escucha, aún a los más pequeños e

insignificantes como yo.

—Que poético. —dijo el capitán con ironía—. La traición es un plato muy difícil de digerir. Me da gusto que ahora sea un creyente.

—Siempre hay dos lados de una moneda capitán y aunque me lo nieguen, siempre seré un tercio... —dijo poniendo con fuerza su puño en el corazón, luego exclamó convocando a su lema—: ¡Santiago abre...

—...y cierra España! —completó el Capitán levantando la copa.

El notario y Alejandro los miraron con extrañeza. Era raro que esos dos hubieran coincidido en algo por mínimo que fuera.

Por otro lado, Isabel, Rebeca y Juliette, se entretuvieron con los vestidos que usarían para la boda y decidieron que Rebeca utilizara uno de los preciosos vestidos que doña Antonia de Correia le había enviado de Portugal: faldón dorado con cubretodo tinto y brocados de oro en el peto y, las mangas largas, amplias y bordadas entre brillantes amatistas, terminaban con un delicado encaje. ¡Realmente parecía una princesa y tanto Isabel como Juliette se emocionaron admirándola!

A solas, en la víspera de su boda, Isabel quiso tener *la conversación* con Rebeca. El tipo de conversación que una madre tiene con su hija. La misma conversación que su madre tuvo con ella cuando juntas trenzaron una *jalot*, pero como ella no era como su madre y Rebeca era Rebeca, quiso que sus palabras encerraran todo lo que ella necesitaba decirle antes que partiera a Xilotepec a seguir a su marido, así como una vez lo hizo ella con Andrés, abandonando a su padre y a su madre embarcándose a Tenerife.

Mandó llamar a Rebeca y esta entró con sus reservadas precauciones al ver a su madre actuar de forma tan extraña. La invitó a que se sentara en la cama con ella y Rebeca obedeció, sentándose entre Isabel y una cajita de madera.

—Ya te había contado que esta caja la hizo mi abuelo, tu bisabuelo, cuando cumplí doce años, el día de mi *Bat Mitzvah*, mira, aún puedes notar estas líneas casi borradas por el tiempo. —dijo acariciando las flores talladas.

—Sí mami, recuerdo que me contaste que ahí guardabas tus objetos más preciados. —murmuró Rebeca acariciándola.

—Cuando yo era niña, eramos muy pobres, pero poco nos importaba Rebeca, mientras tuviéramos pan en la mesa, porque la familia y nuestra herencia era más rica que cualquier rubí.

—Lo se mami...

—Ésta es una ramita... —dijo aclarándose la voz, porque ambas ya tenían lágrimas en los ojos—. Es del pueblito donde nací, ¿te acuerdas que te

platicué?

—Nieve me dijiste que se llamaba.

—Sí, Nieve. —contestó sonriendo—. Tu abuelo llegó ahí después que lo expulsaron de Granada y esta... esta es la peineta que tu padre me regaló en mi cumpleaños, un poco antes de casarnos... ¡Era un pillo! —recordó limpiándose las lágrimas entre risas—. Aquí tengo un mechón de cabello de don Diego, porque como veras, no me puedo deshacer del collar que me dio. ¡Me gusta tanto!, y este, es mi anillo de bodas, el que me dio tu padre, que antes fue de tu abuela Amelia y mucho antes de tu bisabuela Julia.

—Hay mami, si lo que quieres es hacerme llorar...

—No Rebeca. —exclamó sonriendo—. Lo que quiero decirte es que yo he sido inmensamente feliz y deseo con toda mi alma y con todo mi corazón que tú también lo seas. Yo... yo no tengo mucho para heredarte y el anillo se lo pienso dar a Fernando, pero mi herencia familiar es tuya, es lo que soy y es lo que tu alma sefardí guarda en secreto. Por eso te suplico Rebeca, por mí, por tu padre y por tu hermano, que nunca reveles tu verdadera identidad, ni siquiera a tu esposo y, no porque sea malo, sino porque muy poca gente lo entiende...

—Lo prometo mami. —susurró Rebeca abrazándola.

—Ve a misa hija, bautiza a tus hijos, pero no dejes que te llenen la cabeza de culpa, con tanta novenas y consignas... Haz y dí lo que quieran escuchar, pero ten tus propios discernimientos y si, pase lo que pase, te sientes perdida, con miedo o te sientes demasiado sola, encuentra el modo de regresar a casa mi amor...

—Sí mami.

—Yo no puedo enseñarte más y ni siquiera hay tiempo de hacerlo, pero tú eres inteligente Rebeca y confío plenamente en tu juicio.

—Lo aprenderé en el camino. —dijo bromeando, pero eso era lo que precisamente Isabel temía, que aun no comprendía el último presagio que Santa tuvo cuando auguró que los cuervos irían tras su hija.

¡No sabía si los cuervos eran el obispo y su sobrino!, y... ¿si no eran ellos y seguía en peligro? ¡Ella estaría lejos!

Acomodó en su cabello la peineta que Andrés le regaló y Rebeca se observó en el espejo que tenía enfrente.

— Es hermosa mami, me la pondré el domingo.

Esa noche don Diego regresó temprano y la encontró acostada. Sabía que estaba triste y sin decir nada, se acostó a su lado pasándole el brazo para

atraerla.

—Aún sigo creyendo que todo esto es muy precipitado. —susurró Isabel apoyando su cabeza en su pecho.

—Así es actualmente querida, pero sinceramente creo que Alejandro es un buen hombre y la quiere bien.

—Dios quiera mi amor. —dijo suspirando.

—A ver Isabel... —recordó—. ¿Cómo está eso de que Rebeca se queda después de la boda y que Alejandro se va a adelantar?

—¿Rebeca se queda? —preguntó falsamente entusiasmada.

—Por favor doña Isabel... —murmuró levantando el torso para verla por encima—. Esto es cosa suya.

—Solo es un mes, qué daño puede hacerle...

—Debiste decirme.

—Perdóneme don Diego, le prometo que mis intenciones fueron benignas. Solo quería pasar un tiempo con mis hijos ahora que estamos juntos.

—¿Es todo?

—Sí, se lo prometo.

Era cierto.

Isabel ignoraba la segunda petición de Rebeca...

El domingo llegó y como en todas las bodas, la familia estaba vuelta loca, apresurada porque el tiempo volaba y los peinados debían quedar impecables y, como suele suceder, de la noche a la mañana los vestidos no daban de sí y había que apretar más el corsé y las criadas, llevaban y traían corriendo, de habitación en habitación, un tocado, medias, polvos para Juliette y... “¿*Dónde está el velo de Rebeca?*”, “*no, ese no, el rojo*”.

Los mozos contratados comenzaron a llegar, así como las cocineras y músicos, pero como a los hombres todo esto no les afectaba, un solo criado bastó para auxiliar que los acuchillados de las camisas estuvieran perfectamente bien planchados y ninguna arruga se dejara ver en las calzas y, los gabanes, bien cepillados desde un día antes, no había más que acomodarles los prendedores y cadenas de oro que Fernando se había habituado a usar cuando estuvo en Lisboa.

Alejandro dejó esa locura desde temprano y enfundado en su nuevo traje recién estrenado, se encaminó a la iglesia acompañado de Orso, que estrenaba otro traje por sugerencia de Fernando y no tuvo más remedio que aceptar. Juntos llegaron montados en dos grandiosos corceles andaluz negros,

ricamente ataviados que el capitán había enviado especialmente para ellos. Eran además su regalo de bodas especialmente para él, esos dos, más otros ocho purasangres, se los obsequió como muestra de paz y de buena fe.

Esperó pacientemente.

El redoble de las campanas fue la señal para que se acomodaran en el altar y ellos en silencio caminaron ante las miradas curiosas de los madrugadores. "*Parece que tenemos público*", se burló Orso para tranquilizarlo, pero solo lo puso más nervioso. Sentía él que el traje le quedaba demasiado ajustado y le sudaban las manos. Apretó el dije de plata y eso lo tranquilizó. "*¿No es un sueño?*", se preguntó de pronto y cuando vio llegar el carruaje que se paró justo enfrente de la iglesia y de él descendió Isabel del brazo de Fernando, supo que era real, porque Orso le dio un codazo tan fuerte en las costillas, que logró sacarlo de su desvarío y Rebeca, como una verdadera princesa, hizo su entrada por el pasillo alfombrado de la mano del capitán Diego de Rodríguez, que portaba orgulloso su uniforme de gala, insignias y medallas y, como escolta, un impresionante contingente de oficiales y soldados les hizo valla. ¡Todos de gala con espadas al lado! La gente de San Cristóbal que se había congregado afuera, estaba impresionada y, con castañas en la mano como botana, siguieron el espectáculo, mientras adentro solo la sociedad de clase alta ocupó los asientos, entre ellos don Octaviano de Mata y su preciado hijo, José de Jesús de Mata.

Recitaron los votos y Alejandro repitió puntualmente lo que el obispo le dictó... "*Yo, Alejandro de Xaramillo, te tomo a ti, Rebeca de Estévez por mujer, y tú a mí por marido*". Entonces fueron envueltos con un manto que el obispo previamente había bendecido y con este los envolvió, luego los bendijo a ambos y de esta manera, sellaron su unión ante la villa de San Cristóbal.

El banquete no fue muy distinto a la fiesta de presentación de Rebeca cuando cumplió dieciocho años, ni tampoco los invitados y Alejandro, engentado, como era de esperarse, estaba totalmente desorientado y solo alcanzaba a agradecer la presencia de todos los que se presentaban ante él a felicitarlo y a darles sus buenos deseos, pero, en cuanto vio la oportunidad de hablar en privado con Rebeca que había ido a cambiarse su segundo atuendo, se escabulló entre los invitados y subió las escaleras, sorprendiéndola en el pasillo antes que entrara a su habitación.

Lo que quería era persuadirla...

—Rebeca...

—¡Qué susto don Alejandro! —exclamó, pero le dio tanto gusto verlo que enseguida se le echo en sus brazos.

—No sea cruel mi señora... —suplicó en su oído, atrayéndola más cerca de él—. Solamente una noche le pido... nuestra noche de bodas —susurró besándola en los labios y Rebeca, tratando de contenerse porque sus besos le eran irresistibles, lo apartó ligeramente.

—Por favor don Alejandro, prometió esperar treinta días, solamente son treinta días... —murmuró sintiendo ella también un escalofrío que le recorría el cuerpo y Marcela también presente, quiso intervenir, pero al punto Alejandro le advirtió señalándola con el dedo índice:

—Ni se acerque señora, que ahora Rebeca es mi esposa. —dijo tan seguro de sí mismo que Marcela no pudo mas que dar un paso atrás y recargó a Rebeca todavía más en su pecho.

—Alejandro... —susurró casi sin fuerzas.

—Así Rebeca, di mi nombre... —dijo ansioso, besándola con tal frenesí que Marcela, acalorada, no supo ni a dónde dirigir la mirada.

—Te lo suplico mi amor...

No quería dejarla, pero sus hermosos ojos verdes suplicantes lo detuvieron. Suspiró con profundidad y dejó que Marcela se la llevara.

Dos se embarcaron ese día. Un día después de la boda.

Alejandro de Xaramillo se despidió de Rebeca, de su esposa virgen y se embarcó rumbo a tierras mexicas donde la guerra entre castellanos estaba a punto de comenzar. Se fue con la esperanza fresca de una promesa de que en un mes consumaría ese amor que le quemaba las entrañas y Rebeca lo despidió asegurándole que en un santiamén estarían juntos, pero, solo alejarse de La Habana, con más agua entre ellos, se vio a sí mismo inmerso en otro mundo, como si la corriente del golfo lo transportara a otra dimensión, a otro tiempo y Rebeca se fuera borrando de su destino...

Le dio temor y, aunque su cuerpo y alma le gritaban que regresara, su sangre, Juan, también lo llamaba.

Fernando de Estévez recibió la bendición de Isabel, de Rebeca, de Juliette y acariciando su vientre, se despidió también de su hijo, porque eso le dijo Isabel que sería. *“Soñé que era varón”* y Fernando le dijo a Juliette: *“Si nace antes que yo vuelva, nómbralo Diego por mi”* y ella asintió, pero le suplicó... *“Vuelve antes mon cheri”*.

Hizo una parada en Santiago, porque de ahí saldría el galeón a Sevilla y se fue acompañado de don Alfredo, el duque de Osuna y de su esposa doña María de Ibarra, que, tal como Lorenzo había prometido a Lucía, pagó el resto de la deuda que faltaba y así, el actual rector, que seguía siendo el capitán Enrique de la Cueva, apresuró con gusto su salida, con tal de deshacerse de él.

Fernando partió derrotado, así como Ptolomeo cuando los eruditos del siglo II se burlaron y lo humillaron al mostrarle su hipótesis sobre la esfericidad de la tierra y tal cual como Colón, cuando quiso demostrar que esa teoría podía ser posible, precisamente Fernando de Estévez había imaginado que también él podría darle la vuelta al mundo, a ese mundo esférico de Ptolomeo, al mundo de Colón y al mundo de Magallanes. De la misma forma como sus ancestros los portugueses lo habían estado intentando al conquistar Ceuta, Madeira, Los Azores y toda la costa africana hasta Cabo Blanco. Ahora, esos sueños parecían diluirse en las aguas del Atlántico y se preguntó si ese era el destino de esos sueños, perecer junto al cuerpo de su padre y recordó las palabras de su padrino cuando auguró que ningún hombre podía huir de su destino...

“Me rehúso a aceptar este destino”. Se dijo a sí mismo y juró volver, porque sabía que, por la ruta de Magallanes, se ubicaba la ciudad más austral del mundo y él estaba dispuesto a demostrarlo.

**PRÓXIMAMENTE LIBRO III
"REVANCHA Y OTROS DELIRIOS"**

Misteriosa desaparición del capitán Diego.
Lo que sucedió en los juicios de Fernando.
Fernando se alía con Hernando de Cortés.
Nuño comienza su reinado de terror.
Secuestro en los campos de trigo.
El Protector de Indios.
Isabel la curandera.



Gitanos.
El Marqués.
Rebeliones indias.
Rebeca, Alejandro y Xilotepec.
Comienza la guerra de castellanos.
Más sobre la historia de las mujeres: De
Marina, María de Estrada, Juliette, Marcela.
